MANUEL ROJAS

MEJOR QUE EL VINO

Manuel Rojas se distingue por su peculiar ojo critico en la descripción y potenciación de los elementos naturales y realistas, así como de los personajes de sus novelas. A Aniceto Hevia, protagonista de su tetralogía, lo encontramos por primera vez en *Hijo de ladrón* y lo hallamos ahora cuando acaba de despertar en un camarote de tercera. Es un hombre de 25 años, inexperto en el amor, que se ha convertido en apuntador de una compañía de teatro. En esta novela acompañamos a Aniceto en su aprendizaje amoroso, recorriendo vívidamente el mundo prostibulario y de cómicos errantes que Rojas supo narrar magistralmente en su prosa sosegada y limpia, realista, cruda y penetrante, desvelándonos una existencia profundamente humana.



Manuel Rojas

Mejor que el vino

Tiempo irremediable - 4

ePub r1.0
Titivillus 08.06.2024

Título original: *Mejor que el vino*
Manuel Rojas, 1958
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Para Valérie

¡Béseme, mi amado
con los besos de su boca!
Porque sus caricias
son mejores que el vino.

CANTAR DE LOS CANTARES

Primera Parte

I

Aniceto ignora cómo principian los días para los demás seres humanos e ignora también cómo principian para él. Sabe apenas cómo terminan. Y al hablar del principio de los días no nos referimos al hecho sideral, inexistente para el que duerme, sino al día como acontecimiento civil y a la forma en que se hace presente en la conciencia del que al emerger del sueño se encuentra con un nuevo y vacío espacio de tiempo. ¿Cómo entra el hombre en el día y cómo el día en el hombre? Hay, entre el día que retorna y el hombre que se reincorpora, una aproximación lenta y compleja. ¿Cómo se verifica? Es lo que Aniceto no sabe. Es posible que se efectúe por medio de elementos indiferentes al día y al hombre. Supongamos que al amanecer las cosas están ahí, distantes y cercanas, y que entre ellas, cercano y distante, yace Aniceto. Las cosas muestran sus formas rígidas, y Aniceto, pálido, con la boca entreabierta y lanzando sorprendentes ronquidos, no tiene nada de arrogante. No existe dependencia ni servidumbre, aunque él sea un dependiente y un servidor de muchas cosas, y no tiene conciencia de nada, ni aun de que existe; nada le pertenece, aunque algo es suyo, y parece no pertenecer a nadie ni a nada, aunque le es imposible moverse. Entregó, horas atrás, sus armas y sus herramientas, y ahí está, desarmado, sin saber si avanzar o retroceder, luchar o entregarse. Una angustiosa lucha se libra en él, y alguien lo detiene y alguien lo anima, y ese alguien es él, en lucha, como siempre, contra sí mismo y en defensa suya.

Algo interviene, ayudándolo en su lucha contra quien posee sus finas herramientas y sus poderosas armas: un sonido atraviesa este momento sin relaciones. La cabeza del durmiente da una vuelta sobre la almohada y la máquina mental, tocada por el sonido, se mueve y empieza a mezclar sus hilos. Ten cuidado. Pero no es la conciencia ni el cuerpo los que decidirán: es el sonido el que hará surgir, de entre este momento intacto, el mundo subjetivo. Para

Aniceto es un sonido vertical, que mientras más sube más penetrante es y que subiría y subiría si alguien, alarmado, no lo cortase. Empieza a morir y se apaga de arriba abajo, como un chorro, recogiendo, en tanto desciende, las vibraciones que irradió y que al reunírsele engruesan su delgada voz inicial.

Suponen muchos que el sonido muere apenas se le corta y que lo que percibimos después no es más que la imagen auditiva que deja en nosotros; no hay tal: la verdad es que tarda en morir casi tanto o tanto como demoró en desarrollarse, porque ¿cómo podría cesar, en una fracción de segundo, un sonido que necesitó mucho más para llegar a su plenitud? Cada sonido es independiente del que lo antecedió y del que lo sucederá y una vez salido de su matriz no tendrá que dar cuentas a nadie de su existencia: persistirá según el ímpetu que trajo y se concederá, para morir, el plazo que crea necesario.

Esta es la opinión que nosotros tenemos de los sonidos y es también la del hombre que duerme, aunque él, entregado a su oscura lucha, no tenga en este instante opiniones ni le interese como a nosotros el sonido, ya que ese sonido no es para él tal cosa sino otra muy diversa: un elemento que no podría reconocer ni precisar y que, sin que haya sido solicitado, aparece y crea con su presencia otros, semejantes o desemejantes, con los que se asocia y disocia hasta hallar los que poseen su mismo color o su mismo metal. Por lo demás, el barco era el único dueño y responsable del sonido, un sonido que al ser rechazado por el hueco de la bahía de Corral y volver impetuosamente hacia el mar, amenazando volcar la chalupa del práctico del puerto, despierta a Aniceto. «Caigo a babor», dice. El sonido vertical oído en sueños se transforma en un bramido horizontal incapaz de tolerar ensueños ni disimulos.

Abre los ojos y mira: abajo, en la primera litera, duerme la mujer, no la suya, pues no la tiene y apenas si ha tenido alguna vez, así, de pasada, pagando y por un corto rato, una que otra, sino la del hombre que duerme en la otra litera baja de aquel estrecho camarote de segunda clase. Hay también un niño, de cinco a seis años, rubio, que duerme en la litera que hace juego con aquella en que está Aniceto; pero no es el niño, la mujer ni el hombre lo que lo inquieta, a pesar de que la mujer lo inquietó en otra época; no; sabe ya que están ahí, lo sabe desde el momento en que subió al barco en

Punta Arenas. Lo que lo sobresalta es el silencio y la inmovilidad que suceden al bramido. ¿Qué pasa? Recuerda que se recogió tarde, cansado de vagar por los pasillos del barco que navegaba en medio de una violenta tempestad de otoño. El español, fotógrafo, aparecía sobre cubierta, puesto el salvavidas y tiritando: «¿Tardaremos mucho en hundirnos? ¿Cuánto tiempo puede permanecer un hombre en esta agua, con el salvavidas puesto, antes de morir de frío?». El marinero chilote, zarandeado por los bandazos del barco, sonreía y pasaba. «¡Guardia!», gritaba alguien. Un timbre muy claro resonaba en las entrañas del barquichuelo y sobre la cabeza de Aniceto, en la cámara del timonel, se oían los incansables pasos del capitán. El viento azotaba la proa y las amuras del barco y erguía aquí y allá torbellinos que se deshacían en fina llovizna. De Puerto Montt a Corral, norte derecho, viento aproado. La corredera giraba desatinada, y el mar, excitado por el viento, asomaba al ras de la cubierta su oscuro lomo. Regresaba el chilote, moreno, de escaso bigote y estrechas caderas.

—¡Qué dice la corredera!

—A toda máquina y hacemos apenas siete nudos. El viento nos roba los otros siete.

El español, navegante por muchos años de los mares del Cabo de Hornos, en embarcaciones que, según él, navegaban «mejor por debajo del agua que por encima», desaparecía con su salvavidas, como un tocador de tuba con su instrumento, e iba, agarrándose a los cables y pasamanos, a sobresaltar a su compañero de camarote, un austríaco mareado, que lo veía como quien ve un fantasma. «¿Por qué pone salvavida?», preguntaba, ignorante de los pronombres y artículos castellanos e ignorante también de un temporal que no habría podido aturdirlo más de lo que estaba. «¡Guardia!». Y como la luz que entra por la claraboya le da la sensación de estar sumergido en el mar, Aniceto se endereza en su litera y abre el ojo de buey: a un costado yergue sus palos el mezquino muelle y al fondo el acantilado resplandece de árboles y de enredaderas; cerca del barco se balancea otro, cargado de maderas y de papas. Está ya en el norte, en Chile, como se dice en las márgenes del Estrecho de Magallanes, tierra chilena también, pero tan lejana que no parece ser del sur sino de otro sur distinto; está como suelta, perdida detrás de hielos continentales, estepas,

islas, golfos, selvas, archipiélagos, cabos, senos, canales, penínsulas, glaciares, ríos y mares. Un bote pasa frente al ojo de buey, y en el bote, de pie y accionando con gran energía, va el español. Ríe, y es la risa la que al rasgar la ya delgada epidermis del sueño lo empuja hacia los primeros acontecimientos del día.

No es la primera vez que llega a Chile.

Pero se da vuelta en la litera y queda de nuevo semidormido, luchando con el sueño, que quiere dominarlo, y con el día, que acecha sus movimientos. El sueño empieza a desvanecerse y ve, como a través de neblina, el brillante pecho de la mañana; nuevas imágenes brotan, sin embargo, del sueño, ensombreciendo al día, en tanto el día brilla, aclarando al sueño. Por fin, y sin que se sepa de dónde vienen, cuatro hombres que marchan en la noche aparecen en la mente de Aniceto. Es en abril, pasado ya el verano y madurando a toda prisa sus últimas uvas el otoño; la nieve empieza a tapar las bocas del túnel grande del Ferrocarril Transandino. El camino es ancho y caben bien los cuatro, aunque el de la orilla sienta muy cerca de su oreja izquierda el hálito que surge del abismo. La voz del río Aconcagua suena abajo, entre los álamos y las rocas. Avanzan en silencio y las pisadas devuelven un eco sin brío ni ritmo. Uno fuma y alguno duerme. Adelantan sin prisa, pero con persistencia, y poco a poco se desvanecen.

Esa fue la primera vez que entró a Chile.

Esta es la segunda. Habrá una tercera.

Aniceto despierta en el momento en que los cuatro hombres se desvanecen.

Y así entra este día en este hombre y este hombre en este día y cada uno está aislado dentro del otro. No hay entre ellos más relación que la luz. Sin embargo, el día está ahí y transcurre y aunque el hombre esté inmóvil, aunque no piense, aunque cierre los ojos y enmudezca, será siempre para él un día más. Aniceto tiene ya su conciencia y su memoria, le han sido devueltas sus armas y sus herramientas y sabe dónde está y qué hay a su alrededor: un lavatorio, una puerta, una banqueta, el ojo de buey, las literas, cosas todas que existen fuera de él y, además, dentro de él. Lo mismo le ocurre con la mujer, el marido y el niño, que viajan con él en ese estrecho camarote de segunda clase, rumbo a Valparaíso. Quisiera olvidar muchas de esas cosas y de esos seres. Se le ocurre

que mientras más recuerdos tiene un hombre menos capacidad activa posee y, en consecuencia, menos vive. Quisiera, por otra parte, elegirlos, rechazando lo que no es más que hojarasca que le impide sentir el suelo bajo sus pies. Ahí están, por ejemplo, los cuatro hombres que marchaban en la noche y de quienes no se supo si venían del sueño o del día. Uno de ellos es la imagen más viva que posee del pasado, su propia imagen. Dentro de ella, la imagen de un hombre joven, bulle un enjambre de otras. Pero aquella lejana noche el joven Aniceto, como joven y como Aniceto, no valía gran cosa. Estaba cansado y tenía sueño. Iba desde la Argentina a Chile y llevaba andados, desde las cinco de la mañana y después de una noche de lucha contra el viento y la nieve, cincuenta y dos kilómetros. Eran las diez de la noche y sentía que de pronto iba a caer al suelo, dormido. Más allá del río Colorado, al ver que el camino se ensanchaba y que en la parte que daba hacia el río Aconcagua se erguía un grupo de árboles, torció la marcha. Los demás se detuvieron, silenciosos, con las mochilas a la espalda. Aniceto tactó el suelo y sintió que estaba cubierto de hierbas y de hojas secas. Sería un buen lecho, y dijo:

—Aquí está bueno.

Los tres compañeros se acercaron; desataron, silenciosos, los bultos que llevaban al hombro y extendieron sus mantas. Un momento después dormían los cuatro.

Sí, no era la primera vez que llegaba a Chile: tampoco sería la última.

II

Usted se acuerda: yo era muy joven, mi madre había muerto y mi padre estaba en alguna parte, tal vez en Ushuaia, condenado a muchos años de presidio; mis tres hermanos habían desaparecido. Yo también era un desaparecido, lo soy aún. Puede que alguna vez nos encontremos y nos reconozcamos (no es fácil, por cierto, pero tampoco es imposible. Al maestro Menares, el carpintero, le pasó algo curioso: se le deshizo el hogar de repente y salió al mundo como tras un empujón. Durante algunos años no supo de su madre ni de sus hermanos. Un día, mientras almorzaba en un figón, a muchas leguas de su pueblo nativo, advirtió que una de las muchachas que servían las mesas se parecía a su madre. Le habló: era su hermana). Pero usted sí sabe dónde estoy: estoy a bordo del vapor «Chiloé», en la bahía de Corral, y acabo de despertar. Me despertó la sirena del barco; soñaba con mi primera llegada a Chile, en 1912. Estamos en 1921, es decir, han transcurrido nueve años; tengo veinticinco. Es ya un hombre, dirá usted. Puede que lo sea, aunque no lo siento así y creo que nunca llegaré a ser un hombre hecho y derecho, terminado, como un perno. Me parece, siempre, que me falta algo. No sé si usted sabe que existen individuos que están definitivamente hechos, se hallen donde se hallen, en una fábrica o en una gerencia, en un cuartel o en un salón de ministerio. No quiero decir que los que nacen hechos o se hacen de una vez, los que no admiten ya nada, no tengan categoría. Muchos la tienen, y alta y buena o alta y mala. En ocasiones se combinan bien los factores y algo perfecto, dentro de una determinada condición, sale al mundo. Yo no: necesito de todo, acepto todo y no soy así porque lo quiera, sino porque lo soy, aunque a fuerza de serlo terminaré, posiblemente, por querer serlo. Y esto no significa que tenga alguna categoría; no la tengo, ni buena ni mala, y no sé si alguna vez llegaré a tenerla, mala o buena.

«En estos nueve años han sucedido algunas cosas. ¿Qué irá a

pasar en los nueve años que vienen? En los míos hubo una guerra mundial y se desarrolló un arte, el cinematógrafo; desapareció un imperio, el ruso, y en su reemplazo nació una república llamada de trabajadores; la gente habló a través del aire y el automóvil y el aeroplano empezaron a andar por las ciudades y por el espacio como Pedro por su casa. Siempre hay gente pobre, tuberculosis, niños que mueren de hambre, conventillos, tifus exantemático y tifus abdominal, o sea, piojos y mugre; pero quién sabe si esas cosas y esos seres no tienen nada que ver con las otras. Hay gente que pelea por los pobres y contra la tuberculosis, la mortalidad infantil, los conventillos, los piojos y la mugre. La gente no descansa, a pesar de que mucha está ya hecha, y si no descansa la gente tampoco descansa el mundo; siempre hay algunos que pelean, en apariencia inútilmente, aunque de pronto se salen con lo suyo. Otros mueren sin conseguir nada y muchos son asesinados. "¡Para qué te metes en eso!", se oye gritar. Sí, ¿para qué te metes? Pero, también, ¿cómo no meterse? Todo está por hacerse, incluso el hombre, y alguien tiene que hacerlo, aunque sea de a poco y a tropezones. Siempre hay alguien que sigue a los que empiezan, hagan estos lo que hagan. "¡Por qué no se quedan tranquilos!", gritan, desde Poncio Pilatos, los ya hechos, que creen, como es natural que crean, que todo está ya acabado, como ellos, y que no hay más que sentarse a disfrutar de todo. Pero los otros no lo creen y siguen. Sienten que ni ellos mismos están hechos y quieren hacerse y hacer. ¿Qué importa el tiempo? Nada. ¿Ha calculado los siglos que se necesitan para producir una hoja fósil?

»En esta pelea se metieron algunos buenos tipos, unos allá, otros acá, y casi todos sin ponerse de acuerdo. Empezó en el siglo pasado, alrededor de 1840. ¿Quién fue el primero? ¿Qué importa? Ocurrieron cosas divertidas, cosas desagradables y cosas trágicas. Los ya hechos respondieron como responden siempre los ya hechos y en algunas partes la sangre llegó al río y a veces lo llenó. Fueron asesinados, de frente o por la espalda, colgados de horcas o deshechos por las bombas, reyes, presidentes, príncipes, zares, trabajadores, escritores, hombres y mujeres. Por su parte, los revolucionarios se pelearon entre sí. Y la pelea sigue, entre ellos y contra los demás. La lucha no ha hecho más que empezar; siempre está recién empezando.

»Estuve en ella. Escribí proclamas y amenacé volar con dinamita la ciudad si no ponían en libertad a un carpintero amigo mío. No lo pusieron en libertad; al contrario: tomaron presos a otros más, entre ellos a mí, que no conocía la dinamita más que de nombre y que les tengo terror a los sonidos demasiado fuertes. Estuve preso y me llené de piojos y de sarna. Pero tenía otra cosa adentro, algo que necesitaba, para surgir, experiencia y reposo. Tenía, además, que ganarme la vida, comer, subsistir y esto me llevaba de allá para acá y entre esto y lo otro me separaron de los demás.

»Me hice de amigos, toda clase de amigos, nunca nadie ha tenido tantos, algunos con un solo propósito: subsistir, o sea, comer, vestir, fornicar —y no me venga a hablar de tonteras—, ladrones o trabajadores, sin que faltase uno que otro bueno para la puñalada o el balazo; otros, soñadores, que apenas comían, iban vestidos de cualquier modo y fornicaban una vez a las quinientas, individuos que solo trabajaban para el porvenir, no de modo material sino ideal, como quien construye una casa en el aire; otros, por fin, con una pasión, no una pasión sexual —también la tendrían— sino una artística, seres que tenían algo adentro y querían verterlo hacia afuera, trascenderse, en este momento, no en el futuro querían ser pintores, escritores, actores, dramaturgos. Estos pudieron más que los otros y me arrastraron. Yo no quería ser actor, pero podía ser apuntador, consueta, y ganar algo, mejor aún, podía viajar, ¿entiende?, viajar. Así como siempre tengo la sensación de que me falta algo, la tengo de que en alguna parte hay algo que vale la pena conocer; un río, una montaña, un lago, una costa solitaria, un sendero o un bosque. ¿Cómo renunciar a conocerlos si puedo llegar a ellos? Empecé con una compañía de aficionados, de esos que trabajaban a tanto por ciento para cada uno, desde el director hasta el utilero —un tanto por ciento de las ganancias, porque nadie sabía quién iba a pagar las pérdidas y si se pagarían—. Una vez hicimos una función monstruo y me tocaron cuatro pesos. Un dramaturgo me arrebató, como en despoblado, dos de esos cuatro pesos; tenía que llevar a su casa algún dinero para que desayunaran sus padres. Todavía no me los ha devuelto, a pesar de que se ha hecho famoso, aunque sigue tan pobre como cuando me hizo víctima de aquel atraco. Hasta que entré a una compañía grande, de profesionales, con un sueldo fijo, que era lo menos fijo del mundo y que solo veía

cuando repicaban fuerte, no porque el director se quedara con todo sino porque no había nada. He recorrido, así, dos veces, el sur de este país, pueblo por pueblo, ciudad por ciudad, teatro por teatro. Muchas veces tuvimos que salir a escondidas de las casas de huéspedes o de los hoteles, escondiéndonos de hoteleros rabiosos. "¡Déjeme su equipaje!" "¿Qué equipaje?" "Tengo una corbata y dos pares de calcetines". "¡Tramposo! Hablaré con el director de la compañía". "No se le ocurra hacerlo. Le pedirá dinero prestado". "¡Sinvergüenzas!".

»Ahora vengo de Punta Arenas. Viajo con pasaje otorgado por la Beneficencia Pública y voy en calidad de tuberculoso. El hombre que duerme en la litera de abajo, el marido de Blanca, viaja en calidad de loco y es más cuerdo que un tirabuzón. La compañía quebró. "No hay plata para pasajes", dijo el director, como si dijera: mañana será otro día. ¿Cómo quedarse allá? ¿Y para qué? Los amigos arreglaron todo y aquí vamos, camino de Valparaíso, ¿a qué? Ya he dicho que estoy haciéndome, haciéndome de a poco, y no crea usted que tengo la seguridad de que alguna vez estaré totalmente hecho. Con permiso, voy a bajar a Corral».

III

A pesar de todo Aniceto no habría podido asegurar que estaba dotado de una sensibilidad especial, la sensibilidad de una mimosa impresionable hasta para las miradas, por ejemplo; pero aquella noche, meses después de llegar de Punta Arenas, y mientras trabajaba, sintió que algo recorría su mejilla derecha, trepaba hacia la sien y descendía hasta el cuello y quizá si hasta el hombro —que era todo lo que se veía de él—, subiendo de nuevo hacia la mejilla. Al principio pensó pasarse la mano por la cara y ver de qué se trataba, mas, casi inmediatamente, desistió; supo que no era un insecto, una araña, fina de roce, o una cucaracha, grosera; no, no era un insecto lo que paseaba por su cara; no tenía patas; era otra cosa. En ese momento, no obstante, no podía girar la cabeza y mirar: el hombre estaba herido y moriría de un momento a otro, o, por lo menos, sufriría un síncope. Su respiración era entrecortada, estaba muy pálido y al hablar se interrumpía, avanzaba y volvía a detenerse; hacía esfuerzos, como si su circulación se detuviera y debiese esperar a que la sangre reanudara su marcha para poder hablar. Era un hombre joven, treinta y cinco años, a lo sumo, aunque prematuramente envejecido; mostraba manchas blancas en las sienes, es posible que un poco exageradas, y su andar, cuando andaba, era vacilante. Sentado en una silla de ruedas, con la enfermera al lado —se sospechaba que fuese su amante—, pretendía aclarar algo, pero con aquellas intermitencias lo único que hacía era enredar más sus asuntos. La madre, señora alta, obesa y bien vestida, parecía llorar, baja la cabeza, mientras tomaba con cariño la mano de su hijo enfermo; ella lo comprendía, no así sus hijas, bestias feroces que deberían estar amarradas a algún poste. El doctor, un hombre de buena estatura, de alta frente, escuchaba con benevolencia y decía algunas frases para animar al enfermo: todo se solucionará; no debe preocuparse, su estado de salud no se lo permite. La enfermera arreglaba los cojines de la silla de ruedas y

tiraba hacia abajo la manta que cubría las piernas de su presunto amante. No era conveniente que se le enfriasen.

No era algo muy entretenido. Sin embargo, aunque no lo era, Aniceto no podía desentenderse, girar la cabeza y mirar lo que deseaba mirar. El doctor era sordo del oído izquierdo, entorpecido por una otitis sufrida mientras hacía el servicio militar, muchos años atrás, y momentos antes Aniceto había tenido que soplar con todas sus fuerzas por una trompetilla introducida en la oreja izquierda, para despejarle la trompa de Eustaquio; sí, y el doctor era su patrón y tenía malas pulgas: si lo sorprendía mirando hacia otra parte, distraído, le reconvendría su distraimiento y Aniceto no quería que nadie y no le gustaba que nadie le reconviniera nunca ni nada. Por suerte, el hombre de las sienes blanqueadas se llevó de pronto y violentamente la mano al corazón, arqueó el cuerpo, quiso erguirse y cayó hacia atrás, víctima de un síncope cardíaco. La madre levantó la cabeza y lanzó un grito. Era lo menos que podía hacer. La enfermera, solícita, corrió en busca de algo útil para aquel momento, de una jeringa para inyecciones, seguramente, y el doctor semisordo miró con desesperación a Aniceto: ¿qué tenía que decir él?, ya que raras veces sabía lo que tenía que decir; pero en aquel momento lo único que podía hacer era lo que los médicos, semisordos o no, hacen en casos semejantes: tomar el pulso del enfermo, levantarle los párpados y mirar allí, con aire de curiosidad, cualquier cosa, o auscultarle el corazón, no con el oído sordo, que no serviría de nada, sino con el otro, el bueno. Y en aquel instante, mientras la madre lloraba, la enfermera absorbía con la aguja el líquido de la ampolla y el doctor se daba a todos los diablos, sin saber qué decir, a pesar de que no tenía nada que decir, Aniceto vio aparecer en el margen de la página una gran letra T, subrayada con dos líneas rojas. Apretó el botón del timbre, dijo algo y esperó. Lo que restaba era muy poco y un momento después, luego de haber tocado de nuevo el timbre y en tanto descendía el telón del primer acto, giró la cabeza.

Una mujer lo miraba desde la puerta del lateral derecho.

Se quedó mirando hacia aquella puerta, aunque ya el telón ocultaba el escenario. En la sala resonaron aplausos y el telón fue levantado: el enfermo, sonriente, adelantó hacia las candilejas y saludó al público, agradeciéndole los aplausos; a su lado derecho,

estaban la enfermera y la madre; en el izquierdo (derecha e izquierda las del actor), el médico semisordo, que saludaba también, aunque sin sonreír y procurando pasar inadvertido. Se bajó de nuevo el telón y se volvió a subir y a bajar dos veces más. Se sintieron pasos en la platea, y Aniceto, después de apagar la lamparilla de la concha y guardarse el libreto en el bolsillo (nunca debería dejarlo en la concha: algún chusco podía robarlo o esconderlo, metiéndolo así en un compromiso de los mil diablos), bajó al foso y encendió un cigarrillo. ¿Por qué lo miraba y por qué, sobre todo, con tanta insistencia? Siempre se asomaban a las puertas actrices o actores que observaban, ocultos de las miradas del público, lo que ocurría en escena, y que a veces también le echaban a él una que otra mirada. Les resultaba entretenido verle trabajar, afanarse porque todos dijeran su frase a tiempo, su bocadillo, marcando bien las entradas de las frases de más efecto o las primeras palabras de un parlamento, y les entretenía, en este caso, sobre todo, verlo cómo hacía lo posible para que el director, que a pesar de ser sordo no se aprendía los papeles, dijera su frase a tiempo, no tan solo soplándoselas con toda nitidez, haciendo con la mano una especie de bocina, sino también señalándolo con la mirada y casi con el dedo para que no le cupiese duda de que era a él a quien tocaba decir aquello:

—Usted, sí, usted: ¿No le ha dicho su hermana que ayer la vi en las carreras?

El director decía la frase apresuradamente, antes de que se le fuera a olvidar. La prisa lo perturbaba:

—¿No le ha dicho su hermana que ayer la vi en la carretera?

Porque el director, aunque oía bien las primeras palabras, no oía tan bien las últimas; a veces solo pescaba las vocales y con ellas formaba lo que podía y menos mal si le salía bien, pues si en ocasiones hallaba palabras acertadas, en otras no encontraba ninguna y decía las más absurdas y entonces enrojecía, daba pataditas y dirigía a Aniceto furibundas miradas, como si el apuntador tuviese la culpa de que él confundiera carrera con carretera y peregrino con pepino. Siempre que debía desempeñar un papel cualquiera en una obra nueva, desconocida para él, llamaba a Aniceto a su camarín, antes de la función, y le decía:

—Che, Aniceto: olvídate de los demás, si quieres, pero cuídame

a mí. Ahora, sopla.

Era el director-empresario de la compañía. Si se trataba, en cambio, de una obra en que hacía el papel principal, una obra clásica del teatro rioplatense, conocida por él desde que entrara a los escenarios, la advertencia era diferente:

—Aniceto: olvídate de mí y cuida a los demás. No. Ahora no hay necesidad de soplar.

Se sabía de memoria esas obras, no tan solo su papel, sino el de todos los personajes, las acotaciones, el amoblado y los cortes que se podían hacer en la obra cuando el público era escaso. Pero aquella mirada de la mujer, aquel largo mirar, no era una de aquellas miradas. Lo había mirado durante mucho rato —como se mira cuando se quiere llamar la atención de una persona—, durante tanto rato que Aniceto, quién sabe por qué (no podía pensar que una mirada llegara a tomar consistencia material), llegó a sentir cómo esa mirada recorría su cara, su cabeza, sus hombros.

Subió al escenario. Los tramoyistas, calzados con alpargatas, llevaban de un lado para otro las piezas de decorado, y el traspunte, siempre rabioso, gritaba a los utileros que trajeran las sillas, el sofá, los sillones, el piano, los floreros y las alfombras. Pasó entre todo ello y se acercó a la puerta de un camarín. Golpeó con los nudillos.

—Adelante —dijo una voz de mujer.

Blanca, la del camarote, se miraba al espejo, dando el último retoque a su maquillaje. Tenía los ojos claros y era alta, de cabello dorado, preciosa mujer. Hacía el papel de una de las hermanas del enfermo.

—Qué hay, Aniceto; siéntate.

Se sentó, silencioso. La mujer, que lo conocía bien, no hizo gran caso de él. Siguió en su trabajo.

—Cómo va la cosa.

—Bien. La platea está casi llena.

Blanca dio una media vuelta y se sentó frente a él, levantó un poco una pierna y se arregló la media que la cubría, mostrando, al hacerlo, un trozo de muslo, muy blanco. Tenía lindas piernas, llenas, bien dibujadas. Aniceto sabía de ella algo más de lo que veía en ese momento: sabía que tenía en alguna parte del cuerpo, tal vez en los muslos, en las nalgas o en el vientre, un color rosado luminoso, como si debajo de la piel o un poco más adentro, una luz

iluminara los tejidos. No había visto aquella parte de su piel, aunque sí había visto sus pechos, no detenidamente, sino de modo fugaz, al inclinarse y abrírsele la blusa verde que llevaba; no usaba sostén y él pudo ver, ya que no era ciego, unos pequeños y graciosos pechos, que lucían un color que oscilaba entre el verde y el rosa. Era lo único que había visto de su cuerpo, fuera de lo demás, visible para todo el mundo. Lo del color rosado luminoso lo contó una amiga que la asistiera durante y después de un raspaje.

—¿Y Ricardo? —preguntó Aniceto.

—Fue al cine —contesta Blanca—. Como no trabaja en esta obra.

Aniceto calla. Estuvo enamorado de esta mujer. Ya no lo está, y no lo está no porque ella lo rechazó, sino porque comprendió que no debería estar enamorado de ella, no porque él no tuviese esperanzas de ser correspondido —aunque, si no se lo decía, no tendría por qué tenerlas—, no, por otro motivo, más profundo y desagradable: era la mujer de un amigo y siendo mujer de un amigo y madre de una niña y un niño ejercía la prostitución, peor aún, se enamoró, ante la vista de Aniceto, de otro hombre y tuvo amores con él, muy breves, por cierto, y quedó embarazada. Esto produjo a Aniceto una especie de dislocación amorosa irrecuperable, con respecto a ella, por supuesto. No le importaba que recurriese a la prostitución para vestir bien o para poder vivir, es decir, para comer, pero que se enamorara gratuitamente de un hombre que no la haría su mujer —ya que el hombre no la quería para eso—, le importaba, sobre todo porque continuó viviendo con su marido, a quien, al parecer, y gracias a un hábito de varios años, no le molestaba tanto que ella se acostase con hombres que pagaban por ello como que se acostase gratuitamente con otros, por amor, como se dice, y llegara a abandonarlo. ¿Qué diferencia hay entre acostarse con un hombre por dinero, siendo casada y viviendo con su marido, y acostarse con otro por amor? Para ella, según parecía, ninguna, aunque quizá la hay, y había en toda esa historia una gran confusión, algo que Aniceto no llegará a aclarar nunca del todo, ya que jamás se atreverá a preguntarle nada a ella ni mucho menos al marido. Según le contó un amigo, ella, al casarse, no era ya virgen, y no lo era por dos motivos, aunque con uno era suficiente: porque el marido la poseyó antes de casarse —apuró la boda al quedar ella

embarazada, no por ello sino porque en verdad la amaba— y porque antes de poseerla el marido ya otros hombres —¡cuántos, por favor!, vete a saber— habían hecho lo mismo con ella, no por amor, como el marido, sino por otro motivo, simplemente por el de acostarse con una mujer, pagando. ¿Por qué o cómo ocurrió eso? El amigo agregó un folletín casi increíble:

—Los padres la prostituyeron. No te asustes. Hay algunos que lo hacen. Existen hombres ya viejos o medio viejos que tienen un conventillo, un almacén, una tiendecilla o una fábrica. Les gusta una muchacha que vive en su conventillo, que compra en su almacén o en su tenducho o que trabaja en su fábrica. Quisieran gozarla, pero son torpes. La muchacha es joven y bonita y no les haría caso o se asustaría de ellos o ellos no saben qué hacer para que les haga caso y no se asuste. Hacen, como quien plantea un negocio, una oferta: mil, dos mil, tres mil pesos o más, ropas, zapatos. La muchacha, a veces, acepta por propia iniciativa, sin intermediarios; si no acepta, el interesado recurre a los padres. Unos pocos miles de pesos representan una fortuna para alguna gente. Los padres dicen que sí y convencen u obligan a la muchacha; otras veces dicen que no, qué te imaginas, o la muchacha se niega rotundamente. En este último caso el viejo guarda los billetes y espera otra ocasión, otra muchacha. Eso, al parecer, le pasó: los padres aceptaron, aceptó ella y el resultado fue que le gustaron la ropa fina y limpia, los perfumes, el baño, los zapatos cosidos a mano, y cuando el viejo, ya tranquilo, cerró la cartera, ella buscó el medio de seguir teniendo lo que le gustaba. No le fue difícil hallarlo. Lo malo es que ella tenía, no sé de dónde lo había sacado o de dónde lo sacó después, si es que lo adquirió con posterioridad, deseos de ser actriz. Las actrices visten bien, por lo menos en escena, y cuando salen retratadas en los periódicos, son admiradas por el público, las aplauden —cuando lo hacen bien, y todas creen que lo hacen bien—, salen de viaje y ganan, según ella creía, mucho dinero. Algo de todo esto es cierto, como tú sabes, pero no lo es para todas las mujeres. Ser actriz era, pues, un medio de conseguir algo de lo que anhelaba, pero ¿cómo llegar a serlo? Ser prostituta no es difícil. No hay que hacer estudios especiales, todo lo proporciona la naturaleza y no hay más que ofrecerlo; ser actriz es más difícil: exige un mínimo de educación, saber hablar, moverse

con soltura, tener ademanes discretos, saber vestir y a veces ser bonita —si se trata, claro está, de una primera actriz o de una dama joven—. Tenía algo de todo eso; solo le faltaba práctica. Preguntó aquí, averiguó allá, hasta que conoció a un hortera, vecino de su casa, que tenía sus mismas inquietudes y pertenecía a un cuadro de aficionados. Le pidió que la presentara y él lo hizo con todo gusto. Al aparecer en el local en que el cuadro teatral «Estrella Proletaria» ensayaba sus obras de tendencias sociales hubo un deslumbramiento: jamás había entrado allí una mujer tan linda y tan bien vestida. Las actrices de ese cuadro eran aparadoras, costureras, peleteras, telefonistas, cajeras, mujeres de obreros o de empleados modestos, y vestían como Dios les daba a entender. Allí conoció a su futuro marido, primer galán del cuadro, hombre joven, apuesto y de un nivel semejante al de ella, mejor dicho, semejante al de la mayoría de los componentes del cuadro. El galán la cortejó y le propuso matrimonio. Aceptó. ¿Tú entiendes, verdad? Se casaron meses después, embarazada ella ya. Él era mozo de una tienda y tenía un sueldo que no alcanzaba ni para él; pero eso no tuvo importancia: se amaban. La llevó a la pieza de un conventillo, la misma en que la había embarazado y por debajo de cuyo piso de tablas corría la acequia que arrastraba hacia alguna parte misteriosa las aguas servidas de todo el barrio; allí vivieron su amor. No podían ni pensar en entrar a una compañía teatral de profesionales; ninguno de los dos tenía aún condiciones para ello —y todavía no las tienen, aunque trabajen en una compañía de esas—: él no sabe hablar (dice «perenme» en lugar de perenne y en una ocasión en que debía decir «agua fenicada» dijo «agua fornicada») y a ella le falta temperamento, expresividad; es nada más que una segunda dama, discreta, como se dice; y, además, carecían, sobre todo él, de ropa: smoking, frac, sombrero de copa, vestidos de baile, sombreros y todo lo que hace falta en el teatro. Soportó dos meses. El primer mes el marido llegó con sesenta pesos. Era lo que restaba de su sueldo después de pedir dos o tres anticipos. El segundo mes fue peor: tres pesos y cincuenta centavos. ¿Qué haces, si tienes mujer y un cuarto y debes comer, con tres pesos y cincuenta centavos para todo un mes? Se le habían concluido los zapatos y las medias; no le quedaba una gota de agua de Colonia ni de polvos, menos aún de rouge, y si las cosas seguían así, terminaría por quedar descalza,

desnuda y con cara de fiambre. Pudo haber hecho las cosas en secreto. No pudo. Amaba a su marido, amaba el arte; seguían en el mismo cuadro de aficionados, que daba aquí o allá una función a beneficio de algún sindicato obrero en huelga o de algún camarada preso o enfermo. Le dijo entonces parte de la verdad: antes de casarse iba a una casa de prostitutas elegantes y allí, gracias a que la patrona la apreciaba mucho, ganaba algún dinero por tocar la guitarra y cantar. Los parroquianos eran generosos. ¿La dejaría él que volviera a hacer eso? Era solo un momento, en las tardes, de cinco a nueve. No puedo decirte cómo recibió él la proposición. Seguramente, se negó, pero ella, también seguramente, insistió. No tenía zapatos, no tenía medias, y los pocos vestidos que le quedaban no eran ya de la temporada o estaban imposibles. Iba a llegar el momento en que no podría salir a la calle. «Este mes has traído tres pesos y cincuenta centavos». Él accedió, y accedió, con toda seguridad, en la confianza de que le decía la verdad: tocar la guitarra y cantar. Iba a recogerla a las nueve de la noche y de allí se dirigían a ensayar al local del Sindicato de Obreros Zapateros en Resistencia. Se compró zapatos, medias, perfumes y también le compró a él lo que necesitaba, que era de todo. Él estaba fascinado. La fascinación duró poco. Un día supo la verdad. Un médico, cliente de la casa a que ella iba, se enamoró, y aunque Blanca le juró que era casada y que quería mucho a su marido, el hombre insistió. Se negó ella, una y otra vez, a su proposición de que se fuera a vivir con él, hasta que el médico, desesperado y creyendo que lo que Blanca le decía era mentira, fue a la casa de ella, sin que ella lo supiera. Se encontró con el marido. ¿Qué pasó entre esos dos hombres? No lo sé, pero el pobre marido se enteró de todo, ya que el galeno, en la seguridad de que el marido no era tal marido sino un cabrón cualquiera, no guardó discreción, hablándole claro desde el principio. El hombre, junto con enterarse de que su mujer era una puta, se enteró de que lo quería mucho. Ata esas dos moscas por el rabo. Le prohibió, entonces, quiso prohibirle, que volviera a ello; pero en ese mismo entonces ella se negó y le dio a elegir entre soportar y separarse. «Tres pesos y cincuenta centavos». Ella volvió a aquella casa y él calló. Debe haberle costado lágrimas y angustias, pero calló, peor aún: dejó el empleo que tenía. Dicen que el amor hace milagros; si son como este, de acuerdo, aunque Dios nos libre.

Pero ella estaba embarazada, él iba a tener su primer hijo, y ¿qué hacer con tres pesos y cincuenta centavos?

—¡Cómo demonios supiste todo eso!

—La primera noticia me la dio una prostituta. Platicando con ella sobre temas históricos, me contó en qué casas había estado.

Entre otras nombró aquella a que yo sabía que iba Blanca a tocar la guitarra y cantar, cosas que sabíamos y creíamos todos los amigos. Le dije entonces que era amigo de Blanca, la que va a tocar la guitarra y a cantar, sí, en las tardes. La mujer me miró sorprendida y me preguntó: «¿A tocar la guitarra?». «Sí, así dice ella». «Toca otras cosas también y quizá mejor que la guitarra. Gana mucho dinero», me informó, guiñándome un ojo. Le dije que tal vez se equivocaba, que podía ser otra; pero me dio detalles exactos, el apellido, por ejemplo, que yo no le había mencionado, aspecto, voz, todo. No me cupo duda. Era la misma. Podía haberme callado, pero no pude. La quería mucho. Un día, en momentos en que estaba sola, le dije lo que me habían contado. No me lo negó.

Aniceto no sabía sino lo de la guitarra y el canto, que era lo que el marido le había contado. Creía en ello y lo creyó hasta que el amigo le contó lo demás, cosa que ocurrió algún tiempo después de conocerla. Su amor, por supuesto, cambió, mejor dicho, desapareció. ¿Cómo amarla si era de muchos hombres, además de ser del marido? Era muy joven y tenía ideas muy elevadas sobre el amor. Se le presentó un problema moral: ¿debía alejarse de ellos porque ella era prostituta y él lo admitía? Pero, razonó, ¿en qué forma podía incumbirle o importarle? Solo en el amor que él pudiera tener por ella. Suprimiéndolo, cosa nada difícil, ya que era un amor sin destino alguno, no se veían otros inconvenientes. Por lo demás, la casa del matrimonio estaba abierta para alguna gente y allí acudían algunos jóvenes que eran amigos y compañeros del matrimonio y de Aniceto y se conversaba y se leía y se reía durante tardes y noches enteras. Aniceto, algunas veces, acompañaba al marido al ir este a buscarla a aquella casa. Salía, alta, bien vestida, hermosa, perfumada, y Aniceto no sabía qué pensar de todo eso: había estado en manos de otros hombres, de unos hombres que la habían acariciado, desnudado, poseído, que le habían dado dinero y que se habían marchado, y ella salía ahora y no se veía en ella nada más que la amiga, afectuosa, alegre, dispuesta a la camaradería,

tierna con sus hijos, con su marido. Llora, si quieres, Aniceto, o ríete, si te da la gana. Pero suponte que tu padre viviera y que estos amigos tuyos se enteraran de que era ladrón. ¿Qué harían ellos? Se extrañarían un poco, es claro (siempre nos extrañamos de aquello que es ajeno a nosotros), pero tu padre no iría a robarles, tú tampoco, ya que no eres ladrón y eres amigo de ellos; además, en tu casa todo está limpio y ordenado, no hay disgustos, peleas, borracheras ni nada que pueda ser desagradable para tus amigos. ¿Por qué se irían de tu casa, por qué dejarían de ser tus amigos? Los amigos, por otra parte, eran gente humilde, algunos, humildísimos. El que le contó que Blanca ejercía la prostitución tenía un padre cuya profesión u oficio u ocupación era la de basurero, no basurero municipal, con sueldo fijo, sino basurero independiente, de esos qué recogen por las calles, por los terrenos eriazos y en donde pueden, papeles, huesos, materiales que al parecer son utilizados en alguna industria, y trapos y lo que caiga. La casa en que habitaban estaba llena de desperdicios y hedía como una alcantarilla; pero, en esa alcantarilla el amigo de Aniceto y otros amigos se reunían a leer y a conversar o a ensayar obras de teatro y en ocasiones bebían una taza de té o comían un plato de porotos —la olla estaba siempre en el fuego, lista—. El basurero era muy atento con los amigos de su hijo, que quería llegar a ser actor y dramaturgo; tenía los ojos de un precioso color azul, y su cabello, ya escaso, y su piel, arrugada y llena de mugre, dejaban ver, a pesar de todo, que en un tiempo fueron rubios y ondeados aquellos y tersa esta. Debió haber sido un hombre quizá hermoso, conquistador, alegre, activo, un hijo del suburbio; hoy, viejo, padre de un hijo con inclinaciones artísticas, viudo y bondadoso, no podía ser nada más que basurero y menos mal que era un basurero independiente.

—Siéntese, señor —decía—; le daremos una taza de té o de café. ¿Almorzó ya? Porque quedan algunos porotitos.

Aniceto, en sus días de hambre, había comido de aquellos porotitos. ¿Por qué no dejas también de venir a esta casa, la casa de un basurero? Si eres tan fino…

—Bueno, don Rafael; si quiere molestarse deme una taza de té.

—Con mucho gusto, señor. Hay pan también, calientito.

Todo aquello ha pasado. Blanca tuvo después, ya alejada del canto y de la guitarra y dedicada al teatro, amores con un hombre.

El marido lo supo —tenía mala suerte: le tocaba siempre saberlo— y pelearon. La insultó él, que tenía mucho que decirle; lo insultó ella, que también tenía lo suyo; pero siguieron viviendo juntos y Aniceto continuó siendo su amigo. El otro hombre se alejó.

IV

Blanca no pudo soportar más. Preguntó:

—¿Por qué estás tan callado?

Aunque habituada a los silencios de Aniceto, llegaba un momento en que se sentía molesta.

—Por nada.

Algo, sin embargo, le decía que hablara. ¿En quién podría confiar más que en ella? Dijo:

—Esa mujer.

—¿Qué mujer?

—Virginia.

Blanca sonrió.

—¿Qué pasa con Virginia? Habla, hombre. Hay que sacarte las palabras a la fuerza.

—Mira: mientras apuntaba el primer acto, sentí que alguien me miraba. No pude saber quién era hasta que bajé el telón. Era ella. Seguía mirándome.

Blanca se encogió de hombros.

—Bueno, ¿y qué? ¿No te pueden mirar?

—Lo que me llama la atención es que me mire tanto.

La mujer se puso de pie y se acercó otra vez al espejo; dio la espalda a Aniceto. Lo miró por la luna.

—Es posible que le gustes.

—¿Quién? ¿Yo?

—Sí, tú. ¿Por qué no?

Aniceto hizo un gesto de incredulidad. Virginia es la mujer del primer actor cómico, hombre que tiene un sueldo superior cuatro o cinco veces al suyo. Es, además, un actor estimado y para sus camaradas, para algunos por lo menos, simpático. Es cierto que es borracho y violento, pero ¿qué garantía o qué atractivo puede ofrecer Aniceto a una mujer casada, aunque el marido sea violento y borracho? No tiene ilusiones al respecto.

Blanca se irritó.

—Creo que eres tan hombre como cualquier otro, y, en cierto sentido, mejor que otros. ¿Por qué no puede una mujer fijarse en ti? Tú sabes que ella es desgraciada con ese hombre.

—Cualquier otro le puede servir mejor.

—No, cualquiera no. Es bonita y puede darse el gusto de elegir.

Él calló, un poco contrariado. No ha tenido amores con ninguna mujer y la idea de tenerlos con una casada no le parece de perlas. Es cierto que estuvo enamorado de Blanca, pero era muy joven y su enamoramiento fue un poco estúpido. Blanca insiste:

—Te conozco, Aniceto. Te quedarás como un pavo, sin hablar, cuando te encuentres solo con ella y la pobre Virginia hará el gran papelón.

En ese momento se abre la puerta y aparece Virginia. Viste de negro y lleva una cofia y un delantal blanco. Desempeña un papel de criada. Las malas lenguas aseguran que el marido no quiere que se le den papeles de más categoría. La mujer tiene una pequeña chispa cómica y a veces hace reír al público. Él se pone furioso: el único actor cómico de la compañía es él.

—Me pareció que alguien me nombraba —dijo.

Aniceto levanta la cabeza. Está a su lado y puede verla a su gusto: la cara es bonita, si no hermosa, y se destacan los ojos, grandes y de oscuras y profundas ojeras, negros, llenos de luz y con largas pestañas que el *rimmel* alarga y destaca. El pelo, ondeado, brillante y muy negro, le enmarca el rostro de piel morena.

—Sí —aseguró Blanca, volviéndose hacia Aniceto—. Hablábamos de ti. Aniceto pregunta por qué lo miras tanto.

Aniceto sintió dos deseos: el de darle a Blanca un puntapié y el de que la silla se hundiera con él encima. Pero no hizo nada ni ocurrió nada. Tragó algo y calló. Se oye golpear en la puerta del camarín:

—Señora Blanca: a escena.

Es el traspunte. Se escucha el tercer timbre del intervalo.

—Con permiso —dice Blanca, gozando de la situación—. Va a empezar el segundo acto y aparezco en escena. Los dejo solos. Mucho cuidado, ¿no?

Aniceto se puso de pie. También tiene que irse. Mira a la mujer, tiene que mirarla, y ella fija sus ojos en los del hombre,

decididamente. Sí, es cierto, parece decir.

—Con permiso, Virginia. Tengo que irme.

La mujer no contesta y él se va; afuera tropieza con un lateral y con una silla. Ninguna mujer lo ha mirado nunca en esa forma, desde tan cerca, con esos ojos, con tanta franqueza. Hasta ese momento solo ha flirteado con una muchacha y acostándose con una que otra prostituta, pero ni la muchacha ni las prostitutas lo miraron nunca así, con una mirada en la que parece no haber obstáculos, una mirada de persona que está dispuesta a todo desde el principio, consciente de lo que puede ocurrir y deseosa de que ocurra. Esto lo desconcierta: se figura que debe ser el hombre quien tome una iniciativa y demuestre, llegado el instante, que está dispuesto a cumplir lo que ofrece o a pagar lo que sea necesario. La mujer solo debe decir sí o no. En este caso, sin embargo, parece ser Aniceto el que debe contestar.

Volvió a su trabajo y apuntó mecánicamente el segundo acto, sin mirar lo que ocurría en escena y acordándose de que era apuntador solo cuando el doctor tenía que decir un bocadillo, lo que ocurría muy de tarde en tarde; todo el tiempo lo ocupaba el enfermo en decir tonterías y en desmayarse.

No tiene experiencia amorosa de ninguna especie, no solo en cuanto al hecho sexual mismo, que ha rozado o que lo ha rozado sin dejarle mayores recuerdos ni producirle nada que esté más allá del simple hecho, sino también, y principalmente, en cuanto a lo anterior al hecho mismo, al trato previo con una mujer. Esto es para Aniceto tan desconocido como el Mar de Drake. Para su condenación, es tímido, no porque le intimide hacer lo que sea necesario sino porque siempre, antes de hacer algo que tenga relación con una persona, piensa en la reacción que lo que puede hacer producirá, en el perjuicio que pueda ocasionarle o en la oportunidad de ello. Sabe, por ejemplo, que jamás podrá violar a una mujer. Algo en él se niega a hacer con otra persona o en otra persona lo que esa persona no desea que aquello ocurra. No podría. Supongo que no seré un marica. No lo soy, pero no puedo. No podría hacer por la fuerza lo que otros no quieren que haga, siempre que lo que voy a hacer tenga algo que ver con ellos. Serás un cobarde, entonces. Es posible, si es que se llama cobarde a quien no se atreve a hacer lo que no puede hacer. Gracias a esa condición

jamás podrá pegar a nadie ni jamás podrá tampoco robar a nadie la cartera. Quizá sí alguna vez pueda hacer esas cosas, pero ahora no. Los seres humanos me intimidan, tengo miedo a sus reacciones, tan inesperadas algunas, tan irritantes otras, tan estúpidas la mayor parte.

En la mitad del segundo acto volvió a sentir que algo andaba por su rostro: ahí está. Sí, ahí estaba, mirándolo. No quiso levantar la cabeza y no miró siquiera al bajar el telón. No tenía ninguna relación con aquella mujer; la conocía muy poco, de dos o tres meses, a lo sumo, y nunca se le ha ocurrido mirarla como se mira a una mujer que se desea. Hasta un momento antes, hasta media hora antes, era para Aniceto tan indiferente como cualquiera otra mujer. Y sabía, sin que se hubiese propuesto saberlo, que a ella le ocurría lo mismo con él. Y ahora… Tampoco conoce gran cosa al marido. La compañía está recién formada y Aniceto se ha incorporado en el último momento, poco después de su regreso de Punta Arenas. No le gusta aquel hombre. Dos días atrás pudo ver cómo vive esa pareja. El hombre lo encontró en el instante en que él salía del hotel; ahí también vive el director, quien lo hizo venir. Lo llamó desde su habitación.

—¡Oye, Aniceto! ¿Vas para el teatro?

—Para allá voy.

—Espera un momento y nos vamos juntos.

Lo invitó a entrar y Aniceto entró. No tenía razones para negarse, aunque tampoco las tenía para hacerlo, pero el hombre lo había invitado. La mujer, vestida ya, lista para salir, esperaba de pie en alguna parte, en tanto el hombre, en camisa, buscaba algo en los cajones de los muebles.

—Oye, Virginia —dijo de pronto, mirándola con ojos airados—: ¿dónde están mis colleras?

—En el cajón estaban —respondió ella, sin moverse.

—No las puedo hallar. ¿En qué cajón? —preguntó el hombre, a quien la respuesta de Virginia no decía nada.

—Ahí, en la cómoda.

Era la misma inútil respuesta. En la voz de la mujer se nota un acento como de fastidio o de frialdad. El hombre se irritó.

—¡Qué te pasa! —prorrumpió, un poco fuera de sí.

—Nada, no me pasa nada.

Empalideció, como si las respuestas le exigieran un esfuerzo.

—¡No me contestes en esa forma! —aulló Pedro, cerrando de un golpe el cajón.

—¿Y en qué forma quieres que te conteste? —preguntó la mujer, sin ironía, pero también sin interés.

Era quizás la última respuesta que podía dar. Aniceto presintió que algo desagradable iba a ocurrir, pero no se atrevió a irse, mejor dicho, no quiso irse. Le interesaba lo que ocurriría, sin saber lo que podía ser. La respuesta-pregunta de la mujer acabó con la calma que quedaba al hombre, cuyos nervios se habían agotado en la búsqueda de sus gemelos de oro. Avanzó, los ojos empequeñecidos por una súbita ira, temblorosas las manos. Cogió a la mujer por los cabellos y remeció con fuerza la cabeza. Por un instante la mujer pareció un títere.

—¡No! ¡A mí no me vienes a contestar en esa forma, mugrienta! —gritó.

—¡Suéltame! —sollozó ella.

El hombre levantó el brazo derecho y pareció querer abofetearla; no lo hizo. Bajó el brazo y soltó a la mujer, empujándola.

—¡Carajo!

Pasó al lado de Aniceto y continuó buscando sus colleras de oro. Ahí estaban, en el mismo cajón que un momento antes cerró con violencia. Empezó a colocárselas. Respiraba tumultuosamente. Miró a Aniceto.

—Perdona —dijo—; pero conozco a mi gente y sé lo que hago.

Hablaba como un cabo. Aniceto no respondió. No era la primera vez que veía a un hombre maltratar a su mujer, aunque el hombre, en verdad, no hizo otra cosa que tirarla del pelo. Lo que lo intrigaba era el posible porqué. La mujer no dijo una sola palabra hiriente. El tono, es cierto, era destemplado; parecía responder de mala gana, con una escondida irritación, y, seguramente, había para ello un motivo, un oculto motivo. ¿Cuál podía ser? El hombre, Pedro, no lo sabía, ya que preguntó a la mujer por qué le contestaba de esa manera, y, si lo sabía, aparentaba ignorarlo. Nada hay más confuso y más inexplicable que un disgusto matrimonial —tanto para el espectador como para los actores—, sobre todo tratándose de una

pareja que ha perdido ya sus puntos de apoyo. El motivo no surge en este momento, viene desde muy atrás, a veces de años, tal vez desde el primer día que se casaron, y el que presencia la riña puede llegar a saber del motivo tanto como puede saber el número exacto de glóbulos rojos que tiene por centímetro cúbico la sangre del farero que en este instante fuma su pipa en la isla Evange listas, a la salida del Estrecho de Magallanes.

Al recordar la escena, mientras piensa en la mujer, y ya con más antecedentes sobre la vida de la pareja y la conducta del marido —en una ocasión la abofeteó en el comedor de un hotel, a la hora de almuerzo—, sintió compasión y simpatía hacia ella. Se dio cuenta, al mismo tiempo, de que esa piedad y esa simpatía no servían de nada. Por otro lado, ¿qué ganaba aquella mujer con fijarse en él y mirarlo? Lo mismo ganaría si mirase una estatua de don José de San Martín o de Garibaldi. Dados el temperamento de Aniceto y sus condiciones en materia de experiencia amorosa, y aceptando que llegaran a enamorarse, no habría para él más que un camino: separarla del marido, irse con ella. No puede ni siquiera pensar en la posibilidad de que lleguen a ser, simplemente, amantes, amantes a espaldas del marido y viviendo ella con su marido. No. Eso está más allá de su imaginación y no lo hará aunque la mujer se lo pida y aunque haya oportunidad de hacerlo. Sus pocas relaciones con las prostitutas le han dejado el temor al aislamiento mental y físico que surge entre una mujer y un hombre que, sin tener una vida en común, se acuestan juntos: el cliente no la conoce, la prostituta tampoco; cada uno tiene una vida que no tiene nada que ver con la del otro; no hay de qué hablar, nada que decirse. Son como dos caballos (uno tira de un carretón panadero, el otro de un arado). Y enseguida, esos besos y esas caricias superficiales, mecánicas, frías. «No me beses en la boca; no me gusta». ¿Para qué es la boca, entonces? «No me beses los pechos». ¿Tampoco? ¿Y por qué la boca y los pechos valen más que el sexo? Es que algunas veces la sífilis se pega por los labios… Salía de los cuartos funcionales de las prostitutas como si alguien lo hubiese ensuciado o como si hubiese ensuciado a alguien y ambos tuvieran que lavarse para desprenderse de la mugre con que se habían obsequiado por una módica suma de dinero. ¿Quién sabe? Si pasaras toda una noche con una de ellas, el resultado sería diferente. Hay más tiempo para

entrar en intimidad. Haré la prueba… Parece una culebra —¿y qué le parecerás tú a ella: un lagarto, un caballo, un hipopótamo?—, una culebra helada, y tiene como unos forúnculos en las nalgas —le habrán puesto inyecciones y se le infectaron—. Fue al excusado y vomitó. Al volver a la pieza, la mujer dormía. Recogió sus ropas, se vistió y se fue, helado, mojado, sucio y con varios pesos menos en el bolsillo. El estómago le sonaba. Qué le parece. Mala suerte. Mala suerte, no. Otros gozan como si ellas fuesen la Sulamita y ellos Salomón. Bueno: no soy Salomón ni lo seré nunca. Es posible que la culpa sea mía. Pero, no; es un hombre viril, sabe que es un hombre normal, pero es otra clase de hombre, no peor ni mejor que otros, pero diferente, no porque se lo proponga sino porque es así. Una vez pasó toda una noche con una prostituta, en un cuarto en que había, en otra cama, otra pareja. Las dos camas estaban a poca distancia una de otra. El otro hombre, joven, delgado, de escasa estatura, pelo rizoso, moreno, procedió con la mujer como si ella y él estuviesen solos en el mundo y se hubiesen deseado durante años, quejándose, arrullándose, susurrando, y hubo un instante en que pareció que se caerían de la cama al suelo. Esa vez fue peor, y fue peor porque sintió vergüenza de sí mismo. ¿Por qué no podía hacer lo que el otro hombre? No puedo.

De modo que nada de amores furtivos; le recordarían la prostitución. La mujer que yo quiera deberá ser únicamente mía y no la tendré por ratos, sino por meses y años, y la besaré cuando, como y en donde me dé la realísima gana durante horas, y nada de ella me será desconocido o negado; miraré su cuerpo centímetro por centímetro y lo acariciaré milímetro por milímetro; haré con ella lo que se me ocurra y nadie estará al lado mío haciendo lo mismo con otra mujer, y sabré lo que piensa, lo que siente, lo que quiere, por qué ríe, por qué llora, y yo lloraré, reiré, sentiré y pensaré como ella y la poseeré una y otra vez y concebirá un hijo y ese hijo será mío.

Sin saber cómo, se encontró besándose con Virginia. Con seguridad, ella hizo todo lo posible, ayudada por Blanca, y Aniceto, el joven Aniceto Hevia, conoció y supo lo que era una boca de mujer, una boca que no se niega, una boca suave, tibia, húmeda, no una boca que ofrece solo el borde de los labios y se retira enseguida, sino una en que hay muchas cosas, no tan solo tibieza, humedad, blandura, sino, además, algo que no es solo la boca, una

profundidad, un apasionamiento que crece, una retribución como inteligente, que viene de otra parte y se une a la retribución, al apasionamiento, a la profundidad, al deseo de profundidad del hombre; es la comunicación de algo que ocurre o se crea fuera de la boca y que utiliza la boca nada más que como un lugar en el que alguien, alguien determinado, no cualquier alguien, puede y debe encontrarlo y recogerlo, y Aniceto lo encontraba y lo recogía y, a su vez, entregaba lo suyo, su deseo, ese gran deseo de encontrarse y verterse en alguien, en alguien que lo ame y a quien él ame. Y era nada más que la boca, pues Aniceto no osaba tocar a aquella mujer, y hasta le parecía que no debería tocarla. Se excitaba, es cierto, y entonces pensaba en ello, pero su excitación no llegaba hasta el extremo de pretender ir más allá de los besos. ¿Y si a ella le disgustaba? Le era suficiente lo que encontraba en aquellos labios, más que suficiente, demasiado. Después de besarla mucho —en el camarín de Blanca, en la pieza del hotel o en cualquiera otra parte propicia— pensaba en las prostitutas, que eran su único punto de referencia y de comparación, y suponía que ellas besarían también así —¿por qué no iban a hacerlo?—, no a todos los hombres, pero sí a aquel que conocían o amaban. ¿Por qué te van a besar así a ti, que les pagas para acostarte con ellas y a quien no han visto nunca antes y de quien no saben quién es, qué hace, qué costumbres tiene, de dónde sale, si tiene sífilis o es un cochino? A ellas les pasa lo mismo que a ti. Los lupanares que Aniceto había frecuentado no eran lugares propicios a divagaciones abstractas. Eran sitios en donde van a buscar esparcimiento sexual o diversión los peones, los rateros, los policías de franco, los barrenderos o basureros municipales, los trabajadores de los mataderos, gente que no se fija ni poco ni mucho en la higiene propia ni en la ajena y que son recibidos por mujeres que tampoco han sido alumnas de la Escuela de Salubridad, aunque deben, a pesar de no tener gran opinión de la limpieza, hacer algo por evitar la mugre y las enfermedades que la mugre trae consigo. ¿Nunca has tenido sarna? ¡Qué lástima! Si eres patriota deberías tenerla alguna vez; es una enfermedad nacional. Todo el mundo, por lo demás, debería tenerla, aunque solo fuera una vez, y en especial los gobernantes. Así sabrían lo que es bueno; hablarían menos de la patria y de su glorioso destino y se preocuparían más de ayudar al pueblo a librarse de la mugre. Se

pega casi con la mirada y produce las más deliciosas sensaciones que te puedas imaginar. Un bicho llamado arador, chiquitito él, se te mete debajo de la piel, aprovechando cualquier circunstancia —para él todas son buenas, como para el piojo—, y te abre bajo ella, sin que te enteres, un pequeñísimo surco, fíjate bien, un surco, por eso lo llaman arador, y en ese surco siembra decenas de huevos. No se va, se queda allí, al final del surco, en espera de los acontecimientos o en la puesta de otra serie de huevos. Pero no creas que el surco está abierto, no, está cerrado, cubierto por la piel, como un túnel sin boca. Llega un momento en que nacen las larvas. Si se quedaran allí sería magnífico, pero no se quedan: son aradoras por constitución, por reflejo heredado, y empiezan a trabajar, tal como trabajó su progenitor, abriendo en las paredes del surco y hacia todas partes orificios que no son más que la entrada de centenares de surcos, en los que depositan a su vez sus huevecillos, pues el arador es más eficiente que su homónimo campesino: ara y siembra al mismo tiempo. Te aparecen entonces en la piel unas vejiguitas llenas de líquido. Sientes que algo te pica en alguna parte, en la unión de los dedos de las manos, por ejemplo, y te miras y ves una ampollita o dos o seis; no sabes qué es —tú tampoco has sido *élève* de la Escuela de Salubridad— y te rascas y revientas las ampollas. Buena la has hecho. Llevas la mano a otra parte del cuerpo y no sabes que en las uñas y en las yemas de los dedos transportas decenas de aradores que se dejarán caer en todos los sitios en que pongas los dedos. Empezarán, a su vez, a trabajar. En cuatro o cinco días tendrás ampollas entre los dedos de las manos y de los pies, en las nalgas, en las posaderas, en las costillas, en las ingles, en el vientre. Se te formarán en la piel placas de color rosado y pústulas con aspecto de eccema, llenas de agua, y costras de color de carne asada, y debajo de las placas, de las pústulas y de las costras, los aradores, entusiasmados, gozosos en su propia salsa, trabajarán como a destajo, abriendo surcos para todas partes, produciéndote con ello una picazón de los mil demonios, sobre todo de noche, ya que el arador —el mariconcito— gusta del calor que proporciona la cama, aunque estés durmiendo en el suelo. Te rascas a dos manos y desgarras las placas, revientas las pústulas, trizas las costras. Eres un ignorante, no sabes lo que haces, pero muchas veces, aunque lo sepas, no dejarás de rascarte, y en las noches,

mientras duermes en tu camastro, rebosante ya de aradores, sentirás que algo te llama, que algo te urge a usar tus manos, tus uñas, y sueñas, sueñas, por ejemplo, que andas por un cerro y te sientes perdido, rodeado de monte, un monte que es necesario despejar con las manos para poder salir; sí, hay demasiada maleza y no ves nada, hay que apartarla para ver dónde se está, arranca estos hierbajos, desparrama estas piedras, limpia el suelo, aparta las ramas de esos arbustos, y lo haces y te rascas y despiertas rascándote como un loco, con los dedos y las uñas llenos de sangre y de agua… Pero la sarna es fácil de curar; solo requiere limpieza, baño sobre todo, ropa limpia. ¿Dónde está tu baño, tu tina con agua caliente o tu ducha, tu jabón, tu toalla, tu agua de Colonia? Vas al hospital —si vas, porque algunos viven eternamente sarnosos— y el médico te receta baños calientes de azufre, sulfureto lo llaman, y pomada de Emmerich, amarillenta, grasosa. Los baños te los proporciona el mismo hospital. Al meterte en el agua caliente con tus pústulas, tus placas, tus costras y tus ampollas, crees morirte. El arador, que ama el calor, empieza a trabajar con un frenesí que casi raya en la desesperación, mientras tú, agarrado a los bordes de la tina, gritas, al sentir que no solo te pica la piel sino hasta el alma. La picazón es tan espantosa que te das cuenta de que te es imposible rascarte: si empezaras morirías allí, pidiendo a gritos un trozo de ladrillo o un pliego de lija esmeril, pues todo te parecerá suave. Aguantas, entonces, como un hombrecito, transpiras, resoplas, ríes, lloras, ruges y por fin sales, por fin, y el enfermero, que ha gozado mirándote retorcer —no por crueldad sino porque sabe que eso significa que te vas a curar de tu sarna, esa sarna que adquiriste en la comisaría, en el prostíbulo, en el albergue o en tu propia cama, traída por uno de tus hijos o por tu mujer—, te llena el cuerpo de pomada de Emmerich. El arador está condenado a muerte. Se ahogará en azufre.

Sí, no hay allí lugar para grandes lucubraciones ni sitio para los tímidos, los soñadores o los vacilantes. Tienes que ir dispuesto a todo y dejar en la puerta prejuicios, complejos, reservas y temores. Si no puedes dejarlos, es mejor que te vayas a tu pieza y te dediques a los placeres solitarios.

V

Era en Valparaíso, a fines de invierno. El viento sur sopla siempre, fuerte en verano, frío en invierno, y si cesa aparece el norte, tibio aunque húmedo, con lluvias y olas que llegan hasta las primeras avenidas de la ciudad. Revientan entonces los cauces, garrean las anclas de los cruceros y los barcos mercantes salen a capear el temporal. Es así desde antes de que esta bahía fuese poblada y no debes preocuparte de ello. Ha aparecido una mujer. En aquel puerto vivió Aniceto, años atrás, duros días, y tuvo camaradas que desaparecieron de su horizonte y otros que están ya sin horizonte alguno, muertos de tuberculosis, asesinados por la espalda o desintegrados por la miseria, el trabajo o la cárcel. El viento sopla, y los mismos piqueros, gammas, alcatraces y aun guanayes, que llegan hasta allí desorientados por algún cambio de la corriente de Humboldt, vuelan sobre la bahía o corren por las playas, y los mismos jureles, congrios, corvinas, sierras y cabrillas saltan y mueren en el fondo de las chalupas pescadoras de las caletas de Jaime o de El Membrillo; los mismos hombrecitos conversan y fuman frente a las tabernas del puerto, mientras esperan un trabajo en el dique, en las chatas o en algún barco: carpinteros, mecánicos, pintores; los mismos marineros de la escuadra, morenos, altos o bajos, de uniforme azul oscuro, embarcan y desembarcan, y los mismos grandes tranvías con imperial atraviesan la ciudad longitudinalmente, no transversalmente, ya que nadie ha visto aquí un tranvía, mucho menos con imperial, trepar un cerro. Para eso están los ascensores. Sí, ahora hay una mujer.

Conversa con ella, muy poco, pues el tiempo de que disponen no les alcanza más que para besarse, que parece ser lo más urgente, y no se dicen grandes cosas ni palabras definitivas: te amo, seré tuya para siempre; nada de eso. Se besan despacio y hablan a la carrera. El marido la robó, hace unos años, de una casa en que la madre y

las hijas mantenían, en una lluviosa ciudad del sur y luchando con los proveedores y el dueño de la propiedad, una casa de huéspedes frecuentada por vendedores viajeros y cómicos de segunda o tercera categoría, que en ocasiones dejaban deudas de una categoría superior a la propia. La plaza es buena, dice el representante de la compañía, pero si se pone a llover y llueve durante veinte días seguidos, ¿qué público vas a tener?, un cuarto de platea y gracias, toda la gente con impermeables y paraguas que chorrean; dejan el piso como una laguna.

El hombre se casó, después, con ella. Por esos días era uno de tantos; desarrolló más tarde algunas aptitudes y se convirtió en primer actor cómico, rústico y gracioso en las tablas, borracho y violento fuera de ellas, en especial con su mujer. En su juventud fue zapatero y actuó en conjuntos de aficionados, pasando luego, gracias a una oportunidad cualquiera, a la nómina de una de esas compañías que nunca tienen teatro en Santiago ni en Valparaíso y que deben, por eso, trabajar en provincias, en las del norte durante el invierno, en las del sur durante el verano; alcanzan a veces hasta el Perú y más arriba, y hacen zarzuelas, sainetes, comedias, dramas, lo que cae; son capaces de representar desde «La Verbena de la Paloma» hasta «Los Espectros», y en una de esas compañías vio una vez Aniceto cómo un actor recitaba, en una especie de fin de fiesta, ya que la obra que representaban solo tenía dos actos, un monólogo dramático de François Coppée, «La Huelga de los Herreros», cantaba después unas coplas humorísticas en dúo con su mujer, que can taba como un gatito, y, finalmente, desafiaba a algún espectador a hacer una vuelta de boxeo (tenía guantes, pues era aficionado); si nadie aceptaba, hacía una sesión de entrenamiento con salto a la cuerda y pelea con la sombra. Se le aplaudía mucho y sus compañeros le temían, unos por sus desmesuradas dotes artísticas, otros por sus puños.

Aniceto no tiene una idea clara de lo que llegará a ocurrir; nadie la tiene al principio y tampoco le importa, como a todo el mundo; lo interesante es empezar una relación, algo sucederá, algo que quizás esté fuera de todo cálculo, si es que los hay, y que el tiempo decidirá. Eso es, por lo menos, lo que sucede en los jóvenes y en los inexpertos. No sabe él —y no habría podido hacerlo, quién sabe si principalmente porque en ese tiempo no lo sabía (lo sabrá después y

lo hará: acostarse con una mujer casada sin necesidad de sacarla de su casa o separarla del marido)—, no sabe él cómo se las arreglan otras personas, y ello a pesar de que algunas lo han hecho ante sus narices y ante las narices del propio cónyuge, sin que ninguno parezca pensar, ni por un momento, en lo que resultará de lo que hacen, no un embarazo, que es lo menos que puede resultar y que al parecer no les importa, sino en lo que sucede entre el hombre y la mujer que viven juntos, que a veces duermen en la misma cama y que sufren, de pronto, la influencia o la atracción de otra mujer o de otro hombre. ¿Qué hace la mujer que tiene un amante cuando el marido, que no lo sabe, la solicita? ¿Y qué hará el hombre que es amante de esa mujer y que también es casado? ¿Tendrá relaciones sexuales con la mujer y con la amante? Sí, hay cosas que Aniceto ignora y que deberá, en el futuro y para su mal, aprender.

No tiene, pues, una idea clara de lo que puede llegar a suceder. Por ahora, se deja llevar. Le resulta agradable y apasionante besarse con Virginia, y allí se detiene, quizás en espera de que ella, la primera en mirarlo de aquel modo, es decir, en tomar la iniciativa, continúe tomándola. Y en esto cree ver una razón: él es libre y ella no, y, en consecuencia, y puesto que ella es la amarrada, ella es quien debe decir qué, cuándo y cómo. Esto es, por supuesto, extraño. Un hombre con experiencia amorosa preguntaría: ¿qué esperan? Aniceto no comprendería el sentido de esta pregunta aunque sí la comprendería Virginia, que sabe lo que quiere: en primer lugar, no quiere un amante; si lo quisiera podría elegir mejor y pasaría en la cama; hay muchos hombres dispuestos a serlo y algunos hasta ofrecen facilidades: solo quieren acostarse un momento, no molestaré mucho, si es nada más que un minuto, y después sacudirse y marcharse y venga el otro y el que sigue, están como en fila, no. Blanca ha tenido muchos amantes, gratuitos y no gratuitos, ¿y que ha sacado con ello? Darse gusto en la cama, varios raspajes y algunas cachetadas del marido. Virginia no quiere darse esa clase de gustos; es estéril y sexualmente fría y ha aceptado su esterilidad y su frigidez como quien acepta unos pies planos; no tiene, sin embargo, por qué aceptar insultos, bofetadas y burlas; no ha nacido con ellos y tampoco ha nacido con marido. Se siente desgraciada y humillada y quiere librarse de su desgracia y de su humillación, representada en su cónyuge. No puede, no obstante,

hacer lo que quisiera: irse, sola, del lado de su marido; no sabe trabajar y tendría que hacer de sirvienta o de puta; por favor, no digas esa palabra, es poco fina; sería preferible, sin embargo, pero es que, preferible o no, el marido, que le pega, la posee y se burla de ella porque es fría, pondría el grito en el cielo, llamaría a la policía, mi mujer me ha abandonado, soy fulano de tal, ah, es el tipo del teatro, ese tan gracioso, vamos, muchachos, busquémosle a su mujer; la encontrarían y se la devolverían: volviste, ¿no?; es muy gracioso y todo el mundo lo conoce; ella no es graciosa y nadie la conoce. Si se va con un hombre, en cambio, no con cualquiera, sino con uno que elija, con Aniceto, por ejemplo, tendrá un reparo, una ayuda, una defensa. Aniceto gana un sueldo miserable, pero a Virginia no le importa; conoce la lucha por la vida, no la lucha feliz, la lucha por algo que se ama, sino aquella en que se pelea por nada o por alguien de quien solo se reciben burlas o bofetadas. Lo mira desde la puerta del lateral: no es buen mozo ni anda bien vestido —compra sus chaquetas y sus pantalones en las ropavejerías—; tampoco es gracioso, pero hay algo en él, por lo menos una esperanza para ella (que no tiene ninguna), y Aniceto, por su parte, no sabría qué hacer ni cómo llegar a hacerlo. Es ella la que tiene la palabra y la tendrá hasta el momento en que, libre ya, acostada con él, le dirá: ¿por qué no lo haces?, ya que Aniceto, el libertador, es incapaz de hacerlo sin que le den permiso o lo inviten a ello. No sabía, en ese tiempo, que su conducta era extraña y tal vez impropia de un hombre, de lo que se llama un hombre. Le parecía natural, no porque lo pensara sino porque lo sentía, porque para él, algunas veces o siempre, es difícil separar el pensamiento del sentimiento. Por lo demás, no puede pensarlo: le falta experiencia, eso que permite a un individuo proceder según una determinada línea de conocimientos. Faltándole experiencia carece de sentimientos y de pensamientos sobre aquello que no ha experimentado; es la experiencia la que desarrolla aquellos sentimientos y pensamientos, buenos a veces, malos otras. Durante años luchó por aprender a ganarse el pan, tener un sueldo o un salario y disponer de una habitación, cama, ropa, pues no se trata solo de pan. Ejerció varios oficios, ninguno de los cuales domina a perfección, aunque cualquiera le puede dar de comer, junto con una chaqueta y un pantalón usado. Tendrá ahora que luchar por una mujer, vivir la

experiencia amorosa; es una necesidad primordial, y, como toda necesidad primordial, nada fácil de satisfacer, por lo menos de modo adecuado.

El director de la compañía, que ignoraba las divagaciones a que se entregaba el joven Aniceto Hevia y que tenía bastante con las suyas, anunció que el conjunto saldría pronto para Mendoza, sí, para la Argentina.

VI

Apareció entonces nueva gente en la compañía, una primera dama joven, dos segundas damas, un segundo actor cómico, un característico, una característica y dos galanes jóvenes, amante uno de ellos de la característica y famoso el otro como hombre que dejaba encinta a cuanta mujer se acostaba, así, de pasada, con él, en tanto que a sus concubinas no las embarazaba, quién sabe si porque ellas se defendían de algún modo o porque él se guardaba de ello; de las casadas no se cuidaba; eso corría a cargo del marido, quien, inocente, se lamentaba: «¡En gira y embarazada! ¿Qué vamos a hacer, mi hijita?»; las solteras se las arreglaban como podían y siempre el asunto finiquitaba con una pelota de algodón con cloroformo en las narices de la cuitada. «Ya voy a terminar, no se aflija. Échele otro poco de cloroformo». Los cómicos casados vivían con el arma al brazo, vigilando en los ensayos y en los entreactos, sobre todo el marido de la primera actriz y los de las primeras y segundas damas jóvenes, ya que el hombre no llegaba hasta las características, generalmente gordas y de edad, poco ágiles para los lances ocasionales; y las madres de las actrices solteras hacían lo mismo, aunque con menos esperanzas. Es más fácil engañar a la madre que al marido.

Aquello le producía asombro a Aniceto. ¿Cómo se las arregla para atraer a las mujeres y qué es lo que las atrae? Es apuesto, tiene buena voz y no es mal cómico. No se puede negar que todo ello, agregado al hecho de que desempeña los papeles más brillantes, es más que suficiente para seducir a una mujer que no lo conozca, pero es que casi todas lo conocen, por lo menos las actrices, y saben que se acostó con fulana y la dejó embarazada y lo mismo hizo con zutana y mengana y con otras ha hecho cosas peores. ¿Es que tienen la esperanza de que con ellas no haga lo mismo? ¿Suponen que el sentimiento que han inspirado es de una categoría superior y no una localizada y pasajera calentura? Si creen cualquiera de estas

cosas es que son brutas o inocentes, y Blanca no es tonta ni es inocente y tampoco lo es Laura, y a pesar de ello las dos, sin contar a otras, quedaron embarazadas, se hicieron el respectivo raspaje y no lo vieron más. Blanca ha tenido tantos amantes como cualquier prostituta clásica o moderna, y Laura, si no ha tenido más que uno o dos, sabe tanto de eso como Blanca. ¿Por qué lo hacen?

¿Hay algo más fuerte que su experiencia y su temor que las lleva a ello? ¿Qué es ese algo?

—Todas son así —dice el marido de Blanca, que no ha olvidado lo ocurrido, aunque en ese momento opina como de algo que no le interesa sino desde un punto de vista técnico.

La sugerencia no es académica y sería rechazada, por demasiado general, en una reunión científica. Aniceto también la rechaza: no cree que sea solo eso, únicamente eso. Por lo demás, el hombre habla por la herida, si es que alguna le resta, aunque por cicatrices no se quedará. El viento sopla allí, en Punta Arenas, con una fuerza que Aniceto no podría precisar. A su lado, el que sopla en Valparaíso es un céfiro. Es casi el mismo viento, sin embargo, el sur o el suroeste, aunque aquí está recién salido de los pulmones de la Antártida; se acerca al huracán, un huracán que encoge a los hombres y a las mujeres y que no permite que haya en las calles mendigos —que se helarían en su sitio, con la mano estirada—, ni ladrones nocturnos —que morirían de pulmonía doble—. Debido a esto, tampoco hay ladrones diurnos. Un ladrón roba a todas horas o no roba a ninguna: cualquier impedimento es suficiente para atrofiar su disposición. Aniceto ha sentido muchos vientos fuertes, en la cordillera, en donde si le da la gana impide que respires si marchas dándole frente, y en el mar, a bordo del «Chiloé», por ejemplo: soplaba de proa, y él, escondido en el rincón que el comedor hacía en la cubierta, sacaba el brazo y lo exponía al viento, el cual, sin esfuerzo, se lo devolvía dentro, y otras veces avanzaba un paso hacia la baranda de estribor, y el viento —que le robaba al barco siete nudos de los catorce que podía dar— lo hacía retroceder, metiéndolo de nuevo en el rincón, con una fuerza que no admitía réplica. Se explica, no obstante, o es natural que sople así en el mar o en la cordillera, pero que lo haga de ese modo en una ciudad con habitantes que deben ir y venir diariamente o a cada momento a sus ocupaciones o de compra o de visita o de

paseo, resulta irritante. Aquí marchas al resguardo del ventarrón; la cuadra se termina y debes atravesar la bocacalle; aquí te quiero ver, escopeta; es una bocacalle como cualquiera otra, pero el viento sopla como por un tubo. A ver cómo te las arreglas: si pretendes atravesarla rectamente irás a dar a la esquina que está en diagonal contigo, no con la que está en recta, que es lo que tú quieres (el viento te empujará con una violencia que no podrás resistir y tu sobretodo, además —porque allí no te sacarás jamás el sobretodo, por lo menos cuando andes por las calles—, le servirá como si se tratara del foque de una embarcación); debes, entonces, hacerte un plan: si atravieso en línea recta, el viento me llevará al otro lado; como no quiero perder mi tiempo ni darle gusto al ventarrón, ¿qué debo hacer?: salgo de frente al viento, con el cuerpo soslayado, y marcho en dirección al centro, pero avanzando hacia donde él sopla; llego al centro, giro y camino, siempre soslayado, es decir, hurtándole todo el cuerpo que pueda, hacia la esquina que quiero alcanzar. Muy buen cálculo. Así y todo, el viento te irá a dejar en el centro de la calzada y allí tendrás que hacer otra combinación para ganar la acera que te interesa. Y eso no es todo: si se le ocurre, no te dejará salir de la casa ni del teatro; te empujará hacia adentro y deberás también escabullirte de lado, como escondiéndote de él, las faldas del sobretodo tomadas con las manos y la cabeza hundida entre los hombros.

El director de aquella compañía dijo a Aniceto, que era allí tramoyista y apuntador al mismo tiempo:

—Vamos a cambiarnos a otro teatro y debutaremos con la misma obra que vamos a dar en este la última noche. ¿No podríamos llevar armados los trastos? Nos evitaríamos un gran trabajo.

—¡Es una gran idea! —afirmó Aniceto y lo afirmó Varas, hombre esmirriado, quien, según las malas lenguas, debía llenarse de piedras los bolsillos cuando andaba por las calles y soplaba sur o surueste.

Era una gran idea: fueron a dar a las orillas del Estrecho de Magallanes, tomados a un bastidor como a un volantín. Aquella misma noche, en que el viento soplaba como un demonio, Aniceto, que estaba despierto, ya que había tenido que levantarse para abrir la ventana del cuarto (su compañero de pieza, Varas, llegó borracho

y vomitó en el suelo, en las paredes y casi en el techo), oyó los gritos y los golpes y lo supo todo: Blanca se había acostado con el empreñador. ¿Cómo, en qué momento, dónde, por qué? Esperaba que cualquier mujer, primera dama, primera actriz, característica o tiple cómica, se acostara con él, pero no Blanca, y resultaba que Blanca lo había hecho. ¿Es que el hombre tiene una técnica especial o es que su atractivo es, para algunas mujeres, irresistible, y no tiene nada que ver con la experiencia o con el miedo que puedan tener a las intervenciones de las matronas de buena voluntad? ¿Y en qué reside ese atractivo: es algo como un reactivo químico que destruye cualquier defensa y genera una catálisis que lleva, ineludiblemente, a la cama, al embarazo y a lo que sigue? Aniceto no había oído hablar aún, en ese tiempo, de las hormonas sexuales, pero aunque hubiese sabido algo, no se habría explicado cómo esas hormonas podían dominar una experiencia, destruir el temor a un embarazo, pasar por encima del ridículo que significa el quedar abandonada, hacer olvidar el sonido de la cuchara ginecológica. ¿Tal vez hay un desequilibrio entre la fuerza fisiológica y la fuerza de la inteligencia? Quizás. Sería interesante encontrar una mujer cuyo desequilibrio estuviese establecido al revés, es decir, que fuesen las fuerzas inteligentes las que dominan a las animales, y presentársela. A ver qué pasa. No es mala idea, pero ¿cómo encontrar a esa mujer? Tendrías que llamar a concurso, sin contar con que él debe adivinar por el olor, la mirada, los movimientos, que clase de mujer es la que está ante él.

—Todas son unas yeguas —concluye de nuevo el marido de Blanca. Continúa hablando por la herida, que es la forma más parcial y franca de hablar, y Aniceto, que no tiene, en ese sentido, herida alguna, no está de acuerdo con él. No puede, claro está, hablarle de las hormonas: en primer lugar, no sabe nada aún de ellas, y, en segundo, si supiera y se lo dijera, el hombre, a pesar de ser un individuo que es él mismo una pura hormona sexual, una hormona que puede pesar fácilmente sus ochenta kilogramos, se echaría a reír y le diría: «¿Hormonas? No seas tonto… Son unas putas y nada más».

VII

Aniceto conoce Mendoza. Años atrás, en viaje desde Buenos Aires, llegó allí, y una tarde, en tanto vagaba en busca de trabajo, se detuvo ante un hombre que cubría de azul profundo el zócalo de una pared. No veía su rostro y sí su espalda y su cabeza: era de baja estatura, robusto, de color moreno —le veía también la mejilla y la mitad del bigote— y tal vez cercano a los treinta años. Llevaba zapatos, pantalones destrozados y llenos de pintura y una chaqueta blanca, más intacta y con más pintura que los pantalones y los zapatos; camiseta. Las manos estaban cubiertas de manchas azules. Tenía a su lado una escala y un tarro lleno de aquel azul profundo; empuñaba una brocha, y muy abiertas las piernas, doblado el cuerpo, la pasaba sobre la pared hacia un lado y otro, llevándola hasta donde se lo permitía su envergadura, que era precaria. Imposible abarcar más espacio; con seguridad, lo lamentaba; parecía querer terminar pronto.

Nunca había visto Aniceto trabajar a nadie de ese modo. Era una lucha contra el muro, la brocha, la pintura, el tarro, el espacio y el tiempo. Eso fue lo que lo detuvo.

El hombre se enderezó para echar un respiro; entonces lo vio.

—Qué hubo —dijo.

—Qué hay —contestó Aniceto, sonriéndole.

El hombre lo miró de arriba abajo.

—¿Me está mirando trabajar?

No había ningún reproche en la pregunta.

—Sí; eso hago.

Tenía una alta frente cubierta de pintura y de sudor. Se pasó una mano por ella y la sacudió hacia el suelo: gotillas de color azul claro se estrellaron contra las baldosas. Su rostro era casi vulgar, un poco cuadrado, y bondadosa su expresión. Oscuros los ojos.

—¿Es pintor también? —preguntó.

—No, no soy pintor —confesó Aniceto.

En ese momento le habría gustado serlo.

—Quiero terminar esto ahora —dijo el hombre, y señaló el zócalo— y parece que no podré. Todavía me queda algo allá adentro.

Señaló hacia el interior del edificio; era una panadería.

—¿Anda sin trabajo? —inquirió.

Aniceto sonrió, como excusándose por su cesantía.

—Buscando.

—Lástima que no sea pintor —se lamentó el hombre—. Podría ayudarme.

Aniceto sintió que allí había una oportunidad.

—Pero no parece muy difícil pintar —se atrevió a decir.

El hombre lo miró con atención. Pareció examinar, entretanto, la frase del recién llegado.

—No —resolvió—; no es difícil; cualquiera puede pintar a la cal.

No se necesita más que tener manos para agarrar la brocha. Es un trabajo para peones. Pero hay que hacerlo también. No hay que ser tan orgulloso.

Calló. De pronto preguntó, con rapidez:

—¿Quiere ayudarme?

Ahí estaba la oportunidad. No había que dejar escapar ningún trabajo. Cualquiera de ellos significaba pieza y comida.

—Si puedo, con mucho gusto.

El hombre inclinó la cabeza, decepcionado.

—Tenía un socio, un compañero —contó—; se aburrió y se fue. Hombre fino. No le gusta pintar a la cal y ni siquiera le gusta el temple, usted sabe, esa pintura que se prepara con tiza y agua de cola y que no es mala; chorrea un poco no más, si está delgada —eso es lo que no le gusta a mi socio—, pero no tanto como la cal. Pero mi socio quiere ser pintor y no chorrearse.

Lo miró y volvió a preguntar:

—¿Se anima a ayudarme?

—Si me enseña —puntualizó Aniceto.

El hombre señaló la brocha y el tarro.

—Esto casi no hay necesidad de enseñarlo —aseguró—. Basta pasar la brocha y cubrir bien la pared, distribuyendo la pintura. Voy a buscar otro tarro y otra brocha. Espéreme. Vuelvo enseguida.

Entró al edificio y volvió con lo anunciado. Dijo, levantando un

brazo y estirando el índice:

—Mire; todos los trabajos, hasta los más atorrantes, se hacen con más facilidad si se aplica un método científico. ¿De qué se trata aquí? De pintar a la cal un muro desconchado. Bueno: como no es un trabajo fino y como lo pagan mal, hay que hacerlo pronto. ¿Cómo hacerlo pronto? Pintando lo más rápidamente posible. ¿Y cómo pintar lo más rápidamente posible? Aprovechando al máximo las facultades que se tienen. Fíjese bien: abre usted las piernas todo lo que pueda, así, hasta sentir que se le van a rajar los calzoncillos, si los tiene; se agacha, mete la brocha en el tarro, no más allá de los pelos, la saca, pasa los pelos por los bordes del tarro, para evitar la chorreadura, y empieza a pintar, primero frente a usted, luego hacia la derecha, hasta donde pueda, y enseguida hacia la izquierda, hasta donde le da el brazo. Cuando no le da más, toma la brocha con la mano izquierda y se estira hasta donde pueda. Vuelve a repetir, repartiendo bien la pintura, que es lo esencial. Si es zurdo, hace todo al revés, ¿entiende? Ese es un método científico: el aprovechamiento de las facultades del hombre en la realización de un trabajo. Vamos a ver cómo lo hace.

Aniceto se sacó la chaqueta, que colgó de los travesaños de la escala, tomó la brocha, abrió las piernas, se inclinó hasta que la cabeza quedó a la altura del borde superior del zócalo, sumergió la brocha en el tarro, la enjugó al sacarla, estiró el brazo y empezó a pintar científicamente. El hombre lo observó, los brazos en jarra, y habló solo al ver que la brocha caía al suelo al cambiar Aniceto de mano y pretender pintar con la izquierda.

—Es claro —declaró—, le falta práctica. Ya la tendrá. Siga: así va bien. Tiene las piernas y los brazos largos y eso vale por la experiencia que le falta. Terminará pintando mejor que Rafael.

Echó una risita y desapareció. Aniceto quedó solo ante el desconchado muro, la brocha en la mano y el tarro de pintura al lado, aprovechando del mejor modo posible, como el hombre le había aconsejado, sus facultades físicas. ¡Curioso hombre! Salió dos o tres veces a mirarlo, de lejos, quizás para cerciorarse de que continuaba pintando. Es posible que temiera que Aniceto, aburrido, se marchara, abandonando a su suerte la brocha, el tarro y la escala. Aniceto no pensaba marcharse. Le gustaba aquel trabajo, así como le gustaban todos o casi todos los trabajos que conocía. Antes

de llegar a Mendoza, desaparecido ya su hogar en Buenos Aires, en tanto atravesaba la pampa, a pie o en tren, según se presentara la oportunidad, trabajó en varias partes, por poco tiempo, como si tuviera prisa en llegar a algún lugar determinado, aquí como ayudante de carpintero, en otras como peón de albañil, parando pies derechos que trababa por medio de alambres retorcidos entre sí, armando acá una bodega o un galpón, puro hierro, un hierro que en la mañana estaba como de nieve y como de fuego a las tres de la tarde. No le importaba qué faena fuese, con tal de que fuese una. Tenía inclinación al trabajo y gozaba en él y procuraba hacerlo siempre del mejor modo posible; si aceptaba hacerlo y le pagaban por ello, sentía la obligación de hacerlo bien; si no era de su agrado, lo rechazaba. En el trabajo, además, veía siempre lo que había de nuevo o de curioso y lo que era posible aprender. Conoció, en sus trabajos, a toda clase de hombres. Uno joven, lo llevaba todas las tardes, después de la jornada, a un río cercano, a bañarse; le enseñó a dar las primeras brazadas de la natación. Tenía un cuerpo exquisitamente modelado y Aniceto llegó a sospechar que el hombre lo sabía y lo llevaba al río solo para que lo admirara. Vestido era un ser vulgar, sin belleza alguna; desnudo era como un joven dios griego, un dios griego que trabajase de mecánico. Otro, alegre, despreocupado, que no se bañaba, que lucía remiendos por todas partes y que gozaba de todo, del aire, de los niños, de las mujeres, del pan, del vino, del queso. Reía siempre, aun en los peores momentos. Tenía los ojos grises y apellido italiano, aunque de italiano solo tenía los ojos grises y el apellido: era el ser más argentino que vagaba por la provincia de Mendoza. En los pueblos, de noche, cerradas ya todas las tiendas y boliches, golpeaba en la puerta de un almacén y aseguraba, a la persona que desde dentro le preguntaba quién era, que se trataba nada menos que del comisario del pueblo. Abrían la puerta inmediatamente y se reían o lo insultaban, pero Vicente Airoli conseguía su pan y su queso y a veces un trago de vino o de chicha. En su compañía vio Aniceto, por primera vez, los altos cerros de la Cordillera Central. Avanzaron de noche, por el campo, durante varias horas, y se acostaron a dormir, a la intemperie, rendidos, arropados bajo una frazada color tierra, mimetizada ya. Al amanecer, transido de frío, Aniceto miró hacia alguna parte y pudo ver, cerca de ellos y casi encima, levantándose

hacia el cielo, blanca, aunque con la cima sonrosada ya por las primeras luces del alba, una mole inmensa. Era un cerro, pero ¿cuál? Vicente le dijo:

—Es el Tupungato, viejo. Detrás de ese cerro está Chile.

Se acabó la pintura, y, como el hombre no apareció, entró a buscarlo. La panadería tenía vueltas y revueltas y muchos cuartos, grandes y chicos. En uno vio varios hombres semidesnudos: amasaban. Allí estaba el horno. Inclinados sobre un mesón, trabajaban, dejando escapar por entre los labios un siseo, al que acompasaban sus movimientos.

Se veían bañados en sudor. Uno de ellos preguntó:

—¿A quién busca?

—Al pintor —contestó Aniceto.

—El chileno está trabajando al final de ese pasillo —le informó el panadero, indicándole una dirección.

Se metió por allí y encontró al hombre: ahí estaba, trabajando con más furia aún. Aquello no era ya pintar: arrojaba, anticientíficamente, la pintura sobre el muro. Era un cuarto pequeño y sombrío, bajo de techo y al parecer destinado a guardar materiales. Las paredes estaban desconchadas hasta mostrar la armazón de madera y alambre. Imposible hacer correr la brocha sobre aquella superficie. A ras del suelo se veían cuevas de ratones. Se irguió.

—¡Qué le pasa! —exclamó, como si Aniceto hubiese ido a molestarlo. Sudaba a chorros.

—Se me acabó la pintura —explicó Aniceto, señalando el tarro. Tenía, también, la cara llena de transpiración y de salpicones de pintura.

Mudo, el hombre le dio más. Se veía que el trabajo, incómodo y ordinario, lo había puesto de mal humor. No volvió a salir a la calle. Al parecer confiaba en Aniceto, cosa que alegró a este y lo estimuló. Ya atardecido, bañado en sudor, terminó aquel largo zócalo. Le dio una mirada: no estaba mal del todo su primera pintura. Se veía pareja y se advertía cómo, a medida que se secaba, el azul profundo perdía intensidad, haciéndose transparente y agradable. Recogió su chaqueta y entró a la panadería con la escala, el tarro y la brocha. El hombre terminaba también.

—¡Qué trabajo! —exclamó, pasándose por la cara una parte del

antebrazo—. Trabajo para mulas.

Su rostro estaba cubierto de pintura desparramada en gotas y churretones. Menos que rostro, era un muro pintado a capricho. Reunieron el material en una pieza y se lavaron en un pilón. El agua, fresca, era deliciosa: se reunía en el hueco de un barril y se derramaba sin ruido y lenta sobre las piedras de un resumidero. El hombre se sacó las ropas de trabajo y se puso otras, limpias e igualmente pobres. Dijo:

—Espéreme afuera. Voy a arreglar las cuentas.

Salió al cabo de un rato. Llevaba, colgada de una mano, una bolsa de papel que contenía algo. Dijo:

—*Andiamo*.

Su tono era escéptico. Dos o tres cuadras más allá, se sentaron en el banco de una plaza pública. Habló de nuevo. El tono no había sufrido cambios:

—He trabajado durante tres días y esto es lo que saco al final: tres pesos. Los trabajos ordinarios tienen eso: dan poco.

Abrió la mano: tres arrugados billetes de a un peso estaban allí, pegados unos a otros.

—No he sacado más que para comer. Tome. Uno es para usted.

Aniceto guardó el billete. El hombre le acercó la bolsa de papel y le dijo, obsequioso:

—Sírvase, amigo.

Aniceto abrió la boca de la bolsa y miró: estaba llena de panes de todas clases y aun de galletas y pasteles. Sacó un panecillo de sabor dulce y lo comió. El hombre, por su parte, también sacó algo. Comieron. Cuando se separaron, la bolsa estaba vacía y Aniceto no pudo comer nada hasta el día siguiente: tenía en el estómago por lo menos un kilo de pan, galletas y pasteles.

Al otro día, muy temprano, se reunieron en la panadería, recogieron los tarros, las brochas y la escala y llevaron todo a un restaurante en que tenían que pintar una cocina. Los muros y el techo estaban cubiertos de grasa y hollín. Era un trabajo de apuro: el almuerzo se empezaba a armar a las once y para esa hora deberían tener ya todo lijado y con una mano de cal; la segunda mano la darían en la tarde, desde las tres, para terminar a las siete, hora en que los cocineros principiaban con la comida. Era un restaurante concurrido por trabajadores y empleados ferroviarios.

Mientras el hombre preparaba la pintura, Aniceto fue a comprar unos pliegos de lija y a conseguirse dos pequeños trozos de listones, que harían el papel de manillas, envolviendo en ellos la lija. Al regresar, todo estaba listo. Se repartieron la lija y los listones y empezaron. La lija resbalaba como sobre un cristal al pasarla sobre la capa de hollín y de grasa. Era necesario hacer mucha presión para romper la resistencia. La vencieron, y a las once de la mañana, lijados y pintados los muros y el techo con una lechada de cal, se retiraron, empapados de sudor. El maestro de cocina, cubierto con un delantal que inspiraba deseos de lijarlo, les dijo, cuando se retiraban:

—Vuelvan a almorzar, muchachos.

El almuerzo y la comida entraban en el contrato.

—Les voy a tener un puchero de primera.

En tanto llegaba la hora del almuerzo buscaron nuevos trabajos. El hombre golpeaba en las puertas de todas aquellas casas cuyos muros o puertas y ventanas se veían sucios. Salía alguien.

—¡Qué quiere!

Parecía temer que se tratara de salteadores.

—¿No necesita un pintor?

La impresión era de asombro.

—¿Pintor? ¿Para qué?

De seguro creía que todo estaba flamante en la casa. El hombre decía, con tono pesimista, como quien habla de las miserias de este mundo:

—Estas murallas están muy sucias. Mire esta puerta: toda descascarada. Ya no tiene color.

Metía una larga y dura uña en la ampolla de la pintura reseca por el sol. En la puerta quedaba, blanqueando, un circulillo. El desconocido protestaba:

—No me eche a perder la pintura. ¡Avise!

Si aceptaba pintar el frente de la casa o una pieza interior, la discusión sobre el valor del trabajo llevaba unas dos horas, las dos gratis.

En la tarde, ya terminado el trabajo, se sentaron cerca de la ventanilla por donde los cocineros entregaban a los mozos los platos en tanto miraban a la concurrencia, maldiciendo, de seguro, con sus delantales barnizados de grasa, a toda aquella gente que no parecía

tener, en el mundo, otra cosa que hacer que ir a comer allí. Un rato después, el maestro de cocina les sirvió la comida, repitiéndoles los platos que quisieron. Comieron como leones. Cobraron el trabajo y se fueron, separándose. Aniceto recibió tres pesos. El trabajo valía diez, pero fue necesario descontar el valor de los materiales. No pudo dormir y pasó la mayor parte de la noche bebiendo agua; la comida estaba salada.

Unos días después, constituido en socio de aquel hombre, tuvo el honor de ser considerado también su amigo, y, enseguida, su compañero de pieza. Conversando, se enteró de varias cosas. Sabía ya que era chileno. Supo, además, que se llamaba Francisco Cabrera y que se hallaba en Mendoza desde hacía unos años. Conocía Buenos Aires; no le gustó la ciudad.

—Es muy grande —le explicó— y en las ciudades grandes ciertas cosas se hacen más difíciles que en las chicas. Por ejemplo, yo soy naturista, vegetariano, esto último, en principio, ya que no puedo, debido a mi trabajo, llevar el régimen alimenticio que desearía. Usted ve cómo trabajamos, como animales, y ¿cómo alimentarse solo de lechugas y repollos? Algunos teóricos aseguran que hay individuos que ejecutan trabajos más pesados, tal vez más pesados que el mío, y que, sin embargo, solo comen vegetales. Hice la prueba y no podía levantar ni la brocha; para qué hablar de la escala. Podría comer huevos, que contienen mucha energía, pero ¿con qué los pago? Son carísimos, y, por otro lado, me caen mal, como la leche: me producen diarrea. Debo, entonces, comer carne. De otro modo, no podría trabajar; me caería de debilidad. El vegetarianismo es un régimen para gente que no necesita ganarse la vida en trabajos brutales; un régimen para los hombres de la sociedad futura. Mendoza es una ciudad pequeña, comparada con Buenos Aires, es claro: camina usted unas diez cuadras para allá o para acá y ya está en el campo, rodeado de viñas que en el verano están llenas de frutas. No hay más que estirar la mano. Me gusta darme baños de sol y eso no lo puedo hacer más que en donde hay poca gente; de otro modo, se ríen de mí o me insultan, y eso es desagradable. Una vez me tiraron piedras; creían que era algún loco. Al venirme de Chile era zapatero, zapatero de señora, muy buen obrero, pero es un oficio que exige estar sentado todo el día, metido en una pieza chica y oscura. Es mejor ser pintor: se trabaja

al aire libre y se hace más ejercicio. Aprendí a pintar.

Había otro compañero de pieza, un hombre moreno, fuerte, de mediana estatura, cabello renegrido y largo, voz altisonante, desenfadado y de malas pulgas, chileno también. De pronto, sin hacer la menor advertencia, rompía a cantar, dentro del cuarto y con una voz que Francisco y Aniceto hubiesen deseado oír desde más lejos, arias de óperas y canciones populares. Se llamaba Luis Alberto Romero y era oriundo de Valparaíso.

Francisco, según se enteró Aniceto, era conocido por el apodo de Schopenhauer. ¿Qué significaba eso? Se lo explicaron: era el apellido de un filósofo alemán, de quien Francisco se suponía discípulo. De tal filósofo, sin embargo, era poco lo que sabía. No había leído más que un libro suyo y de ese libro extraído algunas ideas, menos que ideas, frases que repetía con constancia y que le valieron el apodo. La favorita era: «La mujer es un animal de cabellos largos y de ideas cortas». A pesar de ello, según supo Aniceto, a Francisco le gustaban bastante las mujeres. Pero no admiraba solo las ideas de aquel filósofo; admiraba también sus costumbres.

—No se afeitaba nunca —aseguraba—. Cuando ya tenía muy largas las patillas, se las quemaba con un papel encendido.

El otro compañero de pieza recibió a Aniceto con la mayor cordialidad y entre él y Francisco confeccionaron al nuevo compañero, con cajones, tres o cuatro tablas y un jergón que sacaron de alguna parte, una cama en que durmió como un cacique. Pocos días después de ingresado a la comunidad y al siguiente de uno en que el vegetariano tuvo la oportunidad de darse un atracón de empanadas y de matambre aliñado con ají, a la chilena, proporcionándose así una indigestión, Aniceto, que hubo de hacer frente solo al trabajo que tenían, recibió del discípulo de Schopenhauer, enfermo y en cama, el encargo de pasar, a determinada hora de la tarde, por la casa de una señora llamada Lola, a quien debería comunicar que Francisco necesitaba de sus cuidados.

—Dile que tengo empacho y que por favor me venga a hacer el remedio que ella sabe.

Fue allá.

—¿Qué tiene? —preguntó la mujer, una mujer de aspecto

insignificante, con los ojos pelados y el cabello ralo, ajada la cara.

—Dice que tiene empacho —informó Aniceto.

—¿Dónde vive ahora?

Aniceto dio la dirección.

—Pues dígale usted que iré en cuanto pueda, tal vez en unos momentos más.

Mientras hablaba, Aniceto la observó con detención: la cara era insignificante e insignificante el porte; tenía, no obstante, desde la garganta para abajo, una piel muy blanca y tensa y el escote de la blusa mostraba el nacimiento de unos pechos llenos, jóvenes aún. No se veían en el seno esas arruguillas que anuncian la derrota de los tejidos y la entrada en la edad madura. Si lo que seguía era de la misma calidad, la mujercita no solo era buena para curar empachos.

Llegó cuando Aniceto acompañaba a Francisco, que parecía un buey enfermo. Se saludaron muy tímidamente, como si apenas se conocieran, y Francisco, entre mugidos, le dijo cuál era su mal y qué remedio necesitaba.

—Tú sabes cuál: ese para el empacho.

—Ponte de barriga —ordenó Lola.

Aniceto miró: el hombre se tendió boca abajo, se levantó la camisa y mostró, descubierta, la cintura. La mujer se restregó las manos, se masajeó los dedos, hizo unas flexiones con ellos y tomó, fuerte y transversalmente, la piel de la cintura, que bajo sus dedos formó una especie de chorizo. Apretó aquello y tiró con fuerza hacia arriba. Se oyó un rarísimo ruido, el ruido que produce una tela que se raja con violencia: el enfermo lanzó un bramido. La mujer soltó el chorizo; esperó un momento y repitió la operación, que volvió a ejecutar una tercera vez.

—Es un secreto de naturaleza —explicó la mujer a Aniceto, que presenció la intervención con ánimo entre escéptico y festivo. ¿Qué podría aquello contra las empanadas y el matambre con ají que el discípulo de Schopenhauer tenía atajados en la barriga?

Se retiró la mujer y Francisco quedó siempre boca abajo, silencioso.

Luis Alberto Romero, hombre de espíritu informativo, contó a Aniceto, a solas, que esa mujer, la Lola, una española caliente, según dijo, era casada con un maestro de cocina, un catalán alto, robusto, mal agestado, que había tenido la mala ocurrencia de

recibir, en su casa, en calidad de pensionista, a Francisco —no hay pensionista más cómodo que un vegetariano: se conforma con un poco de pasto— y Francisco, en menos que canta un gallo, aprovechando que el catalán trabajaba en un restaurante nocturno, se acostó con la mujer. El hijo de Catalunya no sospechó nada —¿quién va a sospechar tal cosa de un vegetariano?—, pero una noche en que ocurrió algo en el restaurante, una huelga de mozos o un principio de incendio, el hombre llegó a su casa a hora desacostumbrada, a la hora en que Francisco y Lola, abrazaditos, yacían en su propia cama. Schopenhauer, que no es ningún valiente —los discípulos de ese filósofo no tienen obligación de serlo— y que además estaba sin ropa alguna, en tanto que el maestro de cocina llegaba de sombrero y sobretodo, huyó como un gamo, recogiendo de su pieza, a la pasada y dando un salto de costado, una chaqueta; la otra ropa se le resbaló. Con esa chaqueta se cubrió lo que pudo y fue a dar, tiritando de frío, a la pieza de Luis Alberto, a quien contó lo sucedido y pidió refugio. Francisco recuperó después, por medio de Lola, sus otras ropas y sus útiles de trabajo —la escala, las brochas y dos o tres tarros vacíos, amén de una espátula—, pero el catalán no olvidó la ofensa y aunque no buscó a Francisco ni castigó a su mujer —se limitó a amenazarla con separarse de ella y quitarle la niña—. Francisco se dio cuenta, por la cara que puso el hombre cuando lo vio por la calle, que el cocinero tendría mucho agrado en meterle unos puñetazos o puntapiés por donde más le doliera.

—Y entonces pasaba una cosa muy divertida —contó Luis Alberto Romero—: uno iba por la calle con Pancho, conversando sobre la cuestión social o discutiendo, porque discutimos mucho —él pretende reírse de mí—, y de pronto Schopenhauer, sin decir esta boca es mía, echaba a correr y desaparecía. «¿Qué le pasa a este jetón?», me decía yo, y era que Pancho había avistado al catalán.

Pero un día en que Schopenhauer iba con la escala a cuestas y colgando de las manos tarros y brochas, se encontró a boca de jarro, al volver una esquina, con el marido de Lola: imposible huir con aquel peso encima e imposible dejar tirados en la calle sus bienes, mitad muebles, mitad inmuebles. Se aguantó, pues. El catalán se abalanzó, le echó la zarpa al cuello y le gritó, amenazándolo con el puño libre:

—¡Canalla! ¿Quiere usted vivir o morir?

Schopenhauer, sin soltar la escala ni la brocha ni los tarros, como si esperara que todo ello le sirviera de lastre, tragó saliva, miró al hombre y contestó, encogiéndose de hombros y mitad sonriendo y mitad afligido:

—Señor: soy discípulo de Schopenhauer, es decir, pesimista. ¿Ser? ¿No ser? Me da lo mismo vivir que morir.

El cocinero, que esperaba una reacción que le diera oportunidad de usar sus extremidades superiores e inferiores, quedó, al oír aquello, desarmado; miró a Francisco; le soltó el pescuezo, y le dijo, dándole un violento empellón:

—¡Vete, cobarde!

Schopenhauer no cayó: la escala le sirvió de contrapeso. Al día siguiente, mejorado de su indigestión, reanudó su vida habitual, animoso, con intenciones de pintar, en compañía de Aniceto, cuanto muro descascarado de pintura o desconchado de enlucido encontrara por la ciudad. En las noches, después de comida, Luis Alberto Romero y Francisco Cabrera discutían interminablemente sobre todo lo que había en el universo y que ellos conocían o desconocían, lo abstracto y lo concreto, las ideas y los hechos. El pintor era irónico, rabioso el carpintero. Francisco, además, era distraído y no le importaba serlo. Una mañana, muy temprano, Aniceto se sentó en la cama al oír algo que parecía un trueno, aunque podría ser un grito: miró y vio, medio dormido y entre la suave penumbra de la primera parte de la mañana, cómo Romero, en calzoncillos, tremolaba en el aire un par de pantalones, al par que ejecutaba una especie de danza guerrera. Aullaba:

—¡Este animal se puso mis pantalones! ¡Qué voy a hacer ahora!

—¿Qué pasa? —preguntó Aniceto, que no entendía nada—. ¡Qué va a pasar! —bramó el carpintero—. El jetón se levanta medio dormido y se pone lo primero que encuentra. Ahora se ha puesto mis pantalones. Tiró al suelo aquella prenda, pateó encima y se paseó por el cuarto como una pantera.

—Bueno —insinuó Aniceto, conciliador, aunque temeroso de que el carpintero se lanzara contra él—; después se dará cuenta y se los devolverá.

—¡Claro está que me los devolverá! —gritó el hombre—. ¡No faltaba más! Pero ¿por qué tengo yo que ponerme los pantalones de

otro? Además, usted no sabe lo que pasa: Pancho ha sabido que el catalán trabaja ahora de día y que sale muy temprano. ¿Y qué hace él? Se levanta temprano también y va a ver si puede acostarse con la Lola.

Aniceto, espíritu lógico, no advirtió relación alguna entre los pantalones y el propósito de Pancho: si lograba meterse en la cama con la mujer, de seguro no necesitaría para nada los pantalones, fuesen propios o ajenos; al contrario, le molestarían.

—¿Y eso qué importa? —preguntó.

—¡Cómo qué importa! —prorrumpió el carpintero, acercándose peligrosamente a Aniceto—. ¡Cómo no va a importar! Supóngase que el catalán lo pille otra vez en la cama. ¿Qué va a pasar? ¡Que el baboso va a arrancar en pelota y yo perderé mis pantalones!

Por fin se los puso y se fue, dando un portazo y echando sapos y culebras. En adelante durmió con ellos bajo el colchón.

VIII

Aprendió algunas cosas: a pintar, a la cal primero, al temple después, al óleo enseguida; supo de la cola, de la tiza, de las tierras de colores, del aceite, del aguarrás. Francisco le comunicó, sin ánimo pedagógico determinado, haciendo cosas, la sospecha de que el proletario, el hombre de trabajo manual, el paria, el desposeído, como él decía, puede y debe, como cualquier otro ser, valerse de todos los medios y de todos los recursos para subsistir, aunque algunos no sean absolutamente legales. No se trata de juntar dinero ni de adquirir bienes; se trata de comer, ¿entiendes?; puedes dejar de hacer esto o lo otro, leer libros o fornicar; no puedes dejar de comer.

Su sentimiento de la vida se componía de un elemento dramático, que le servía de armazón, y de otro humorístico, que hacía de representante y de decorado. Entre ambos lo sostenían y ninguno era profundo o alto, sino limitados; Francisco no era un creador. Solo quería subsistir y para conseguirlo se valía, como al pintar, de todos los recursos de que podía echar mano, aunque no a todos los tildaba, como a aquellos otros, de científicos, considerando así solo a los que eran naturales, nacidos del ser humano, no impuestos por las circunstancias. Sus ambiciones eran mínimas: comer, abrigarse y lograr, de vez en cuando, meterse en una cama, propia o ajena, con una mujer, ajena o propia, pero no podía tener una mujer propia y ni siquiera podía tener un cuarto para él solo: se veía obligado a compartirlo con alguien, por esos días con Luis Alberto Romero, que se molestaba porque él se ponía, equivocadamente, sus pantalones, que le atronaba los oídos con romanzas de ópera y canciones folklóricas, cuyo tono tomaba siempre alto, como si temiera que no le fuesen a oír bien, y que, además, lo aburría o sacaba de quicio con sus recuerdos de una vida de grandeza; como no podía tener una mujer propia, debía buscarse una ajena.

Creía en muchas cosas, en la fraternidad entre los seres humanos —dejando de lado el asunto de las mujeres propias o ajenas: esas son necesidades—, en el porvenir de la ciencia, en el futuro de la humanidad, nobles creencias que no se contradecían con aquella otra parte dramática y pesimista de su sentimiento de la vida humana; este sentimiento era aplicado y sentido como ser individual, no como ser social. Estaba convencido de la irremediable y total mortalidad del hombre, pero pensaba que aunque este, como ser individual, es perecedero, no lo es como ser social; después de que yo muera y desaparezca seguirán viviendo otros hombres, muchos hombres y mujeres, muchos, bastantes más que hoy, cada día nacerán más, como ha dicho Malthus, y yo estoy de acuerdo con él; pero el hecho de que el hombre sea un ser mortal no quiere decir que esté obligado a vivir en la miseria, dividido en clases, ahítas unas, hambrientas otras; y tampoco, porque uno es pesimista, debe renunciar a la vida; Schopenhauer no renunció; ya ves que hasta se afeitaba con un papel ardiendo; si esta vida no es más que esta vida y no hay otra, porque no puede haber otra —salvo que tú creas que hay otra; en ese caso arréglatelas como puedas—, y si uno no renuncia a ella sino que la acepta y hasta la encuentra hermosa y la ama, ¿por qué no hacer lo posible por vivirla bien? ¿Por qué soportar el hambre, el frío, la abstinencia, la tristeza y el abandono? Estoy vivo y por el hecho de estar vivo tengo mis derechos, por lo menos uno, el de vivir; si no les gusta, mátenme, pero haré lo posible por vivir lo mejor que pueda, así como ustedes lo hacen.

Schopenhauer, por supuesto, Francisco, jamás dijo un discurso de esta índole ni nunca pudo expresar, sistemáticamente, sus sentimientos y sus ideas; no era más que un pintor de brocha gorda y había en su mente algo que se lo impedía, quizás su escasa preparación o una falla específica o tal vez su sentido humorístico de la vida no le dejaba expresar aquel otro, dramático, que también tenía, o, al revés, porque el sentido dramático se mezclaba al humorístico y todo se echaba a perder.

Solo decía, por separado, una que otra frase, pero Aniceto, que lo sentía y lo miraba vivir y que le oía de vez en cuando esa una que otra frase, compuso con ello y para sí una imagen mental del hombre que le enseñó un primer oficio. Francisco no tenía vicios ni

manías; era limpio de cuerpo; se bañaba cada vez que podía, y lo podía a menudo, en invierno y verano, en agua fría, y tenía orgullo en ello. Si se quedaba sin trabajo y tenía algunos ahorrillos, siempre precarios, o si no quería trabajar durante un día o dos, porque contaba con ellos —también se decía discípulo de Lafargue, el apóstol de la pereza—, invitaba a Aniceto a salir de la ciudad, hacia su margen poniente, en donde, entre pequeños cerros, corrían algunos canales de agua de riego, en los que se bañaban, permaneciendo allí, desnudos, si el tiempo no era frío, silenciosos o conversando, haciendo ejercicio y alimentándose de pan y queso, uvas e higos secos. Francisco tenía muchos amigos, obreros algunos, intelectuales otros; entre los primeros, dos linotipistas, chileno uno, hombre robusto y activo, organizador de sindicatos y lleno de hijos, apellidado Pruneda; argentino el otro, de apellido Lauretti, delgado y escéptico, hijo de inmigrantes venecianos; tenía un hermoso e inteligente rostro, ojos verdes y ondulado cabello rubio; puso en manos de Aniceto los primeros libros de poesías, descubriéndole un mundo que el hijo de ladrón ni siquiera sospechaba; el catalán Palmada, talabartero, a quien sus compañeros llamaban El Inhumano, no porque lo fuera, sino porque jamás acertaba con el apellido del escritor español Miguel de Unamuno, pronunciándolo del modo que le valió el remoquete, y entre los segundos, el italiano Corri, con inclinaciones al periodismo, que siempre hablaba de escribir un *artécolo*; el poeta Salas, bohemio, de gran melena, y el dibujante Blazetti, de hermoso cutis, como de cera iluminada, con propensión a la dipsomanía.

Francisco no conseguía grandes trabajos, aunque la verdad es que no se afanaba mucho por conseguirlos. Era inútil intentarlo: carecía de capital. Vivía al día; lo que ganaba en uno, raramente le alcanzaba para más de otro. Si lograba un trabajo, llevaba allí la escala, las brochas, muchos tarros y su ropa de trabajo, tan llena ya de pintura que podía mantenerse erguida, como si dentro estuviese el propietario. Enseguida solicitaba un anticipo. El dueño de la casa preguntaba, asombrado:

—¿Qué?

—Un anticipo —repetía Francisco, sonriendo de modo cariñoso, como si tratara de seducir al hombre.

—¿Y para qué? Todavía no ha empezado y ya me pide plata.

¿Para qué quiere plata?

Creía que el único que la necesitaba era él.

—No tengo capital —explicaba Francisco, estirando los brazos y mostrando las palmas de las manos, como para atestiguar su pobreza.

El hombre dudaba. ¿Y si después no los veía más?

—Dejo aquí la escala y las herramientas y además dejo a mi compañero… Vale más de lo que le pido. Es para comprar material. Vuelvo enseguida.

La mayoría daba el dinero que Francisco pedía como anticipo, pues Francisco era un ser convincente y simpático; otros, recalcitrantes, se negaban, y entonces el maestro y su oficial recogían la escala, los tarros y las brochas y se marchaban sin despedirse, ofendidos, ya que la negativa significaba desconfianza. El dueño de la casa, de pie junto a la puerta, silencioso también —no había de qué hablar—, los miraba irse. ¿En qué pensaba? Quizá en nada o quizá todo ocurría, para él, en un plano de puro razonamiento, con exclusión de toda sensibilidad: los pintores venían, hablaban, se les respondía, hablaban de nuevo, se les volvía a responder, se iban, asunto terminado. Si el hombre daba el anticipo, Francisco gastaba una parte en comprar materiales y guardaba el resto: la alimentación no podía ser descuidada. Trabajaban con rapidez y a veces, en medio del asombro del interesado, terminaban en dos días una tarea que a otros les habría exigido una semana.

—Pero ¡cómo! ¿Ya terminaron?

—Sí, patrón. El trabajo está listo.

En este caso el patrón se alegraba de que ocurriera así y daba a los pintores una propina, felicitándolos por su rapidez; en el otro caso, sospechoso de pagar por el trabajo más de lo que valía o de que lo habían hecho mal, lo revisaba. Todo estaba bien. Sacaba su dinero y contaba los billetes de uno en uno, muy despacio, y los entregaba sin decir nada. Se iban los socios y se iban con la molesta sensación de que el hombre quedaba amargado por la sospecha de un engaño.

—Así es la vida —exclamaba Pancho—. Le hemos hecho un trabajo a conciencia y rápidamente; al baboso le parece mal.

Si se lo hubiésemos hecho con las patas y en un mes, estaría

contento, convencido de que los perjudicados éramos nosotros, en tanto que ahora cree que hemos salido gananciosos.

Algunas veces no hubo trabajo. El discípulo de Schopenhauer, de Lafargue y de los grandes naturistas de los siglos diecinueve y veinte, recurrió entonces a los medios extremos. Llegó la noche y se hallaron con el estómago vacío y sin un solo centavo en el bolsillo.

—Mira —dijo Pancho—: vamos a recurrir a lo extraordinario. Podríamos acostarnos sin comer, pero acostarnos sin comer significa levantarnos sin desayunar y eso es ya demasiado. No hay que acostumbrarse a ninguna clase de abstinencia. Soy muy trabajador, tú me conoces; tú también trabajas como un diablo cuando es necesario. No es culpa nuestra que no tengamos trabajo ni plata.

Fueron hacia la estación de ferrocarriles y llegaron ante una tienda iluminada y, en apariencia, desierta. Por lo que podía verse, juzgó Aniceto que era una prendería o cambalache, adonde se va a vender o a comprar lo que se puede o quiere: un reloj, un martillo de carpintero, un chaleco, una cuna o un par de zapatos. Se compraba de todo y se vendía de todo.

—Espérame aquí y avísame si alguien viene.

Aniceto sintió miedo y miró hacia un lado y otro: eran las nueve de la noche y no se avistaba alma alguna. Francisco entró y atravesó una sala que parecía ser la principal y avanzó hacia otra, más pequeña, comunicada con la primera por medio de una arcada. Pisaba con tranquilidad y parecía no temer nada. Aniceto vio en el fondo de esa segunda sala, ante una cortina de tela ordinaria y sentado en una rústica silla de brazos, a un hombre delgado, de gran barba, cubierto el cuerpo por un sucio guardapolvo y la cabeza por una gorrilla de raso color negro. Estaba inclinado y no se podía saber si dormía o reflexionaba o si permanecía así porque le daba la gana.

Francisco llegó a dos pasos del hombre y se detuvo; el hombre no levantó la cabeza; dormía, y Aniceto vio cómo su amigo estiraba el brazo hacia un estante cercano, tomaba algo y giraba hacia la salida. Sus pasos querían ahora ser más livianos. Salió a la calle. Suspiró. Tal vez, durante un momento, había retenido la respiración o estuvo asustado.

—Vamos —dijo.

Su voz era la de siempre. Llegaron hasta la esquina. Aniceto no

preguntó nada. Seguía asustado y no sabía qué llevaba en la mano su compañero; tampoco tenía mucho interés en saberlo. Le impresionaba el acto más que lo que pudiera producir.

—Volvamos —ordenó Francisco.

Aniceto dio la vuelta con poco brío. Le pareció absurdo volver a una parte en que se ha robado algo. Francisco se dispuso a entrar, y Aniceto, que creyó que de nuevo haría el papel de vigilante, avanzó hacia la vidriera.

—No —susurró el amigo—; ven tú también.

Entraron. La curiosidad reemplazó al temor. Francisco avanzó con la tranquilidad y seguridad de unos momentos antes y se detuvo ante el hombre que dormía; pero ahora estiró el brazo y dio una manotada sobre el hombro del durmiente. El hombre dio un salto.

—¡Hola, paisano! ¿Qué tal? ¿Tiene sueño? Buenas noches.

Un rostro enjuto, que lucía una nariz excesivamente encorvada y unos ojos clarísimos, se levantó hacia ellos, un poco estupefacto. Pero el individuo reaccionó con rapidez.

—¡Paisano, qué gusto de verte! —exclamó amistosamente—. ¿Qué te trae por aquí?

No se levantó. Era muy calvo y hablaba un español sospechoso, con íes en donde menos falta hacían. Francisco contestó:

—Necesito un poco de plata, paisano. Te traigo esto.

Abrió la mano y mostró el reloj de plata o de níquel, ordinario, casi del tamaño de un platillo de café.

—¿Un reloj? Ah, paisano; tengo muchos relojes. Mira.

Aniceto miró: había allí por lo menos un medio centenar de relojes, cada uno más ordinario que el otro. Su amigo pudo haber tomado una docena; solo tomó uno, el que estaba más a mano.

El regateo fue largo. Al final, el cambalachero accedió a dar dos pesos por el reloj, pidiéndole a Pancho que para otra vez le trajera algo más valioso. Sacó, con unas uñas que tenían casi la misma línea que su nariz, los dos billetes y los entregó, recibiendo en cambio el reloj, que puso en el mismo sitio de donde había sido sacado unos momentos antes.

—Adiós, paisano; muchas gracias. ¿Todavía te gusta la grapa?

Al hombre le brillaron los azules ojos.

—¡Oh, sí! Pero bebo poquito, únicamente de noche. Por eso a

esta hora me da sueño.

—¿Cuándo va a pintar esto? —preguntó Pancho, deteniéndose y señalando toda la tienda.

—Todavía no. La pintura está *boina* todavía.

Los muros eran un puro desconchado. ¿Y cómo pintar aquello? Los estantes llegaban hasta el techo y se veían cubiertos de innumerables objetos. ¿Dónde ponerlos mientras se pintaba? Las mesas y mesones desbordaban. No era asunto para un viejo y tal vez no lo era ni para un joven.

Salieron. En la calle Aniceto echó a reír, aflojando la tensión de ese cuarto de hora. Pancho lo acompañó. Rieron hasta que se les saltaron las lágrimas. Después se fueron a comer.

La segunda visita al «paisano» resultó más entretenida, aunque mucho menos fructífera, y el carpintero cantor y de malas pulgas, que también estaba sin trabajo, los acompañó. Después de dar una mirada a la calle y mientras Aniceto vigilaba, entraron los otros y tomaron, sin ir muy adentro, lo que estaba más cerca de sus manos: tres pares de zapatos; pero, a causa de la precipitación, no se fijaron en lo que tomaban y el resultado fue que ninguno de los zapatos tenía nada que ver con el otro. Se sentaron en la orilla de una acera, a reírse, y arrojaron los zapatos a una acequia. No les servían a nadie y no podían ir a devolverlos. Se acostaron sin comer, riendo todavía.

Pero aquello era un recurso más bien caprichoso. Por lo general, Francisco recurría a la fruta, ya que era entusiasta frugívoro, como decía. La uva no tenía precio y las viñas pequeñas carecían de cuidadores. Entraban, después de saltar unos muros de adobones que mostraban las huellas de los anteriores visitantes, y se tendían en el suelo, entre las hileras, y comían, eligiendo los más gordos racimos y las mejores variedades, hasta que sentían que el zumo les iba a salir por las orejas. Esa comida no era más que una ilusión. Una hora después, luego de orinar abundantemente, sentían la misma hambre y empezaban a pensar en alimentos más densos. Volvían entonces a las brochas, a la escala y a los tarros, llamando a las puertas de las casas cuyos muros, puertas y ventanas mostraban una pintura derrotada ya por el sol, el viento y la lluvia.

IX

Francisco y Luis Alberto no son en Mendoza más que un recuerdo. El primero vive en Chile y el otro desapareció hacia el sur. No queda más que Aniceto, de vuelta, después de nueve años, enamorado de una mujer casada. La compañía, con su galán joven repartidor de embarazos y siempre en busca de clientela; su director, tardo del oído derecho y ojo avizor sobre la primera actriz, su mujer, que figura o puede figurar entre la posible clientela del galán; su característica, madura ya, entrada en carnes, sonriente y decidida, que tampoco quita ojo de su hija, a pesar de lo cual el galán logra un embarazo y provoca un aborto; su barba anodino, que viaja con la mujer que robó de un hotel —no se supo qué hacía allí: si era camarera o huésped— y a quien quiere convertir, de cualquier modo, en actriz, y su traspunte de mal humor, que se dice descendiente de un barón judío que tenía una tienda de muebles en Antofagasta, la compañía se mueve por las orillas de la pampa o la atraviesa, desde Mendoza a San Juan, desde San Juan a Córdoba, desde Córdoba a Rosario de Santa Fe, desde Rosario a Buenos Aires. Parece el camino del *linyera* y no es más que el camino de unos cómicos, aunque también podría ser el de un vendedor viajero o el de un secretario de sindicatos; el de algún político o el de un ganadero o el de un pícaro, de un desvalijador de joyerías, por ejemplo, como lo fue Aniceto Hevia, alias El Gallego, padre de Aniceto Hevia el joven. Este, de haber sido gaucho rastreador, podría encontrar por ahí, en los caminos que llevan a Buenos Aires, los pasos de su padre, aquellos pasos que perdían gravedad a medida que se dilataban las pupilas de los gatos. Pero, claro está, no hallaría nada. En los senderos de la pampa nadie puede ya hallar los pasos de nadie: «Viento soplando, pasto creciendo», decía el indio al referirse a la pampa, a la pampa argentina, no a la de Chile, que también tiene la suya, muy distinta, pues en la chilena, aunque sople el viento, no crecen los pastos.

Niño aún, Aniceto oyó hablar de la pampa y aprendió cosas que todavía recuerda, aunque ya, por esos tiempos de su infancia, gran parte estaban desaparecidas, y un buen día, un día de verano, la compañía llega a Buenos Aires. Esta es tu ciudad nativa, Aniceto. Me parece una ciudad conocida, llena de gente desconocida. Y aun la ciudad me parece desconocida. Aquí, en este sitio, había un pantano. Ya no está… Hoy hay una fábrica de bebidas gaseosas. No me extraña. Por supuesto, aquí, tal como en la pampa, no encontraré las huellas de nadie. Encontrar aquí a un hermano debe ser tan difícil como debió serlo, en otros tiempos, en las tierras que iban desde Carmen de Patagones hasta la Punta de San Luis, tierra repleta de indios tehuelches, ranqueles, pehuenches y pampas: «*A muchi mai, weñi. peñi*
Mari-mari,
». («Me voy, pues, amigo. Salud, hermano»). Pero si no hay hermanos hay amigos, dos o tres, y el primero que aparece es este, aquel que conociste en Chile, en las orillas del río Aconcagua, cerca de Valparaíso. ¿Recuerdas? Patricio Reyes.

¿Cómo no recordarlo? Le parece verlo, todavía, sentado sobre el húmedo pasto fluvial, entretenido en jugar con dos pequeñas tortugas. Las anima a caminar, hostigándolas con una ramita.

—Vamos, camina, floja.

—¿Son suyas?

—Mías.

Usaba anteojos, cosa rara en un vagabundo, que parece necesitar siempre muy buena vista, y no anteojos de varillas sino de pinzas. Además, viaja con las tortugas.

—¿De dónde viene?

Aniceto, que acaba de atravesar la cordillera, giró el cuerpo y señaló las altas montañas, como para que no cupiese duda.

—De la Argentina.

—¿De la Argentina?… ¿Buenos Aires?

—Soy de Buenos Aires; vengo de Mendoza.

—¿Todo a pie?

—No. Hicimos ochenta kilómetros en tren, escondidos. ¿Usted conoce?

—Sí.

—Llegamos hasta Zanjón Amarillo.

—¿No anda solo, entonces?

—Ahora, sí.

—¿Qué se hicieron sus compañeros?

—Fueron para Santiago y me separé de ellos. Quiero ir a Valparaíso.

—Yo soy de Valparaíso. ¿Por qué quiere ir para allá?

—Me gustaría ver el mar.

En esos tiempos no conocía el mar. No conocía sino ríos, ríos al lado de los cuales el Aconcagua era un riachuelo; ríos pluviales, no de deshielo, como ese. Sus pies recordarán siempre la suavidad de las arenas del Paraná y del Plata, así como recordarán la mordedura de las frías aguas del Estrecho de Magallanes o la tibia acogida de los lagos del sur de Chile.

Se hicieron amigos y compañeros y llegaron juntos a Valparaíso. Querían embarcar hacia el norte. Patricio partió. Aniceto, sin documentos, quedó varado en la playa. Motín, cárcel, enfermedad, hambre, amigos, amigos pobres, miserables, no tan miserables como él, sin embargo, pues siquiera tenían lo que él necesitaba: un cuarto en un conventillo, un colchón tan alto como una moneda, una frazada con agujeros, algo, en fin, en que el hombre, por paria que sea, pueda dormir o morir. Además, una manera, un procedimiento, una técnica de ganarse, con un escaso esfuerzo, un escaso sustento. Había también una filosofía de la miseria y de la vida y del hombre miserable, tal vez de toda la vida y de todos los hombres. El Filósofo, Cristian, seres también desaparecidos de su horizonte, ese horizonte que rodea siempre al ser humano, que puede ser amplio o reducido, pero que va, con los años, empequeñeciéndose.

Allá se separaron, en las escaleras de hierro del viejo muelle de Valparaíso.

—Adiós.

—¡Al «Limarí», al «Limarí»! —gritaban los boteros.

Un remolcador caía a estribor. Callao, La Libertad, Buenaventura, Panamá, La Guayra, Curazao, islas de Barlovento.

—Adiós.

El marinero de la Armada, bichero en alto, se acercaba, parado en la proa de la gasolinera. Valparaíso, caleta El Membrillo, El Almendral, el Cerro de la Cárcel, Calaguala.

Y ahora volvían a encontrarse, Aniceto y su amigo Patricio, en el

asfalto de Buenos Aires. Tenía siempre sus lentes y parecía un poco más gordo.

—¡Qué gusto volverlo a ver! Nueve años… ¿Se acuerda?

Aniceto sonríe y asiente:

—Creí que estaría por Hudson Bay, cazando animales de piel.

—No llegué tan al norte. Apenas hasta Nueva York y San Francisco. ¿Y usted?

—No me he movido de Chile. Lo recorrí de arriba abajo. ¿Cómo supo que estaba aquí?

Lo encontró a la salida del teatro, una tarde, después del ensayo. Allí estaba, brillándole los espejuelos.

—Vi la propaganda de la compañía: «Apuntador, Aniceto Hevia». Pensé: «¿Será él? ¿Y por qué no? ¿Por qué no puede ser apuntador Aniceto Hevia?». Y aquí me tiene. ¿Qué tal?

Qué tal… Se dice qué tal y parece que se ha dicho todo, es decir, nueve años vividos de punta a punta desde las orillas del Aconcagua hasta Nueva York, por el norte, y hasta el Estrecho de Magallanes, por el sur, más de once mil kilómetros, casi el diámetro de la Tierra. Qué tal… ¿Cuántos días, cuántas noches, cuánta soledad, cuánto trabajo?

Aniceto se entera, no sin sorpresa, que su amigo está casado y tiene dos hijos. También los vagabundos se casan. Cuántas cosas pueden pasar en nueve años…

—Hice varios viajes a Nueva York y a San Francisco, a veces en el mismo barco, o en otros, y volví también a Santiago. Después de los dos primeros viajes lo busqué en Valparaíso. ¿Dónde estaba usted?

Aniceto se encoge de hombros y sonríe:

—En la cárcel o pescando basuras en la caleta El Membrillo. Quién sabe. Tal vez en Santiago o en el sur. Regresé también a Valparaíso, varias veces. Estuve en Punta Arenas, en Valdivia, en Chiloé. No he perdido el tiempo.

—De Santiago vine a Mendoza —continúa el amigo— y allí estuve algún tiempo. Me casé y me vine para Buenos Aires. Viví también en La Plata, un año. Trabajo en la Compañía Singer.

—¿Buen puesto?

—Nunca tendré un buen puesto. No sé inglés y creo que nunca lo aprenderé. Soy uno de tantos cajeros… ¿Quiere conocer mi

gente?

—Tendría mucho gusto.

—No es una gente demasiado, interesante. Lo único interesante que tiene es que es mi gente.

Reside en una calle cercana al centro de la ciudad, en una casa de inquilinato —vive allí una gran cantidad de gente— y ocupa una habitación con su mujer y sus dos hijos, un varón, el mayor, de unos dos o tres años, y una niña, de pecho aún. Patricio Reyes no ha progresado mucho; es siempre pobre, más pobre quizá de lo que era cuando vagaba por los caminos de la tierra y del mar, ya que entonces tenía, por lo menos, libertad. La mujer es persona modesta, sencilla, casi rústica y sin belleza. Conoce a Aniceto. Patricio le ha hablado de él. El niño tiene los ojos parecidos a los del padre, es regordete, retaco. La niña sonríe y mama. A pesar de la modestia, casi de la pobreza, hay un ambiente de dignidad, de limpieza. Hay también un olor a leche, un olor a niño de pecho.

Aniceto permanece un breve momento y se va. Al irse quiere dar al niño, que lo acompaña hasta la escalera, unos centavos, como hace mucha gente con los niños; pero el mocoso, mirándolo con ojos muy serios, se niega a recibirlos. Un poco intimidado, pues le parece que el niño le ha dado una lección, se marcha.

En la tarde, en los entreactos, cuenta a Virginia lo ocurrido, agregando cómo y cuándo conoció a ese hombre.

—¿Y te puedes fiar de él? —pregunta ella.

—Yo creo qué sí —responde Aniceto—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por preguntar…

Pero Virginia no pregunta por preguntar. En un segundo ha visto las posibilidades que ofrece esa amistad de Aniceto. Ellos necesitarán una casa, la casa de un amigo, la pieza de un amigo, en donde esconderse durante algún tiempo. Sí, porque han decidido fugarse juntos, bueno, fugarse ella, abandonar a su marido, irse con Aniceto. Ella es la prisionera y ella es, en consecuencia, la que quiere conseguir su libertad. Su mente trabaja en esa dirección, como la mente de todos los prisioneros.

—Junta dinero —ha dicho a Aniceto.

Pero Aniceto, por más esfuerzos que hace, no logra juntar nada. Tendrán que irse así, pobres, solo con cien o doscientos nacionales, y correr la suerte que les sea deparada. Aniceto no tiene gran idea

de lo que sucederá y tampoco la tiene Virginia; pero esta sabe, por lo menos, que se irá, que es para ella lo principal.

Pocos días después Aniceto encuentra otro amigo. Este es de Valparaíso. No recuerda su nombre, aunque sí su figura, inolvidable.

—¿Cómo te llamas? —pregunta, acercándose a él.

El hombre se siente un poco ofendido:

—¡Hombre! ¿No sabes cómo me llamo?

—No. Hace tanto tiempo que no te veo. Sé que te conocí en Chile, en Valparaíso, sé qué eres y qué haces, pero he olvidado tu nombre.

—Gallardo, hombre, Enrique Gallardo. Tienes mala memoria.

—Es claro: Enrique Gallardo; ahora recuerdo.

Es un obrero calificado, calderero, anarquista sindicalista. En los tiempos en que Aniceto lo conoció era hombre que repartía sus horas, lo mejor que podía, entre el Sindicato de Metalúrgicos y las mujeres. No se sabía en Valparaíso, exactamente, cuál era su mayor pasión, si el sindicalismo o el bello sexo, y habríase tenido que seguirlo, durante sus horas de descanso, cronómetro en mano, para saberlo. Era soltero. Es un hombre de estatura regular, esbelto, levemente encorvado de espaldas, curvatura que está compensada con otra, leve también, de sus piernas, lo cual da a su cuerpo, mirado de perfil, una insospechada línea de elegancia. Su rostro es casi hermoso, de noble expresión, bien dibujados los rasgos, de agradable color la piel. Luce un bigote que parece el sueño de un guardia civil: largo, parejo, sedoso; ni un solo pelo cae sobre la boca y cada uno tiene la longitud que, dada su ubicación, debe tener. Muchos de los adinerados caballeros que usan cosméticos y bigoteras y se llevan horas y horas retorciéndose las guías o aplastando a manotazos los díscolos pelos que amenazan meterse en la nariz o introducirse a la boca, darían años de su vida por el bigote de este obrero metalúrgico. Enrique Gallardo ni siquiera se los atusa. Se creería que ha nacido con ellos, como con su nariz o su frente. Para colmo, aunque no viste ropas finas, tiene el aspecto de salir de la tienda de un sastre de primera categoría. Todo parece quedarle bien, como los bigotes.

—¿Qué haces en Buenos Aires?

—Estoy aquí desde hace varios años. ¿Y tú?

—Ando con una compañía teatral. Estoy recién llegado.

—¿Y qué me cuentas?

Aniceto tiene muchas cosas que contar, pero lo primero que cuenta a su amigo, en un café al que se meten para conversar, es su enredo amoroso. ¿A quién contárselo mejor? Gallardo es el hombre a propósito para ello y Aniceto tendría que buscar mucho en la ciudad para encontrar a alguien a quien su historia haga más impresión y despierte más interés. Gallardo sonríe, brillantes los ojos; parece que fuera él quien, dentro de pocos días, huirá, con una mujer casada.

—¡Hombre, qué macanudo!

Rejuvenece.

Aniceto no sabe si eso es macanudo o no. Puede que al fin de cuentas no lo sea, ya que no todas las cosas que ocurren son macanudas. Sabe, únicamente, que eso ocurrirá y que él tomará parte en ello; está comprometido. No sabe qué pasará, si intervendrá la policía y si ellos deberán ocultarse durante días o meses, pasando de un barrio a otro, como conspiradores o como ladrones, y todo eso sin dinero, de noche y de día, tal vez disfrazados, pasando hambre y durmiendo y amándose sobresaltados. No se sabe tampoco si el marido tomará la cosa con calma y no hará nada, o si, enterado de todo, buscará a Aniceto y le meterá una bala o lo mandará preso. Por esos mismos barrios se deslizó, hace años, en las horas nocturnas, el imponderable Aniceto Hevia, ladrón de joyas; ahora, su hijo, mucho menos imponderable, se deslizará con una mujer que se ha robado, de seguro con menos valor que el padre, aunque con no menos interés en salvar lo que lleva y en salvarse a sí mismo.

Aniceto plantea el asunto: necesita una casa a donde llegar; una casa en donde esconderse, si no él, la mujer.

Enrique Gallardo explica lo que le sucede. También tiene su historia.

—Te ofrecería de buena gana la mía, pero no puedo. Casi no tengo casa. Mejor dicho, tengo una, pero es muy chica y está llena de gente.

Sonríe y baja la voz:

—Tú te acuerdas quién era y cómo era yo en Valparaíso; un mujerero. Eso terminó. Me vine de Valparaíso con una muchacha;

me la robé. Era hija de un militar retirado, coronel o mayor, algo así; una bestia. Vivían al lado de una casa en que yo tenía mi pensión. Mi patrona me contó un día lo que pasaba. «Hay una muchacha preciosa —me dijo—. Es a la que trata peor el milico. ¿Quiere conocerla?». Por curiosidad, acepté. Subimos a su dormitorio y desde una ventana pude mirar hacia el patio de la casa vecina, en el que había, sentada en una silla, una señora al parecer ya de edad, un poco desaliñada. «Es la mujer del capitán». Como no se veía ninguna muchacha, quise irme, pero la patrona insistió: «Espérese un momento. Quédese detrás de los visillos». Abrió la ventana y chistó a la señora. Esta, que tejía algo, levantó la cabeza, mostrando unos ojos claros de precioso color. «¿Cómo está, vecina? Buenos días», dijo, con una cara muy alegre. «Buenos días —respondió mi casera—, ¿cómo está usted? Lindo día, ¿no es cierto?». «Precioso —contestó la señora—, hay un sol rico». «¿Cómo está su gente?». «Muy bien, gracias». «¿No está el coronel?». «No, salió», respondió la señora, sonriendo. En ese momento, traída tal vez por las voces, salió al patio alguien que me pareció un ángel. Nunca había visto una muchacha ni una mujer tan linda. Me quedé con la boca abierta, detrás de los visillos. La casera me dio un puntapié, suave, como para llamar mi atención. No hacía falta. Yo estaba como un gato delante de un pedazo de hígado: me enamoré inmediatamente, y hasta los tuétanos. Terminó la conversación, la casera cerró la ventana y me dio algunas explicaciones. «Las conozco desde hace mucho tiempo —me dijo— y a veces les hago algunos servicios, les compro algo, les echo cartas al buzón o les presto de esas revistas que tiene Luis. Viven como si estuvieran presas. No pueden salir sino con el milico. El hijo está en la Escuela Militar y no tiene nada que envidiar al padre. Tiene dos hijas, esa que vio usted, que es la mayor, y otra, menor, interna en un colegio de monjas». «¿Cómo se llama la mayor?», le pregunté. «Guacolda. Es preciosa. ¿Le gustó?». Preciosa… No era esa la palabra. Me olvidé de todas las demás mujeres y pasé días pensando cuál sería la mejor manera de comunicarme con ella. Yo era un obrero, todavía lo soy, pero gano buen salario; tengo buenas costumbres —en ese tiempo la única mala era la de acostarme con el mayor número de mujeres—. Si era así, ¿por qué no podía aspirar a conseguir esa muchacha? El que está preso acepta cualquier medio para conseguir

su libertad, mucho más si ese medio no es deshonroso. Pero ¿cómo? No podía ni pensar en entrar por la puerta de la casa. El milico me habría sacado volando. Le pedí a mi casera que me ayudara. Aceptó. Era una mujer ya vieja, casada o amancebada con un hombre mucho menor que ella, epiléptico. Se llamaba Luis y era hermano de un compañero mío, otro
anarco-sindicalista.
No podía trabajar y ella lo mantenía y lo vestía, es decir, le daba de todo. El muchacho —aunque tenía sus treinta años parecía un muchacho— sufría tres o cuatro ataques diarios, a veces en la mesa, mientras comíamos, y ni él ni ella eran felices. Él no hacía otra cosa que leer revistas. Ella lo trataba como si fuera su hijo, aunque dormían juntos, y él, aunque agradecía todo lo que ella le daba, tenía conciencia de su condición y se sentía desgraciado. Me ayudaron los dos. Como te dije, pasé largas horas mirando a la muchacha desde detrás de los visillos. ¿Qué hacer? Un día, ya desesperado —pensaba que debía tener el mayor tino; cualquier imprudencia lo echaría todo a perder—, decidí comunicarme por escrito con ella. Escribí en un papel tres o cuatro frases, amarré el papel a un ramito de flores y lo tiré al patio en los momentos en que estaba sola, y sin que me viera. El ramito cayó a su lado. Cerré la ventana y me quedé mirando. Levantó la cabeza y miró hacia la ventana; después recogió las flores y descubrió el papel. Se oyó la voz de la madre. Metió todo en un bolsillo de su delantal y esperó, en tanto miraba de nuevo hacia arriba. Salió la madre, habló unas palabras con ella y volvió a entrar a la casa. Ella, entonces, girando el cuerpo, como ocultándose, sacó el papel y lo leyó. Permaneció un rato así, mirando el papel, tal vez leyéndolo varias veces. No veía su cara y no podía ver qué expresión tenía en ella. ¿Qué iba a pasar? ¿Cuál sería mi suerte? Se levantó de la silla, fue hacia el fondo, tiró el ramito hacia el techo de su cuarto y guardó el papel en el bolsillo. Al principio no comprendí nada. ¿Por qué tiró las flores? Porque los demás podían verlas, me dije. El papel, en cambio, lo ha guardado. Es más fácil de esconder. No volvió, sin embargo, a mirar hacia la ventana. También me lo expliqué: podía tratarse de una broma. Guardar el papel no la comprometía ni la exponía. Mirar de nuevo, sí. En fin, no quiero latearte. Seguí tirándole flores y cartas, poesías y pensamientos que copiaba de algunos libros. Mi casera

habló un día con ella desde la ventana; la muchacha le preguntó quién era yo. Resulté descrito como si se tratara de un príncipe ruso. «Dígale que quiero verlo», le dijo ella. Fui a una buena peluquería, me hice cortar y lavar el pelo, recortar el bigote, darme un masaje facial. Después tomé un baño caliente, me vestí con lo mejor que tenía (no la iba a mirar sino desde la ventana) y fui a presentarme. Esperé que estuviera sola, golpeé los vidrios de la ventana y me asomé, sacando casi todo el cuerpo para afuera. Nos miramos, nos sonreímos, nos hicimos gestos, le tiré unos besos con los dedos y cerré la ventana. Ella quedó mirando. Bajé la escalera cantando «Bandiera rossa»: «*Avanti o popólo, alla riscossa, bandiera rossa, bandiera rossa*…». Tres meses después se arrancó de su casa y nos vinimos a la Argentina. Aquí estamos. Tengo seis hijos…

Aniceto conoce también a la mujer y a los hijos de este amigo. La casa, pequeña, parece un asilo de niños. Los hay de ocho años y de meses; uno gatea. La mujer fue alguna vez, sin duda, una hermosa muchacha. Quedan rasgos de ello: el color, la piel, el pelo, los ojos. Pero hoy está sumergida en un río de grasa, despeinada, desarreglada, rodeada de párvulos, de pañales sucios, de andaderas, de calcetines, de zapatos, de cunas y de bacinicas. Aniceto se siente raro y extraño allí; un intruso, y se va luego, desazonado, casi triste. ¿Cómo es posible? Aquel bárbaro, enamorado, ha convertido a la muchacha en algo que se parece ya a una vaca. La ha destruido.

Porque el hombre, cualquier hombre, puede destruir, en cinco o diez años, a la más preciosa de las mujeres. Puede destruirla, también, en una noche. Y a veces puede ser él el destruido.

X

No había, pues, en las casas de esos amigos, sitio para nadie. No podían aceptar en ellas más que niños, cuatro, seis, ocho o diez; un adulto que no fuese el padre resultaría tan extraño como un elefante marino. Pero, si no tenía espacio en su casa, Enrique Gallardo poseía, en cambio, iniciativa.

—No te preocupes —le aseguró—. Te buscaré una casa.

La buscó, en efecto. Días después Aniceto fue presentado a un hombre moreno, musculoso y nervudo, con cara de pocos amigos. Parecía dispuesto tanto a hacer un favor como a proporcionar un mal rato. Su voz era dura y resuelta. Aniceto se sintió cohibido. ¿Podría, ese hombre, desempeñar algún papel favorable en un enredo amoroso?

—Vamos para mi casa —propuso el individuo, cuyo apellido y nombre no percibió Aniceto, ya que más bien gruñó que habló al ser presentado, y pareció ordenar que fuesen para su casa.

Fueron. Vivía lejos del centro, en una casa que formaba parte de una hilera de otras semejantes, unidas entre sí y de dos pisos —en el primero vivía una familia, en el segundo otra—; al frente había otra hilera, separada por el callejón que formaban los muros delanteros. Muros altos dividían los patios. Al final, en un segundo piso, el hombre presentó a su mujer, una persona delgada, morena, que planchaba un montón de ropa. Un pañuelo blanco sujetaba sus negros y duros cabellos. Dejó la plancha y estiró una mano que parecía la de un gato, tan tibia y tan pequeña era; ofreció asiento. Su voz era tímida y amable.

Consultada, respondió:

—Sí. Podemos hacerlo. No tenemos hijos y daremos al compañero la pieza que ahora nos sirve de dormitorio. Nos arreglaremos en el taller. Le dejaremos una cama.

Quedó convenida la contribución que Aniceto debería entregar, apenas pudiera, a la economía de la casa. El hombre habló poco.

Aniceto, de reojo, lo observaba: tenía una alta frente sin forma precisa, pues era bastante calvo, y toda la piel de su rostro y de sus manos estaba quemada por el sol. Daba la impresión de ser un obrero de esos que trabajan al aire libre, un peón ferroviario, de construcción o de caminos. Vestía pobremente y no tenía, en sus rasgos, ni siquiera en sus ojos, insistentes, belleza alguna. Era un hombre que tanto podía inquietar, si no se le conocía, como tranquilizar, si se era su amigo. Aniceto sospechó que no llegaría a ser su amigo y que, tal vez, en el futuro, ninguno de los dos sentiría aprecio por el otro. Virginia contribuiría a separarlos.

Se fueron.

—¿Quién es este hombre? —preguntó Aniceto a su amigo, ya en la calle.

Gallardo lo miró de reojo, con una mirada que daba a entender que comprendía la inquietud de su compañero y esperaba la pregunta. Sonrió.

—Mira —le dijo—, es uno de los tantos compañeros que he conocido aquí. Se llama Benito Rosas. Se puede confiar en él, aunque no es simpático. Es muy violento. Si de él dependiera, el problema social se resolvería a puñaladas. Es partidario de lo que algunos compañeros preconizan: la acción directa. A mí, hasta cierto punto, no me parecería mal, en determinado momento, la acción directa. Hay ocasiones en que valdría la pena dar una puñalada o un balazo, incendiar una fábrica o sabotear un equipo industrial, pero esos son recursos a que se puede llegar al final de una lucha y cuando no hay otra salida. Esta gente no piensa así; hay que empezar ahora mismo. El resultado es que algunos de estos hombres terminan por convertirse en pistoleros. Tú sabes que existieron en Francia y que existen hoy en España, También los hubo en Chile; no han hecho más que perjudicar el movimiento obrero, confundiendo el rábano con las hojas… Según me contaron, este hombre estuvo preso en Montevideo. No sé por qué y parece que durante un tiempo más o menos largo. Quizás quiso hacer una revolución social por su cuenta y acogotó a alguien. Pero tú, ¿qué?, no eres más que un pobre diablo, como yo, y no creo que llegue a confundirte con un estanciero. Por lo demás, supongo que te largarás de aquí apenas puedas. ¿No es cierto?

Sí, es cierto. Ahora, no obstante, Aniceto debe aceptar las cosas

como se presentan. No siente antipatía por los hombres violentos; tampoco siente miedo. Le producen extrañeza. El hecho de que un hombre esté dispuesto, en cualquier momento, a cometer un acto de violencia, de que viva en perpetuo estado de tensión, le parece tan raro como si permaneciera en un estado de melancolía; una enfermedad. Aniceto siente que en él hay también violencia, que podría, en determinadas circunstancias, ser violento, pero no de golpe ni tampoco de modo permanente. Ha tenido amigos de esa índole, no muchos, pues son, por suerte, escasos, pero nunca pudo intimar con ellos. Siempre sintió que algo los separaba.

Virginia ignora estos sentimientos de Aniceto; más aún, si los conociera no les daría importancia. Lo que a ella le interesa es una cosa muy distinta y más urgente. Apunta las direcciones y se prepara. Al terminar la temporada en Buenos Aires y en vísperas de embarcar para Montevideo, dice a Aniceto:

—Oye: cuando volvamos terminará la gira y la empresa ofrecerá los pasajes para Chile. Algunos se vuelven, otros se quedan. Mi marido ha decidido quedarse. Tú, por supuesto, te quedarás…

—Nos quedaremos —afirma Aniceto, en tanto recuerda al hombre moreno y nervudo.

—Bueno. Yo pienso desaparecer en cuanto volvamos, el primer día, el segundo, apenas pueda. No te podré avisar. Cuando sepas que he desaparecido, búscame. Debes prevenir a tus amigos. No sé a qué casa iré, pero búscame primero en la que está más cerca, en la de tu amigo Patricio. ¿De acuerdo?

Aniceto está de acuerdo —¿cómo no estarlo?—. El plan le parece excelente, aunque, en verdad, no hay otro. En el fondo, en el más oculto fondo, no está muy seguro de que todo eso llegue a suceder. Casi no lo cree. No es que no lo desee, seguramente lo desea, pero le parece, por momentos, que todo aquello por ocurrir es algo irreal. Juzga que una mujer necesita gran valor para huir de casa de su marido, en la que muchas veces está como prisionera, de buen grado al principio, pero, con el correr de los años, en contra de su íntima voluntad y absolutamente descontenta. Se considera un delito, además, que una mujer huya de casa de su marido: abandono de hogar, se dice, aunque el marido sea un animal. Pero el joven Aniceto, aunque no es tan joven y aunque sabe mucho del mundo y de la gente, no sabe nada aún y es muy posible que jamás

llegue a saber algo preciso de los demás. Sabrá apenas lo suyo, no del todo, y siempre le parecerá que lo que los demás hacen está situado entre lo imprevisto y lo irreal. Tampoco sabe si él será o no capaz de hacer frente a lo imprevisto y a lo irreal. Tiene, sin embargo, confianza en sí mismo, aunque lo irreal y lo imprevisto lo atribulen un poco.

Entretanto, vamos a Montevideo. «Cada comarca en la Tierra tiene un rasgo prominente: el Brasil, su sol ardiente; minas de plata el Perú; Montevideo, su cerro; Buenos Aires, patria hermosa, tiene su pampa grandiosa: la pampa tiene el ombú», cantó un desaparecido poeta argentino. Aquí está el cerro, un cerro que hace sonreír a un chileno y reír a un boliviano, pero que inspira cierto respeto a un bonaerense. Montevideo da a Aniceto una curiosa sensación: las olas de sus playas tienen el color del barro líquido, aunque el agua sea salada; la ciudad, en contraste, le parece blanca, aunque bien puede ser que no sea tan blanca, y mientras trabaja y pasea, se baña en esas playas y recorre la ciudad, el tiempo, ese tiempo que falta para que llegue ese momento, se empequeñece. Aniceto se da cuenta de ello, así, subconscientemente, como si algo en él se fuera también empequeñeciendo. ¿Qué es? No lo sabe. El tiempo se empequeñece en el hombre cuando el hombre sabe que al cabo de un período determinado sucederá algo a lo cual no podrá oponerse; lo desea y lo teme.

—¿Quieres volverte a Chile? —pregunta el director, de regreso ya en Buenos Aires, terminada la gira—. Te doy el pasaje.

Ha llegado el momento. Si Aniceto contestara «sí», todo terminaría.

No tiene sino un compromiso moral que cualquiera otra persona podría romper, sin que por ello le remordiera mucho la conciencia. Podría, por otra parte, aplazar ese compromiso. «Mira, no estamos preparados, no tenemos dinero, esperemos un poco», y después, ya separados, ya que cada cual partiría hacia un diferente punto, se podría anular todo o se anularía solo, por inercia; pero Aniceto no quiere y no puede hacerlo: ha dado, en primer lugar, su palabra; en segundo, quiere vivir aquello. Alguna vez tiene que ser y va a ser esta. Tal vez todo ello le atrae como una aventura y se siente capaz de ella.

—No, don Julio; yo me quedo.

—¿Quieres que te dé una recomendación para algún director de teatro? Eres buen apuntador y tendrás trabajo enseguida.

—No, gracias. No pienso seguir en el teatro.

Firma el recibo, en el que consta que se le ha pagado su sueldo y rechaza volver a Chile, y se despide. El director agrega:

—Me voy a quedar en Buenos Aires, no sé hasta cuándo. Si me necesitas para algo, no te será difícil encontrarme.

—Muchas gracias.

—Adiós, muchacho.

—Adiós, don Julio.

XI

Sale del teatro. La mano aprieta en el bolsillo unos pocos billetes.

Es un día de enero, de sol fuerte. No sabe, en el primer momento, hacia dónde marchar y casi se podría decir que no tiene hacia dónde marchar. «Está en la vía», diría un porteño, en la calle, sin dinero, sin trabajo y con amigos que son solo un poco menos pobres que él; para colmo, espera aquello, que no sabe en qué momento sucederá o si ha sucedido mientras él, ignorante, de pie en la acera, siente pasar el río humano del centro de la ciudad, ignorante asimismo de lo que ocurrirá después. No te aflijas, Aniceto, has estado así muchas veces: ¿cuántas? Ya no lo recuerda o no lo quiere recordar, por lo menos en este momento, ¿para qué? Lleva años así, aquí y allá, inestable, en peligro de algo, de quedar sin trabajo, de no tener qué comer, de ser detenido por la policía, de ser condenado por asaltante de desconocidas joyerías o por desertor. ¿Qué más puede ocurrirle? ¿Es que tienes miedo? Tal vez sí, tal vez no, pero, sí o no, no se le ocurre deshacer lo que en este momento está haciéndose. Sabe que no tendrá, si le ocurre algo, defensa ni amparo de ninguna especie; no los tiene, por lo demás, desde que desapareció su hogar. Vive en una residencial, una residencial que deberá dejar hoy o mañana para lanzarse como al espacio, el espacio de Buenos Aires. Bueno. No te apures. Anda despacio. Vamos. Buscará trabajo, no de apuntador; no podrá trabajar en teatros: el marido está en Buenos Aires, es cómico y, por supuesto, seguirá siendo cómico —no va a volver a su oficio de zapatero— y trabajará en teatros, y en los teatros, en donde se vive como en la calle, no le sería difícil encontrar a Aniceto y a Virginia. Hay que buscar otra cosa. Un amigo te dijo una vez que eras hombre de recursos. Vamos a ver si es cierto. Buenos Aires es grande y él nació allí y vivió en barrios apartados y silenciosos, barrios de obreros, empleados, pequeños comerciantes, italianos, españoles y de otras

vagas nacionalidades, vendedores de carbón, de verdura, de pescado, de todo lo que se puede comprar y vender, siempre que el precio no sea alto. ¿Quién lo encontrará allí? Sin contar con la provincia, poblada por millares de seres tan anónimos como él. Sí, por ahí andamos bien. Bajará de los escenarios e irá hacia las calles de Caballito, de Flores, de Barracas, de Liniers, de Lomas de Zamora o de Ramos Mejía, de Palermo o de Chacarita, en cuyo cementerio está enterrada su madre.

Es joven; solo tiene veintisiete años, un año más de los que tenía cuando desembarcó en Corral, en viaje a Valparaíso, de vuelta de Punta Arenas. Su aspecto, debido a su ropa muy usada, a su cuerpo desgalichado, a la fealdad de su rostro, es el de un semiatorrante o el de un hombre sin ambiciones, como se dice. Tiene en su contra, además, su interminable monólogo interior, que le da, sin que él lo sepa y quizás sin que llegara a importarle si lo supiera, un aire distante, propio de un vagabundo o de un abúlico. Pero domina tres oficios: es, además de apuntador, pintor, y puede pintar lo que sea, un muro a la cal, una ventana al óleo o un techo al temple, y linotipista, oficio de buen salario. Fuera de eso puede, tanto como cualquiera, aceptar este o aquel trabajo, sin importarle el que sea, en la tierra o en el mar —en el río, en este caso—, cargar o descargar barcos, ayudar a un carpintero de obra o a un mecánico, ser peón de caminos, o de ferrocarriles, lo que sea. Virginia no vivirá como Semíramis, pero tampoco se morirá de hambre.

Casi sin darse cuenta ha llegado a la Avenida de Mayo. Tuerce hacia arriba, hacia el oeste: cerca, debajo de la escalera que conduce a la galería de un teatro, un joven judío atiende una venta de tabacos, vende libros y sueña con convertirse en editor. «¡Qué gran escritor es Knut Hamsun!». Ese joven judío, a quien fue presentado por Patricio Reyes, conoce a otro joven, un español, aficionado a la crítica literaria y de oficio linotipista, que podrá aconsejarlo y quizá si ayudarlo. Está en Buenos Aires, su ciudad nativa, y su ciudad nativa no lo dejará morir de hambre, aunque, según ha visto, muere aquí mucha gente de tuberculosis, y la tuberculosis no es, en ninguna parte del mundo, una enfermedad de los bien alimentados.

Es más de la media tarde y la avenida se llena de gente que lo rodea y lo obliga a hacer quites, como un torero. Salió de allí

adolescente, vuelve hombre. Se fue con un problema: subsistir; vuelve con otro: seguir subsistiendo. Pero ahora hay una mujer, Virginia, una mujer que a esa hora, en esa misma ciudad, en tanto Aniceto va a visitar al joven judío, espera, recostada en su cama, que pase el tiempo. Parece contar los minutos y casi los segundos: uno, dos, tres, cuatro; cuántos, no terminan nunca, sí, nunca terminan ni terminarán, no los cuentes, pasarán aunque tú no quieras. El marido duerme en la otra cama, indiferente al tiempo, aunque tiene una cita a las siete. «Despiértame a las seis» le ha dicho. Son las cinco y media. Se acostó muy tarde y ha dormido casi todo el día, gordo, reluciente, y, sin embargo, sombrío, por lo menos para su mujer. Se levantará a las seis, se afeitará, se bañará, se pondrá talco y agua de Colonia. «Alcánzame la ropa». Se pondrá la mejor, como todo cómico que está sin trabajo y quiere conseguir un contrato. «El traje de *Luces en la noche*», ha dicho, la obra en que hacía un papel de viejo calavera elegante, traje que no usa sino en las tablas. Las cinco y media.

—Hola, qué tal, cómo está usted —dice Aniceto al joven judío.

Lleva su ropa de siempre. Su «equipaje» consta de solo una chaqueta de diablo fuerte y unos pantalones que pueden ser de casimir, con muchas rodilleras.

—Qué tal, cómo le va —contesta el joven judío.

—Aquí andamos.

—¿Se queda, entonces, en Buenos Aires?

—Ya me quedé; la compañía se disolvió.

—¿Cómo le fue en Montevideo?

—Bien, muy bien.

—Y ahora, ¿qué piensa hacer?

—Trabajar. ¿No ha venido Zuleta por acá?

Zuleta es el joven español linotipista, aficionado a la literatura crítica.

—No tardará en caer.

—Lo esperaré.

—Perdone que no le ofrezca asiento.

Allí no caben más que personas de pie, y no muchas.

—Gracias. ¿Ha visto a Patricio Reyes?

—Hace días que no viene. Creo que es mes de balance y tienen mucho trabajo. ¿Por qué no va a verlo? Trabaja aquí cerca.

—No; prefiero esperar a Zuleta.

En ese momento recuerda que desde hace un mes, desde que la compañía se fue a Montevideo, no ha visto a sus amigos, tampoco les ha escrito, y tampoco sabe nada de Benito Rosas, el hombre moreno y nervudo, partidario de la acción directa. ¿Y si se ha metido en algo de su agrado, una revolución personal, y está preso o huyendo y la mujer ha desaparecido o está también detenida? Ha llegado en la mañana y no ha tenido tiempo de nada. (¿Qué hará Virginia?) Las seis.

—Pedro: son las seis.

—¿Ah?

—Las seis.

Pedro se da vuelta en la cama, se despereza, se restriega los ojos, mira a su alrededor, se sienta, inclina la cabeza y luego echa la sábana hacia atrás y se deja caer al suelo, tanteándose los pantalones del pijama. Va hacia el baño. En el trayecto hace una ese, sin dominarse aún.

—Prepárame la ropa. Ya te dije cuál.

Virginia saca del ropero el traje de *Luces en la noche* y lo deja sobre una silla; luego va a la cómoda y toma la ropa blanca. Los zapatos están limpios. Pedro elegirá el bastón y la corbata. Termina en dos minutos y cree que ha demorado media hora. El tiempo pasa despacio para el que desea que pase pronto. Pedro, bajo la ducha, resopla y se restriega el voluminoso abdomen. Virginia espera: no está contenta; está anhelosa. Se irá en cuanto su marido se aleje una cuadra. Sabe qué dirección tomará él y cuál deberá tomar ella. Se irá a pie y no llevará bulto alguno, maleta o maletín; tiene puesto lo que va a llevar y su equipaje será tan pobre como el de Aniceto, quizá más. El marido ha cobrado siempre los dos sueldos y en tanto que su ropa ocupa dos baúles grandes, la de ella cabría en una maleta. Es cierto que Pedro es primer actor cómico y ella solo una partiquina. Las siete menos cuarto. Pedro sale: traje azul, sombrero de paja, bastón. Solo le falta un clavel rojo en el ojal de la solapa. Virginia, desde el balcón, lo ve alejarse. Piensa que es la última vez que lo mira. Cuando él dobla la esquina, cierra el balcón. Huyó una vez de casa de su madre; huirá ahora de casa de su marido. Pedro sabrá a qué atenerse.

Aniceto se despide del joven español y va hacia la residencial.

Son las diez de la noche. Ha comido con él y ha obtenido una promesa de ayuda. Deberá esperar.

—¿No sabes? —es lo primero que le dicen en la residencial, en donde viven algunos cómicos de la misma deshecha compañía—: Virginia ha desaparecido.

—¡Cómo! —exclama, tan sorprendido como si le dijeran que el Río de la Plata se ha secado.

—Pedro y el director han dado aviso a la policía. —Están registrando los hospitales y los prostíbulos.

¿Para qué los prostíbulos? ¿Puede el marido suponer que Virginia se ha ido a un prostíbulo?

—Han ido también al puerto, por si se embarca.

—¿Y no se sabe por qué se ha ido? —pregunta Aniceto, tanteando el terreno.

—Nada. No ha dejado nada escrito. No ha llevado ropa ni dinero.

Aniceto se encierra en su pieza. Respira fuerte, hombre. Esta será otra de las largas noches de tu vida, esas noches en que, junto con ellas, empieza algo que no se sabe cómo va a terminar. «A quién se le habrá ocurrido dar aviso a la policía», murmura. A don Julio, el director de la compañía, de seguro. Se pasea por la estrecha pieza y espera. Un rato después abre la puerta y escucha; ningún ruido. Sale al *hall*: nadie. Despacio, y procurando no hacer ruido, llega hasta la puerta que da hacia la calle y abre. Ahí está la noche, esperándolo. «Vamos, sal». Sale.

Aniceto Hevia, El Gallego, salía de su casa a esa hora. Es, pues, la hora de los ladrones nocturnos. Pero es también la hora de los amantes.

SEGUNDA PARTE

I

No pasó nada, sin embargo, y eso a pesar de que la noche se prestaba para todo. Muy avanzada ya, Aniceto, de pie en el centro de la habitación, esperó a que Virginia, que se sentía muy cansada, se acostara. Estaba siempre nervioso, aunque ahora se sintiera más bien confundido. Miró hacia alguna parte, hacia una silla primero, hacia un muro después. En el muro, fijas con tachuelas, había unas páginas en colores que mostraban mujeres despechugadas. Volvió a mirar hacia la silla. Virginia, ya acostada, lo llamó.

—Ven —le dijo.

Se acercó a la cama.

—Siéntate.

El cabello, tan negro como los ojos, desparramaba sobre la almohada, blanquísima, sus largas ondulaciones. Tenía los brazos debajo de la ropa y bajo el doblez de la sábana, blanquísima también, resaltaban los hombros, morenos, redondos, perfecto.

La boca, roja, entreabierta, le sonrió.

—¿Muy cansado?

Se encogió de hombros:

—No.

Se sentó, muy despacio, en la orilla de la cama. La boca volvió a sonreírle, y entonces, inclinándose, la besó. Los labios se entreabrieron un poco más, como para recibir los suyos. Pero estaba en una postura muy incómoda, y Virginia, que se dio cuenta, se corrió hacia el centro de la cama. Él se tendió entonces y la volvió a besar, esta vez con más minuciosidad y más largamente.

Allí quedaron, inmóviles, como absorbidos en una delicada tarea.

Encontró que la boca era la misma conocida boca, que recibía y retribuía a la vez, con labios blandos, carnosos, no aquellos esquivos y tal vez voluntariamente caprinos de las prostitutas con quienes tuvo sus primeras experiencias. Sí, era la misma boca y en

tanto la besaba pensó que era lo único que conocía, ya que lo demás, lo otro, seguía siéndole desconocido, no solo el carácter y los hábitos, que pueden hacer indiferente la más preciosa de las bocas, sino su cuerpo y aquello, más íntimo y más oculto, en que hay y puede no haber, como en la boca, una retribución; pues puede uno conocer la boca, en meses o años de enamoramiento, su lengua, sus dientes, su temperatura, su grado de humedad, su sabor, sus caricias, mejores que el vino, y no conocer aquello y en ocasiones no llegar a conocerlo, ya que no todo enamoramiento conduce a ello, así como a veces se conoce sin necesidad de enamoramiento. ¿Qué hacer para conocerlo? No se le ocurría, pero lo deseaba; por lo demás, sabía que en alguna forma, llegaría. No ignoraba qué es lo que espera el hombre que se casa o se une a una mujer y qué espera la mujer que se casa o se une a un hombre. Hay un deseo vergonzoso de confesar —es un asunto estrictamente privado (que todo el mundo conoce)—, pero que no es vergonzoso realizar, aunque en algunas ocasiones lo es para algunos seres. Puede ocurrir que alguien se case o se una por motivos que no tengan nada que ver con ese deseo, por interés, por resentimiento, por venganza o por inercia, pero esos motivos no tenían nada que ver con el que había llevado a Aniceto hasta ese cuarto de una casa de un barrio de Buenos Aires. Sabía lo que esperaba y lo que quería: tener una mujer, una hembra, ya que era un hombre y un macho. Muy bien, pero ¿cómo empezar? ¿Debo meterme, así, bruscamente, en el cuerpo de una mujer, entre todo aquello que a pesar de atraerte sabes que es suyo, no tuyo, y tú no tienes derecho alguno a meterte en lo que es ajeno y además íntimo, oculto, desconocido, con una vida más desconocida aún? No le has pagado y, en consecuencia, no puedes exigirlo. La has besado, sí, pero ¿es que el haberla besado te da derecho a levantarle las ropas y a meter tus manos y tu cuerpo entre el suyo? Lo has podido hacer con las prostitutas, aunque el hacerlo no te produjo, al fin y al cabo, más que desaliento, pero esta no es una prostituta, es una mujer honesta, peor aún, es tu mujer.

—Ya es muy tarde. Debo irme.

A las cuatro de la madrugada se despidió y se fue. Virginia quedó asombrada. ¿Qué pasaba? Su experiencia le decía que Aniceto debió poseerla en el mismo instante en que ambos, después

de atravesar en coche cerrado casi toda la ciudad, llegaron a la casa que habitaba Benito Rosas, fueron alojados en un cuarto y dejados solos. No fue así. Aniceto no hizo otra cosa que besarla, sin hacer en ningún momento ademán alguno que indicara su voluntad o su deseo de poseerla. Ni siquiera la tocó con las manos. Y no es que ella tuviera ilusiones al respecto: era fría, lo había sido desde su primera hasta su última noche de matrimonio, sin causa alguna, porque sí. Pedro estuvo enamorado, y ella, durante los primeros tiempos de su vida con él, también lo estuvo e hizo lo posible por extraer de Pedro o de sí misma lo que veía que Pedro sacaba de ella o de sí mismo, no sabía bien de dónde se sacaba y si ella no era para Pedro más que un medio para obtenerlo, así como Pedro podía serlo para ella. No pudo, y no cree, por eso, que alguna vez podrá, aunque bien podría suceder; hay mujeres que cambian. Y Pedro la poseyó no solo en el primer instante que siguió a su matrimonio, sino meses antes de que se casaran, antes de que ella se fuera con él. Aniceto, en cambio, no. ¿Tendría ella la culpa? Tal vez su conducta no era la de una mujer normal, pero ¿cuál es la conducta de las mujeres normales? Ella no lo es y, en consecuencia, no lo sabe, aunque, por supuesto, la imagina. No siente la urgencia que debe sentir Aniceto y está, en ese sentido, tranquila. Ha conseguido lo que quería: librarse de su marido. Eso le es suficiente. No cree, por otra parte, que Aniceto sea como ella, frío; si lo fuese, no estaría allí; pero ¿quién sabe?

En la tercera noche, la primera que Aniceto pasó íntegramente con ella, pues ya había dejado la residencial, cuando él, que estaba casi encima, besándola, dejó caer la cabeza sobre su cuello y permaneció en silencio y sin moverse durante un largo rato, Virginia, poniéndole la mano sobre la frente, le hizo levantar la cabeza y lo miró a los ojos:

—Aniceto: ¿qué pasa?

La noche era calurosa y el rostro de Aniceto estaba cubierto de sudor. La presión era demasiado alta: la fuga, el temor, el sentimiento de su responsabilidad y de su situación económica, agregando a todo ello la pugna de esa poderosa y oculta fuerza que quería liberarse y no era liberada, hacían de su cuerpo y de su mente una caldera cargada hasta un límite de peligro. Y allí, a la escasa luz de la lamparilla de noche o de una vela, ya no recuerda,

Aniceto, confundido, aunque no avergonzado, confesó. No había tenido relaciones sino con prostitutas y con las prostitutas todo es fácil, aquello, es claro, para eso va uno a ellas y no tiene necesidad de disimular; más aún, ya que paga puede exigirlo, aunque no hay necesidad: ellas toman enseguida la iniciativa. Quisiera uno acariciarlas, besarlas, pero no te dejan —por lo menos a él no lo dejaron y bastó que se lo negaran una vez para que no hiciera otra tentativa—, y debido a eso no sabe, hay muchos hombres que no lo saben, cómo se procede con su mujer la primera vez que uno se acuesta con ella, porque tú no me dices, por ejemplo: «Anda, hazlo luego y márchate», tú te callas y esperas que yo tome la iniciativa, pero no he sabido qué hacer ni qué decir… Sé que muchos hombres lo hacen de cualquier modo, pero yo no he podido.

Virginia sonrió y dijo, al oído de Aniceto:

—Anda, tonto, hazlo. Soy tu mujer y no debes esperar a que te invite.

Eso ocurrió en la tercera noche. En otras parejas ocurre en la primera o a veces en la séptima o en la vigésima y en ocasiones no ocurre nunca; pero suceda en la primera o en la sexagésima, las primeras son las mejores y las siguientes una repetición de las anteriores cada vez con más intervalo entre una y otra, no porque el hombre o la mujer lo quieran así sino porque toda energía tiende a descargarse y si puede hacerlo lo hará y se rebajará hasta un nivel mínimo y desaparecerá por completo y no se recuperará más que cuando reciba una nueva carga o cuando el escape haya sido cerrado. Además, tú no eres una estrella, una S Dorada o una Aldebarán, que están ardiendo desde hace millares de años y pueden seguir ardiendo otro tanto. Tú vives unos miserables años, nadie sabe cuántos van a ser, y desaparecerás, y ya mucho antes esa energía habrá desaparecido, noble o innoblemente gastada, muchas veces estéril y sin grandeza ni poesía, que es lo que a veces la hace valiosa, y ¿habrías podido tú y tu mezquino cuerpo arder del mismo modo en tus primeras y en tus últimas noches? No. Es como cuando se sufre: cree uno que va a morir de dolor, pero hay algo en ti que vigila por ti y busca puertas de escape: el llanto, el contar el porqué y el cómo de tu sufrimiento, y el tiempo, el tiempo sobre todo.

Aniceto no murió. Es cierto que su energía se gastó sola, ya que no había otra que se gastara junto con la de él, pero la frialdad de

Virginia, esa desconexión que había en su cuerpo y que no se sabía en qué parte estaba, si lo sorprendió, no lo molestó, por lo menos aparentemente y al principio, ni le impidió nada. Era joven y estaba hambriento y esa hambre predominaba más que cualquier otro sentimiento, y como no tenía, además, ninguna experiencia diferente, ya que las prostitutas eran también, habían sido, frías con él, resultó que la frialdad de Virginia le pareció, si no normal, por lo menos natural, como sus ojos negros y sus hombros redondos. Si no hubiese tenido antes, durante varios años, otro hombre y no hubiese sido en brazos de ese hombre, de Pedro, tan fría como entre los brazos de Aniceto; si hubiese llegado virgen a aquella estrecha cama y él hubiese sido el primero en descubrir su frialdad, tal vez le habría dolido, pero no era así. Aniceto no era el responsable de ello, así como no era el responsable de su hambre. «Es posible que contigo deje de serlo», dijo Virginia. No fue posible, tal vez no lo sería nunca.

II

Poco después del término del tercer año, Aniceto se despidió de Virginia en la estación de ferrocarriles de la ciudad de Mendoza.

—Adiós. No tardes en irte.

—No. Me iré apenas pueda. Adiós.

Gira el cuerpo y va hacia la ciudad y con ese movimiento termina la primera parte de su vida con Virginia, la mejor. Ya en la calle, siente el jadeo del tren internacional que parte hacia la cordillera, camino de Chile. No puede irse con ella: sabe ya lo que es el amor —o cree saberlo—; ha engordado, tiene dos o tres trajes y un sobretodo nuevo, estilo raglán —no sabe cómo es eso, pues lo encuentra igual a cualquiera, pero así es—; no tiene, no obstante, pasaporte y parece que no lo va a tener nunca. No quiere exponerse a llegar a la frontera y que los gendarmes chilenos no lo dejen pasar.

—No tiene pasaporte.

—Dice que es chileno.

—Sí, pero parece argentino; habla como un «che».

Y si los gendarmes chilenos lo devuelven y los argentinos lo detienen y le toman las impresiones digitales descubrirán que es argentino.

—Es un desertor.

—Métalo al calabozo.

—Será procesado.

—Qué te parece. Argentino y queriéndose hacer pasar por chileno. ¡Linda cosa!

Debe conseguirse un pasaporte de chileno. Contará al cónsul una linda historia y el cónsul le dará un papel cualquiera, un papel con que el gendarme se dé por satisfecho: bastará un timbre, que es como oro en polvo para los funcionarios de cualquier categoría.

Mirándolo, fuera de sus varios kilos más de peso y de su ropa hecha de medida, no se observan en él mayores cambios.

¿Cómo apreciar, desde afuera, lo que ha crecido por dentro, si es que ha crecido? Sus anillos de crecimiento son invisibles, más invisibles aún su calidad, su blandura o su dureza.

Aquella noche, la noche en que Virginia huyó del hotel, el hombre nervudo y moreno daba una impresión de dureza. Parecía que, a pesar de todo, no tendría pequeñas fallas, que podría, es cierto, cometer brutalidades, herir a alguien, matarlo quizás, pero no se esperaba que fuese, en otro aspecto, pequeño, que intentase, por ejemplo, destruir la fe que Virginia debía tener en Aniceto. Lo recibió como siempre, ceremonioso y frío, atento y orgulloso. En ciertos momentos su cabeza y su mirada adquirían un aire de terrible arrogancia, tal un pájaro silvestre, un pájaro de rapiña, el cuello rígido, empinado el canoso pelo de la coronilla, los párpados sin pestañear.

—Buenas noches —dijo, sin sonreír, secos los labios.

Aniceto, que acababa de atravesar en un coche de caballos la ciudad, procurando que él y Virginia pasaran lo más inadvertidos posible, hubiera deseado una sonrisa. No apareció y no la podía exigir. El hombre le hacía, sin duda, al recibirlo en su casa, un enorme favor, un favor que Aniceto agradecerá siempre; pero qué difícil resulta recibir un favor de alguien que sabemos que no nos ama, que ni siquiera nos aprecia —nos hace sentirnos como mendigos—; y qué desagradable es el no poder rechazarlo.

Virginia, detrás de Aniceto, permanecía casi invisible. La presentó:

—Mi mujer —dijo.

Cinco horas atrás esa mujer vivía en el hogar o en el cuarto que habitaba con su marido; ya es, sin embargo, la mujer de Aniceto, aunque Aniceto no sea, todavía, su marido. Debía, no obstante, presentarla así. El hombre, sorprendido quizás por la belleza de la mujer, se mostró más amable y Aniceto se tranquilizó.

Lo recuerda en ese momento, en Mendoza, mientras sale de la estación y se dirige hacia el hotel en que está alojado. Patricio Reyes, en cambio, en cuya casa se refugió Virginia después de huir del hotel, lo recibió como si Aniceto acabara de ganar un campeonato de ajedrez en Moscú o de atravesar a nado el Estrecho de Magallanes. No era un ser servil, nada de eso, y Aniceto lo sabía. La diferencia de conducta estaba, fuera de las diferencias de

carácter que podía haber, en que Patricio conocía y apreciaba a Aniceto, en tanto que Benito Rosas no lo conocía ni lo apreciaba; no lo conocería ni lo apreciaría nunca, y Aniceto sintió, muchas veces, en aquellos días, el vehemente deseo de no haber tenido que recibir nada de ese hombre. Todo eso le produce, en este momento, una amargura que preferiría no sentir. Pero ya no es posible remediar nada y mucho menos pudo remediarlo en aquella lejana noche. Se va de la Argentina con esa pesadumbre, aunque tal vez no es la única.

A las cuatro de la madrugada se despidió aquella primera noche de Virginia, que continuaba no siendo su mujer, y salió de la pieza, en dirección a la calle. Debería ir a dormir a la residencial. De otro modo, podía hacerse sospechoso. No tenía, por lo demás, ninguna seguridad de que la policía no lo estuviese esperando. Una indiscreción de cualquiera de las personas que estaban al tanto de la verdad habría bastado para llevarlo al Departamento Central de Policía, en donde habrían descubierto quién era el raptor de Virginia.

—Es hijo de El Gallego. Aquí están sus impresiones digitales.

Mientras atravesaba una pequeña terraza, sorteando el cuerpo a la ropa blanca que doña Serafina, la mujer de Benito, tendía allí, sintió que alguien venía tras él. Sobresaltado, se dio vuelta. Un hombre se le acercó: era Benito Rosas, quien, al reconocerlo, rio desagradablemente. Había alcanzado a percibir el sobresalto de Aniceto, que no estaba para sorpresas.

—Disculpe: oí ruidos y creí que alguien andaba entre la ropa. Se me había olvidado que usted estaba aquí. ¿Se va?

Aniceto explicó lo que sucedía.

—Ah, sí; es cierto.

El hombre, a causa del calor, estaba poco menos que desnudo.

—Bueno, buenas noches. ¿Qué mira?

El hombre rio de nuevo: Aniceto miraba la mano derecha del hombre.

—Sí, es mi compañera, negra como yo. Se llama Benita.

Le mostró, a la poca luz que había, una daga corta, negra, fuerte.

No estaba la policía en la residencial. Las amigas callaron y Aniceto pudo dormir tranquilo, por lo menos en lo que a esa

institución se refiere. Tenía, es claro, otros problemas, sobre todo el del dinero. No podría ni quería quedarse mucho tiempo en la casa de Benito Rosas. Por suerte su mujer, doña Serafina, era agradable, y Aniceto se preguntó alguna vez si esa mujer tendría algo de negro en su sangre, aunque más bien debería pensarse en el indio, un indio requemado y duro, sin que se pudiera decir que doña Serafina fuese dura, sino todo lo contrario, blanda, atenta, servicial; pero requemada sí, como por un sol de estepa o de *sertao*, implacable, y parecía, con su pañuelo amarrado a la cabeza, tal un indio pampa, su rostro sin belleza, tallado en una oscura y tenaz madera, su cuerpo insignificante, su voz humilde, no darles importancia alguna a las cosas que ocurrían, como si lo que ocurría fuese mejor que lo que podía ocurrir, mucho mejor que lo sucedido, entre lo cual, seguramente, había que contar su propia vida y la de su marido, sobre todo aquellos años en que él permaneció en la cárcel, condenado por alguna barbaridad, y ella debió hacer frente con sus planchas, su tabla y sus canastos de ropa blanca, a todo lo que podía venir, a la soledad y a la amargura de saber preso a su hombre, un hombre que, según lo imaginó Aniceto, no debió ser una gran alegría en su vida, ni un gran consuelo ni una gran ayuda: sin oficio alguno, simple peón, nada más que con tres o cuatro meses de trabajo en el año, soberbio con los capataces, echado de aquí y de allá, y, sin embargo, con delirio de grandeza, una grandeza que podía venir de una revolución que él, personalmente, estaba dispuesto a hacer, armado de Benita, su daga negra, corta y fuerte.

—Vos, cállate y le dices a la señora Rosa que ahí le mando la ropa que me dijo que le apuraba. Son dieciséis pesos. No te olvides de cobrarlos. Porque vos también…

Benito Rosas, el revolucionario independiente, interrumpido en su alocución sobre el porvenir del proletariado, sonreía, mostrando sus grandes dientes cubiertos de tártaro, y se iba, con su atado de ropa limpia, no sin antes advertir a Virginia que su mujer no comprendía ciertas cosas: era un ser incapaz de imaginar nada que pudiese ocurrir dentro de una semana o de quince días.

—Sí —replicaba doña Serafina, plancha en mano, levantando la renegrida cara—, no sé nada del porvenir, pero acuérdate que sé mucho del pasado. Ándate tranquilo.

Gracias al concepto que Benito Rosas tenía de doña Serafina, considerándola, si no un ser absolutamente retrógrado, rebelde a la imaginación sin motivo y sin base, gracias a ese concepto y gracias también a que, a pesar de todo, la estimaba, si no como otra cosa, como su mujer, como su compañera, abnegada, agradeciéndole, además, con seguridad, todo lo que ella había hecho por él, doña Serafina podía tratarlo como una madre trata a un hijo díscolo o alborotador. Aniceto se preguntó una vez si él tendría valor de decirle a Benito Rosas algo parecido a lo que doña Serafina le decía. Quizás también —¿quién sabe?— si Benito se daba cuenta de que ella tenía, por algún lado, razón, una razón que, de no existir, lo habría arrojado a él quién sabe a dónde.

—Vos, cállate. No eres más que un chiflado. No te olvides de cobrar los dieciséis pesos. Y no te vayas por el sol: se te puede ablandar más la mollera.

Otras veces, cuando doña Serafina daba consejos a Virginia, diciéndole lo que ella y Aniceto deberían hacer, es decir, trabajar y ahorrar y comprarse una casita, una casita con una quinta en donde pudieran criar gallinas y patos y tener árboles frutales, y Benito Rosas, sarcástico, replicaba que esos eran ideales burgueses, la mujer, siempre con la plancha en la mano, decía, con cierta dureza despectiva:

—Y vos, ¿qué? ¿Qué has sacado con tus ideales revolucionarios? Ni siquiera tienes trabajo. Aniceto es un muchacho trabajador y Virginia será feliz con él.

Pero Benito Rosas no creía en ninguna felicidad, mucho menos si no era más que una felicidad doméstica.

—¡Felicidad! Aniceto es un artista. Eso es lo que es. Y la dejará plantada en menos que canta un gallo. Los artistas son así; les gusta vagar. Hoy aquí, mañana allá y si te he visto no me acuerdo.

Doña Serafina se indignaba.

—¡Cómo puedes decir eso a una muchacha recién casada! Sos un descastado. Aniceto no es un artista; tiene un oficio. Y Virginia es una buena muchacha. No veo por qué no pueden ser felices.

Virginia, que había tomado la costumbre de doña Serafina de amarrarse en la cabeza un pañuelo o un trapo blanco, sonreía. Al lado del rostro de la humilde y sufrida lavandera, rostro que a veces se parecía al de las cabezas reducidas de los indios jíbaros, el suyo

parecía una rosa. La ayudaba a lavar y a planchar, y doña Serafina, que admiraba además su belleza, la quería mucho.

—No le haga caso a Benito. Es un poco loco, pero es buen hombre.

Aniceto no tenía más que vagas noticias de esto, ya que Benito Rosas no le dijo nunca nada que le diera a entender lo que pensaba de él. Lo supo después, contado un poco por Virginia, insinuado otro poco por Benito. Mientras vivían, con Patricio Reyes y su familia, en una casita que arrendaron en un pueblo de la provincia, Benito Rosas, que estaba cesante, fue a visitarlos. Era día de trabajo y ni Aniceto ni Patricio estaban en casa. Benito estuvo ahí unas horas, conversando con las mujeres y admirando la casa, que poseía un pequeño huerto sembrado de unas habas que Aniceto defendía a brazo partido de las hormigas, y unas jaulas en donde vegetaban unos grandes conejos blancos, de ojos rojizos, que tenían la costumbre de matar a sus hijuelos. No sabe ya Aniceto por qué estaban ahí esos conejos, ya que él no recuerda haberlos comprado, ni tampoco pudo comprarlos Patricio. Tal vez los dejó el dueño de la casa, que también había dejado las habas, así como un enorme perro amarillo que resultó ser el beneficiario directo de los conejillos muertos: se los comía como si se tratara de camarones con mayonesa o pasteles con crema Chantilly. Quizá si el dueño de la casa había dejado también las hormigas, unas hormigas negras, grandes, con aspecto de bandoleros sicilianos, que lo devoraban todo, las verduras y las frutas especialmente, aunque estuviesen verdes; en dos noches podían dejar pelado cualquier parrón: subían por un tronco en cerrada e interminable hilera y bajaban por otro, cada una portadora de una uvita en agraz. Patricio, admirado de aquella organización del tránsito y del trabajo, se reía, pero su compañero se indignaba. Era la primera vez que tenía una casa y un parrón, además de una involuntaria crianza de conejos, y resultaba que las hormigas se comían la uva y los conejos mataban las crías. Jamás podría comerse un conejo, salvo que se comiera a los padres, que no eran suyos, y nunca lograría saborear un racimo de uva madura; ni siquiera la saborearía verde. No pudo hacer nada con respecto a los conejos —nadie le dio remedio alguno—, pero sí con respecto a las hormigas, por cuya desaparición no reclamaría el propietario.

—Compre cianuro —le recomendó un compañero de trabajo— y eche un poco alrededor de la boca del hormiguero.

Compró cianuro —en las boticas lo despachaban con la misma magnanimidad con que despachaban pastillas de menta—; echó un poco alrededor de la boca de uno de los hormigueros y observó: las hormigas, al tocar el veneno, morían instantáneamente, y morían sin hacer movimiento alguno; quedaban rígidas, como si algo petrificante hubiese corrido con gran rapidez por los canales de su sistema circulatorio. Era asombroso. Una tarde, antes de oscurecer, Aniceto descubrió en la terraza un nuevo hormiguero: rodeó la boca con un poco de cianuro y se fue a comer. Una hora después, Patricio Reyes, que pasaba en dirección a su dormitorio, tropezó con algo extraño. Miró y vio en el suelo una mancha oscura. Gritó:

—¡Aniceto!

Aniceto acudió.

—¡Qué pasa!

—Mire.

Un bulto informe, del tamaño de un perro mediano, yacía en el suelo sobre las baldosas. Encendió un fósforo: centenares y quizás si millares de hormigas, muertas o muriendo, envenenándose quizá unas a otras, se amontonaban sobre la entrada del hormiguero. Aniceto corrió a la cocina, trajo una botella con kerosene y roció el montón, acercándole luego un fósforo. Ardió todo y un rato después la población disfrutó de un excitante olor a asado con cuero. Aniceto creyó que con ello habían acabado con las hormigas, pero no fue así: al día siguiente la casa mostraba un número igual de hormigas; y parecían ser las mismas.

Después de aquellas dos o tres horas de vida campestre, Benito Rosas se retiró; llevaba algunas cosillas que Virginia envió a doña Serafina, además de la invitación para que los dos se vinieran a la casa en una fecha próxima, un domingo, que había que esperar, ya que Aniceto tenía descansos semanales rotativos, tocándole un domingo cada seis semanas. Virginia contó todo a Aniceto y Aniceto encontró que la cosa marchaba a pedir de boca: no perdía la esperanza de lograr que Benito dejara de considerarlo artista. Dos días después esa esperanza sufrió rudo revés: una carta de Benito Rosas, dirigida a Virginia, le advertía, sin grandes miramientos por la ortografía y la sintaxis, que ni él ni doña Serafina eran mendigos

y que no encontraba ninguna razón para que ella le hubiese dado comestibles, a manera de regalo: no era ningún muerto de hambre y se extrañaba de que ella, que había estado en su casa, en donde fue tratada con todo cariño, se condujese en esa forma.

—¿Qué le diste? —interrogó Aniceto, asustado, creyendo que Virginia había dado a Benito algunas cascaras de papas y dos o tres huesos pelados.

—Le di verduras, un pedazo grande de carne, bananas y duraznos.

—¿Por qué se te ocurrió darle eso?

—Quise hacerle un cariño, como decimos en Chile. Se lo ofrecí y él aceptó encantado.

Aniceto no supo qué pensar. Dos días después, nueva carta de Benito, esta dirigida a Aniceto, una especie de factura de cobranza, en que figuraban, uno por uno, todos los días que Virginia y Aniceto permanecieron en su casa, el valor de cada uno de esos días y las sumas que Aniceto había dado en tal y cual fecha. El resultado era aterrador: Aniceto y Virginia debían a doña Serafina y a su marido la suma de doce pesos y cuarenta centavos, moneda nacional argentina.

Sin duda, Benito tenía razón y era necesario pagarle. Lo difícil era cómo hacerlo: Aniceto se negó a ir y Virginia no podía hacerlo —el marido estaba en Buenos Aires y el diablo aparece cuando menos se piensa—. Patricio Reyes, sonriente, se encargó del asunto. No conocía a Benito y Benito no tendría por qué discutir con él. Claro es que, al fin y al cabo, podía hacerlo, pero Patricio era muy diplomático, y, por otra parte, sabía defenderse: era fuerte y a pesar de su sonrisa conocía las mejores reglas del marqués de Queensberry. Aniceto lo acompañó hasta unas dos cuadras de la casa de Benito y le dio un sobre con el dinero y una carta en que repetía sus agradecimientos y los de Virginia, lamentando no poder ir él, en persona, ya que algo se lo impedía. Patricio Reyes partió. Aniceto, un poco nervioso, esperó unos veinte minutos, al cabo de los cuales el mensajero estuvo de regreso.

—¿Cómo le fue?

—Muy bien. Entregué el sobre, el hombre sacó el dinero, lo contó, leyó la carta en voz alta, para que se enterara también la señora, y me dijo que estaba muy bien. Me despedí y me vine.

Se fueron.

—¿Qué le pasa a este hombre con usted? —preguntó Patricio, intrigado.

—No sé —respondió Aniceto—. Jamás tuve una mala palabra con él ni con su mujer. Al retirarnos le dije cuán agradecidos estábamos de su hospitalidad. Les ofrecí la casa y les aseguré que si alguna vez necesitaban de nosotros, haríamos lo posible por ayudarlos.

—¿Por qué no le habían pagado?

—No sabía que le debiera. No se llevó ninguna cuenta especial y cuando nos fuimos me dijeron que todo estaba bien.

Tomaron un tranvía.

—Pueden pasar dos cosas —dijo Patricio, después de un rato.

—Cuáles.

—Una: que este hombre crea que usted lo ha mirado en menos, que no ha querido ser su amigo.

—Algo de eso puede haber. Desde el primer momento me di cuenta de que nunca podría ser su amigo. Usted lo ha visto: es un hombre inmediato, casi muscular. Esto no habría importado: he tenido amigos inmediatos y musculares peores que este hombre, pero esos amigos me conocían y me apreciaban. Benito Rosas, no. Me parece, más bien, que ha sido él quien me ha mirado en menos, como si yo fuese un advenedizo, ¿advenedizo a qué, a dónde? No lo sé. ¿Le pareció que cometí un mal acto al escaparme con Virginia, al separarla de su marido? Puede ser.

—Dos: que le tenga envidia.

—¿Envidia? ¿Qué me puede envidiar?

—La situación que usted tiene ahora, la mujer.

¿Situación? Aniceto se levanta a las cinco y media de la mañana, se lava y se viste en su pieza —no tiene baño propio—; la pieza, que es la última de la casa, situada más allá de la cocina, se comunica con esta nada más que por una ventanilla de unos sesenta centímetros de diámetro; si no llueve abre la puerta de la casa y entra a la cocina por el patio; pero si llueve se mete a la cocina por aquella ventanilla —debe hacer acrobacias para pasar (el propietario, si es que construyó la casa, ahorró hasta el final, y si la compró ya hecha fue agregando piezas a un primer núcleo, sin que sus economías le permitieran poner todas las puertas que habrían

hecho falta)—, calienta y se bebe el desayuno que Virginia le deja preparado en la noche, recoge el paraguas, que también ha sido dejado en la cocina para no verse él obligado a volver al dormitorio aprovechando la ventanilla —es una pareja previsora—, abre la puerta y sale al patio: es de noche aún y llueve como en la provincia de Buenos Aires. Atraviesa la terraza y el jardincillo, sale a la calle, que está convertida en un riachuelo, y se va, por una acera que parece una montaña rusa, llena de sapos además, hacia la estación. Tiene que apurarse, cuidando de no resbalar ni caer y de atravesar de algún modo las calles; el tren pasa a las seis, y hay, por otra parte, truenos, relámpagos, rayos y centellas —no ha visto centellas, pero se las han descrito: son como unas serpientes de fuego que corren por el suelo, trepan a los muros y se meten por las cerraduras a las habitaciones, en donde repiten sus travesuras y estallan al fin, sin dejar títere con cabeza (debe ser una reciente adquisición argentina: cuando yo era muchacho no existían esas cosas)—. Acostumbrado, en nueve años, al clima seco de Chile Central, siente que aquellos truenos, esos relámpagos, estos rayos y aquellas hipotéticas centellas lo remueven hasta los cimientos. Llega el tren y sube. Viajan allí centenares de personas, todas o casi todas con paraguas que chorrean como grifos, italianos, españoles, criollas de españoles y de italianos (que se miran entre ojos), árabes y austríacos y sus respectivos criollos, cada uno de aquellos de una diversa región de cada país de Europa o de Asia, orgullosos los criollos del país de origen de sus padres y orgullosos también de ser argentinos y de sentirse cada día más argentinos. Buenos Aires. El parlante río se desborda hacia la calle, Aniceto toma un tranvía lleno de los mismos individuos y cinco minutos antes de las siete hace su entrada a un taller en que hay veinticinco linotipias, todas con sus hornillos encendidos; parece que no se han apagado nunca. La atmósfera, formada por las emanaciones del plomo, del estaño, del antimonio y de los veinticinco linotipistas que tres horas antes han abandonado el trabajo, tiene una densidad de mineral y no se podría decir que para cortarla sería necesario un cuchillo, no, tal vez haría falta una sierra de mecánico. Dos o tres ventiladores colgantes, de largas paletas, se mueven como si en vez de aire removiesen helados de crema. Es verano y hace calor ya y hará más aún, treinta, treinta y cinco, treinta y nueve grados centígrados, qué

modo de sudar, muchachos, se moja hasta la silla y los pantalones se pegan a ella, todos trabajan en camiseta, y Motto, el regente, reparte los primeros originales del diario y dice a Aniceto, con su voz ronca: «Hágame este editorial. Dice puras pavadas, pero hágamelo». Los linotipistas parecen ser los mismos individuos que llenaban el tren y el tranvía, descendientes de catalanes, de napolitanos, genoveses, griegos, andaluces, gallegos, alemanes del norte y del sur, polacos del este y del oeste, sicilianos, libaneses.

«¡Saa-loo-mé!»,

cantaba a grito pelado el hombre, joven, subido a un carro basurero e iluminada su camiseta por el sol que ascendía ya sobre el río, aquella primera mañana en que Aniceto acudió a ese trabajo. El editorial habla del precio de la carne argentina en los mercados europeos y del porvenir de la patria, lindos temas para este día de calor; con razón dijo Motto que eran puras pavadas. El linotipista que está al lado izquierdo no vive más que para las mujeres y la ropa interior de seda —parece descendiente de griegos y es hermoso, como debió serlo Anacreonte, Dionisio o Ganímedes, si es que fueron hermosos, porque es posible que fuesen más feos que tu abuela, un poco panzón nada más—, y Aniceto, al mirarlo de perfil ciertas mañanas, lo encuentra vagamente parecido a Oscar Wilde, un Oscar Wilde trasnochado y en camiseta, el grueso labio inferior caído sobre la barbilla, el bigote corto y rizado, los ojos oscuros y enormes, el pelo tal como el bigote y todo él blanco y rosado, con su camiseta de seda, sus calzoncillos de seda, sus calcetines de seda y un pantalón blanco de trabajo, que si no es de seda poco le falta, y el linotipista del lado derecho es un muchacho joven, muy bien musculado, un poco rígido, pero bien hecho —lindo tipo de varón —, se casó hace dos días y llega en las mañanas como si no hubiese dormido en una semana y aprovecha cualquier descanso para dormir un poco: cierra el teclado de la máquina, afirma allí los duros brazos, reclina la cabeza y duerme sueños que interrumpe el risueño regente: «¡Qué fajina, muchacho!». El corrector de pruebas es correntino y está peleando en guaraní con un linotipista que ha amanecido torpe y que le contesta, metódicamente, con un «¡Para tu abuela, por si acaso!». Al mediodía hay un breve descanso y a las dos de la tarde se van algunos y se quedan otros, aquellos a quienes toca el turno largo, hasta las cinco. Aniceto, cansado como un perro

y sudando como una vaca, llega a su casa, se baña y corre hacia el huerto a contar las pocas habas que quedan y a mirar los conejos, las uvas y las insaciables hormigas. Come y a las nueve de la noche duerme como un tronco. ¿Es esta una situación envidiable? ¿Y por qué puede envidiarle la mujer? ¿No tiene la suya Benito Rosas? Cierto es que doña Serafina no es linda, pero es muy posible que tenga un temperamento apreciable, sin contar con que alguna vez, cuando era joven, cuando se unió a Benito, pudo haber sido una atrayente morocha, una linda tape, es decir, indiecita, una atrayente morocha a quien los años, los trabajos, los sufrimientos y las necesidades, la prisión de su marido y el temor constante de que haga una nueva barbaridad, la plancha, la tabla planchadora, la ropa sucia y la batea, fueron destruyendo, sin lograr, no obstante, destruir lo más hermoso que hay en ella: la fidelidad a su marido y el ánimo de servir a aquellos que la necesitan. Benito Rosas tuvo, pues, de seguro, su respectiva luna de miel con doña Serafina. ¿Por qué envidiar la de Aniceto, que además no es tan envidiable, ya que se unió a una mujer fría? No, amigo: cada hombre ha tenido o tendrá la suya, y si no la tiene ni la ha tenido, la culpa no será mía. En todo caso, no debe envidiar la ajena.

—Sí, es cierto —concluye Patricio—; pero si no es eso no sé lo que puede ser.

Dos días después Aniceto recibe una nueva carta de Benito Rosas. Por lo visto, tiene inclinación hacia la literatura epistolar. En ella le dice que ha recibido el dinero «que usted me mandó con el señor Reyes, mientras usted, de seguro, esperaba en la esquina». Es cierto, y Aniceto siente un poco de vergüenza, aunque prefiere la vergüenza.

Meses más tarde, cambiado de domicilio —fueron a vivir a un pueblo más cercano a Buenos Aires—, el joven judío cuenta a Aniceto que un hombre ha estado en la cigarrería a preguntar por él y por su nuevo domicilio, un hombre así y asá, que no quiso dar su nombre. El joven judío, que acaba de publicar el primer libro de su colección, ha olvidado ese nuevo domicilio. Benito Rosas, por otra parte, no volvió a escribir.

III

Así transcurrieron aquellos años, sin grandes variaciones, frío en invierno, calor en verano, viento pampero hoy, mañana viento norte, pasado mañana sudeste, lluvia, relámpagos, truenos y la esperanza de las centellas, arrendando una casa aquí, una pieza allá, un año, dos años, tres años, en medio de clanes enteros de padres italianos y de hijos criollos, pobres todos, propietarios a lo sumo de casas de madera y de zinc o simplemente de hojalata; tres años en que vivió la vida más tranquila que había vivido, ya que exceptuando los años de infancia, los demás fueron de vagabundeo y de sobresalto; iba de su casa al trabajo, del trabajo a su casa, sembrando aquí unas habas, allá unos tomates y defendiendo todo de las temibles hormigas, no siempre aquellas negras y grandes, como bandoleros sicilianos, sino otras, pequeñas y rubias, como niñas inglesas —llegó a sospechar que cada pueblo las elegía de diferente color y tamaño—, hormigas estas últimas que demostraron ser tan inteligentes como él: sembró tomates e hizo alrededor de la siembra un canalito que mantuvo lleno de agua. Allí no llegaría ninguna hormiga, salvo que fuera navegante, lo que no estaba en sus libros. Pero las hormigas, si bien no aparecieron al principio, llegaron a su debido tiempo: cuando las matitas alcanzaban una estatura de diez o quince centímetros. Aniceto, desolado y sorprendido, observó: las hormigas no atravesaban el canal; inteligentes también, pasaban por debajo, por medio de túneles, y en una semana o menos el pequeño trozo de terreno quedó de nuevo apto para otra siembra. Renunció: resultaba menos fatigoso comprar lo que quería comer que trabajar con unas socias que se llevaban siempre la parte del león. Tres años en que supo, hasta cierto punto, lo que era la vida matrimonial, mejor dicho, la vida con una mujer, que es lo mismo, una vida más bien anodina: hacer el amor, comer, dormir, trabajar quién sabe si todas las vidas matrimoniales son idénticas, con sus pequeñas miserias: la ropa

sucia, las uñas, los pies, los dientes, me duele una muela, estoy hinchado, la comida, las ollas, la transpiración, tengo aquí un salpullido, me ha dado romadizo, las bronquitis, no fumes tanto, miserias propias del hombre y de la mujer, tan propias como sus bellezas o sus grandezas, miserias que pasan casi inadvertidas mientras no se tiene marido o mujer y que aparecen cuando se tiene, y no se le puede tener sin ellas; elige, todo o nada. ¿Creías que el amor era todo como pétalos de rosas o como lunas nuevas, limpio, resplandeciente, que no habría manchas ni exudaciones, protuberancias ni glándulas? ¿De dónde sales? ¿De los pistilos de un clavel de Andalucía? ¿Y no sabes de dónde y por dónde viniste al mundo? Virginia no tenía preocupaciones especiales y aunque rezaba hasta altas horas de la noche, jamás iba a la iglesia. Aniceto llegó a pensar que rezaba para tomar el sueño. Tenía la costumbre, adquirida en varios años de vida de teatro, de dormirse bastante después de la medianoche, y como Aniceto, que se levantaba a las cinco y media o a las seis de la mañana, a las nueve y media de la noche, cansado, dormía como un tronco, ella, que se levantaba de la cama cuando quería, pues Aniceto se calentaba el desayuno y no venía a almorzar, quedaba, en cuanto Aniceto se dormía, abandonada a su suerte, recurriendo entonces al rosario, un rosario que Aniceto no supo nunca de dónde había sacado y que de día colgaba en alguna parte del catre. Claro es que hacía lo posible para que no se quedara dormido, hablándole para ello de miles de cosas, pero Aniceto, rendido por el cansancio, no le hacía gran caso. Para ella, y aun para él, la vida de la gente que los rodeaba era curiosa y divertida, sus costumbres, su modo de hablar, sus comidas, sus historias, sus trabajos. No sabían por qué, la mayoría eran italianos o criollos de italianos, y solo en una de las casas en que arrendaron dos piezas, una para ellos y otra para Patricio y su familia, además de una cocina común —en la pieza de Patricio, que tenía sótano, el agua llegaba hasta una cuarta del piso (nunca se explicaron para qué podía servir un sótano lleno de agua; tal vez se podría establecer aquí un criadero de ranas, aseguró el amigo)—, en esa casa conocieron una pareja en que el hombre era descendiente de españoles, no así la mujer, alta, rubia, de cara rosada y un poco agria, que descendía de italianos. El hombre era menudo y moreno, con una cara muy varonil, fina, como de moro, con cuidado bigote

negro. Silencioso, vestía ropa oscura y su presencia y su trato eran agradables. Hablaba con gran suavidad y con un tono que resultaba delicioso oír, un tono uniforme, no muy bajo, pero sin estridencias. Patricio aseguró que ese era el verdadero tono criollo.

—Pero los hijos de italianos son también criollos —objetó Aniceto, preparándose para una discusión de carácter fonético.

—Sí, pero los italianos llegaron después y sus hijos han creado un tono propio. Los criollos españoles son anteriores y este es uno de ellos. Así debieron hablar los gauchos del *Martín Fierro*.

Parecía tener razón y Aniceto desistió de discutir; no tenía pruebas en contra. El hombre se veía siempre limpio, arreglado; despedía olor a tabaco y a caña, no muy fuerte este, pero sí persistente, sin que nunca se le viera borracho. Sin duda, era metódico para beber. Se supo, gracias a una conversación que tuvo con Patricio, que trabajaba en el puerto; la verdad, sin embargo, era que pasaba en la casa casi todo el tiempo, metido en su cuarto o fumando apaciblemente en la puerta que daba a la calle. Sería también metódico para trabajar. La mujer, en cambio, trabajaba. El padre tenía por allí cerca una panadería en donde ella desempeñaba funciones de vendedora y de cajera, trabajo que a ratos abandonaba para ir a su casa y echar una mirada al hombre, a quien hallaba en la pieza o en la puerta, fumando. No tenían hijos. Sospechaban que la pareja no llevaba una vida muy feliz; pero, aunque se les oía y aun se les veía discutir, no supieron, en los primeros tiempos, cuál era la causa de su desavenencia.

—Ella debe enojarse porque él no trabaja —dijo un día Aniceto, en voz baja, en tanto estaba tendido en la cama, con Virginia al lado. La pareja peleaba en el cuarto vecino.

—No —aseguró Virginia—; no pelean por eso.

—¿Por qué no? ¿Qué sabes tú?

—Los he oído bien. Lo que pasa es que ella es celosa.

—¿Celosa?

—¿No le has visto la cara que tiene?

—¿Las celosas tienen una cara especial?

—No sé; pero ayer le gritó, bien fuerte: «No me importa que no trabajes. Lo que no quiero es que te pases parado en la puerta, mirando a las mujeres y piropeándolas. Ya te conozco».

—¿Entonces es un don Juan?

Virginia se encogió de hombros.

—Tal vez. Eso fue lo que oí.

Las discusiones se mantenían en sordina, duraban largo rato y terminaban con golpes sordos y jadeos de lucha. ¿Es que el hombre amenazaba irse y ella lo sujetaba, o es que ella quería hacer algo trágico y el que la sujetaba era él? Se oían después reprimidos sollozos. Al final, silencio.

—¿Qué harán? —preguntó Aniceto, que no tenía práctica en cuanto a discusiones o peleas matrimoniales.

Virginia rio.

—Tonto. Seguramente, se están reconciliando.

Un rato después la mujer estaba de nuevo en la panadería, y él, siempre limpio y atildado, salía a fumar a la puerta o iba a darse una vuelta, tal vez en busca de su copita de caña paraguaya o nacional.

—Además —agregó Virginia aquella tarde—, él no quiere tener hijos y ella sí.

—Entonces se trata de un gran tipo —aseguró Patricio al enterarse—. Empiezo a envidiar a ese *cafichito*.

—Parece que el padre de ella, el italiano, tiene mucho dinero —agregó la mujer de Patricio.

—Tanto mejor. ¿Para qué trabajar, entonces? Sería una crueldad exigírselo.

Aniceto entregaba a Virginia todo lo que percibía, recibiendo de ella lo indispensable para sus gastos menores. Virginia adquirió así, ante sus propios ojos, una gran importancia, ya que nunca había tenido un centavo en sus manos. Se compró ropa, sobre todo ropa interior, de la que carecía, pues llevó al matrimonio solo un par de calzones de algodón, una enagua y una camisa, todo desgarrado, y se hizo ropa de seda, una seda gruesa, fuerte, de la que estaba muy orgullosa, y que mostró a sus antiguas compañeras de teatro cuando fueron a visitarla.

—¿Te acuerdas de la ropa que tenía? Mira la que tengo ahora.

Las compañeras se hicieron cruces.

Compró a Aniceto cortes de seda para camisas y le obligó a hacerse ropa o a comprarla. Aniceto obedeció y así y en breve tiempo Virginia llenó de ropa blanca e interior los pocos cajones que tenían. A mediodía no comía sino unas frutas o verduras y en la

noche comía con Aniceto lo que ella misma preparaba, pastas y carne, sobre todo, ya que no sabía gran cosa de cocina. Aniceto devoró en tres años montañas de tallarines y de ñoquis y kilómetros de asados de costilla. Finalmente, para ahorrar, decidió que Aniceto llevara su almuerzo, preparándole trozos de carne fría o unas tortillas que habrían alcanzado para tres personas. Aniceto tragaba cuanto podía e iba después a beberse grandes vasos de leche. Engordó y vivió contento, por lo menos físicamente, y gozaba a veces mirando y sintiendo vivir a Virginia, que parecía feliz, como un animalito que come y duerme tranquilo y no teme que el amo le dé un puntapié.

Así era, por encima, la vida de Aniceto, y era, también por encima la de Virginia, la de un obrero calificado y su mujer. Aniceto no tenía, aparentemente, proyecto alguno y tampoco lo tenía Virginia. Ni siquiera era ambiciosa, y aunque llegó a reunir, ahorrando, algún dinero, no se le ocurrió que podrían invertirlo en algo. Lo guardaba por ahí, debajo del colchón o en una caja de zapatos, y cuando presentó a Aniceto una cuenta de lo que le había entregado y de lo que ella había reunido, Aniceto se asombró.

—¿Tanto dinero? ¿Qué vamos a hacer con él?

—No se me ocurre.

—¿Y lo guardas aquí, debajo del colchón?

—¿Y dónde quieres que lo guarde? No tenemos caja de fierro.

—Buscaré dónde guardarlo.

Fue a un banco y abrió una cuenta de ahorros. Al salir del edificio se sintió acometido por diversos sentimientos: había entregado el dinero, un dinero que le había costado bastante ganar, a gente desconocida; esa gente desconocida, por otra parte, lo había tratado como si lo conociera desde la infancia y supiese cuán honorable era —aunque no lo era de ningún modo—. ¿Lo habrían tratado lo mismo si hubiese llegado con una escala, un tarro con pintura y una brocha, a pintar un muro cualquiera? No. Por otra parte, esa seguridad, ¿es producida por el hecho de haber depositado en el banco, a tu nombre, unos miles de pesos? No; al entrar me sentía tan seguro como al salir y me sentí seguro ayer y anteayer, antes de saber que podía depositar plata en alguna parte. Hay gente que tiene mucha plata, y que, sin embargo, se siente tan segura como una salchicha en el hocico de un perro. Algunas veces,

aun en momentos de gran soledad y pobreza, se había sentido tanto o más seguro que en este momento, en que tiene plata en el banco, casa, mujer; seguridad en sí mismo, en su cuerpo, en su mente. Su inseguridad aparece cuando se acerca a la gente que estima que es el dinero el que da seguridad.

Esa era toda la vida. Aniceto sentía a veces que eso no duraría siempre, que aquello, sin sobresaltos, tranquilo, era pasajero; que algo, otra cosa, debería venir, tal vez volverían al teatro, a una vida más fácil, por lo menos para él. ¿Qué podía ser? Podía ser cualquier cosa. No estaba descontento de Virginia; era una buena dueña de casa y si como amante era deficiente, ya que era fría, por lo menos era cariñosa, animadora, como si pensara que tenía que pagar del mejor modo posible al hombre que la había libertado de su prisión conyugal. Por lo demás, Aniceto no podía hacer comparaciones; no tenía la menor idea de cómo podía ser una amante ardiente. Eso, entonces, no lo inquietaba, pero quién sabe si alguna vez, distraídamente, pensaba en ello, tal como se piensan tantas cosas iguales o parecidas: «Tengo un par de zapatos de anca de potro. ¿Cómo serán los de cuero de chancho?», o «Estoy un poco cansado de estas rosas; este otro año plantaré claveles», pensamientos que se tienen al azar, descontrolados, pues casi siempre, aunque se piense en otros o en otras, se conforma uno con lo que tiene, estos zapatos o estas rosas, si bien no es raro que nos decidamos a cambiar lo que tenemos por aquello que nos parece que será mejor o nos agradará más. Pero todo esto, los posibles pensamientos de Aniceto y de otros hombres o los de Virginia y de otras mujeres que piensan en ocasiones que tal vez sería bueno cambiar el lápiz labial «Fidelidad» por uno «Adulterio», o su sostén «Nirvana» por uno «Provocación», no eran pensamientos de realización inmediata; eran más bien latentes y puede haber sucedido que no fuesen esos sino otros. Durante varios años Virginia viajó mucho con su marido y aunque en los últimos tiempos su existencia fue triste, en los primeros no lo fue: viajes por el sur y el norte de Chile, Lima, Quito, Arequipa, largas temporadas en Santiago y en Valparaíso, temporadas de éxito, en las que Pedro era la estrella del conjunto, por lo menos del elenco masculino, habían dejado huellas en su mente y esas huellas no desaparecían así como así. Pedro, aunque violento y grosero, era un hombre gracioso, chispeante, aunque esa gracia y esa chispa

fuesen de una categoría mediocre, pero hay gente que goza con ellas, y Virginia contaba a Aniceto todas aquellas gracias y chispas, y gozaba recordándolas. Virginia, por otra parte, durante todos aquellos años de su vida había vivido en hoteles, siempre buenos hoteles, ya que un primer actor cómico no puede vivir en cualquier parte, y en esos hoteles Virginia no hacía nada, absolutamente nada. De modo que el cambio ha sido muy grande. Es cierto que ya no le pegan ni se ríen de ella, y tiene, además, todo el dinero que Aniceto gana y ropa interior de seda, pero vive en un pueblecito lleno de italianos y de hijos de italianos y de nietos y hasta biznietos de italianos, que saben de teatro tanto como de filología romance, y debe hacer lo que no ha hecho nunca, cocinar y barrer y lavar y zurcir, sin más horizonte que los pueblos vecinos, llenos también de italianos, y sin más porvenir que repetirse el plato año tras año. Aniceto es una buena persona, trabajador, de buenas costumbres, nada de exigente, pero no es, aparte de eso, un hombre con quien una mujer pudiera sentirse feliz para toda la vida. No es gracioso ni chispeante; es silencioso, casi taciturno, y cuando no está silencioso, que es casi siempre, lee, que es lo mismo, y ¿qué leerá tanto?, la lectura es como una continuación de su monólogo. Virginia no lee nada y Aniceto no puede hablar con ella de nada que no sea la comida, el trabajo, la ropa, la casa, las enfermedades, los vecinos, cosas que ella conoce, lo demás lo ignora todo, y Virginia se dará cuenta a veces de que se fugó con Aniceto no por Aniceto mismo sino porque era una manera de separarse de su marido, que era lo que quería y para cuyo objeto le pareció el más indicado de los hombres que la rodeaban. No era, como los otros, uno que no supiera hacer más que una cosa, ser cómico o apuntador o tramoyista o vendedor de tienda, y si lo sacas de ahí no sabrán qué hacer, no. No era, además, un mujeriego, un don Juan; al contrario, era tímido, casi indolente con las mujeres. Todo esto, no obstante, aunque está dentro de lo que posiblemente pudo pensar y sentir Virginia, no lo está de un modo consciente sino involuntario, esos pensamientos o sentimientos o ambas cosas, esos que de pronto, con asombro nuestro, surgen de nosotros y que parece que estuviera pensando o sintiendo otra persona, una que está dentro de nosotros y que no aparece sino cuando uno está distraído, en escasos momentos, porque si apareciesen a cada rato,

simultáneamente con nuestros sentimientos y pensamientos conscientes, quizá se nos armaría un embrollo e iríamos a dar a alguna clínica psiquiátrica.

Todo esto era posible en Virginia y era posible en Aniceto, aunque ni uno ni otro supiera nada de lo que, de modo oculto e inconsciente, pensaba el otro, mucho menos Virginia, que ignora de modo absoluto lo que íntimamente piensa Aniceto, ya que algunas veces, al observar ella que su hombre, que no está leyendo, calla desde hace mucho rato, y decirle: «Hace rato que estás callado. ¿En qué piensas?», Aniceto, como si se hubiese quedado dormido en el asiento de un tren del recorrido Buenos Aires-La Plata y despertara en la desembocadura del Yukón, en el mar de Bering, rodeado de esquimales, contesta asombrado: «En nada», o le cuenta una historia que no tiene nada que ver con lo que está pensando:

—Ayer fue un amigo al taller.

—¿Quién? ¿Algún cómico?

—No, un carpintero.

—¿Chileno?

—Sí, chileno.

—¿Cómo se llama?

—Luis Pardo. Viene a bordo del «Pisagua».

—¿Qué quería?

—Nada. Saludarme.

—¿Quién es? ¿Qué hace?

Porque Aniceto, que nunca será capaz de llevar un mensaje a García ni a González, es, como ciertos indios solitarios, incapaz de decirlo todo de una vez.

—Bueno. Ya te dije que es carpintero, sindicalista. Lo conocí en Valparaíso. Como sabe que estoy en Buenos Aires y en dónde trabajo, fue a verme.

—¿Qué te dijo?

¿Qué le puede decir un sindicalista que es carpintero?

—Nada importante. Hablamos de algunos amigos y me dijo que fuera a verlo a bordo. Me va a dar unos pocos porotos chilenos.

—Qué bueno.

Termina la conversación. Aniceto deja pasar un momento, por si

a Virginia se le ocurre hacer otra pregunta, por ejemplo, qué es sindicalista o por qué ese Luis Pardo es sindicalista cuando puede ser otra cosa; pero no hay otra pregunta, y vuelve a pensar, si eso se llama pensar. Tiene casa, tiene mujer, tiene trabajo, tiene un poco de dinero, está tranquilo, no le falta nada material. Es cierto que percibe constantemente el latir de su corazón y todo lo que ahí parece ocurrir, zapateos, palpitaciones precipitadas, algo como súbitas detenciones, pero eso, si alguna vez lo preocupa, no es todavía una obsesión. Tal vez siente eso porque ha engordado o porque el clima, violento, le afecta los nervios. Un médico le ha diagnosticado miocarditis, pero tiene la seguridad de que el médico le ha dicho eso nada más que por decirle algo y justificar sus honorarios. Es posible que sea un neurótico, él, no el médico, aunque también puede el médico serlo. No siente jamás cansancio y puede correr velozmente dos o tres cuadras, y lo hace cuando va atrasado al tren o empieza a llover y él anda sin paraguas. No, no hay obsesiones y tampoco hay manías mentales, es solo una costumbre o una constitución mental, la misma que tendrá siempre; jamás podrá desprenderse de ella, así como no podrá desprenderse de sus manos ni de sus pies.

Algunas veces reaparecen los pensamientos y los sentimientos que tuvo cuando pensaba en la posibilidad de tener una mujer, una mujer que escogiera para sí solo y a quien acariciaría y poseería y en quien engendrara un hijo, una mujer que sería exclusivamente suya, por días y por noches, no una mujer por ratos o a escondidas del marido. Tenía ahora una mujer, aunque él, en buenas cuentas, no la hubiese elegido, y esa mujer había sido de otro hombre, un hombre que había hecho con ella y durante años lo mismo que él hacía ahora: ¿qué importa, si ella te quiere a ti ahora? ¿No has hecho tú lo mismo con otras mujeres? No lo he hecho. Esta es la primera mujer que tengo —y esta mujer acepta las caricias y es cariñosa, pero no tiene respuesta—; ¿quién sabe si ella es feliz con que tú goces? Puede ser, pero ¿será eso suficiente? Recordaba las palabras de un amigo suyo, hombre de gran experiencia amorosa, un mujeriego, como se dice, que cierta vez, ante él, dijo, al referirse a una amante a quien había abandonado porque ella, enojada por sus amoríos con otras, se negaba a responder, aunque no a dejarse poseer: «Después de poseerla me parecía que no había hecho otra

cosa que ensuciarla». Además, es estéril, fría y estéril. ¿Y el hijo que yo quería? Le falta pasión y Aniceto siente a veces, más que piensa, que es muy posible que con Virginia haya satisfecho una necesidad, dejando hambrienta otra. Es verdad que aquella satisfacción lo hace sentirse, en alguna parte de sí mismo, como una espiga que se ha granado bien, lleno, equilibrado, pero sus pensamientos y sus sentimientos son implacables y sigue pensando y sintiendo todo eso, a veces como a escondidas de sí mismo y reprochándoselo y avergonzándose de ello, pues Virginia, sea como sea, es su mujer, él la ha aceptado como tal, no tiene la culpa de ser como es, tal vez le duele serlo y él debe comprenderlo. Lo comprende, pero sigue pensándolo y sintiéndolo. ¿Es que tienes una doble personalidad? Es posible que sea triple.

Y no era todo eso, había algo más: había el espacio, la tierra, los ríos, las montañas, el océano, las estepas, los bosques, el Chaco, por ejemplo, o la Patagonia, las mesetas altas de la cordillera peruana, boliviana o colombiana, Tierra del Fuego, en donde su padre quizá había muerto algunos años atrás, sin dar respuesta a las cartas que él, algunas veces, escribió, y el Amazonas y el Despoblado de Atacama, todo aquello que sabía que existía y que estaba como esperándolo, con su silencio, su soledad, su grande y hermoso espacio, su frío o su calor, su humedad o su sequedad, su vida o su muerte. ¿Cuándo podría ya conocer todo aquello, que parecía hacerle falta, como si fuese algo indispensable para él, una parte de sí mismo que algún día debería incorporarse a él? Toma lo que tengo y dame tiempo y espacio. Pero ¿quién puede dárselo si no se lo da él mismo? ¿Y cómo puede dárselo?

IV

Tampoco se los daría Daniel, que no disponía de ellos y que además no los echaba de menos.

—Cuéntame tú.

Aniceto le había contado ya, a grandes rasgos, su vida, esa vida que empezó cuando al volver a su casa y encontrarse solo, decidió, creyéndose abandonado de sus hermanos, y tras de pasar una triste noche, echarse a andar por el mundo. João, el mayor, había partido para el Brasil, y Ezequiel y Daniel, el segundo y el tercero de los hermanos, salidos en la mañana en busca de algún trabajo, no regresaron. No podía quedarse solo. Recorrió la casa, que hasta unos días antes era un hogar, el hogar de un ladrón, pero un hogar, y que ya no era más que un refugio, con un colchón y dos frazadas por todo menaje. Recordó a su madre y a su padre, recogió una de las frazadas y se fue (no quiso llevarse las dos; sus hermanos podían volver); que continuó en la casa de Isaías, el ladrón cojo, que pegaba con su pata de palo, argollada de hierro, a su mujer, al perro y a las gallinas y que un día resolvió pegarle, creyéndolo gallina, perro o mujer; cómo devolvió el puntapié hiriéndolo en la cabeza con un trozo de ladrillo y huyendo enseguida, ya sin la frazada, que entró a aumentar el menaje del cojo; que siguió después con su trabajo de cosedor de bolsas en la cosecha del maíz; su travesía de la Pampa y su llegada a Mendoza, en donde adquirió su primer oficio; su viaje a Chile, país en que vivió nueve duros años y en donde aprendió dos nuevos oficios; sus enfermedades, sus vagabundeos; esa vida o ese trozo de vida que terminaba con su vuelta a la Argentina y su unión con Virginia.

Sentados ante las mesillas de un bar, bebían cerveza y comían langostinos. Dos días antes, Aniceto, en tanto viajaba en un tren hacia su casa, sintió, mientras leía una novela, que algo andaba por su cara: una hormiguita, pensó —por aquellos días las hormigas eran sus bestias negras—, y se pasó la mano por el sitio en que le

pareció sentir el cosquilleo; no encontró ningún cuerpo extraño: Vautrin, el bandido, conversaba con Luciano de Rubempré y le ofrecía la fortuna; él se quedaría con el poder. ¿Para qué quiere el poder un bandido? Algunos bandidos lo buscan, tanto en la política como en los arrabales o en los campos, y a veces lo obtienen, y ser bandido es ya algo poderoso, aunque ese poder sea siniestro. Aquella sensación de que algo andaba por su rostro, reapareció; levantó de nuevo la mano y en el mismo momento se desvaneció Vautrin y se desvaneció Luciano de Rubempré y surgió, muy nítido, un recuerdo: el del momento en que Virginia, desde la puerta de un lateral, lo miró tan insistentemente que logró que sintiera que lo miraban. Alguien, pues, y si no había una hormiga de algún color o tamaño, lo miraba. Quién en aquella línea no conocía a muchas personas, y las conocidas, los italianos e hijos de italianos que residían en el mismo grupo de casas en que residía él, no perderían su tiempo mirándolo de ese modo; Patricio Reyes no estaba en Buenos Aires, estaba en San Juan, y tampoco, aunque no se hubiese ido, lo miraría así. Vautrin conversaba aún con De Rubempré en las afueras de París, pero Aniceto ya no escuchaba. Era, pues, alguien, ¿quién?, que tenía un especial interés en él y que deseaba llamar su atención. ¿Una mujer? No. Aniceto iba sentado con la espalda vuelta hacia la dirección en que marchaba el tren; la otra persona, entonces, daba la cara a esa dirección. De otro modo la mirada no sería tan insistente. Se le ocurrió que nadie podría mirar con insistencia si lo hacía de lado, torciendo el cuello. Levantó, por fin, la cabeza: a cinco o seis pasos de distancia, un hombre joven, tal vez de su misma edad, lo miraba con fijeza. Aniceto, en un segundo, lo recorrió de arriba abajo: era de regular estatura, no muy corpulento y vestía de modo que parecía más bien un empleado que un obrero, los zapatos bien lustrados, sombrero oscuro, de alas cortas. Los ojos eran de color claro, rosada la piel. ¿Quién podía ser? Bajó la cabeza y puso los ojos sobre el libro. Alcanzó a leer en alguna parte el nombre de Vautrin, que hablaba todavía, y enseguida algo se apretó en su garganta: aquel hombre se parecía a alguien que él conocía, ¿a quién?, sí, a su madre. Recordó al maestro Menares. ¿Será…?, se preguntó, próximo a brincar o a sollozar. Iba a levantar de nuevo la cabeza y mirar, cuando vio, con los ojos aún bajos, que el individuo se sentaba en el asiento

contrario, frente a él. Lo miró: no le cupo duda, era uno de sus hermanos y no podía ser sino Daniel, que era el más parecido a su madre. El hombre lo miró de nuevo con fijeza, sonrió como pidiendo disculpa, y dijo, con animación:

—Perdone… Por casualidad, ¿se llama usted Aniceto Hevia?

Aniceto dijo que sí con la cabeza, cerró el libro y balbuceó:

—Y usted, y tú, ¿eres Daniel?

Daniel sonrió y habló, después de beber un poco de cerveza:

—Con Ezequiel volvimos a casa y no te encontramos. Vimos que faltaba una de las frazadas y supusimos que no volverías tan pronto, por lo menos no ese día. Pensamos que habrías encontrado algún trabajo. Entonces fuimos a ver al dueño de la casa y le dijimos que dispusiera de ella… ¿Por qué no volviste? Habíamos encargado a una vecina que si te veía llegar, te dijera dónde estábamos.

—Volví —aclaró Aniceto—, pero no encontré a nadie y nadie me dijo nada. Volví también cuando llegué de la cosecha; entonces encontré ahí otra gente. Pero, ustedes, ¿dónde estaban?

Dos días antes, en el tren, no tuvieron tiempo sino para cambiar unas palabras. Llegaban ya al pueblo en que vivía Aniceto y solo pudieron darse las direcciones de sus respectivos lugares de trabajo. Daniel fue a buscarlo allí.

—No sé si te acuerdas de don Abel.

Aniceto lo recuerda. Don Abel Garcés era un amigo de su padre, un hombre moreno, un poco gordo, de pelo rizado y grandes bigotes; por aquel tiempo tendría tal vez unos cuarenta años. Vestía muy limpiamente, usaba anteojos y gorra y se movilizaba en bicicleta, una bicicleta muy bien cuidada, con un gran farol. Visitaba la casa de tiempo en tiempo. Muy serio, se detenía ante la puerta, se desmontaba, desprendía sus tobilleras, golpeaba y pedía permiso para entrar con su bicicleta.

Al irse se ponía las tobilleras y la gorra, montaba y se iba, muy serio siempre. Parecía un cobrador de algo, pues llevaba bajo el brazo una cartera, o un obrero especializado. Los hermanos no supieron, mientras eran niños, si don Abel era también un ladrón o simplemente un amigo o un comprador de joyas robadas; para eso podía llevar la cartera. Por otra parte, resultaba difícil creer que un ladrón pudiera desplazarse en bicicleta, a la vista de todo el mundo, de los agentes de investigaciones, especialmente, tan tranquilo y tan

serio.

—Sí, me acuerdo. ¿Qué tiene que ver?

—Aquel día, Ezequiel y yo, después de vagar de un lado para otro en busca de cualquier trabajo, encontramos, cuando volvíamos a casa, a don Abel. Iba, como siempre, en bicicleta. Le hicimos señas, nos reconoció y se detuvo. No sabía una palabra de la muerte de mamá y tampoco sabía que papá estuviese… donde estaba. Le contamos todo y nos llevó a su casa y nos dejó a comer; después, cuando quisimos irnos, dijo que nos quedáramos; al día siguiente podríamos ir a verte. Nos quedamos, sin pensar que tú, viéndote solo, te irías. Cuando le contamos, al día siguiente, que habías desaparecido, nos dijo que no podíamos quedarnos solos en aquella casa y que era mejor que nos fuésemos a vivir con él; él vería modo de arreglarnos.

—¿Era casado?

—Viudo, sin hijos, y vivía con una hermana, doña Matilde, soltera, un poco mayor que él y muy buena persona.

—Dime: ¿don Abel no era…?

—No era ni es. Es joyero y trabaja en su casa.

—¿Y de dónde es?

—Bueno, te acordarás que era español.

—Sí.

—Creo que es santanderino… Oye: nosotros no supimos nunca por qué papá era… lo que era. Don Abel me lo contó.

—¿Qué te contó?

—Conoció a papá en Barcelona, en una joyería en que don Abel era uno de los maestros y papá uno de los oficiales. Un día se perdió en la tienda una joya, una joya valiosa, y el patrón, un francés, metió presos a los maestros y a los oficiales. Todos salieron en libertad, pero papá no. Por desgracia, sin pedir permiso, el día antes se había llevado un anillo. Se lo encontraron encima. En los primeros momentos, al llegar a la tienda y enterarse de lo que pasaba, se olvidó del anillo o no tuvo tiempo de dejarlo en el taller. Juró que se lo había llevado para terminarlo; no le creyeron. ¿Por qué no avisó? Era una estupidez no haberlo hecho, pero así era. Estuvo preso y al salir del penal era ya lo que fue después. Don Abel, entretanto, se había venido a la Argentina. Aquí se encontraron.

—Bueno. ¿Qué pasó con ustedes?

—Don Abel nos preguntó si queríamos estudiar. Ni Ezequiel ni yo quisimos. Queríamos trabajar. Ezequiel prefirió aprender mecánica y yo elegí el oficio de joyero. Don Abel me enseñó. Como te dije anteayer, Ezequiel murió un año después. Pulmonía.

Aniceto suspiró:

—¿Qué será de João?

Daniel se encogió de hombros.

—En todos estos años no he sabido de él una sola palabra. Siempre leo en los diarios las noticias de policía y jamás he encontrado a nadie que me haya hecho pensar que se trata de él. Estará todavía en Brasil o habrá muerto por ahí. Quién sabe. Es posible que un día aparezca, como has aparecido tú.

Calló.

—Durante estos años —preguntó Aniceto— ¿no has visto a nadie conocido?

—No. Los he visto solo en los diarios. Por lo demás, no quiero verlos.

—¿Por qué?

—¿Para qué? No tengo nada que ver con ellos. Prefiero recordarlos. Recuerda que ni a papá le gustaba estar con ellos, y cuando los veía era solo por necesidad. No tengo esa necesidad y supongo que tampoco tú la tendrás. Menos la tendrán ellos, aunque a algunos les interesaría saber que un hijo de El Gallego trabaja en una joyería, ¿no es cierto? Además, les parecería raro.

Se rio. Oscurecía ya. Se sentían, cerca, la trepidación y el murmullo del ferrocarril subterráneo. La gente pasaba, silenciosa o conversando, hacia arriba y hacia abajo, hombres solitarios, mujeres, parejas con niños y vendedores que gritaban como si vendieran piedras preciosas, aunque solo vendían hojas de afeitar o langostinos.

—Y tú… —preguntó Daniel—, ¿no has tenido la tentación de… eso?

Aniceto hizo un gesto ambiguo:

—No me he sentido capaz de hacerlo. Una vez estuve a punto, pero esa vez me dio tanto miedo que…

—¿Qué te pasó?

—Fue en Valparaíso. ¿Qué hora es? Las ocho menos cuarto.

Tenemos tiempo. Conocí allá, en casa de un zapatero anarquista, a un ladrón. Es curioso: cuando digo «ladrón», siento cierto desasosiego; cuando recuerdo que papá lo era…

—No hables muy fuerte.

—No me molesta tanto… Ese hombre trabajaba con ese zapatero. Lo era también, no muy bueno, pero ayudaba al otro como podía. Había aprendido en la cárcel. Otro ladrón, o ex ladrón, zapatero también, trabajaba con el anarquista y llevó allí a este otro, a trabajar mientras se reponía de su mal. Se llamaba Antonio Cabrera. Una noche, no sé por qué motivo, el zapatero y Cabrera se disgustaron. Después de un rato, aburrido porque el zapatero era afónico y costaba entender lo que decía, Cabrera dijo, como quien saca conclusiones: «Bueno, pues, si está tan enojado conmigo, vaya al taller, tráigase unas dos cuchillas y démonos unos tajitos». El zapatero, como si lo hubiesen invitado a tirarse al mar sin saber nadar, se rio, y replicó, hablando como un fuelle: «¿Cree usted que soy tonto? ¿Traer cuchillas para que usted se dé el gusto de mandarme para la morgue?».

«No, gracias». El ladrón hizo una mueca despectiva y replicó:

«Bueno, si no es capaz de pelear conmigo, ¿para qué alega tanto?». Dio media vuelta y empezó a bajar el cerro; enseguida dio otra media vuelta y, no sé por qué, me llamó: «Venga, Aniceto».

Fui. Tal vez fui porque se iba solo, en tanto que el zapatero se quedaba con unos amigos. Caminamos por los cerros durante mucho rato. No me acuerdo de todo lo que hablamos. Era un hombre simplote, de piel colorada y un poco carcomida, como si hubiese tenido viruelas; usaba unos bigotes como de chino, muy ralos. Había andado mucho por el norte de Chile y tenía muchas cosas que contar; eso me gustaba. Bajamos a la ciudad.

Ahí empezó a preguntarme sobre mi vida y mi persona. Le conté todo y cuando terminé me dijo que le parecía muy raro que yo me ganara la vida con una escala, una brocha y un tarro de pintura. «¿No le gustaría ser ladrón? Yo puedo enseñarle». Le contesté que no; tenía bastante con que mi padre lo hubiese sido. Me preguntó: «Bueno, ¿y qué va a ser? Porque algo tiene que ser». Yo tenía veinte años y fuera de ser pintor no se me ocurría qué podía ser. «No va a ser pintor toda la vida. Es un oficio cochino». Después de muchas preguntas le dije que me gustaría estudiar ingeniería o medicina,

ser periodista, en fin, un Intelectual. «¿Qué es un intelectual?». Una persona que trabaja en algo para lo cual ha necesitado estudios. «Bueno —me insinuó—, podría ser un intelectual rata». ¿Cómo sería eso? «Muy sencillo —me contestó—; estudia, se hace intelectual y trabaja donde haya bastante plata. Me dice dónde está la plata y yo voy en la noche, me llevo la plata y nos repartimos a media». Me reí. «Sí —le contesté—, ¿y si me toca trabajar en donde no hay plata, en un hospital, por ejemplo, si soy médico?». Entonces se rio él. «No —me dijo, moviendo la cabeza negativamente—; ¿para qué va a trabajar en una parte en donde no haya plata? Para eso no vale la pena estudiar… De todos modos —agregó—, sería bueno que antes de ser intelectual aprendiera un poco a rata». Caminando, me dijo que ser ladrón no era tan difícil como parecía. La primera vez es la que cuesta. Me daban deseos de aconsejarle que dejara ese oficio y se decidiera a ser siempre zapatero, pero no me atreví. Me di cuenta de que para él ser pintor o zapatero era algo que estaba muy por debajo del oficio de ladrón y que solo se podía ser zapatero o pintor si uno estaba enfermo. Era, además, mayor que yo, y habría sido ridículo que un muchacho de veinte se pusiese a darle consejos de esa índole. De pronto se detuvo. Estábamos en una calle ancha, con árboles que echaban mucha sombra sobre las aceras. «Mire —me dijo—, hace tiempo que estoy aguaitando una casa. Vive ahí una sola persona, una vieja, y su pieza está al fondo de la casa. Las primeras piezas están llenas de cosas y debe haber servicios y ropa. Creo que vale la pena. Es esa que está ahí». Me la mostró. Era una casa como todas las demás, de un piso; las ventanas tenían visillos y estaban cerradas, así como la puerta. «¿Qué le parece?». No me parecía y no contesté. «¿Hagamos un empeñito? Total, no perderemos nada». Encontré una objeción y se la dije, como si respondiera a un amigo que me invitara a beber otra cerveza: «Es muy tarde ya». «Mejor —me respondió—, más dormida estará la vieja». Miró hacia todas partes y se acercó a la puerta mientras buscaba algo en sus bolsillos. Estuvo un segundo parado y enseguida retrocedió y volvió hacia donde yo estaba, bajo la sombra de los árboles. «Listo». Vi que la puerta, ayudada tal vez por la brisa nocturna, se abría muy despacio. Miré hacia todas partes. Me pareció que toda la población de Valparaíso estaba mirándonos: no vi a nadie. Sentí algo que no te puedo explicar, miedo, sorpresa,

curiosidad, ganas de ir al excusado, de todo. «Ya, pues —dijo el hombre—; entre usted. Yo me quedo de loro». Antes de que terminara de hablar, me lo imaginé todo: yo entraba a un pasillo oscuro, no se veía nada, no sabía dónde estaba y no se podía encender fósforos; vagaba como un fantasma, de acá para allá, sin atreverme a estirar los brazos y pidiéndole permiso a un pie para mover el otro; de pronto tropezaba y algo caía al suelo; alguien gritaba, se encendían las luces y un hombre espantoso armado de un tremendo garrote salía de la primera pieza y me cerraba el paso, mientras la vieja, detrás de mí, daba unos alaridos que atraían a la policía de toda la ciudad y hasta a los bomberos, que creerían que se trataba de un incendio.

Daniel manoteó de risa.

—Bueno, ¿y qué pasó?

—El hombre —continuó Aniceto— me empujó con un brazo. «Qué hubo, pues, vaya». Me sentí como clavado al suelo. Por fin di un paso y después otro, esperando que de un momento a otro sucediera algo que me impidiera llegar hasta la maldita puerta. Ese algo sucedió: en la esquina apareció un grupo de hombres gordos, dos o tres, en camisa, con la chaqueta al brazo. Antonio me chistó: «Oiga, parecen agentes». «Sí —le respondí—, agentes parecen», y la verdad es que si no eran agentes eran, por lo menos, fantasmas de agentes. A una cuadra de allí estaba la Sección de Investigaciones, en donde había estado y a donde no quería volver.

Unos minutos después nos encontramos a varias cuadras de distancia, acezando y riéndonos... Así terminó aquella única experiencia.

—¿Y no lo viste más?

—No volvió al taller del anarquista. Poco después robó en una ferretería, en complicidad con un vigilante. Me encontró y me regaló una navaja de afeitar, que vendí a los pocos minutos. El hombre desapareció. Supe, un tiempo después, que estaba preso. Robaron, en una ciudad cercana, una joyería y en vez de huir se encerraron en una casa de mujeres; los tomaron con todo el robo encima.

El balance no era muy halagüeño: de la familia de Aniceto Hevia, alias El Gallego, no quedaban sino Aniceto y Daniel, João continuaba desaparecido y el padre había muerto en Tierra del

Fuego, no se sabía de qué. Nunca se sabe de qué mueren los ladrones.

Daniel vivía cuatro pueblecitos más allá de aquel en que vivía Aniceto. Estaba casado, tenía una niña y su mujer era una persona enfermiza, según dijo. Aniceto no conoció a aquella sobrina ni a aquella cuñada. Por algún motivo, Daniel puso siempre dificultades para que Aniceto fuese a su casa y para ir él a casa de Aniceto, y este, después de dos o tres tentativas, renunció. Su hermano era un hombre más bien frío. Se alegró, por supuesto, de encontrar a Aniceto, pero durante todos esos años se había acostumbrado tanto a la idea de que ya no tenía hermanos, que prefirió seguir con esa idea. Aniceto, hombre de imaginación, sospechó que su cuñada sufriría alguna enfermedad desagradable, tuberculosis, por ejemplo, o algo al hígado, que estaría amarilla o de otro color, algún eccema, enfermedades que además de hacer sufrir al enfermo lo hacen repelente de mirar; sospechó también que su hermano se sentía molesto con la certidumbre de que Aniceto viviera con una mujer que era casada con otro hombre. Tenía conceptos rígidos sobre muchas cosas y era, en contra de la condición de Aniceto, un ser limitado, sedentario además; el deseo de su hermano de recorrer el mundo le parecía idea de loco o de ocioso. A él le bastaba con ser joyero y vivir en Buenos Aires. ¿A qué más podía aspirar?

Aniceto se sintió desilusionado. Había esperado mucho de un encuentro con alguno de sus hermanos y resultaba que de ese encuentro no obtenía más que la certeza de que ese hermano estaba vivo. Para consuelo suyo se dio cuenta de que Daniel no tenía culpa alguna; tampoco la tenía él. Doce o más años de separación, con una vida en absoluto diferente, habían destruido la intimidad familiar que existió durante la infancia y parte de la adolescencia; el carácter de cada uno, reflejo en parte de sus respectivas experiencias, y las condiciones en que vivían, se opusieron, por otro lado, a que aquella intimidad volviera a ser creada. Daniel era reticente, casi taciturno Aniceto; uno se negaba, el otro, respetuoso de la intimidad ajena, no se atrevía a saltar las barreras que su hermano alzaba alrededor suyo. Había alzado las suyas, por lo común tan herméticas, para recibir a Daniel. Daniel se mantuvo lejos. Y ahí quedaron.

La despedida, unos meses después, fue más bien triste.

—¿Por qué te vas? —preguntó Daniel—. Esta es tu tierra. ¿Qué necesidad tienes de irte? Trabajas bien y ganas casi más que yo.

Quédate, junta dinero y cómprate una casa.

Tenía de Chile una imagen que asombró a Aniceto: una llanura montañosa; de vez en cuando, separadas por gran distancia, una que otra casa.

Pero Aniceto había decidido regresar a Chile.

—Eres un atorrante —concluyó Daniel.

Se despidieron en el tren. Aniceto supo que desde ese momento estaría solo en el mundo y eso le dolió. Daniel lo sabía ya y no le dolió tanto o no le dolió nada.

V

Ese mismo día, el cónsul chileno en Mendoza dio a Aniceto el papel que necesitaba, un papel con unas líneas escritas a máquina, una firma y un timbre.

—Con eso te dejan pasar.

Es un hombre de edad, moreno, bajo, de modales caballerescos. Cree, o parece creer, mientras sonríe y fuma, la historia que le narra Aniceto: no tiene trabajo en la Argentina, ha perdido sus papeles y su madre está enferma en Valparaíso. Le duele a Aniceto mentir a este hombre que le ofrece asiento, le convida cigarrillos y le habla de Chile, pero se ve obligado a hacerlo. Ignora, por supuesto, que este hombre oye a menudo historias semejantes y aún peores y que está acostumbrado a ellas, aunque no cree sino en muy pocas o en ninguna.

—Bueno, hijo; te daré lo que me pides.

Da lo que menos vale y lo que menos le cuesta: unas líneas escritas a máquina, una firma y un timbre. No habrá en toda la larga frontera un gendarme que se atreva a dudar de la autenticidad de esa firma y de ese timbre. ¿Cómo dudar de un papel en que se lee «Consulado de Chile»? Todos los años atraviesan la cordillera centenares de trabajadores chilenos. Vienen a la cosecha de la uva, del maíz, del trigo o de lo que sea. La moneda argentina vale varias veces más que la chilena, en la Argentina hay carne en abundancia y las provincias que limitan con Chile necesitan brazos. El obrero, si no es muy especializado, y el peón campesino, que viven en las haciendas chilenas con una dieta de té o yerba mate, galleta, porotos y algunas verduras, sin ver la carne ni la leche sino cuando repican muy fuerte, a pesar de que aman a su país atraviesan la frontera, trabajan durante una temporada, reúnen dinero y vuelven después a Chile, en donde a veces gastan en dos o tres días, en una francachela, lo que han ganado en meses de trabajo. Pero lo hacen en su país y eso parece recompensarles de su estupidez. Van y

vienen a pie, y muchos mueren en el camino, sobre todo los solitarios. Obligados a pasar a escondidas, ya que no tienen documentos, toman los senderos menos transitados, y allí, en la soledad de las montañas, un paso en falso, una caída, la torcedura de un tendón, la rotura de un hueso o una nevada que tape las huellas, significan casi siempre la muerte.

Este cónsul no lo ignora, se lo dice a Aniceto y le da lo que le pide. Sabe que si se lo niega, este hombre se verá obligado a pasar a escondidas y a pie, y ya estamos a fines de abril y la nieve ha empezado a caer en las montañas. Es posible que le haya mentido, pero es posible también que le haya dicho la verdad. ¿Cómo saberlo? Parece preferir un chileno mentiroso a un chileno helado en el Valle de las Calaveras y pone su firma y estampa el timbre.

—Toma, hijo, y que te vaya bien.

—Muchas gracias, señor.

Dos o tres días después, al atravesar la cordillera, mira desde el tren cada roca y cada torrente, cada río, los precipicios, los senderos de mulas, los caminos. Anduvo mucho por ahí, hace algunos años, no a caballo ni en tren sino a pie, y todo le es tan conocido como sus manos, no solo el paisaje, que ya está en él, sino además las sensaciones, que produce, de día, de noche, en la tarde, en el amanecer, en invierno, en verano. Podría bajar y echar a andar hacia cualquier parte, trepar o descender. No tropezará, por muchas piedras que haya, ni caerá, por muchos baches que se presenten; ni siquiera caerá si resbala: los dedos de sus pies y sus pies, sus piernas y sus músculos, su cintura, sus brazos, sus ojos, adquirieron, trabajando y caminando por la cordillera, una especie de propia conciencia, una conciencia que parece no tener nada que ver con la otra y que permite a los ojos saber, a cualquier hora, qué hay ahí, una sombra, una mancha, un bache o un montón de piedras, y a lo de más cómo posarse, girar, afirmar, suplir, reforzar o soltar, preparándose para el otro paso, para el salto o para la flexión. No, no caería, nunca ha caído, ni siquiera cuando la nieve era dura y resbaladiza o cuando el bache aparecía de pronto, engañoso, en la oscuridad de la noche sin luna y sin estrellas, o cuando el pie era sorprendido por un terreno que inesperadamente se hundía —una cueva de ratones cordilleranos o una superficie socavada por algún oculto regato—. Sí, todo aquello le es conocido; no solo lo ha visto,

lo ha vivido, y el hecho de haberlo vivido es lo que da a su cuerpo y a su mente, en relación con ello, una resuelta seguridad. Le gustaría que esa seguridad se extendiese a todo lo existente, haber vivido todo y que todo estuviese en él; pero, aunque ha vivido mucho, sabe que no todo puede vivirse y que, más aún, algunas cosas, tal vez las más valiosas, escaparán siempre al dominio total del ser humano, quizá porque no las puede vivir profundamente, porque no se entregan sino de a poco o porque están repartidas en muchas partes o en muchos seres, y no se sabe bien dónde están o no se tiene el suficiente tiempo para buscarlas y hallarlas, sobre todo esa experiencia en que no se trata ya de una relación entre un ser humano y un sistema de montañas, por ejemplo, sino entre un hombre y una mujer, en donde hay no solamente una persona, sino que además órganos, todo colocado más o menos a la ventura, sin garantía alguna de que sean de primera calidad, de que estén en donde deben estar, funcionen como se pide y duren lo necesario —¿Quién te lo podría garantizar y a quién podría reclamar?—. Sin contar con la conciencia, los sentimientos y la inteligencia, que son un reflejo de todo aquello y que bien puede aclarar todo o embrollarlo todo, según aquello esté embrollado o claro, y a veces, aunque aquello esté claro, esto estará embrollado, y al revés. Sí, no es un asunto tan fácil, al contrario, es dificilísimo. No sabes lo que te ha tocado y no sabes lo que te va a tocar; lo descubrirás y lo sabrás cuando ya sea tarde: has fecundado a tu mujer o has sido fecundada por tu marido y vendrán los hijos, y quedarás amarrada o amarrado por muchos años, a veces hasta que te mueras, a veces hasta que te hagas de amantes, que en ocasiones salen mucho peores que el cónyuge. No es un porvenir muy halagüeño, pero no hay otro. Tal vez sería conveniente hacer congresos, uno hoy, otro mañana, otro pasado mañana, todos los días, aquí y allá, en todas partes. Lo hacen los comerciantes sobre el comercio, los urbanistas sobre el urbanismo, los cirujanos sobre la cirugía, los industriales sobre sus respectivas industrias, los juristas sobre las leyes. ¿Por qué no hacerlo sobre el amor, que es para el ser humano más importante que el comercio minorista, los alcantarillados, las operaciones estéticas, la ropa de confección y las leyes sobre pasaportes?

Aniceto sonríe. Sí, el amor no es como la cordillera, aunque en

la cordillera también te puedes romper el alma. El tren se acerca al túnel grande. Sabe que él vivirá todo eso, todo ese inverosímil enredo amoroso, y sospecha que puede salir de él como una espada de plata o como un enmohecido tarro vacío de conservas. Pero no podrá escapar a su destino y no hará nada por escapar; al contrario, le gustará desafiarlo, se verá obligado a desafiarlo, animado por aquello que le pertenece y que no le pertenece, que existe en él, y que él no conoce, todo eso que es incapaz de dominar y que tampoco querría dominar.

Tercera Parte

I

No volvió a la Argentina, aunque pensó hacerlo; no le fue posible y ya no lo será. La habitación, sin más luz que la que usa para sí mismo el radiorreceptor, está a oscuras. En esa oscuridad un hombre canta. Se le oye decir, repetidas veces, «is liberij». No sabe qué significa y no le importa lo que pueda significar. Hay, en la música y en la voz del hombre, de pronto, un tono de desgarramiento, no depresivo, sino uno como lleno de arrogancia, que parece desafiar a aquello que lo provoca. Puede que no haya tal desgarramiento y que «is liberij» signifique alguna tontería, pero Aniceto, aunque no entiende, no puede hacer nada por entenderlo. Oye «is liberij» y aquel tono alto y aquel grito como desgarrado aumentan su aflicción. Sentado ante el receptor de radio, llora.

No son esas palabras ni aquel grito lo que lo hace llorar. Lloraba al aparecer la música y la voz, y llorará cuando desaparezcan. Ha creído encontrar en la música, en estos días, una fuente de consuelo; sin embargo, un tono alto, como este, o uno bajo, uno lírico o uno dramático, convierten esa posible fuente de consuelo en una fuente de congoja. Pero necesita llorar, no puede hacer otra cosa.

No, no es esta música ni esa voz alemana las que le arrancan lágrimas. Tres días atrás, en esta misma habitación, su mujer ha muerto, no Virginia, que vive aún, separada de él hace varios años, sino otra, una con quien casó, que le dio tres hijos y que ha muerto casi repentinamente. «¿Por qué?», pregunta, a veces en alta voz y casi en contra de su voluntad. Si ella pudiese hablar o hacerle sentir que está en alguna parte, no muerta sino viva en cualquier forma, se sentiría menos afligido; pero no hay respuesta y de pronto el aire se llena con los compases del concierto para dos violines y Aniceto siente que su llanto no es ya un llanto: es un río de congoja que fluye en la oscuridad y en cuyas aguas parecen flotar la casa, sus tres hijos dormidos y el cuerpo de su mujer. ¿Por qué esta música,

que antes no le sugería nada especial, se transforma ahora en un canto fúnebre, no un canto lento sino uno rápido, cambiante, que parece invitarlo a una alegre, casi fugitiva marcha hacia la muerte? «Por aquí. Apresúrate. Ven». No lo sabe. Conscientemente, está seguro de que no habrá respuesta, de que no la ha habido ni la habrá para nadie; inconscientemente, en alguna parte de sí mismo, hay una esperanza, una esperanza que existe desde que murió un ser humano y otro lo lloró, que desaparece en cada uno que deja de llorar y que renace en el que empieza a sollozar por el que ha muerto. Sabe que está vivo sobre la tierra y que su mujer está muerta, debajo de esa misma tierra, bajo la cual están también, muertos, sus padres y su hermano Ezequiel, muchos amigos y muchos seres que no fueron sus amigos, que ni siquiera conoció, que no lo conocieron y que no lo necesitaron para vivir ni para morir. Ninguno dio respuesta; tampoco la dará él cuando llegue la hora de callar. Y llora. Y siente a veces, por medio de una parte de sí mismo, que está, sin embargo, vigilante, que el llanto y la congoja son como una especie de embriaguez, una embriaguez que en ciertos momentos deja de ser de dolor y se convierte en una de alegría, una extraña alegría, quizá la de poder llorar con todo su ser o quizá la de sentir que el llanto alivia su corazón.

La casa, más allá de esta pieza, está en silencio y solo en la sala hay un reflejo luminoso; viene de la cocina, en donde Ester llorará sobre la sartén, las cacerolas y los platos sucios, y en donde llorará también Ana, la criada que su mujer tomó al nacer la última niña. Es una casa llena de llanto: la «patrona» ha muerto.

Los niños duermen. La menor, al lado de su cama; los otros dos, en el dormitorio contiguo. No han hecho ninguna pregunta y no esperan ninguna respuesta. Nada tiene significación para ellos. El día que María Luisa murió, la niña mayor, sin darse cuenta de por qué lloraban todos, lloraba también, como si sospechase que era obligatorio llorar; los otros, un varón y una niña, estaban en el huerto, trepados en las ramas de un manzano. Aniceto, con los ojos enrojecidos y con las narices y la garganta congestionadas, fue a buscarlos. Lo miraron como si no lo conocieran. Parecían, en las ramas, asustados pájaros. Al día siguiente los tres corrían por la casa, dando gritos de júbilo cada vez que un mensajero llegaba con una corona de flores, de crisantemos en especial, esos crisantemos

que Aniceto odiará toda su vida: murieron de sed y de calor y despidieron espantosos hedores, en tanto adquirían formas casi animales, como de sapos reventados bajo un ardiente sol.

Y esto no es todo: por más esfuerzos que hace no logra proyectar en su mente una imagen completa de su mujer, que parece haber muerto no solo en sí misma sino también en él mismo. La imagen dominante es la de ella en el ataúd, la boca un poco entreabierta, bajo la comisura del lado derecho un coágulo estriado de rosa, extrañamente claro. Lo demás, lo vivo, ha desaparecido y no volverá a su recuerdo sino después y por trozos, disperso: las manos, de dedos largos y llenas de hoyuelos; la piel de los muslos, clara, como transparente; el vello del pubis, dorado; el verde reflejo de los ojos, las estrías del vientre, e imágenes táctiles, olfativas, de sabor: el calor de su cuerpo, el sabor de su lengua. Hallará en la cama, inesperadamente, una desvanecida memoria de su olor nocturno. Solo el soñar se la devolverá entera, aunque inmóvil.

Porque el hombre errante, el hombre que se consideraba a sí mismo como un individuo que nunca estaría acabado de hacer, pues sentía siempre que algo le faltaba, llegó a convertirse, en estos pasados años, en uno que pudo considerarse ya hecho, ya completo, como si todo hubiese sido echado en él y todo hubiese sido absorbido por él, colmándolo para siempre. Tenía una casa, tenía una mujer, hijos, trabajaba con agrado y cuando quería sentir la soledad, el silencio y el espacio de los nómades, iba a la cordillera, que estaba allí, cercana, esperándolo: solitarios senderos, silenciosos bosques, amplios y profundos espacios, lejanía, vichuquén, como decía el araucano, solo el viento que sube o baja por la quebradas, solo los esteros, solo los pájaros, impetuosos ríos de deshielo; en invierno, nieve, tapados los senderos, resplandecientes de blancura los espacios, más silencio aún, más soledad, y de un día para otro todo ese equilibrio, esa sensación de que tal vez estaba ya hecho y de que no le restaba más que envejecer y morir —porque ¿qué otra cosa podía esperar?—, se rompía y desaparecía y él quedaba como perdido en las montañas, extraviada la huella, idos los pájaros, acercándose la noche, en tanto a su memoria solo acudían dispersas imágenes del ser que, más que nada y nadie, formaba parte de su pequeño mundo. Quedaban los niños, es cierto, pero ¿qué son los niños? Ánimas informes, sin sentido de nada, ni de la vida ni de la

muerte. Mirarlos le servía solo para sentirse más solitario. La mayor tenía siete años, seis el varón y cuatro la menor. ¿Para qué sirven siete años, seis o cuatro? Solo para dormir, comer, llorar, correr o reír. Felizmente, quizá, porque si los niños pudiesen darse cuenta de lo que ocurría y de lo que les podía ocurrir si él también desapareciera, tanta cuenta como pudo darse él cuando murió su madre, la casa sería ahora un infierno. No lo es, para los niños por lo menos, y Aniceto no sabe si alegrarse o entristecerse más por ello. Pero es joven aún y, aunque llora, sabe que podrá resistir, que deberá resistir. Su vida ha sido despedazada. No es la primera vez. La vivirá así. No tiene otra.

II

Sí, no pudo volver. Durante los dos años que siguieron a su regreso de Buenos Aires deseó, en ciertos momentos, volver. Recordaba los pueblos de la provincia, esos pueblos que en los días de trabajo se veían casi desiertos, y que también parecían desiertos los días de descanso: los hombres trabajaban en sus casas, reparándolas, o atendían sus pequeños sembrados, iban al fútbol o jugaban, a escondidas de la policía, a «il padrone é sotto», y las mujeres arreglaban sus ropas o sus piezas, fregaban los pisos o se sometían a sí mismas a una limpieza más rigurosa, lavándose la cabeza y algo más si se les ocurría o podían (los cuartos de baño no eran muy numerosos); recordaba los viajes en tren, acompañado de centenares de seres que desaparecían al llegar a Buenos Aires, nadie sabía hacia qué parte de la ciudad, y que volvía a encontrar en la tarde, y le parecía oír el grito de los conductores y ayudantes de los trenes al anunciar, en cada estación, el nombre y las combinaciones que en una u otra podía haber (logró individualizar a uno, que gritaba en el andén, frente a la ventanilla del asiento en que él, rendido por muchas horas de trabajo nocturno, dormitaba, el nombre de la estación en que debía bajarse. ¿Era una casualidad? Quizá, pero a la tercera o cuarta vez, ya en tierra, miró al hombre que en ese momento, el tren en marcha, se tomaba del pasamano y saltaba a la escalerilla, y vio cómo, estabilizado ya, le sonreía, haciéndole un gesto como de complicidad o entendimiento. «Gracias, hermano», murmuró, haciéndose, mientras salía de la estación, el propósito de buscarlo, conversar con él y convidarlo a algo. No lo hizo; en la mañana, al regresar a su casa, el sueño era tan poderoso y lo dominaba a tal punto que dormía ya antes de sentarse en el duro asiento del coche de segunda clase); los largos paseos con Patricio Reyes a través de los campos, raras veces cultivados, pantanosos o cubiertos de desperdicios, pues eran usados como basurales; y el olor que se percibía al atravesar el

Riachuelo, un olor a carne descompuesta, que no era más que el signo de la presencia de los frigoríficos; y la lluvia y los relámpagos, los truenos, los rayos y el temor a las fabulosas centellas.

Sí, no pudo volver. Su situación económica desmejoró y la vida dejó de ser tranquila; no hubo ya soledad, pueblos desiertos ni gente desconocida. Volvieron al teatro.

El «hombre» ofreció un sueldo que no prometía porvenir fastuoso alguno, aunque estaba dentro de los límites de lo que podía ganar un apuntador. Virginia, también con un sueldo discreto, iría como una actriz más, de esas que tan pronto hacen una característica como una segunda dama o lo que caiga. No se harían ricos, y nadie pensaba en tal cosa. Si toda la gente que hace algo persiguiera, al realizarlo, solo el afán de ser millonaria. El mundo estaría mucho más lleno de resentidos. Se trataba y se trata de vivir y menos mal si se vive pasablemente.

Ni siquiera «el hombre», el empresario, ambicionaba algo desmesurado. Era un individuo bajo, moreno, entradito en carnes y anodino. Mirándolo, no se podía decir gran cosa de él; después de tratarlo, la opinión era casi la misma; ganaba en simpatía, sin embargo. Hablaba poco y al hacerlo usaba una voz contenida, recurriendo, para expresarse, a una gran cantidad de modismos y refranes, aun a metáforas, lenguaje que habría resultado original si por medio de él hubiese tratado de dilucidar asuntos complicados o profundos, pero como los asuntos de esa índole no le importaban sino que le importaban otros más inmediatos y sencillos, su conversación, a pesar del lenguaje, no era apasionante. Divertida, sí, lo era, y lo habría sido mucho más para un filólogo o un folklorista.

—Nací con la oreja parada y conozco a los gatos aunque estén muertos y pelados, y si usted cree que con ese cuento me va a emborrachar la perdiz, se equivoca medio a medio. Me gustan las cosas claras y la chicha con naranja. A otra cosa, mariposa.

Tenía una pasión, aunque mejor sería decir que tenía dos: la historia patria y el juego. Vivía de la segunda y se entretenía con la primera. Respecto de la historia no sustentaba filosofía alguna especial, no era positivista, materialista, mecanicista, determinista ni espiritualista, y si le hubiesen hablado de Mommsen, de Marx, de Herder o de Feuerbach, habría creído que se trataba de alemanes

que fabricaban neumáticos para automóviles. Se suponía que solo era lector de historiadores chilenos. La historia, no obstante, era su pasión, aunque la estimaba a su modo.

—Abren par de jackos. Grupeando. ¿Quién da? Usted, yo soy mano. Pongan el chipe que falta. Baraje, compañero. Abierto.
Voy-voy-voy-voy.
Diga cuántas cartas quiere.

Silencio.

—Qué le parece.

—Me parece muy bien.

—Sí, me parecería muy bien.

—Usted da. Chipear. No se queden dormidos.

—¿Le parece bien?

—Sí; sería negocio.

Cualquier negocio de teatro era bueno para Felipe Utrera, cómico por constitución mental y física e individuo que tenía, como don Emiliano, dos pasiones, la del juego y la del teatro. Vivía de la segunda, se entretenía con la primera. Su ideal era trabajar vermut y noche, nada más, porque odiaba las matinés; terminada la nocturna, y fuese invierno o verano, sentarse a jugar póquer hasta las cinco o seis de la mañana; acostarse después con su mujer, hacerle un cariño más rico que cuatro ases en mano, según decía, dormir, almorzar en cama y levantarse a la hora del ensayo, si lo había. Representaba cualquier papel, de joven o de viejo, de duque ruso o de piel roja, de usurero o de cura, y le daba lo mismo hacer sainetes que dramas, comedias que gran guiñol, operetas que vodeviles. Lo importante era estar en una compañía, en un teatro, vestirse, pintarse, salir a escena, decir lo que tenía que decir, hacer lo que debía hacer y decirlo y hacerlo del mejor modo posible, hubiese dos espectadores en platea y cuatro en galería o estuviese el teatro de bote en bote. Amaba su profesión, no había tenido ni tendría nunca otra, y aceptaba, en estado de cesantía, cualquier papel, cualquier teatro, cualquier empresario, público o ciudad. Le era indiferente trabajar en un teatro de Madrid o en el de un villorrio de las provincias chilenas. Arriba el telón. Don Felipe, a escena. Vamos. «Hola, cómo está usted». Se aprendía los papeles al pie de la letra —nadie sabía en qué momento, ya que si no estaba en el teatro se hallaba jugando póquer o durmiendo: los aprendía

con solo oír al apuntador en los ensayos—, y podía salir «al toro», es decir, sin saber palabra de un papel, en cualquier momento, y el apuntador no pasaría malos ratos con él: sabía oír y hablaba de un modo especial, alargando las terminaciones de las frases y haciendo pausas que el apuntador aprovechaba para meterle en las orejas la frase siguiente o dos más. Como por lo común hacía papeles cómicos, nadie se extrañaba y el resultado era positivo. Su edad alcanzaba quizá los cuarenta años y era de regular estatura, cuerpo bien proporcionado, tendiente a la esbeltez. La piel de su rostro era la de un niño bien alimentado y sano, rosada y sin una arruga, asombrosa cara para un hombre que llevaba más de veinte años de teatro, póquer y bacará.

—Doy. Chipear. Mano. Abren reyes.

—Qué le va pareciendo.

—Me va pareciendo bien.

En las ciudades era cliente de carpetas poco concurridas y tranquilas, sin esos tiburones que quieren llevárselo todo y hacen trampas o promueven discusiones, juegan al fiado o piden dinero; no le importaba ganar poco o ganar mucho y jamás perdía más de lo que llevaba en los bolsillos. Le interesaba entretenerse, brujulear, subir, resubir, irse al plato y repudiaba los *bluffs*, que consideraba poco serios, casi groseros.

Don Emiliano insistió:

—¿Le parece bien?

—Me parece muy bien.

—Usted habla.

—Paso.

Don Emiliano le expuso sus puntos de vista respecto de la historia. No se trataba de escribir una obra en que se enunciaran nuevas ideas sobre el porqué de la Revolución de la Independencia o se analizara de modo más riguroso el papel de los encomenderos coloniales; nada de eso, que está bueno para los lateros. Se trataba, en primer lugar, de ganar plata; en segundo lugar, de algo que callaba.

—En el teatro chileno la historia patria está más olvidaba que la mazamorra. Es cierto que hay algunas obras, pero son del tiempo del flato; hay que escribir otras, con discursos patrióticos, peleas, tiros y fusilamientos, pero fusilamientos en el escenario, delante del

público, no detrás de los telones. Ver para creer, dijo Santo Tomás. Qué le parece.

Felipe Utrera se asustó un poco y se rio mucho, aunque esto último solo interiormente. Era un cómico fino y la idea de trabajar en obras con discursos patrióticos, peleas, tiros, gritos y fusilamientos, le producía risa y miedo. Pero estaba sin trabajo, y cualquier cosa era preferible a permanecer en Santiago a brazos cruzados.

—Usted sería el director. Qué le va pareciendo.

Le parecía bien.

—Bueno, sí, me parece muy bien, ya se lo he dicho; pero ¿quién sería el empresario?

Don Emiliano soltó el agua poco a poco. Sentía un poco de vergüenza, la vergüenza del hombre que con sorpresa de sí mismo descubre que quiere reducir a monedas, a viles monedas, algo que otros realizaron a costa de sangre y de lágrimas, pero aquella oculta vergüenza estaba compensada por la real admiración que sentía por los héroes, sobre todo por los que habían sido fusilados y cuyos heroísmos quería llevar a escena, no tan solo por interés de la taquilla y el borderó sino también con la intención de dar ejemplo y enseñanza a un pueblo que mostraba tendencia a olvidar a los hombres que le dieron patria. Este último sentimiento, sin embargo, era, como la vergüenza, un sentimiento oculto. No podía confesar que él, un tahúr que se ganaba la vida poniendo aquí una carpeta, allá otra, perseguido por las leyes que reprimen el juego de azar y por los pedigüeños de la policía y de la municipalidad, tenía una intención pedagógica. ¿Qué podía enseñar él?

—Doy carta. Dele. No quiero. Una para usted. Siete la banca. Topón. Jueguen, señores. Doy carta. Dele no más. Para usted para la banca. Seis la banca. Vaca.

¿Qué podía enseñar, si esto era más fácil que caminar a pie? Pero si él no podía enseñar nada, el teatro sí podía hacerlo y eso era lo que quería, aunque esta segunda intención estuviese encubierta por la de ganar dinero. Y en esta última había también algo que le impedía decirlo todo de una vez: quería ser el empresario, pero ¿cuándo se ha visto, por lo menos en Chile, que el empresario de un conjunto teatral sea un dueño de garitos, un tahúr? ¿Qué dirían los cómicos? ¿No temerían que después de pagarles los sueldos se los

ganara al póquer o al bacará usando para ello naipes marcados? ¿Qué confianza podrían tener en él?

—¿Qué le parecería que el empresario fuese yo? —soltó, al fin.

Felipe, que cuando estaba sin trabajo se sentía como el jugador de póquer a quien le han tocado cinco cartas que no sirven para nada, una «pichanga», como dicen los chilenos, se decidió:

—¿Tiene dinero?

—Me parece… Regando la planta crece y abotonando florece.

—¿Podría dar un anticipo a los artistas?

—Podría. Por la plata baila el mono.

—¿Plata para pasajes? Viene el invierno y tendríamos que ir al norte. Primera plaza: La Serena. Si nos fuese mal allí, ¿le alcanzaría el dinero para llegar hasta Copiapó, que es la segunda plaza?

—Del mismo cuero saldrán las correas.

—¿Plata para decorados, para ropa?

—Ídem a la parrilla.

—Muy bien. Lo consultaré.

—Doy cartas. Vengan. Chipeando.

—Le advierto que puede perder hasta la camisa.

—No me importaría perder hasta la camiseta. Quiero darme ese gusto. Hay que pegarle al coco, dijo el loco.

—Escalera.

Felipe consultó con varios cómicos cesantes y los cómicos declararon que irían al norte o al sur con cualquiera que no estuviese preso y pudiese dar un anticipo y pagar los pasajes hasta La Serena. Lo demás pertenecía al porvenir y les importaba un pito.

Un perdulario escribió a matacaballo tres o cuatro obras históricas con fusilamientos y asesinatos a mansalva, todo a la vista del público; se mandaron hacer los decorados, empezaron los ensayos y a mediados de abril, cuando ya el chancho estaba en la batea, según dijo don Emiliano, la compañía partió hacia el norte: «Gran Compañía de Dramas Históricos. Empresa Soto. Primer actor y director: Felipe Utrera».

El garito fue arrendado.

III

Mi amor:

Te escribo desde esta gris e indiferente ciudad de La Serena.

Supongo que ya habrás regresado a Santiago y reanudado tu vida de siempre. Yo me encuentro aquí en gira teatral. Perdóname que no te dijera lo que pensaba hacer. Recordaréis que la última tarde que estuvimos juntos te pregunté qué harías tú si yo me fuera de viaje por dos o tres meses. Me contestaste que me olvidarías inmediatamente. Con eso impediste que te lo dijera. Espero y confío en que no me olvidarás. Discúlpame y piensa que no podía hacer otra cosa. Llevaba un mes y medio sin trabajo y sin esperanzas de encontrarlo; el veraneo había concluido con gran parte de mis ahorros; me retiré del diario porque me aburrieron. Ese trabajo a destajo de los diarios me irrita, y encontrar empleo es ahora tan difícil como encontrar trabajo, para mí, por lo menos. ¿Qué hacer? No podía resignarme a quedar el mejor día sin un centavo y sin trabajo y acepté esta proposición, aun sintiéndolo mucho y pensando en ti al aceptarla. Desde aquí te recuerdo y te quiero, sintiendo que cada día me creces más en el corazón. Mucha parte de mi vida futura gira alrededor de tu cariño. María Luisa, no me olvides y quiéreme. Perdóname que no haya sido franco contigo, pero el temor a perderte puede más que mis deseos de ser virtuoso. Sería capaz de jurar y perjurar con tal de que me quieras y no me olvides. Andaré por aquí dos o tres meses, lo necesario para dar tiempo al tiempo, y para que se normalice la situación.

Comprendo que tendrás derecho para estar enojada y hablar mal de mí, pero perdóname y quiéreme; piensa que lo he hecho obligado por las circunstancias, y en ningún

caso por falta de cariño hacia ti.

Escríbeme a Copiapó, a Lista de Correo. Si me escribes, y creo que lo harás, no me hagas reproches. Me dolerán como no tienes idea. Trátame con dulzura, y… recibe muchos cariños de tu ANICETO.

IV

No ignoraba que el amor no se regala ni se toma gratis, como el aire o como la luz solar. Puedes respirar tanto como quieras y nadie te cobrará; tampoco te cobrarán la luz del sol; pero el aire y la luz no son sentimientos. El ser humano, sin embargo, los necesita, y ahí, en su condición de necesario, el amor incide con ellos: sientes el deseo de trascenderte en lo que amas, la necesidad, y entonces no se trata de aspirar y espirar aire o de gozar de la luz, todo gratis, sin desarrollar esfuerzos y sin temor de excederte en el consumo, no. No eres un indígena de las islas Trobriand, ingenuos seres que creen o creían que el mar es el que fecunda a las mujeres. Nada de eso. Perteneces a la cristiandad y sabes ya de lo que se trata —y si no lo sabes, lo tendrás que aprender o te lo enseñarán, quieras que no—, y aunque estás dispuesto a todo para conseguir lo que amas, no sabes todavía cuántas cosas deberás hacer, aun en contra de tu voluntad, para lograrlo. Puede que tengas que llorar, arrastrarte, mendigar, amenazar, enflaquecer o engordar, mentir o matar. Puede también que no tengas necesidad de hacer nada de eso y en ese caso habrá que felicitarte: «Felicitaciones, don Prudencio. Es usted un as». Pero, a pesar de ser un as, no pasarás a la poesía, a la novela ni a la historia, salvo que lo merezcas por otros motivos.

Sí, sabía todo eso, y había empezado ya. Comenzó por disimular y por mentir. Quizás después le tocará llorar, arrastrarse por el suelo, enflaquecer o matar.

Empezó una mañana:

—¿Vas para el centro? —preguntó Virginia.

—Sí, para allá voy —respondió Aniceto.

—¿Por qué no me esperas unos minutitos? Nos vamos juntos.

—Ya. Te espero.

Vivían en una casa que formaba, con otras veinte o más, un conjunto de esos llamados cités, una ciudad de dos pisos, con muros

hechos de adobes parados, palos y alambres y saturada de hombres, mujeres, niños, perros, gatos y unas ratas con las cuales solo se atrevían los gatos y perros muy bragados. Ya en la calle y mientras esperaban el tranvía, recordó que María Luisa solía salir hacia el centro a esa hora, las diez y media de la mañana, en ese mismo tranvía. Se puso nervioso. ¿Qué haría si lo encontraba con Virginia? No tuvo tiempo de planear estrategia alguna: vino el tranvía y se detuvo, y Aniceto vio que María Luisa lo miraba y le sonreía a través del vidrio de una ventanilla. Quiso echar a correr o meterse debajo del vehículo. Se contuvo, sonrió torcidamente, saludando, y subió y pagó los pasajes y entró a tropezones: parecía que de pronto había perdido los botones de la bragueta o convertídose en dromedario. Hizo otro esfuerzo y se sentó, dándole la cara, al mismo tiempo que rompía a hablar, con una fluidez que nunca había tenido, de todo lo que era necesario y de lo que no era necesario, preocupado, en ese instante y de improviso, de la gira que Virginia pensaba hacer en una compañía teatral, de la casa, del precio de los artículos de consumo, que cada día eran más caros y que al parecer no abaratarían ya nunca, ello a pesar de las promesas de los presidentes de la república. Si no hablaba, no justificaría el no haber ido a sentarse al lado de ella, que lo miraba con un poco de curiosidad, extrañada de su elocuencia. El estruendo del vehículo impedía, por suerte, que oyese nada. La miraba a ratos y junto con encontrarla preciosa y hablar sobre la necesidad de tener una buena lavandera, pensaba en las explicaciones que debería darle en la tarde, al reunirse con ella. Habría llegado el momento de mentir, así como había llegado, en la mañana, el de disimular. Ella se bajó del tranvía, mirándolo, y él siguió con Virginia, ya menos elocuente.

No había contado a María Luisa que tenía mujer. No creyó forzoso decírselo. ¿Para qué? Por ese lado estaba, hasta esa mañana, tranquilo: no le había mentido. Pero ahora, transcurrida esa mañana, era necesario elegir entre decirle la verdad y mentirle. ¿Qué pasaría si le dijese la verdad? «Mira, no te he dicho que tengo mujer y que vivo con ella. Pero así es. Déjame explicarte». No alcanzaría a explicar nada. Ella se iría, lastimada hasta quién sabe dónde, y él podría después barrer con la lengua las calles de todo el país y no conseguiría ni que lo mirase. ¿Por qué un hombre que tiene una mujer y vive con ella se enamora de otra y hace que esta

otra se enamore también de él, o, por lo menos, le oiga y se deje querer y hasta permita que la bese? ¿Por qué no se queda tranquilo, con su maldita mujer? Sí, es cierto, pero mira… No me digas nada. Ni siquiera lo miraría al apartarse de él como de lo más abyecto que alguien pudiese imaginar. «No me digas nada». Cualquier mentira, cualquier simulación, hasta cualquier bajeza antes de oír esas palabras. Tenía mucho que decirle y estaba seguro de que después de oírlo terminaría por comprenderlo y por entender lo que había pasado y pasaba. No quería engañarla, no lo haría nunca, jamás intentaría poseerla y abandonarla y si no le había dicho que tenía una mujer era sencillamente porque, al principio, no sintió ni pensó que fuese necesario hacerlo. ¿Quién sabe lo que va a ocurrir y por qué tengo que andar contándole a todo el mundo, sin que me lo pregunte, que tengo una mujer y que vivo con ella? «¿Qué me importa? No le he preguntado nada». Cuando advirtió que se enamoraba y que ella tal vez podría corresponderle, pensó que debía decirlo, pero en ese momento tropezó con su carácter, un carácter orgulloso, absorbente, dominante, en el sentido amoroso, claro está. Decírselo era perder todo. No querría preguntar ni escuchar nada, por qué, cuándo, cómo, ¿por qué has hecho esto?, ¿qué vas a hacer ahora?, explicaciones, promesas, no: se convertiría en el más duro diamante, en la más solitaria y alta torre y él quedaría como desinflado, sintiéndose un subhombre, si es que un subhombre puede llegar a sentirse desinflado.

—¿Quién era esa señora que iba contigo esta mañana?

Aniceto respondió como un estudiante que posee memoria absoluta y que se ha aprendido de pe a pa la materia del examen:

—Es una vecina.

—¿Qué hablabas tanto con ella?

—Tiene un problema y me pedía consejo.

—¿Qué problema?

—Mira… Es un poco complicado. Es casada con un tipo que trabaja en la Compañía Chilena de Electricidad y el tipo se ha ido de la casa y se niega a ayudarla.

—¿Por qué?

—Porque se ha enfermado «del interior», como dice ella.

María Luisa vaciló. Hizo, sin embargo, otra pregunta:

—¿Y qué puedes hacer tú?

Aniceto se encogió de hombros.

—Nada. Pero es una infeliz y pide ayuda a todo el mundo. Me preguntó si conocía algún médico o a algún abogado. Le aconsejé que fuera al Hospital San Luis, en donde tratan esas enfermedades, y le prometí una carta para un amigo abogado.

Por suerte María Luisa tuvo el tino de no preguntar qué enfermedad era exactamente la de la mujer. La denominación de «interior» detuvo su curiosidad y el interrogatorio. Tenía la seguridad de que Aniceto, que no se distinguía por su amor a los eufemismos, no habría vacilado en decirle de qué se trataba, haciéndola pasar un bochorno. En algunos sentidos, era un poco salvaje.

Se anotó, pues, una victoria, aunque la pagó cara. Años después, casado ya, cuando ella, muy celosa y absorbente siempre, le pedía explicaciones sobre esta o aquella mujer —bastaba que él dijera que tal o cual mujer había estornudado cerca de él para que entrara en sospechas—, y Aniceto, que no volvió a mentirle, le decía que no tenía nada que ver con esa mujer ni con ninguna otra, no le creía. Ya podía él recurrir a la dialéctica hegeliana o a la lógica aristotélica.

—No te creo.

—Te estoy diciendo la pura y santa verdad.

—No te creo.

—No me crees porque no quieres creerme.

—No te creo.

Aniceto lanzaba rugidos.

—¿Por qué diablos no me crees, María Luisa?

—No te creo… Y no te creo porque la cara con que ahora me dices que no tienes nada que ver con esa mujer es la misma cara con que me contaste la historia de la señora enferma «del interior».

Y Aniceto debía tragarse su rabia y su buena fe herida. Mintió y fue descubierto. No le volvieron a creer, ni aun la verdad.

Sabía que alguna vez tendría que contarle todo, aunque esperaba que no fuese necesario. Si se separaba de Virginia en buena forma, amigablemente, María Luisa no se enteraría sino después. En verdad, no tuvo necesidad de decírselo. María Luisa lo supo por boca ajena.

Sí, no te lo darán gratis.

V

—¿Quién es esa muchacha?

La muchacha estaba ahí, a unos pasos, y vestía el uniforme de las estudiantes de liceo; tendría diecisiete años y era más bien baja, un sí es no es regordeta, de cara redonda. Parecía, con el cabello partido al lado y cayendo en bandos sobre los hombros, entre enfurruñada y soñadora. Esperaba a su amiga, allí, de pie, a unos pocos pasos.

—Es María Luisa —informó el amigo.

—¿Qué María Luisa? —insistió Aniceto.

—María Luisa Serrano, la amiga de Elena.

Elena era la muchacha con quien su amigo conversaba. El nombre y el apellido no le dijeron nada y no hizo nuevas preguntas. La figura de la muchacha, así como su nombre, permanecieron, no obstante, en su memoria. La miró un poco más; después las dos jóvenes se fueron. Conversaban con animación y miraban hacia atrás.

—¿No conocías a María Luisa? —preguntó el amigo.

—Tal vez de nombre.

—¡Qué lástima! Pude habértela presentado.

Eso ocurrió siete años atrás. En los siguientes siete Aniceto viajó hasta el Archipiélago de Chiloé (llueve mucho en Ancud, capital del Archipiélago —cuatro mil milímetros anuales—, y el director de la compañía eligió, para debutar, una obra que le permitiera lucirse y lucir a sus artistas, un drama o comedia dramática en que cada quince minutos y tras violentas discusiones el protagonista, interpretado por el director, rodaba sin más por el suelo, víctima de variados síncopes; la lluvia arreció en el momento de levantarse el telón, el escenario no tenía parrilla y como era tan bajo como una habitación cualquiera resultó que el fragor producido por el aguacero al azotar las planchas de calamina hizo imposible que el público oyese lo que los cómicos decían, y como no se ha visto una

obra seria en que los personajes anden a costalazos cada cuarto de hora, los espectadores, a pesar de que veían que alguien lloraba en el escenario, se echaron a reír y más reían mientras más el protagonista medía el suelo con las costillas, hasta que el director, escamado y un poco molido, se adelantó hacia las candilejas y, haciendo bocina con las manos, gritó, airado: «¡No se rían! ¡Esta es una obra seria!», con lo cual los chilotes, intimidados, no rieron ya, aunque algunos lo hacían a escondidas, tapándose la cara con las empapadas mantas; el director, hombre inteligente y presto siempre a darle gusto al público, puso en la segunda noche una obra cómica en la que toda la compañía andaba a carreras y a porrazos; pero la lluvia se hizo de nuevo más fuerte justo en el momento en que se levantó el telón y los espectadores tampoco oyeron nada, pero ya sobre aviso y a pesar de que el espectáculo era para echar las tripas riendo, permanecieron durante toda la función tan serios como si estuviesen en misa o en un velorio, en tanto los cómicos, muertos de risa, convertían el escenario en una pista de circo), de vuelta en Santiago se metió a una imprenta en la que primero dobló pliegos y aprendió enseguida el oficio de linotipista; correteó de nuevo por el sur, ahora hasta Punta Arenas, con otra compañía teatral; regresó y se fue a la Argentina, en donde se unió a Virginia; finalmente, ancló en Santiago. Siete años. Entonces volvió a verla. La encontró más delgada y no era ya una muchacha, era una mujer, una mujer que causó a Aniceto una rara impresión: no hablaba casi nada y permanecía inmóvil, como lejana, con un reflejo amarillo en alguna parte del rostro, quizá en la frente, y de pronto tosió con violencia, sofocándose y poniéndose roja. Se recuperó y adquirió de nuevo y poco a poco su impasibilidad y su palidez. Unos momentos más tarde, tan silenciosa como antes, se marchó. Aniceto quedó estupefacto.

—¿Qué tiene? —preguntó.

Elvira sonrió.

—Está muy triste —fue la respuesta.

—¿Por qué? ¿Le ha pasado algo?

—Sí, se le ha muerto el novio.

—¿Estaba de novia?

—Es decir, enamorada de un estudiante de ingeniería.

—¿Y…?

—Enfermó de tuberculosis y ha muerto.

—¡Qué barbaridad! ¿Aquí, en Santiago?

—No. Murió en la cordillera, en donde estaba en cura de reposo. Ella ha tenido después una bronconeumonía y esa bronconeumonia le ha dejado esa tos. Cree que es tuberculosis, pero no debe ser más que asma. Todo eso la tiene muy triste.

Fuera de su silencio, de su impasibilidad y de su palidez, la muchacha, como tal muchacha, es decir, físicamente, era, a pesar de su situación sentimental, digna de mirarse, no solo el rostro, que tampoco era feo, también el cuerpo, no de formas exuberantes o de movimientos sensuales, un cuerpo como para todo el mundo, sino uno como apretado, pero apretado por sí mismo, un cuerpo solo para alguien. Aniceto, que por entonces leía la Biblia, recordó las palabras de Salomón: «Eres jardín cercado, esposa mía, eres jardín cercado, fuente sellada». Gracias a su impasibilidad, a su silencio y a su palidez y gracias también a algún rasgo del rostro, la muchacha que era ya mujer, tenía un aire de ídolo chino.

Elvira buscó en la cara de Aniceto la sensación que la muchacha podía haberle provocado.

—Es simpática, ¿no es cierto?

No era esa la palabra y respondió con una sonrisa que tanto podía decir sí como decir no.

—No sé.

¿Qué significa simpático? Lo sabía, pero no de modo exacto, y se le ocurrió que la muchacha, por lo menos en ese instante, no lo era; parecía rechazar todo acercamiento y al mismo tiempo y quizá a pesar de ella, atraía, y esa fuerza de atracción y esta otra de rechazo, voluntaria una, involuntaria otra, formaban el sentimiento que Aniceto experimentaba y que no podía definir. Sabía muy poco de ella y al principio no la reconoció, aunque sí recordó su nombre y la ocasión en que la viera, a unos pasos de él, siete años atrás. Había cambiado y él también, de seguro, había cambiado para ella: así como en aquel tiempo ella era una muchacha, Aniceto era un muchacho, y así como ella era ahora una mujer, él era un hombre y ambos se mirarían y se verían de diferente modo. Durante su juventud, diez o doce años atrás, Aniceto conoció, entre los grupos anarquistas de Santiago, a algunos esmirriados y peregrinos jóvenes que mostraban interés por la literatura. Todos eran muy pobres y

unos estudiaban en alguna parte y otros no estudiaban en ninguna, ganándose la vida, escasamente, como aprendices de algún oficio o como mozos o empleados. Su interés por las ideas de Kropotkin y de Bakunin era más emocional que intelectual y Aniceto llegó a pensar, con el tiempo, que se acercaban a los obreros anarquistas sobre todo porque esperarían sentirse entre ellos mucho mejor que entre la gente de otros grupos, grupos que, por lo demás, no los habrían admitido de ningún modo. Los versos de uno de ellos, que cantaban como a grito pelado a Luzbel, a Harmodio, a Espartaco, a Giordano Bruno y a otros disconformes y amotinados seres fabulosos o históricos, habrían sonado como cañonazos en los oídos de los hombres ya hechos, en tanto que sonaban como música celestial en los tímpanos de los hijos de la sociedad futura. Este poeta, llamado, como el hermano de Aniceto, Daniel, era estudiante de leyes, curioso individuo, epicúreo por un lado o aspirante a epicúreo —soñaba con exquisitas viandas, finas ropas, elegantes y hermosas mujeres— y amante de los miserables, por otro lado. La madre veía en él una especie de arcángel, y el padrastro, tan bondadoso como la madre y de oficio mueblista, lo consideraba también un ser extraordinario, aunque no celestial, pues era un poco descreído (no parece raro que en una familia rica y acaso culta nazca o se desarrolle un poeta; es casi natural y no extraña a nadie: hay allí dinero y quien dice dinero dice comida, luz, calor, ropa limpia, libros, ambiente; pero que nazca en un hogar pobre, pobrísimo muchas veces, en que no hay sino el dinero indispensable para no morir de inanición y en que en ocasiones no hay comida ni calor y rara vez ropa limpia y libros, es tan raro como que en la Puna de Atacama crezca en este momento una palmera real, y si los padres de la familia rica miran a su hijo poeta con simpatía, los de la familia pobre lo miran casi con terror, un terror al que se mezcla la admiración y casi la adoración: ¿de qué estrella ha caído este resplandeciente ser?). El poeta daba, por medio de sus versos, amplio escape a sus ansias de rebeldía; para satisfacer sus ansias epicúreas soñaba con realizar grandes negocios, empezando por concurrir a los hipódromos, de donde, por lo común y debido a que su capital de explotación era muy limitado, salía pidiendo a sus amigos uno que otro cigarrillo y tal cual peso que le permitiera trasladarse a su hogar. Dijo una vez a Aniceto, en tanto vagaban por

las calles, a medianoche:

—Los garitos son un gran negocio y sería estupendo montar uno, pero elegante, cómodo, no una carpeta piojosa.

—Sí —respondió Aniceto, que caminaba con cierto cuidado, pues sus zapatos estaban rotos—, pero exigiría un gran capital. No todos los jugadores perderán.

—En general, pierden todos —observó el poeta, que tenía ya su experiencia—; pero para los pocos que ganaran nos arreglaríamos de modo que también salieran sin un centavo.

—¿Cómo?

—Por ejemplo: anexos a las salas de juego tendríamos salones de baile, con mujeres, ¿entiendes?, y allí…

Hizo ademán de vaciar los bolsillos a alguien. A pesar de la elocuencia del gesto, Aniceto, a quien el estado de sus zapatos tenía escéptico, insinuó:

—¿Y si al tipo no le gustan las mujeres? Hay casos…

El poeta puso la cara de quien oye decir que a alguien no le gusta respirar. Buscó por otro lado:

—Le gustará la bebida.

—Vaya uno a saber —murmuró Aniceto—. Hay gente tan rara. Supón que no le gusten las mujeres y que sea abstemio. ¿Qué pasaría? Se iría con toda la plata.

Dio un rodeo para evitar un bache. El poeta, irritado con la idea de que alguien que no bebiera y a quien no le gustaran las mujeres se marchara con todo el dinero, tardó en reaccionar. Después, en voz baja, como si temiese que le oyeran los futuros clientes de su garito, dijo:

—Por lo visto, no nos quedaría más remedio que contratar cogoteros. Cuando los tipos salieran a la calle, a la vuelta de la esquina… ¿Eh?

Esta vez el gesto fue el de acogotar a alguien, gesto que Aniceto estimó poco apropiado para un estudiante de leyes.

Con el mismo entusiasmo con que quería iniciar a su amigo en los negocios que alguna vez realizaría, pretendió iniciarlo en los misterios de la literatura. Era muy fácil, aseguró. No había más que mirar y sentir. Lo demás venía solo.

—¿En cuánto tiempo? ¿No será un negocio como el de los garitos? —insinuó Aniceto.

—Te estás riendo de mí —respondió el poeta—. ¡Cómo se va a necesitar dinero para llegar a ser escritor! Para hacerlo no hay más que escribir.

Le hizo algunas demostraciones:

—Mira: ahí hay un zapatero, es decir, hay dos; hay, además, un niño. Uno de los zapateros está cortando un trozo de suela; el otro cose un zapato. El niño mira tan pronto hacia los hombres como hacia la calle. Ahora pasa un tranvía. Todo desaparece. Ahora vuelve a verse todo. Tienes que describir la expresión de la cara de los hombres y del niño, lo que hay en el banco, las herramientas que los hombres manejan, el tranvía y sus ruidos —es posible que en el tranvía viaje alguien que tenga algún interés—; al mismo tiempo, o sucesivamente, el ambiente del cuarto, las voces de la gente que pasa y la sensación que todo eso te produce. ¿Entiendes?

—Entiendo —aceptó Aniceto—. Pero eso será así cuando se trata de escribir prosa. ¿Y si se trata de poesía?

—La poesía es mucho más fácil —aseguró el poeta—. Ya no tienes que reproducir detalles. Tienes que dar, sintetizada por medio de metáforas, la sensación que las cosas y los seres te producen.

—¿Qué es una metáfora?

—Mira, ¿cómo explicártelo? Supón que pasa una mujer de cabello muy rubio, alta, delgada, ondulante. La miras. ¿A qué se parece? Decides que se parece a un junco. Entonces, en vez de describir con minuciosidad su color, su estatura y sus movimientos, dices que es un junco y el lector entenderá de qué clase de mujer se trata. «Junco de invierno nacido en las aceras», escribes, por ejemplo. ¿Te das cuenta?

Aniceto se dio cuenta y días después, seducido por la idea de que escribir versos resultaba más económico que escribir prosa, ya que se escribía menos, llenó de rosas, juncos, narcisos y otras flores, como magnolias y violetas, que podían servir para compararlas con una mujer o con partes de una mujer, varios dorsos de formularios de telegrama, pero al final, y como se le acabasen los nombres conocidos de flores y como, por otro lado, había partes de la mujer que no podía comparar con flor alguna que conociera, desistió. Dijo al poeta, sin embargo, que estaba escribiendo y el amigo vate lo presentó a sus amigos y amigas como un poeta de porvenir, con lo

cual Aniceto adquirió, ante los ojos de algunas personas, mujeres jóvenes especialmente, y aun de algunos hombres, una importancia que lo sorprendió. Tenía los mismos zapatos rotos, los mismos pantalones lustrosos, la misma chaqueta corta de mangas y la misma deshilachada camisa; bastaba, sin embargo, que alguien dijera que era un poeta de porvenir, para que fuese otro ser, para algunas personas por lo menos, ya que para él mismo continuaba igual: no conocía sino muy pocas flores e ignoraba por completo a las mujeres. Quizá alguna vez llegaría a conocer más flores y a alguna mujer. No sabía cuándo.

Una de aquellas mujeres es esta, que conversa con él sobre María Luisa y observa con cuidado la cara de Aniceto, pretendiendo descubrir la sensación que María Luisa le ha producido. La verdad es que la historia de la muchacha lo ha impresionado: un novio muerto de tuberculosis, una muchacha triste, la tos, violetas, miosotis.

—¡Pobre chica!

Elvira no es hermosa, pero sí muy atrayente, aunque su atracción no sea, por lo menos para Aniceto, más que intelectual. Tiene unos grandes ojos y una gran boca y es agradable visitarla y conversar con ella. A Aniceto le gusta mucho como amiga y hasta podría gustarle mucho como mujer, pero Elvira, su amigo no sabe por qué, da la sensación de que jamás nadie podrá acercarse y besarla. Tal vez sea una sensación falsa, pero, falsa o cierta, es la que transmite y detiene en Aniceto todo pensamiento que se atreva a ir más allá del apretón de manos o de la amistosa sonrisa. Lo recibe con mucha naturalidad en la casa en que vive y conversan con largueza sobre varias cosas, de Punta Arenas, en donde ambos han estado y en donde se vieron años atrás, de la gente que vivía allá y de la que ha muerto, de amigos y amigas, entre las cuales está María Luisa, que Elvira quiere mucho. Dice:

—¿No podríamos hacer algo por ella?

A Aniceto no se le ocurre nada. ¿Qué se podría hacer? ¿Qué podría hacer él? Trabaja en un diario hasta las dos o tres de la madrugada, duerme hasta la hora de almuerzo, descansa un poco, lee, da una vuelta por aquí o por allá y a las seis y media de la tarde está de nuevo sentado ante su linotipia, componiendo noticias de policía o artículos que tratan de la urgente necesidad de que el país

produzca más. A juicio de los redactores de ese diario, el pueblo produce cada día menos. Nadie sabe de qué vive tanta gente y se corre el peligro de que en un futuro inmediato las clases acomodadas tengan que alimentar al proletariado.

—¿Qué podemos hacer?

Elvira tiene una idea:

—¿Por qué no le escribe?

—¿Quién? ¿Yo?

—Sí, usted.

—¿Escribirle? ¿Qué podría decirle?

Aniceto está asustado.

—No sé. Creo que le hará bien cualquier distracción. Escríbale sin firma o con un nombre supuesto y dígale lo que se le ocurra. Lo importante es sorprenderla, interesarla, sacarla de la abstracción en que está.

No es mala idea y se podría tomar como una obra piadosa. La muchacha no sabrá nada, ellos se entretendrán con lo que pase y se cuente, es posible que María Luisa despierte un poco y Aniceto solo tendrá que escribir unas cartas. Se pone a la obra, hace varios borradores y una noche, terminado su trabajo en el diario, va hasta la casa de la muchacha y echa la carta por debajo de la puerta. Allí queda. Habla de la noche, de las barcas que parten y de las que retornan, de granadas maduras, de tórtolas heridas, de claveles y de una que otra rosa. ¿Por qué te entregas a la tristeza? No ha amanecido aún el día de la canción ardiente y la noche en que esta tendrá, como todas las noches, un amanecer. Enciende tu fuego, muchacha, y espera el día, mientras el viento marcha sobre el pasto con sus pantuflas peludas.

Después se fue a dormir. Todo resultó fácil.

VI

Siempre es fácil empezar: miras o te miran, es joven o no es tan joven ya, tiene algo en la cara o algo en el cuerpo, una cara alegre o una triste, un cuerpo esbelto o achaparrado (sea como sea, te gusta, y no sabes por qué); te dice una frase y le dices otra; puede escribirte una carta en broma y le contestas con otra, más bromista aún; un día sorprendes que te está mirando y ves que en la mirada tiene tal o cual expresión, o eres tú a quien sorprenden; entonces sonríes así o asá o te sonríen asá o así. ¿Qué significa todo eso? Nada. ¿Qué va a significar? ¿No se te puede mirar? Sigue, no te inquietes. Mira, sonríe, habla, anda, ven, vuelve, está aquí, no está, salió, va a volver. ¿Le gusta el cine? Ah, sí, Mary Pickford y Douglas Fairbanks. ¿Y qué me dice de Elizabeth Bergner? ¡Ah, no! ¿Qué está leyendo? *Juan Cristóbal*. Es una obra ya un poco anticuada. ¿Has visto a Aniceto? No, ¿y tú? ¿Has estado con María Luisa? La veo poco. Como trabajo de noche… ¿Supiste al fin quién era el que te escribía las cartas? Lo supe, es él. Elvira me lo dijo; ya lo había sospechado. Qué curioso, ¿no?, qué original. ¿Por qué me escribe? Sí, ¿por qué le escribe? ¿Por compasión, por simpatía? Me carga que me tengan compasión. Examinó las cartas. Eran impersonales. Aquí y allá, sin embargo, aparecían frases que mostraban algo personal, por lo menos cómo la veía él o cómo se la imaginaba: «Miré hacia adentro y la vi arrodillada sobre un cojín, con el cuerpo en descanso sobre los talones desnudos. Le di la mano y conversamos. Su cara era pálida y toda usted aparecía como enferma, con los ojos brillantes y la piel amarilla, surcada de suaves líneas. Parecía, en esa actitud, y con su rostro algo demacrado, un gracioso ídolo chino. Me dirigió una mirada profunda y tierna…».

La idealizaba. No eran cartas comerciales o cartas en que se comunica algo determinado y concreto, estamos bien, la tía Julita se compró varios trajes y se fue a Europa, no te olvides de devolverme el paraguas que te presté, cartas en que era necesario

sacar de la nada algo utilizable, y la única manera de sacar algo era idealizar todo, aunque no se tuviese otra intención que la de ayudar a una atribulada muchacha; pero Aniceto, para lograr aquello, para extraer de la nada algo que pudiera ponerse en una carta, debía pensar largamente en María Luisa y hacer esfuerzos para transformarla, en su imaginación, en una cosa o ser apreciable, en un gracioso ídolo chino, en una rosa marchita, en una tórtola herida, y también debió imaginársela en esta actitud o en la otra, diciendo frases llenas de poesía o mirándolo de modo profundo y tierno. ¿Cómo imaginársela y representarla saltando a la pata coja, diciendo necedades o mirándolo con «ojos furiosos»? ¿Qué habría dicho ella? ¿Y sería esa una manera de consolar a alguien? Aniceto, además, no es un humorista, aunque tampoco es un hombre de espíritu dramático. Nadie sabe cómo es y menos que nadie lo sabe él mismo, y así escríbele hoy y escríbele mañana («parecía usted un lirio flotando sobre las aguas del lago»), resultó que una tarde el gracioso ídolo chino, la rosa deshojada y la tórtola herida se encontraron entre sus brazos, y él la besó y encontró que sus besos eran bastante buenos, siempre mejores que el vino, mucho mejores que lo que pudo haber imaginado, aunque no tuvo por qué imaginárselo, ya que no se trataba de besar a la muchacha, no, sino de consolarla, ¿qué has hecho, bárbaro?, la he besado, ¿y qué? El trabajo, por supuesto, fue parejo: María Luisa, que tenía también su imaginación, había empezado, en cuanto Elvira le contó que era Aniceto quien le escribía las cartas, a idealizarlo y lo veía, en su mente, caminar por las calles más allá de la medianoche, pobrecito, y acercarse como a escondidas a la casa, echar una carta por debajo de la puerta e irse después, como un fantasma, hasta desaparecer en las calles. Era un ser extraño —aunque en realidad no tenía nada de extraño, pero ella lo veía así, así como él la veía como una tórtola herida o como un ídolo chino—, un ser que anteayer estaba en Santiago, ayer en Punta Arenas, hoy de nuevo en Santiago, mañana en Valparaíso y luego en Buenos Aires y un tiempo después quizá en la Patagonia o en el Chaco, un ser un poco sombrío, como lejano, que parece vagar por el gusto de vagar o por imposición de una fuerza desconocida, un personaje de Gorki quizá o quizá uno de Jack London o de Conrad, un hombre que ha vivido mucho, que parece conocerlo todo y que puede contar las más inverosímiles

historias, que ha trabajado en los más extraordinarios trabajos, esos trabajos que una no se imagina que pudiera hacer papá, que nunca ha sido más que agricultor, ni mucho menos Santiago, el marido de mi hermana, que tiene una fábrica de escobas, de escobillas y de escobillones y que durante toda su vida no ha hecho más que eso. Sí. No se trataba, por el lado de Aniceto, de rosas marchitas ni de tórtolas heridas. Aniceto no era nada de eso y nadie podría imaginárselo como tal, pero la imaginación busca sola sus relaciones, y María Luisa, hija de una familia cuyo jefe nunca se había alejado más de cien kilómetros de su casa y vivido durante cuarenta años o más en una misma ciudad de provincia y en el mismo barrio de esa ciudad, llegó a figurarse que Aniceto, el hombre nocturno, era alguien como Odiseo o Ahasvero, más bien Odiseo (Ahasvero daba idea de un judío piojento y de malas pulgas), aunque nadie lo esperase, tejiendo, en ninguna parte, y cuando Odiseo Hevia la tomó en sus brazos y la besó, ella no se sorprendió en lo más mínimo, ¿por qué me voy a sorprender?, y hasta le gustó. Así crearon todo aquello y acortaron, paso a paso, la distancia que los separaba, la muchacha triste y el hombre solitario, Odiseo y la rosa ardiente, María Luisa Serrano y Aniceto Hevia, la profesora primaria y el obrero linotipista. ¿Cómo sorprenderse de que suceda aquello por cuya presencia, casi sin darnos cuenta, hemos trabajado?

Pero el hecho de que ahora, en este momento, no nos sorprendamos de que algo ocurra, no quiere decir que no podamos sorprendernos jamás y por ningún motivo. La cara de Aniceto pareció enflaquecer.

—¿Te acuerdas de aquella señora enferma «del interior»?

Aniceto tenía casi olvidada la única mentira que había echado a María Luisa.

—¿Qué señora?

María Luisa, que se sentía irónica, sonrió:

—El año pasado, una mañana, como a las once, subiste al tranvía en que yo iba. Te acompañaba una señora. ¿Te acuerdas?

Lo miró de soslayo y se arrepintió de haber hablado: la cara de Aniceto se ensombrecía y enflaquecía de arriba abajo, como si entrara a un estado de coma. Dijo, en un susurro:

—Sí, me acuerdo. ¿Por qué?

María Luisa no pretendía mortificarlo, ni siquiera someterlo a prueba: había sabido, por casualidad, que Aniceto tenía o había tenido una mujer con quien había vivido o vivía, y sospechaba que esa mujer era aquella con quien lo había visto un año atrás y que Aniceto describió como una vecina con problemas. Si era esa, Aniceto le habría mentido, cosa que le dolería; si no era, le habría dicho la verdad, pero, tanto en uno como en otro caso, era necesario hablar de ello. No habría consecuencias, ni siquiera si le hubiese mentido. Estaba ya muy dentro de ella, estaba seguro de él y en ese momento no le importaba que hubiese tenido, un año atrás, una mujer, ni tampoco le importaría que la tuviese ahora. Sería de Aniceto o no sería de nadie. Su pasión y su amor parecían estar por encima de todo. Pero sea así o de este otro modo, hablemos.

—¿Te acuerdas de lo que me dijiste de esa señora?

La laringe de Aniceto se negó a funcionar. Parecía una flauta que se hubiese llenado de tierra. Pero movió la cabeza y dijo que sí.

—Bueno, he sabido que tenías o que tienes una mujer y que vivías o vives con ella. ¿Es o era esa misma señora?

La faringe le funcionaba más o menos bien a Aniceto, pero la laringe se empeñó en no darle facilidades. Volvió a mover la cabeza:

—La misma —aseguró.

—Bueno, explícame eso.

Aniceto giró la cabeza y la miró. «¿Quieres martirizarme?», pareció preguntar. Pero ella no quería martirizarlo:

—Mi amor: no pienso torturarte. Veo que me mentiste y eso me duele, pero no es lo importante ahora. Lo que deseo es que no haya obstáculos ni sombras entre nosotros. Cuéntame lo que tengas que contarme.

Estas frases envalentonaron a Aniceto: aspiró el aire hasta sentir que le llegaba casi hasta los zapatos, dilató su laringe, que pareció crujir al recuperarse, ordenó su mente, apaciguó un poco su emotividad y habló; habló durante largo rato, no de modo seguido sino por ráfagas. Tampoco temía nada. Sentía, sí, un poco de vergüenza, pero no le importaba sentirla. De todos modos, habiéndole mentido o habiéndole dicho la verdad y aunque tuviese que volver a mentirle, María Luisa será su mujer. Pero, claro está,

no se trata de eso; es otra cosa lo que ella quiere saber. Bien, a eso voy. Chile, la compañía teatral, Valparaíso, Pedro Martínez, Blanca, Virginia, ¿comprendes?, la Argentina, Buenos Aires, Patricio Reyes, Benito Rosas, Enrique Gallardo, la provincia, los italianos, las linotipias, tres años, y mientras lo oye recuerda lo que imaginó de Aniceto, lo que lo idealizó, y siente más que nunca esa condición suya como de hombre trashumante, furtivo, tal vez disconforme. ¿De dónde le viene, de quién? Aniceto no lo sabe. Hay seres que no necesitan vagar. Se construyen quietos, por secreción propia o por secreción ajena, crecen por sí mismos o gracias a otros, desde adentro hacia afuera o desde afuera hacia adentro, pero inmóviles, como los árboles, y otros crecen y se hacen como los pájaros, de a vuelos cortos o de a vuelos largos, como que necesitaran ver y saber lo que ocurre en otras partes o porque necesitan, simplemente, volar, o porque la vida los obliga a hacerlo —¿por qué crees tú que vienen desde América del Norte a América del Sur, todos los años, en cuanto empieza la primavera austral, el chorlo dorado y el rayador? No lo sabes, ¿eh?, pues yo tampoco y nadie lo sabe.

—Compréndeme: no podía decirle que se fuera, más bien dicho, no quise decírselo. Quizá no me importaba que se fuese, aunque sí me importaba, pero, en todo caso, no me creí con derecho a impedírselo.

—No comprendo por qué quiso irse.

—Quiso irse por varios motivos: porque yo ganaba muy poco, mucho menos que en la Argentina, y porque estaba aburrida de la casa, tal vez aburrida de mí y no me quería ya, si es que alguna vez me quiso.

—¿Crees que nunca te quiso?

—Hay gente que se casa o se une a otro ser nada más que por conveniencia, no por amor. Si me hubiese querido, no se habría marchado.

—Y si tú la querías, ¿por qué no le impediste que se fuera?

—No estaba seguro de quererla, pero, aunque lo hubiese estado, no se lo habría impedido. Jamás impediré a nadie que tenga conciencia que se vaya a donde y de donde le dé la gana.

—¿Y si la amas?

—No se lo impediré aunque quede hecho pedazos.

—¿Por qué podía estar aburrida?

—En la Argentina vivíamos solos, aislados, sin ver a nadie ni movernos para ninguna parte. Aquí, en Chile, no ocurrió eso: tiene parientes y tiene amigos y amigas, antiguos compañeros de farándula, gente que va y viene, que sale y entra y vive cosas y cuenta cosas, hace maletas, toma trenes y barcos, todo eso que ella tenía ya medio olvidado, pero que la atrae tanto. Se contagió y empezó a frecuentar los teatros y las antiguas amistades hasta que le ofrecieron un contrato. Entonces me dijo que se iba. Bien, le contesté; anda. ¿Y tú? No, yo no quiero ir. Se fue. ¿Qué iba a decirle? Debe de ser desagradable tener en casa a un ser que está a disgusto y quiere irse. Además, en la Argentina lo hacía todo; aquí no hacía nada. La mamá de Vicente Andrade, el poeta, vive conmigo desde que llegué a Chile, hace todo en la casa y no quiere que nadie más que ella haga nada. Eso contribuyó a desmoralizarla. A veces la ociosidad es perniciosa.

Es una explicación triste, la explicación de lo que se deshace y destruye y Aniceto no cuenta todo a María Luisa: no puede contarle que Virginia es fría y que, siéndolo, no le importa separarse de él por semanas o meses, y que él, por su parte, no puede decirle: «Mira, no te vayas; tú sabes que necesito mujer», no, es vergonzoso decirlo y ella debería saberlo, toda mujer y todo hombre deben saberlo, y si ella, que ha tenido ya dos hombres y lo sabe, se va, es porque no le importa dejarte solo. Tampoco puede decir a María Luisa que gracias a esos viajes, que a veces duran dos o tres meses, él hubo de volver a frecuentar a las prostitutas, menos tímido ya con ellas y con más dominio de sí mismo, aunque siempre avergonzado y reprimido, con el convencimiento, además, de que no lo hacía porque le gustase, sino a la fuerza, empujado por un deseo que no admitía consideraciones de ninguna especie. No soy un santo ni quiero serlo, y ¿por qué, si tengo una mujer, debo acostarme con prostitutas? ¿Quiere decir que me acuesto con prostitutas porque no tengo mujer? ¿Es eso? Así parece: no tengo mujer. Y volvía a los dos o tres meses y como era una mujer fría, no se acercaba a él, aunque dormía con él, y él, que se había acostado con prostitutas y que sentía, cada vez más, que esta mujer le era extraña, ya que además de ser fría no vivía con él, tampoco se acercaba a ella y dormían juntos como Pedro Pérez y Juan Palacios o cualesquiera otros individuos que no se hubiesen visto nunca y

que, obligados por alguna causa, por una inundación, supongamos, o por un terremoto, tuviesen que dormir juntos —«¡Qué le vamos a hacer! ¡Peor sería dormir al aire libre y con este frío!»— y si por casualidad, por relajación momentánea de la tensión, llegaban a tener relaciones, esas relaciones resultaban casi degradantes. Él se excitaba a veces, pero, tal como en sus primeras noches, no decía ni hacía nada; ella, sin embargo, de algún modo, lo descubría.

—¿Por qué no lo haces?

Es decir, si tienes hambre, ¿por qué no te comes este plato de lentejas frías? Es posible que las prefieras calientes, pero no hay fuego. Anda, cómetelas frías, ¿qué más te da? A buen hambre no hay pan duro, dice el refrán. No se había excitado con ella por ella, deseándola; se había excitado porque sí, porque estaba vivo; tenía, sin embargo, que comerse las lentejas frías, así como otros deben comerse un sandwich de lechuga cuando quisieran uno de queso caliente. ¿Cómo decirle: no quiero, déjame tranquilo, guárdatelas? Y así, de este modo, se fue alejando mental y sexualmente de ella. (Ella, por supuesto, se dio cuenta; no le importó. Era joven aún y estaba libre, pues Pedro Martínez, llegado ya a Chile, no se oponía a que recobrara su libertad por medio de una declaración de nulidad de matrimonio. Si era así, como así podía ser, dispondría de su vida. Estaba segura, por otra parte, de que Aniceto, tal como iban las cosas, no querría casarse con ella, aunque ella hubiese podido hacer que se casara. Aniceto, hombre compasivo, era débil en el fondo, acaso cobarde; pero ella no quería. Aniceto cumplió con lo suyo, ayudándola a separarse de Pedro, y debe agradecérselo y no obligarlo a que se case. Había sido un buen medio; quizá no será un buen fin. Sería, por lo demás, a estas alturas, un matrimonio desgraciado, más desgraciado que el primero. Aniceto, ella lo sentía y lo veía bien claro, estaba cansado de ella, mujer fría y sin asunto, sin más atractivos que los que estaban a la vista. Tal vez había hecho mal en separarse de Pedro: era casado con ella y tenía la obligación de soportarla. Quizá por eso le pegaba).

—¿Dónde está ahora?

—Anda en el sur.

—Pero cuando te fuiste con ella al norte, el año pasado…

Aniceto tenía ya la laringe como el alma de un cañón y detuvo a María Luisa:

—Mujercita: no me haga preguntas cuyas respuestas le pueden hacer arder las orejas. La respuesta, en este caso, es «sí», pero no me preguntes por qué sí o cómo sí. Comprende que hay cosas que no te puedo explicar. Llegará el momento en que entre tú y yo ocurrirán cosas que no podré contar a nadie, mucho menos a una muchacha soltera.

María Luisa no insistió, sin que por eso quedara conforme: sospechaba que hay asuntos que no se pueden tratar con una mujer soltera, pero en este caso parecía absurdo, sobre todo si esos asuntos interesaban a esa soltera mucho más que a cualquiera otra mujer casada, ya que le atañían. Se guardó la pregunta, mejor dicho, la pasó a reserva. Alguna vez lo sabría todo.

—De modo que el precioso me mintió.

Estaban sentados en el banco de un parque público. Era verano, las ocho de la noche. Los demás bancos estaban ocupados por otras parejas, silenciosas casi todas, entregadas a su pasión. Solo una que otra conversaba, poniéndose de acuerdo sobre algo definitivo, discutiendo o averiguando algo, como ellos, o preparándose para lo que deseaban que viniese. Aniceto tomó entre sus manos la cara de María Luisa y la miró. Su voz, entre tierna y dura, tembló un poco:

—Su mano —murmuró, acercándola a su cara—: le he dicho que usted será mía y que lo será aunque yo tenga que cometer las acciones más ruines. No quiero enumerarlas, no tengo tiempo; la voy a besar durante mucho rato, pero esa mentira pertenece a una de esas acciones. Quizá vendrán otras peores o quizá ya no vendrán. En todo caso, el beso que le voy a dar no tiene nada que ver con ellas. ¿Comprende usted?

VII

La lucha, sin embargo, continuó. Ya lo sabía: nada te darán gratis, tendrás que pelear por todo; por lo único que no pelearás es por la muerte. Virginia recibió la noticia como la recibe una primera actriz dramática en el tercer acto.

—No. Tú no me puedes dejar.

—Sí, te puedo dejar, Virginia. Ya no tengo nada que ver contigo. Estoy enamorado y me voy a casar.

—¿Qué va a ser de mí?

—¿Qué ha sido de ti en estos últimos tiempos? Te has ido y vuelto cuando te ha dado la gana. Me has dejado solo meses y meses y he tenido que acostarme con prostitutas. Además, no me necesitas. Puedes ganarte la vida casi con más facilidad que yo.

—Tú no me dijiste que no me fuera.

—Era tu compañero, no tu patrón. Si querías irte, no podía impedírtelo. Ahora me quiero ir yo; no me lo impidas.

No podía impedírselo, pero lloró y se tiró al suelo, se lamentó a gritos y conquistó en un momento la piedad y la simpatía de la señora que vivía con ellos.

—¿Por qué quieres dejarla, Aniceto?

—Ya lo he dicho, doña Matilde: no tengo nada que ver con ella, estoy enamorado y quiero casarme y tener hijos.

—¿Hijos, Aniceto? ¿Para qué quieres tener hijos?

No le ha ido bien con los suyos. Uno de ellos, Vicente Andrade, antiguo amigo de Aniceto, es poeta, mediocre poeta, y vive y trabaja en un diario de una ciudad del sur, ganándose apenas la vida. El otro, un pintor fracasado, trabaja como profesor de dibujo en una provincia de la zona central de Chile, una provincia vitivinícola, y el sueldo le alcanza solo para emborracharse. «Los caldos están cada día más caros por aquí», asegura. Ninguno de los dos ayuda a su madre.

—¿No ves cómo me ha ido con los dos hijos que tengo?

—No sé cómo me irá a mí, doña Matilde; pero quiero tenerlos.

—Sí; pero cómo la vas a abandonar.

—¿Ahora la defiende? ¿No se acuerda de lo que hemos hablado de ella? Hasta ayer no la defendía.

—Es cierto, hijo mío; pero ahora me da pena verla. Vieras cómo llora…

Llora… Aniceto sintió miedo de aquel llanto. Estaba casi seguro de que era como un arma, una red tal vez, con la que Virginia podía llegar a inmovilizarlo. ¿Por qué? ¿Por qué no lo dejaba irse? Jamás tuvieron nada en común, ni la vida sexual ni la vida inteligente o sensible; no habían tenido hijos, y si era cierto que Virginia, durante todo el tiempo que vivieron en Buenos Aires, se desempeñó como una buena dueña de casa, no era menos cierto que Aniceto, durante esos años, fue un buen marido: la separó de Pedro Martínez, que era lo único que ella quería y por lo cual fijó sus ojos en él, y le dio lo que hasta ese instante no conocía: tranquilidad y dignidad. No había sido él el que, una vez en Chile, se fue de la casa, pretextando aburrimiento y falta de dinero; no, no era él, y tenía la conciencia de haber hecho todo lo que un hombre puede hacer para que, a la medida de sus medios, su compañera tenga lo que como tal merece. Pero ella se fue y él tuvo que recurrir a las prostitutas y con esto y lo demás se desvaneció lo poco que aún podía quedar entre ellos, y esta muchacha, vista ocho años atrás, apareció, entre enfurruñada y soñadora, triste, con un novio muerto de tuberculosis, y él quiso ayudarla y se enamoró, y sentía que esta muchacha, esta mujer, que no era más que casi suya, era ya suya y que nunca había tenido él nada que fuera tan suyo, excepto quizá sus padres, principalmente su madre. ¿Qué más había tenido él, durante toda su vida, que fuese realmente suyo? Durante varios días, en tanto Virginia lloraba y caía al suelo, consternándolo y convirtiendo en un repasador el ánimo de doña Matilde, se paseó por su casa y por las calles como un animal acorralado. Podía, es cierto, como cuando se trató de Virginia, dejar todo en nada: «María Luisa, perdóname; no puedo casarme contigo»; pero cuando se trató de Virginia él no tenía nada que perder; al contrario, podía ganar algo; pero ahora lo perdería todo, no solo a María Luisa, sino también su vida. ¿Qué sería de él si renunciaba a ella? ¿Qué vida llevaría, de allí en adelante, con Virginia? Se habría acercado a la

tierra prometida, mirado y tocado, y tendría que volverse a su parcela de arena y piedras; no tocaría más a Virginia, le sería, sexualmente, tan extraña como un camello, y debería seguir acostándose con prostitutas. ¿Crees tú que se puede soportar eso, someterse, a conciencia, a una frustración semejante a la de un caballo en un corral? Si la quisiera no me importaría, pero ya no puedo quererla ni desearla. Por lo demás, no es vieja ni fea, es joven aún y bonita y puede, si quiere, tener el hombre que le dé la gana; sabe trabajar, tiene familia aquí y todo el mundo la quiere.

Había algo que aún lo sujetaba, más fuerte que todo, y ese algo era la piedad. ¿Piedad por qué? Pensó en ello y se dio cuenta de que era una piedad sin sentido, provocada solo por el llanto de Virginia: si él renunciaba a María Luisa, dejaría de llorar; pero con dejar de llorar no ganaría nada; Aniceto le sería ya siempre un extraño. ¿No se daba cuenta de lo que iba a suceder? Él, en cambio, lo perdería todo. Sintió que estaba en un callejón sin salida, cercado por muros indiferentes a su desesperación. Si no hacía algo, allí quedaría, condenado a una vida estéril. Pidió permiso en el taller en que trabajaba, reunió un poco de ropa, dio dinero a la señora Matilde, le dijo que no se preocupara si faltaba por algunos días y se fue.

—¿Qué le parece?

No era don Emiliano Soto el que hablaba: era un cirujano.

—El cuadro es un poco confuso. Creo, sin embargo, que se trata de una colecistitis. Abriremos como para explorar todo el abdomen y de paso extirparemos el apéndice.

Ocho días después un Aniceto Hevia enflaquecido y vacilante abandonó el hospital. Iba fajado y caminaba con gran desconfianza. La herida tenía más de veinte centímetros de largo —se desvaneció cuando el cirujano le permitió mirarla— y no quería que un paso en falso o un resbalón le arrancara un grito. Bajó las gradas mirándolas de una en una y se encontró en la calle. Atravesó la calzada en tanto miraba hacia un lado y otro y subió a un tranvía. Se bajó de ese tranvía y tomó otro, que lo dejó a media cuadra de la residencial que un amigo le había buscado. Ya en la residencial, se acostó. Ya acostado, se volvió hacia la pared y rompió en llanto. No supo por qué lloraba, pero lloró.

Dos días después doña Matilde, llamada por él, fue a visitarlo. Estaba indignada porque no le dijo que se iba a un hospital.

—Podía haberle llevado comida. Es tan mala la de los hospitales.

—No se preocupe. He comido peor. Cuénteme. ¿Sigue Virginia en la casa?

—¿Virginia?

—Sí.

—No; se fue.

—¿Se fue?

—Sí. Cuando le dije que usted se había ido y que no sabía en dónde estaba, dejó de llorar. Al día siguiente recogió su ropa y se fue.

—¿No dijo nada?

—Dijo que salía en gira con una compañía y que no volvería a la casa. Dijo también que usted podía hacer lo que quisiera.

—¿Nada más?

—Nada más…

Pero algo quería añadir doña Matilde y no se atrevía a hacerlo.

—¿Sabe usted?

—¿Qué?

—Quiero contarle algo. Tal vez le interese. Anoche me encontré con Gutiérrez, ese cómico que usted conoce y que vive cerca de la casa. Iba con su mujer y me preguntaron por usted. Tanto me preguntaron que tuve que contarles todo. Les dije, después, que sospechaba que usted no estaba del todo decidido y que era muy posible que se arrepintiera, y ¿sabe usted lo que me dijo? «Dígale a Aniceto que no se arrepienta. Virginia tiene ya con quien consolarse. La última gira la hizo casi como mujer de Lorenzo García. Nosotros íbamos en la compañía y lo vimos todo».

Hubo un silencio. Aniceto recibió aquello como un preso que recibiera, al mismo tiempo que un jarro de agua fría en el pecho, la noticia de su liberación. De modo que él, Aniceto Hevia, terminaba en cornudo… Pero, entonces, ¿por qué el llanto, las caídas al suelo, los reproches? No, nunca sabrás mucho de algunos seres, Aniceto. Pero, en fin, estás libre.

Al día siguiente, sintiéndose fuerte y ligero, se levantó. Unos días después, ya abandonada la residencial, salió temprano a su trabajo.

VIII

—Amigo: no me cuentes nada, no me digas que un día, en alguna parte, allí en donde estás o en donde estuviste, te enamoraste de una muchacha y que esa muchacha te dijo que tú eras el único hombre a quien ella podía y quería entregarse, casada o no, como tú quieras, mi amor, y que como tú no la querías para una noche o para una semana —te era imposible concebir que una noche o una semana fuesen suficientes, tal vez sería necesario un siglo—, te casaste con ella o te la llevaste a vivir contigo, como tú quieras, mi amor, y no eras un hombre que hiciera cálculos para el porvenir, no; y querías sacar de tu amor y del amor de ella todo lo que pudiesen dar, risas, lágrimas, gritos, gemidos, agua, sangre e hijos; a pesar de lo cual la desfloraste como uno de esos capullos cuyos sépalos suele abrir el jardinero, con sumo cuidado, para saber de qué color son los pétalos y si ya, antes de florecer, el perfume está ahí, sin que nunca se haya sabido en dónde está, y cómo, en la alta y oscura noche de los amantes, te trascendiste en ella y ella se trascendió en ti, y supiste, desde ese momento, que entre tú y ella existiría para siempre un secreto que no podría decirse con palabras, ya que no estaba hecho de palabras, sino de susurros, un secreto, sin embargo, que te ataría a ella y la ataría a ella a ti.

Una mujer apareció en la casa. Aniceto la conocía, joven, morena, baja, fuerte, pero, aunque no ignoraba que era una sirvienta, no sabía lo que esa sirvienta significaba: no entendía nada de ellas, jamás había tenido una y nunca se le había ocurrido que alguna vez podría llegar a tenerla.

Insinuó a María Luisa que tal vez podría comer con ellos —¿cómo iba a comer sola, en la cocina?—; María Luisa dijo que no.

—¿Por qué no?

—Ella no querría. No tiene costumbre de hacerlo, se avergonzaría y no comería nada.

Aniceto no insistió. Como la del Antiguo Testamento, esta Ester

es huérfana. Su padre, un arriero cordillerano, montó un día en su macho, dio un silbido a las mulas, hizo un gesto a su mujer y a sus dos hijas, que lo miraban desde la puerta del rancho en que vivían, y desapareció hacia las montañas, camino de Río Colorado, Juncal, el Valle de las Calaveras, Caracoles y la cumbre. No volvió más ni se supo más de él, de sus mulas ni de su macho, y su mujer, al poco tiempo, desapareció también, no hacia las montañas, en busca de su hombre, sino hacia el pequeño cementerio del pueblo, en busca de paz, y las muchachas quedaron en el rancho, abandonadas, de ocho años una, de seis la otra. Sabían hacer de todo con sus manos regordetas y morenas: pan, comida, coser, lavar, planchar, arar, sembrar, y hasta habrían hecho, si se les hubiese pedido, un rancho igual a aquel en que vivían, que no era de ellas, por supuesto, y de donde tendrían que irse, porque ¿cómo vivir solas? ¿Y para dónde irse? Doña Carmela, madre de María Luisa, llevó a su casa a la mayor, le enseñó todo lo que podía enseñarle, menos a leer y escribir, y Ester, durante cerca de veinte años, amasó pan, barrió, hizo las camas, crio todos los niños que nacieron, ayudó a llorar y a enterrar a los que murieron y jugó con María Luisa y con su otra hermana, todo sin que nadie tuviese que decirle: «Mira, no hiciste eso; hazlo ahora mismo», no, pues ella lo hacía sin que nadie se lo dijese.

Al verla, Aniceto creyó ver a una de las tantas mujeres que hicieron, en otros tiempos, hilando, tejiendo, amasando harina de maíz o greda y pariendo hijos, la grandeza del imperio incásico, que después, como yanaconas o hijas de yanaconas, hilando, tejiendo, amasando harina de trigo y pariendo hijos mestizos, ayudaron a los españoles y a los criollos de españoles a trabajar y a poblar los valles de Perú y de Chile, y que, finalmente, desaparecidos los españoles, continúan cocinando, tejiendo, remando, barriendo, a veces vendiendo frutas en las estaciones de los ferrocarriles, a veces yendo a la cárcel con una ollita de comida para el marido o para algún hijo, siempre pariendo hijos, oh, cuántos hijos, innumerables hijos.

—¿Por qué se ha venido con nosotros?

—Me quiere mucho y dice que tú le eres muy simpático.

Quizá veía en Aniceto, a pesar de que se casaba con la hija de su patrona, a un ser que estaba cerca de ella. Allí quedó, pues,

cosiendo, lavando, fregando, barriendo, incansable, siempre sin saber leer ni escribir.

—Tampoco me cuentes que ella, un día, te dijo que estaba embarazada, y que tú, que nunca habías tenido hijos y que querías tenerlos, recibiste la noticia como si te hubiese hecho un regalo o dado, de improviso, un beso en la boca, pero que, como no tenías experiencia alguna, no supiste claramente lo que eso significaba en tiempo, en cuidados, en inquietud, en dolor, y te quedaste, al mismo tiempo que tranquilo, asustado, cada día más, tocándole a veces el vientre —¿se mueve?; sí, mucho—, y había allí, bajo tu mano, dentro del tibio y blanco y redondo e hinchado vientre, que tanto amabas, algo inquietante, sordo, invisible, moviéndose, revolviéndose, cada día con más fuerza y con más insistencia, sumergido en un mundo de oscuridad y de calientes y densos o claros líquidos, pugnando como la semilla en trance de brotar, hasta que una mañana te llamaron a tu oficina o a tu taller: «Véngase pronto; la señora está con muchos dolores», y te fuiste corriendo, sospechando tal vez que llegarías tarde, pero era temprano aún: debería pasar todo ese día y venir la noche, una noche de invierno, y tú no sabías qué hacer, ya que no podías hacer nada, y te paseabas por la casa y tomaste una escoba y barriste y luego te dio diarrea y las mujeres entraban y salían —la estufa, en el centro de la habitación, tenía una preciosa llama azul— y tú también entrabas y salías, sin soltar la escoba, y después te ibas al excusado —¿y por qué tengo que estar con diarrea?, ¿en dónde habré dejado la escoba?, ¿qué hora?, las cuatro, sí, las cuatro de la mañana—, y de pronto, como si alguien te hubiese llamado, entraste al dormitorio: había allí cuatro personas, tres mujeres y tú, y en el siguiente segundo había allí cinco personas: una voz desconocida, una voz nueva, de alguien que no había entrado antes en la pieza, resonaba en los oídos de todos: era tu hija, y abandonaste la escoba, te olvidaste de la diarrea y te acercaste a ella y rompiste en llanto: un par de ojos negros te miraban desde en medio de los pliegues de una sábana y parecía que te miraban desde la eternidad…

Y Ester, que nunca había tenido ni tendría hijos, tomó a la niña y la cuidó y crio como había cuidado y criado a otros niños, y siguió lavando, barriendo, cocinando, cosiendo, siempre silenciosa, sin decir lo que hacía y sin que nadie le dijera que lo hiciera, sonriente,

bondadosa, incansable, observando de reojo cómo su antigua compañera de juegos, transformada ahora en patrona, dominaba con la mirada, con la boca o con la voz, a aquel patrón nuevo, casi sin hablar también o hablando muy poco, y viendo cómo él, que siempre, como ella, estaba haciendo algo, por lo menos leyendo, la dejaba hacer, como si no le importara que ella dispusiese esto o lo otro y le bastase con estar ahí, hacer algo, sembrar unas habas o hacer un almácigo de tomates, pintar una ventana o un muro, arreglar una cerradura o leer, y al año siguiente Ester recibió, de manos de la matrona, un niño, y dos años después una niña —creo que es necesario que tomemos una muchacha; ayudará a la Ester y cuidará a la niña; me parece muy bien—, y Ester veía que eran pobres, tan pobres como cualesquiera otros empleados o profesores primarios; pero ¿qué importa?, nunca había servido a gente rica y tal vez le gustaba que fuesen pobres —y una vez le dijo a la patrona que en vista de que tenían otra niña y se verían muy urgidos, ella no se molestaría si le rebajasen un poco el sueldo; cómo se le ocurre, Ester; después me lo suben de nuevo; no, de ningún modo; ya nos arreglaremos (los pobres piensan que se las arreglarán, pero nunca se las arreglan)—, y la casa seguía así, de pronto vivían solos, de pronto se iban a vivir con una cuñada y de pronto con los suegros, y allá iba Ester, vigilando los niños, las cacerolas, los colchones, apagando la cocina en el último momento y encendiéndola en el momento siguiente, y todos trabajaban y los niños reían, saltaban, lloraban, dormían o se enfermaban. Así era la vida y no había otra.

—Sí, no me cuentes nada de eso, lo sé todo y sé también otras cosas: cómo, a medida que tenías hijos, aumentaba, junto con tu amor por ellos, el terror de la pobreza —¿qué haré si sigo teniendo hijos?, te preguntaste—: todo subía de precio, parecía que los precios estaban subiendo desde el principio del mundo y tu sueldo y el de tu mujer alcanzaban apenas para vivir o no alcanzaban y tenías que pedir préstamos a algún amigo o a alguna institución, comprar a plazos la ropa, los muebles, la vajilla, y entonces decidiste, lleno de amargura, limitar tu familia, no seguir teniendo hijos; pero tu pasión era a veces más fuerte que tu temor a la pobreza y hubiste de llevar a tu mujer, pasado el instante de pasión y reaparecido el temor a la pobreza, a un cuchitril en donde pudiste

ver cómo aquello que era para ti algo sagrado y secreto, se convertía, era convertido, en algo profano y público y tratado como un obrero municipal trata una cloaca, sí, y luego te la llevaste y ella lloraba y tú ibas destrozado, sintiendo que algo se había roto en ti, algo que no sabías con precisión qué era, pero que valía mucho. No, no me lo cuentes. Lo sé. Es la historia de innumerables parejas, la íntima y miserable parte de la historia de una civilización.

Tampoco me cuentes que un día, cuando ya pensabas que a pesar de todo saldrías adelante, ella murió.

IX

Sí, ella murió. Durante varios días Aniceto no hizo otra cosa que vagar por la casa y por las calles como un ánima en pena, según dice la gente, sintiéndose como tal vez se había sentido, muchos años atrás, su padre, al quedar viudo y con cuatro hijos. Él no podía llamar a sus niños y decirles, como su padre les había dicho a ellos: «Ha muerto mamá. Para cualquier hombre esto es una desgracia; para mí es más que eso. Ustedes saben por qué. Ya no podré hacer lo que hacía: estoy atado de pies y manos y es necesario mirar hacia otra parte, no sé todavía hacia dónde. Por desgracia, no tengo dinero y estoy en Buenos Aires, en donde soy conocido y en donde me sería difícil vivir tranquilo. No sé qué voy a hacer, pero haré algo. Mientras tanto, tenemos que arreglarnos como podamos. Espero que harán lo posible por ayudarme», no, no podría decir eso a sus hijos, que ni siquiera se daban cuenta de que su madre había muerto; pero si Aniceto tampoco tenía dinero y si también para él la muerte de su mujer era una desgracia, su situación, en cambio, no era tan desesperada como fue la de su padre; verdad es que afrontaba una época llena de sombras, no solo por el lado afectivo sino también por el lado económico, pero no tendría, como su padre, que salir a robar y nada impediríale seguir desempeñando el cargo que desde dos o tres años atrás desempeñaba. Era ahora corrector de pruebas en una editorial; tal vez debería buscar algo más, llevar trabajo a la casa o trabajar, también de noche, medio turno como linotipista (le gustaba ese trabajo y le gustaba esa máquina, tan suave, tan silenciosa, una máquina que parece marchar casi al mismo ritmo de la inteligencia del hombre, con altos y bajos, no solo del hombre que ha escrito los originales sino también del que, sentado ante ella, parece transmitirle, con los ágiles dedos y por medio de las teclas, los pensamientos de aquel otro hombre, que estará ahora por allá, lejos, redactando apresuradamente, si es un periodista, o despacio, si es un escritor,

un sabio o un historiador, nuevos pensamientos, fútiles y pasajeros o útiles y perdurables, que la máquina recogerá y convertirá en algo que todo el mundo que sepa leer podrá apreciar); sí, podría hacer, en horas extraordinarias, cualquiera de esos trabajos u otros, y con ello y ayudado por Ester, que parecía dispuesta a seguir con él hasta que muriese y ella fuese a dejarlo al cementerio, para regresar luego a la casa y hacer lo que fuese necesario, tal vez podría compensar lo perdido, solo lo perdido económicamente, ya que para lo otro parecía no haber compensación.

Quizá la voz lo buscó durante varios días, preguntando aquí, preguntando allá, recogiéndose ante las negativas y dirigiéndose hacia donde podía haber una esperanza, alguna vez encontraríalo, Santiago no es tan grande, no son muchas las casas editoriales y los diarios, los Hevias son pocos; pero estaba ya un poco cansada y Aniceto, al oírla, quedó un poco sorprendido de su tono:

—Aló.

—Sí.

—¿Eres tú, Aniceto?

—Sí, yo soy.

—Uf. Por fin. Hace días que te busco.

Alguien lo buscaba, pues, pero no supo, en el primer momento, quién era. La voz, por lo menos, le era desconocida y la persona parecía hablar desde un sitio en que había, además de poco aire, oscuridad y humedad. Reconoció, sin embargo, que se trataba de una mujer.

—¿Cómo estás?

—Así así no más.

—Me doy cuenta.

La voz pareció apagarse más o alejarse en la oscuridad. ¿Desde dónde hablaba? Aniceto, desconcertado, esperó la vuelta de la voz.

—Me doy cuenta. A mí me pasó lo mismo —dijo la voz, más enronquecida, ya de vuelta.

—¿Qué te pasó?

—Lo mismo que a ti. Mi marido murió hace tres meses.

—¿Sí?

—Sí. ¿No lo supiste?

—No, no he sabido nada. No sé cómo se llamaba tu marido.

—Elías González. Se mató en un automóvil.

El nombre del muerto no dijo nada a Aniceto.

—Qué barbaridad —dijo, por decir algo.

La voz reaccionó.

—Oye —dijo, más claramente.

—¿Qué?

—Sospecho que no sabes con quién hablas.

Aniceto no quiso prolongar aquello.

—Perdóname, pero la verdad es que no lo sé.

—Hablas con Cecilia —dijo la voz.

—¿Cecilia?

¿Cuántas Cecilias había conocido? ¿Había conocido alguna Cecilia?

—Sí, Cecilia Oyarzábal.

La mujer pareció salir de la oscuridad.

—¿Te acuerdas? —dijo la voz, un poco temerosa.

—Sí —respondió Aniceto—. Cecilia Oyarzábal… ¿Cómo no me voy a acordar?

Una mujer medianamente alta, delgada, blanca, de cabello muy negro, apareció en su recuerdo. La vio como sobre un fondo de árboles, sonriendo con displicencia, un poco lejana.

—Cecilia Oyarzábal —repitió Aniceto—. Es claro. Pero oye —dijo de pronto.

—¿Qué?

—Te recuerdo muy bien, pero te extraño la voz. Le encuentro algo raro.

—Estoy enferma —dijo la voz—. Tengo algo a la garganta. Además, no quiero hablar fuerte.

—¿Por qué?

La voz pareció un susurro:

—Mi tía y mi hijo están durmiendo. No quiero despertarlos. ¿Cuándo me vas a venir a ver?

—No sé —respondió Aniceto.

—Ven a verme cuando puedas.

—Bueno. ¿En dónde vives?

La mujer dio la dirección.

—Apúntala.

—Bien.

Pero no la apuntó y al día siguiente no la recordaba. No tenía

nada que conversar con Cecilia Oyarzábal y no veía motivos para visitarla. Prefería estar en su casa, solitario, recordando a su mujer o leyendo, y no andar por ahí, haciendo visitas sin sentido. Diez años atrás, durante aquellos meses en que Virginia lo dejaba solo, había conocido, en casa de una amiga, a esa muchacha —ya sería una mujer (hasta viuda estaba)— y paseado un poco con ella, más aún, la había galanteado. Le gustaba un poco: era blanca como una leche, blancura que acentuaba el cabello, negrísimo, y con labios grandes, carnosos, y hasta la había besado, pero ella, Aniceto no supo por qué, se mostró indiferente o fría, quizá no le gustó que la besara o quizá no quería ir con él más allá de lo ido. Dejó de llamarla y de verla, y cuando ella, al encontrarlo en la Escuela de Bellas Artes, donde seguía un curso de dibujo y donde Aniceto visitaba el taller de un pintor, le preguntó qué le había pasado para desaparecer así, le dijo la verdad:

—Te encontré un poco indiferente, fría, como si yo no te importara.

—Di más bien que me encuentras tonta o pava —dijo ella, un poco irritada.

—Mira, interprétalo como quieras, pero esa fue mi impresión y por eso dejé de llamarte.

Y se separaron y ninguno, durante cerca de diez años, supo nada del otro. ¿Para qué, entonces, volver a verla, visitarla? Aniceto, además, no sentía necesidad alguna de llamar o visitar a ninguna mujer, fuese fría o ardiente, tonta o avispada. La voz, sin embargo, llegó de nuevo.

—Aló.

—Aló, sí, Aniceto.

—No me has venido a ver.

—¿Quién habla?

La voz no era la misma, estaba un poco más clara, aunque siempre parecía venir desde la oscuridad.

—Cecilia.

—Ah, sí, Cecilia. ¿Cómo estás?

—Un poco mejor. ¿Y tú?

—Más o menos.

—¿Cuándo vas a venir a verme?

—Mira, no sé, de repente.

—Ven, no seas malo. ¿Te acuerdas de la dirección?

—¿Cuál era?

—¿No la apuntaste?

—Sí, pero no recuerdo dónde —mintió.

Se la dijo otra vez y ahora Aniceto la apuntó.

—¿A qué hora quieres que vaya?

—Ven después de comida, cualquier día. ¿Vendrás?

—Sí, iré.

—Eres un amor. Adiós.

La piel era tan blanca como antes y el cabello parecía más negro, más carnosa la boca y tal vez más grandes los labios. Los ojos, oscuros, lo miraron con insistencia.

—Te sentaste muy lejos. Acércate un poco. ¿Por qué no te sientas en la cama?

Pero prefirió un sillón. No se veía ni se sentía a nadie en la casa, no había más luz que la muy atenuada del velador y Cecilia estaba acostada. Se sintió incómodo, y en el primer momento, cuando la sirvienta que lo recibió entre las sombras le dijo que la señora estaba en cama, su impulso fue el de marcharse. Pero ella, oyéndolo, lo llamó.

—Entra, no tengas miedo.

No tenía miedo, existían muy pocas cosas a las cuales pudiese tener miedo, pero existían muchas que podían ponerlo incómodo, y esta era una de ellas. Se sentó, sin embargo, aunque en la orilla del asiento, listo para levantarse e irse en cuanto se presentara la ocasión.

—Estás igual —dijo.

—Tú, en cambio, estás mucho mejor —dijo Aniceto.

Sí, sin duda estaba mejor, más madura, hasta tal vez más bonita. Se acababa de echar polvos y de pintar la boca: el rojo se veía fresco, brillante.

—Así es que estamos viudos —dijo.

Los brazos, desnudos hasta más arriba del codo, estaban tendidos sobre la sábana y las manos se entretenían con una polvera dorada. Habló: su marido, comerciante en automóviles, aficionado a correr, había chocado con el coche de otro automovilista, aficionado también a correr y a no cambiar las luces cuando debía cambiarlas. El resultado fue que este solo sufrió quebraduras y que

el marido murió. No, no tenía mucho dinero, aunque sí había dejado deudas. Tendría que trabajar en algo. Era una familia numerosa y el padre, a pesar de ser dueño de unas tierras, no podría ayudarla mucho. Tú sabes que los agricultores chilenos viven pobres y mueren ricos.

—Y a tu mujer, ¿qué le pasó?

Parecía una reunión clínica y Aniceto contó, también brevemente, la enfermedad y muerte de su mujer. Mientras hablaba miró a Cecilia, que seguía jugando con su polvera y mirándose las manos. Casi sin que Aniceto lo advirtiera, había hecho girar la pantalla de la lámpara y la luz le daba ahora de lleno, destacando con precisión su figura y los detalles y líneas de su cuerpo, y Aniceto, aun en contra de su voluntad, hubo de advertir que había allí una mujer y que esa mujer tenía un cuerpo y que ese cuerpo sería, sin duda, tibio, una tibieza más apreciable en algunas partes y menos en otras, no solo tibio sino también suave, posiblemente agradable; los pechos se levantaban con decisión bajo la delgada camisa, y los brazos, cubiertos solo a medias por una chaquetita de lana tejida y de color azul, eran hermosos, llenos, muy blancos; el cuello, firme y un poco largo, tenso, sostenía con gracia la renegrida cabeza. Cecilia tenía una abuela italiana y tal vez a esa abuela debía el blanco de la piel y el negro del cabello. Pero Aniceto apreció todo como un experto, no como un interesado. Su mujer estaba recién muerta, él estaba aún muy triste y ni en su mente ni en sus manos podía haber nada para ninguna mujer. Se sentía deshecho y quien está deshecho es incapaz de hacer nada.

Después de un rato, terminado el tema de la muerte y de lo que cada uno haría o podría hacer, la conversación languideció. Aniceto no era un gran conversador y la sensación de que esa mujer estaba acostada y de que él no tenía gran cosa que decirle, mucho menos si estaba acostada, y el silencio y la oscuridad de la casa, más bien lo impulsaban a marcharse. Se levantó.

—¿Te vas? —preguntó Cecilia, sonriendo.

—Sí, creo que es tarde.

—No son más que las once. Quédate otro ratito.

—No. Tengo que levantarme temprano y vivo muy lejos.

—Bueno.

Se acercó y estiró la mano para despedirse.

—Adiós —dijo.

—Adiós —dijo ella, tomándole la mano y reteniéndosela—. ¿Cuándo vas a volver?

—No sé. Un día de estos.

—No te pierdas. Estoy tan sola. Creo que mañana me voy a levantar.

Apretó la mano y le dijo, atrayéndolo hacia sí.

—Dame un beso.

Se inclinó y quiso besarla en la mejilla, pero ella giró la cabeza y le presentó la boca. La besó allí, sobre los carnosos y rojos labios, pero rápidamente, como si solo la besara en la cara, y se enderezó. Ella dijo, sonriendo:

—Qué desabrido eres. ¿Te acuerdas de cuando me dijiste que yo era una mujer fría y pava?

—Sí —dijo él.

Le sacudió la mano y se fue. Iba disgustado consigo mismo y con ella. ¿Qué objeto tenía el haberla ido a ver y por qué ella había insistido tanto? Afuera la noche estaba tibia. La primavera venía ya sobre el valle central de Chile.

X

Empezó a sentir, en tanto transcurría el tiempo, que algo independiente de su voluntad brotaba, desde el fondo de su ser, hacia afuera, no hacia los lados sino hacia arriba, como si ascendiera desde los pies hacia la cabeza, tal vez como la savia hacia las ramas, hasta las más altas, de modo parejo, con un nivel idéntico y una idéntica presión, una fuerza poderosa, invisible como todas, contra la cual no habría podido, aunque le hubiese gustado hacerlo, luchar: aquel estado de aflicción y de llanto, aquel dolor de las primeras horas y semanas, esa como bruma en que yació, parecíanle la condición natural de su ser, aquella en que debería vivir desde ese momento y hasta su muerte, y gozaba en ella y no hubiese querido, por ningún motivo, perderla, quería seguir dentro de ese como sueño, pesadilla o nirvana de llanto y de muerte, dentro del cual le parecía que hallaba algo de María Luisa; pero la fuerza subió y subió, irreprimible, y nada dentro de él dejó de ser alcanzado, removido, cambiado. Era, de seguro, la fuerza que habíalo mantenido erguido durante toda su existencia, aquello que él sentía que luchaba por él y que desaparecía solo cuando lo que luchaba contra él era más fuerte, la enfermedad, el infortunio, la angustia, o que no desaparecía sino que esperaba, luchando allí mismo, dentro de él. ¿Y de dónde surge, en qué parte de su cuerpo reside?

Lo ignora y no lo sabrá nunca, así como no lo sabrá nadie. ¿Tendrá Cecilia algo que ver en ello? No, no tenía nada que ver. La fuerza es independiente; vivirá en tanto cuente con ella y caerá al polvo en cuanto ella desaparezca, y a todos, sean quienes sean, les pasará lo mismo. Por lo demás, dejó de ver a Cecilia. Ella pensó quizá ayudarlo, sacarlo de aquello en que se encontraba y de lo cual no quería salir y de lo que fue después sacado sin que lo quisiera, o tal vez era ella quien quería salir de donde se hallaba y pensó que Aniceto sería una mano o un brazo que la ayudara, pero no fue así.

La experiencia fue más bien triste, nadie sacó a nadie de donde estaba, en cierto momento parecieron hundirse más y Aniceto desapareció; no podría enamorarse de Cecilia, no podría enamorarse de nadie, por lo menos en esos días, y la aproximación a una mujer que no había deseado ni deseaba, porque en ese momento no podía desearla, trajo a su ánimo más quebrantamiento que recuperación. En un tiempo, ya un poco lejano dentro de su vida, tuvo que contentarse con lentejas frías, pero en ese tiempo tenía hambre y las comió; ahora no tenía hambre. Algo vendría o no vendría nada, pero todo tendría que venir, o no venir, de modo natural, sin que ni él ni nadie lo apurase. Apurarlo era frustrarlo.

De todos modos, aprendió algo: no se necesitaba gran esfuerzo para conseguir una mujer, y, según parecía, en muchos casos el esfuerzo no estaba a cargo del hombre. No había, por cierto, amor, lo que se considera como amor, fijación, enamoramiento, esperanza, ensueño, idealización, no, todo sucedía en un breve espacio de tiempo, aunque era posible que no siempre desapareciese tan pronto (no tenía aún suficiente experiencia personal, aunque sí conocimiento de otras experiencias, las cuales, en su mayoría, habían sido, en el sentido de tiempo, negativas, pero ¿por qué negar, arbitrariamente, una posibilidad; por qué negar la posible existencia de seres que puedan transformar en perdurable lo que empieza nada más que como un mal ensayo o remedo de lo que se conoce como amor; quién sabe si la esperanza de esa posibilidad es la que lleva a esos seres a exponerse a una rápida realización, más bien dicho, a una rápida desaparición, y por qué tú, que no has hecho más que descubrir, para ti mismo, ya que otros se la sabrán de memoria, una forma de la vida amorosa o sexual, pretendes ya pontificar sobre ella? ¿No sabes que el mundo está lleno de toda clase de hambrientos y que esos hambrientos hacen y harán todo lo que puedan para satisfacer su hambre?).

La primavera seguía avanzando desde el norte. Los aromos estaban ya floridos y hasta los corcolenes, hermanos menores del aromo de Castilla, estiraban en las plazas y parques sus perfumadas y amarillentas varas. Los picaflores regresaban al sur y bandadas de tórtolas subían hacia los faldeos de la cordillera, en donde, como todos los años, tendrían sus amores, rápidos también, sin largas fijaciones, ensueños ni esperanzas, ¿para qué? Solo el ser humano

tiene esos sentimientos, y aunque en ellos reside su grandeza, ellos son los que, en infinitos casos, son causa de amarguras, fracasos y desesperaciones. Pero nace con ellos, tiene que vivir con ellos y cuando logra desprenderse o los pierde, siente que, si bien ha ganado en rapidez, ha perdido en profundidad. No puedes tenerlo todo.

Quién sabe si para Aniceto ha llegado también ese momento. Durante bastantes años su vida amorosa fue limpia. No puede decir que fue siempre feliz, que no tuvo decaimientos o cansancio, que jamás sintió, independiente de todo, el deseo de volver a ser libre, no, no lo puede decir; pero no se trata de eso; se trata de su vida amorosa: fue fiel, no pudo sino serlo, y esa fidelidad y el recuerdo de esa fidelidad resplandecen, en él y a través de aquellos años, como una espada de plata. Pero quizá ha llegado el momento de que esa vida se convierta en un tarro vacío de conservas, orinado y roto. Sí, es posible, todo lo humano le es posible. Ya empezó y no sabe si alguna vez podrá detenerse y si se detendrá.

Cuarta Parte

I

Recién lo conocía, pero invitar a alguien a una excursión a la que van otras personas no tiene nada de particular. Además, es un hombre libre. En la playa nos separamos de los demás o los demás se separaron de nosotros y me invitó a pasear. Llegamos hasta un sitio en que no se veían más que unos burros. Aniceto dijo que tal vez se tratara de burros marítimos. Se tendió en la arena y me invitó a que hiciera lo mismo. Me senté sobre una roca. Tenía un poco de miedo; apenas lo conocía y pensé: «¿Qué hago si me pone las manos encima?». No me puso nada. Cerró los ojos, se tapó la cara con un brazo y pareció desaparecer. Quedé como sola y cuando me cansé de mirar, como una tonta, el mar, las rocas y los burros, le dije que tal vez era conveniente regresar; nos estarían buscando para el almuerzo. Se levantó, me tendió la mano y me levantó como una pluma. Pensé: me va a abrazar. No me abrazó. Me sentí un poco desilusionada: me gusta que se preocupen de mí, un poco por lo menos, y él me había hecho sentir como uno de aquellos burros. Le dije unas bromas, provocándolo, y no me hizo caso. Después de almuerzo, sentados en la playa, frente al hotel, estuvo callado. ¿Qué le pasa? ¿Está aburrido? «Me siento muy bien. Divago». ¿Con quién, en qué? «Con nadie y en todo». ¿Alguna mujer? «Ninguna». En la tarde, al volver, se descompuso el autobús y contratamos un taxímetro. Los otros se sentaron atrás y yo me senté entre él y el chofer. Durante el viaje sentí que dos o tres veces pasaba sus labios por mi pelo. Respondía. Gracias a esta respuesta estoy haciendo este segundo balance… Sin duda, me porté estúpidamente. ¿Por qué no lo dejé que se condujera como le diese la gana, que callara o que hablase, que anduviera o se sentara? No me gusta mucho, aunque me atraía un poco. Sin embargo, pocos días después me besó, y de qué modo. Es posible que sin darme cuenta hubiese seguido provocándolo, irritada siempre por su aire de indiferencia. Quise reaccionar y le dije: No deberíamos haber hecho eso. «¿Qué hemos

hecho?», me preguntó. Besarnos. «¿Nos hemos besado?». Sí, ¿no lo sabes? Me dijo que me encontraba razón y me volvió a besar, dejándome como un estropajo. No supe qué decirle ni pude decirle nada y la cosa siguió. Cuando me toma no puedo soltarme. (¿No querías que cambiara de conducta?). Durante varios días las cosas no fueron del todo mal, aunque tampoco fueron del todo bien. Empezaron a empeorar, cuando me propuso matrimonio y me llevó a su casa y conocí a sus hijos. Parecían gitanos. Supongo que todos los hijos de viudos tendrán el mismo aspecto, sobre todo para las posibles madrastras. Su casa me pareció espantosa, sin visillos, sin cortinas y con muebles como comprados de ocasión. Por supuesto, me negué: no quiero casarme tan pronto. Entonces hice mi primer balance y vi que ni social ni mentalmente tengo nada que ver con él. Es un hombre rudo, salido del pueblo, y creo que ha sido de todo, quién sabe si hasta ladrón. Sin embargo, es limpio y fino, aunque con una finura que no alcanzo a apreciar muy bien. Por un lado, me es extraño; por otro, absolutamente conocido. Es un hombre que me desata. Cuando estoy a solas con él y me abraza y me besa y me toca, no me acuerdo más de mí y no sé si estoy sentada, de pie o tendida. Lo terrible es su carácter. Es un hombre como para sí mismo y en sí mismo, alguien que está pensando en cosas que solo a él le interesan y que al parecer no tienen nada que ver con los demás. Deja de besarme, y aunque en cierto modo me siento unida a él, en cierto otro modo siento que él ya está lejos y que yo también lo estoy. ¿De quién es la culpa? Creo que de Aniceto. Siento que su intimidad, su en sí mismo, es impenetrable; no sé lo que hay al otro lado. Me gustaría estar yo, pero creo que no lo estoy. Creo también que podría, en cualquier momento, aunque sufriendo, prescindir de mí. No sé si exagero. Cuando me abandona y se encierra en sí mismo, inevitablemente me alejo de él. Si al dejar de acariciarme siguiera hablándome, halagándome, admirándome, por lo menos aparentando que me admira, como hacen otros hombres, no me pasaría eso. Pero no es así y a veces se me ocurre que solo me desea y me siente físicamente y que lo demás de mi yo, yo misma, no le importo nada, ni mis gustos, ni mis pensamientos, ni mis intereses, ni mis problemas. Si esto es así, como así parece ser, ¿cuál sería mi vida si me casara con él? Estaría fuera de su intimidad y fuera también de la intimidad de sus hijos,

que todavía deben recordar a su madre. ¿Por qué no me hablas?, le pregunto a veces. «¿Para qué quieres palabras? ¿No sabes que te amo? ¿Qué más quieres?». Las mujeres necesitamos palabras. «¿Para qué?». No sé, tal vez para apoyarnos en ellas. Se ríe. «¿Has conocido a alguien que se apoye en palabras? Apóyate en mí, si quieres, y estarás más segura»… Y así terminó mi primer balance. ¿Qué hago con este hombre?, me pregunté. Ahora me pregunto: ¿qué va a hacer este hombre conmigo? La verdad es que no lo sé. Nunca creí que andaría tan ligero ni que yo sería arrastrada a llevar la misma marcha. Ayer peleamos y ahora me acaba de mandar un ramito de jacintos. «Dulce jacinto azul torcido sobre mi alma», como dice Neruda. A propósito, me han dicho que Neruda se ha hecho comunista. Es lo único que faltaba… Y aquí termina mi segundo balance. ¿Habrá un tercero? No he sacado gran cosa en limpio. Espero algo, no sé qué. Ay, Señor, ¿cómo terminará esto?

II

Aniceto sabe que esto terminará alguna vez, no sabe cuándo, no puede imaginarse cómo, si de pronto o de a poco, y no sabe si entonces estará como en este instante, como el tejedor al pie de su telar, a mediodía, lleno aún de fuerza, o como está en la tarde, ya rendido, o al final, en el suelo, derribado. Con el tiempo, ha llegado no solo a sentir su pensamiento, sino que casi le parece verlo. En la habitación, a oscuras, en silencio, cree advertir que funciona como una máquina tejedora, una máquina que, según le parece, teje de izquierda a derecha, nunca de frente a fondo, en sentido horizontal además y siempre en una trama o urdimbre diversa. Si es apretada, lo hace con dificultad y avanza apenas, deteniéndose en ciertos momentos; creeríase que examina lo que hace, aunque no lo examina; si la urdimbre es menos tenaz, labora sin gran esfuerzo, y a veces la trama o la urdimbre parece no existir: hay hilos horizontales e hilos perpendiculares, separados unos de otros, tanto, que el pensamiento, la lanzadera, logra unirlos apenas. Sea como sea la trama o la urdimbre, tenaz o deleznable, la tela, el resultado, pasa, se aleja —hacia la derecha (piensas de izquierda a derecha)— y no sabe uno, si no está atento, que es casi siempre, qué es lo que se tejió y cómo. No es posible retroceder, recoger los hilos y examinarlos, salvo que la máquina trabaje sobre una urdimbre gruesa (aunque no siempre lo de más relieve es lo más importante: hay hilos tenues, de colores y calidades inapreciables, que se pierden; vuelven, en ocasiones, pero ya tan desfigurados o descoloridos, que se reconocen difícilmente). La tela pasa y el pensamiento teje sobre el borde, por la orilla más cercana, ya que la otra orilla está en la sombra, sin que se sepa dónde termina y si termina en alguna parte; porque es un borde, una orilla, lo que se puede ver y apreciar. A veces el borde no es recto; hay trozos que presentan una forma dentada o curva y rara vez los vértices o los senos son demasiado altos o demasiado bajos; hay un límite casi

fijo.

Hay instantes en que sobre esa tela, apretada o suelta, o sobre ese borde, recto o dentado, aparecen figuras de cosas y de personas, árboles, casas, montañas, playas, un río, un hombre, una mujer, un niño —todo en blanco y negro (quién sabe si los pintores los ven con sus propios amarillos, rojos, azules o verdes)—, y la mirada del hombre que piensa, esa mirada interna, las ve y no sabe si él mismo las ha sacado de alguna parte que ignora o si han aparecido de modo espontáneo, con una vida propia, independiente de la suya, con una fuerza propia que las empuja hacia arriba y después las lleva hacia abajo o hacia el lado, hasta que desaparecen. A veces hay alguien o algo, una idea, una sensación, una figura, una imagen, insistente: allí permanece o pasa y vuelve a salir de nuevo; persiste; es difícil desprenderse de ella: tiene una vida propia y también puede tener otra, que el hombre mismo le da, quizá sin quererlo, y aunque él quisiera desprenderse de esa figura o de esa idea y de lo que ella representa en relación con él mismo y consigo misma, no puede, por que ¿quién puede rechazar la imagen de aquello que ama o de aquello que le interesa de algún modo profundo? Cierto es que algunas personas logran hacerlo, pero es también cierto que algunas de esas personas pueden pasar algún tiempo o terminar sus días en un sanatorio de enfermedades nerviosas o mentales.

(Sin contar con el sueño, tejido que la máquina urde y teje por su cuenta aprovechando hilos que se desecharon, que fueron inadvertidos o que aparentemente se perdieron o utiliza figuras que no se dibujaron o se dibujaron a medias o se dibujaron mal, y las une como le da la gana o las proyecta como quiere, invierte o cambia las calidades de las personas y las personas mismas, en tanto que lo que estas personas deberían hacer es hecho por otras o es hecho al revés y a veces aparecen figuras de seres que ya murieron, María Luisa entre ellos, y se les ve vivos, realizando papeles inmóviles, con una expresión grave o triste en el pálido rostro: «¿A qué vienes? Creí que habías muerto. Estoy enamorado de otra mujer. No escribiste nunca». «No puedo pasar», dicen los lejanos ojos —hay algo que los separa—, o surgen, como salidos de una alcantarilla o de un sepulcro antiguo, formas monstruosas, reptantes o saltonas, grises, lúbricas, de poderosa fuerza o de aguda

penetración, indiferentes a las leyes de la gravedad y a las cuatro dimensiones, con leyes y dimensiones propias, y de todo lo cual es imposible huir: estamos sujetos a algo o no podemos gritar, nadie nos ayuda. El tejedor se ha dormido y la máquina trabaja a su libre albedrío y sin dominio de sí misma, impotente ante lo que crea).

En este caso, sin embargo, no se trata de eso: hay una obsesión. Sobre la tela, gruesa, permanece una figura de mujer.

Cansado de perseguirla, sin obtener, como siempre, nada que valga la pena, Aniceto saca el brazo derecho, lo dirige hacia la mesa de noche y hace que la mano busque ahí algo: el reloj, que trabaja, por su parte, en la oscuridad, sin obtener tampoco nada que valga la pena, y lo toma y lo mira y no ve nada; la habitación está muy oscura. Deja el reloj, tantea sobre el mármol hasta encontrar la lamparilla y aprieta el conmutador: son las ocho. Deja el reloj y apaga la luz. Ha visto que todo está igual: el ropero con su gran espejo, la puerta que da al baño, la que da al pasillo, un sofá, ropas, y toma un cigarrillo y los fósforos; para encender el cigarrillo, sin embargo, necesitaría sacar el otro brazo, y eso exige tiempo y reflexiones. Debería comprarse un encendedor automático, por lo menos para estos casos, pero cuando no se encuentra en casos como este se le olvida; además, no está seguro de que el encendedor automático sea infalible: se agota la bencina, se gasta la piedra, se acorta la mecha. En la habitación hace mucho frío y está desnudo bajo la ropa de la cama. Se decide y saca el otro brazo y enciende rápidamente el cigarrillo. Da una chupada, lo deja entre los labios y mete los brazos bajo la ropa. Tiene la nariz helada y siente la humillación de sentir frío. Pero eso no es todo.

Hay una mujer, otra mujer, acostada al lado suyo, una mujer que no se mueve; no es como la de la tela, que aparece, desaparece y vuelve a aparecer y no le deja nada; esta está inmóvil, tan inmóvil que parece dormida, aunque no duerme: con los ojos abiertos, helado el rostro, mira en la oscuridad, en tanto siente cómo trabaja su pensamiento. En su tejido está la imagen de Aniceto. Siente en su costado derecho la presión y el calor del cuerpo de él, así como Aniceto siente, en su flanco izquierdo, la presión y el calor del cuerpo de la mujer. Si abriera la mano, que en este momento está colocada más o menos a la altura de la cadera de ella, podría tocar su piel, una piel de flor grande y muy caliente, un calor excesivo, no

porque la mujer tenga fiebre sino porque la diferencia de temperatura que hay entre la que tiene el aire de la habitación y la que existe debajo de la ropa es muy grande. La mujer, sin embargo, y por lo menos en este instante, no quiere que él ni nadie la toque. Por lo demás, él la ha tocado, sí, hace unos momentos.

—¿Qué hora es? —pregunta ella, con un tono que indica su deseo de levantarse.

—Las ocho —contesta Aniceto, mientras toma la colilla y busca en la sombra un lugar en que arrojarla.

Las ocho de la noche. Es invierno.

—¿Por qué me hablas tanto de esa mujer? —ha preguntado ella—. ¿Qué tengo que ver con ella?

Sí, Aniceto se da cuenta, no siempre, de que a esta mujer le habla demasiado de la otra mujer. «No debo hablarle de este asunto. ¿Qué le importa a ella?». Es algo más fuerte que él y ese algo lo obliga a hacerlo, inesperadamente, casi con dolor, tal vez con vergüenza, como si admitiera que al contar a esta mujer lo que ocurre entre la otra mujer y él, pusiera al descubierto una debilidad suya, una como llaga que debiera esconder y que no esconde (como no la escondía aquel amigo que le contaba que tenía una enfermedad vergonzosa, preguntándole si no quería que le mostrase lo que le había salido).

A esta mujer, a la que está acostada junto a él, no le importa ni le interesa la otra mujer, no porque sea persona indiferente sino porque, en verdad, tiene bastante con lo suyo; y sabe qué le interesa y qué no le interesa, lo que debe hacer y lo que no debe hacer; lo sabe todo: jamás ningún hombre ni ninguna mujer se equivocará por culpa de ella; jamás dirá una cosa por otra; y el hombre o la mujer, aun el menos inteligente, o la más tonta, sabrá enseguida a qué atenerse. Es una mujer que no tiene ni siente necesidad de mentir o de disimular y además no le gusta, peor aún, no tiene por qué ni para qué disimular o decir una cosa por otra. Es una suerte una mujer así, pero ¿para quién es una suerte? ¿Quién aprovecha de ella? Únicamente ella y eso es una lástima. Hay hombres, sin embargo, a quienes les toca una mujer así y la encuentran insoportable; son seres que no dejan margen para nada, como una máquina de calcular: ningún error, todo está tomado en cuenta, todo cuadrado. ¿Qué se puede discutir? No tiene marido —supone

Aniceto— y parece que nunca lo ha tenido; no ha tenido —según Aniceto cree, ya que la mujer no le ha contado nada— sino amantes, aquí, allá, en varias partes, pues estuvo en el Ecuador o en el Perú y no sería raro que hubiese sido prostituta. Aniceto la conoció casi en esa condición. Se acostó con ella cuatro horas después de haberla conocido y sin hacer para ello el menor esfuerzo, luego de una comida con amigos suyos y con amigas de ella, personas que con mucha energía decidieron acostarse entre ellos, previa o no una estipulación de los honorarios a pagar, pues si es cierto que hay prostitutas que preguntan cuánto o dicen cuánto —si es que el hombre no alude directamente a ello y expone sus puntos de vista mientras calcula lo que lleva en la cartera—, es cierto también que hay otras que no preguntan nada, sin que ello signifique que no lo necesiten o que al final no lo pedirán o aun exigirán, ya que no solo de pan vive el hombre, y mucho menos la mujer, por lo menos ciertas mujeres, para quienes parece haber en el mundo menos pan que para otras. Esta mujer no le pidió nada, ni al principio ni después, y cuando él le preguntó, al marcharse, cuánto, ella, como si le hubiera preguntado a qué hora pasa Sirio por el meridiano de Santiago, no contestó. No se atrevió, por otra parte, a dejarle dinero sobre el velador, porque ¿cuánto dejarle y por qué dejarle si no se acostaron como cliente y prostituta sino como hombre y mujer? He ahí la dificultad. No podía, si tomaba en consideración el rango de la mujer, dejarle trescientos o cuatrocientos pesos; era muy poco y habría tenido que dejarle una suma mucho mayor, una suma que, por desgracia, no podía dejar. Por lo demás, si uno pide demasiado por algo, lo mejor es hablar con claridad desde el principio.

Esta mujer es propietaria de una casa de prostitución, mejor dicho, de una casa en que se ejerce la prostitución.

Se llama Flor.

—¿Por qué me hablas tanto de esa mujer?

Las ocho de la noche. Invierno.

III

Porque no solo murió María Luisa y desapareció la espada de plata y vino el tarro, sino que está dentro del tarro mismo. Es cierto que en su juventud, antes de unirse a Virginia, giró alrededor y hasta se asomó a sus bordes, pero nunca estuvo dentro. Siempre, por lo demás, aspiró a la espada de plata, esa espada de plata que Virginia pareció darle por algún tiempo, que después desapareció y que enseguida encontró, con toda su resplandeciente y ardorosa pureza, en María Luisa, para perderla también. Hay muchos seres que aspiran a ella y no la encuentran; otros que la hallan y la pierden, otros que, temerosos de su resplandor, la rehúyen, sin contar a los que la desprecian o no saben de ella; y toda esa gente, salvo la que por un motivo u otro se ve condenada a la perpetua hambre y a la perpetua soledad, recurre al tarro, es decir, a la prostitución, o al amor fácil, a la aventura. No pueden hacer otra cosa y hacen lo que pueden; hay que vivir, aunque sea con el tarro o dentro del tarro. Solo se salvan los impotentes, aunque mejor sería decir que se pierden. ¿No has visto, en las puertas falsas de algunos conventos a individuos que solo tienen, para recibir los restos de comida que se les da, un sucio y abollado tarro? ¿Has visto a alguno de esos seres, alguna vez, con una fuente de plata o una de porcelana de Sajonia o de China, siquiera con una de loza? Nunca, ¿verdad? ¿Y crees tú, por ventura, que ellos prefieren el tarro? No, pero no tienen más que el tarro. ¿Por qué no se buscan o se ganan una fuente de plata, de porcelana o de loza?, preguntarás tú, partidario de la libre empresa. Mira, tal vez la tuvieron y la perdieron, tal vez la buscaron y no la encontraron, tal vez nunca han oído hablar de ella, tal vez les guste más el tarro, quién sabe, tal vez, finalmente, ya no pueden buscarla ni ganarla. Y son tantos, aquellos y estos. Para el que alguna vez la tuvo en sus manos y en su corazón y gozó de su pureza y de su ardiente resplandor, es triste conformarse con el tarro, tan triste como para el que alguna vez

comió en un plato tener que hacerlo hoy en un tarro, y así como este puede encontrar un tarro en cualquier parte, tú puedes también hallar el tuyo en cualquiera otra, pero ¿dónde y cómo obtendrás lo que verdaderamente quieres? Ya no eres tan joven, tienes tres hijos y tu situación económica sigue siendo la de un jefe de corrección de pruebas. Aspiras siempre a la espada; entretanto, estás en el tarro, acostado con una mujer, enamorado de otra.

Pero Flor es una mujer amable, aunque no con todo el mundo, solo con algunas personas, con aquellas que le agradan o no le provocan molestias, muy pocas estas, en verdad, ya que es mucha la gente con quien tiene que ver, y toda esa gente, aunque no quiera molestarla, la molesta o puede molestarla. Según ha visto Aniceto, no es asunto fácil ser dueña de una casa de esa índole. Se requieren un carácter adecuado y muchas adecuadas condiciones. En primer lugar, sentido de la realidad y absoluta ineptitud para el ensueño. Una prostituta puede darse aún el lujo de ser soñadora; una regenta o patrona de lenocinio, no, y debe, necesariamente, ajustarse siempre a la verdad, aunque no de modo imprescindible a la justicia —si se le pregunta, por ejemplo, el precio de una habitación, de una botella de coñac, de una mujer, debe decir siempre el precio verdadero, aunque no el justo, ya que una cosa no implica la otra—. La justicia puede serle indiferente, como a tantas otras personas; la verdad, no, mucho menos la verdad en los precios y en las costumbres de la casa, en el horario, en los compromisos, en la higiene de las mujeres. Hay veces en que de pronto aparece algún pesado que sabe el verdadero precio de una mujer, de una habitación o de una botella de licor, y ella no puede exponerse a que la desmientan o a que le reprochen un pecado de avaricia o de inexactitud. ¿Cómo dejar margen al ensueño tratándose de hombres que vienen a acostarse con mujeres y de mujeres que esperan hombres para acostarse con ellos, previo o no un estipendio o compromiso? Cualquier partícula de ensueño provocaría una catástrofe.

Gracias a esa omisión esta mujer posee un pensamiento y un lenguaje claros, sin dobleces, sin falacias, sin tapujos: una herramienta. Tiene, además, un amante, él, Aniceto, que contribuye, sin que él lo sepa, a mantener limpia esa herramienta, alejando el ensueño.

La casa tiene varios dormitorios, casi es un puro dormitorio, cinco o seis, ocho o diez, y hay veces en que resultan pocos —es mucha la gente que necesita dormitorios—, todos amoblados con muebles de cierta ostentación, y, en consecuencia, de mal gusto, tapices de felpa, cortinas de reps, roperos de tres cuerpos, barnices demasiado claros o demasiado oscuros, imitación de algo, todo comprado a plazos. En las tardes, desde después de almuerzo y hasta las nueve o diez de la noche, llegan parejas y algunas de ellas se encierran allí a piedra y lodo, como si se dispusieran a resistir un sitio de varios días; otras están solo un momento, y ninguna ve los muebles, las alfombras, las cortinas, las cretonas, los barnices, las lámparas; no ve más que la cama y en ocasiones ni siquiera la ven; la sienten. Es una cama, por fin. Llegan asustados, uno primero, otra después, y tropiezan en las puertas y maldicen al chofer, que se ha quedado mirándolos, y también a la mujer que los recibe, no porque se demore en abrir la puerta sino porque cobra por anticipado, antes de entrar al dormitorio. Saca de nuevo la cartera. ¿Y no es mejor pagar a la salida? Es la costumbre de la casa, caballero. No tengo vuelto de un billete tan grande. Porque ¿quién sabe lo que puede ocurrir? Hay que contar con los nervios, los pudores y los arrepentimientos tardíos, y ¿cómo cobrar al que sale de carrera, al que llora, al que discute? La patrona, sentada en un sillón del saloncito interior, recibe el dinero y vigila e instruye a la sirvienta: «Se desocupó el dormitorio que da a la calle. Anda a arreglarlo… Tocaron el timbre. Mira quién es». Se sabe en qué momento llega una pareja, la hora justa; no se sabe en qué momento se irá. La sirvienta recoge lo que está en el suelo, las colillas, limpia el cenicero, hoy sí y mañana también cambia una sábana, arregla la cama, abre la ventana o deja abierta la puerta. Nada de lo que hace la molesta. Es casada o tiene un amante y sabe lo que es la vida, toda la vida, esta vida, la oculta, que es la peor; no se asombra de nada, ni siquiera de que algunas parejas no se acuerden de dejarle propina; si no le dan a la entrada, ya no le dan, excepto las conocidas, que dan siempre. Las que vienen por primera vez salen como llegaron, a escondidas, atropellándose.

—Están tocando el timbre, Inés.

—Voy, señora.

En la noche, después de las diez o más tarde aun, llegan las

prostitutas, no siempre las mismas, pues cambian de casa muy a menudo, salvo que esta casa, o la otra, tenga más suerte que las demás, cosa que ocurre, y si es así van todos los días, excepto si están enfermas. Se reúnen con la patrona en el saloncito y allí conversan, fuman, ríen, atentas a la llamada del teléfono. Siempre hay alguien que anda perdido en la noche, alguien que pide informes:

—Oye, ¿quiénes están ahí? Bueno, voy enseguida; no te vayas.

No se irán. Para eso han venido y no hay necesidad de decirles que esperen. Esperarán hasta que no quede ninguna esperanza, hasta que el último obsesionado o maníaco haya calmado su obsesión o su manía, por lo menos por esta noche. Cualquier cosa antes que volver a casa con las manos vacías, sin uno o varios de esos billetes, limpios a veces, sucios casi siempre, que muestran la efigie de un padre de la patria, patricio que interviene en toda clase de transacciones, sucias las más, limpias las menos, como los billetes. Algunas de las mujeres son muy bonitas y todas van bien vestidas; no viven allí, viven en otras partes, en algún cuarto o en alguna casa, con sus parientes, con su marido y algún hijo, pequeño aún, que dejan encargado a una sirvienta o a una hermana o vecina. Regresan al amanecer, cansadas, deshechas, borrachas a veces y en algunas de esas veces el niño está ya despierto. No pagan nada a la patrona y la patrona, a su vez, no tiene por qué pagarles nada. No hay conflicto entre los intereses, y la patrona, además, gana con la bebida (sin tomar en cuenta el precio de la pieza, claro está).

Se trata de una casa seria, bien organizada, con gente que sabe lo que quiere. Muy rara vez la gente piensa sobre lo que ocurre o hay a su alrededor; mira las cosas y los seres como si no fueran cosas ni seres, sino simples abstracciones, bultos que se mueven y que, en todo caso, no le interesan, salvo que sean suyos; están fuera de su emotividad y fuera de su pensamiento. Para significar que algo es desorganizado, bullicioso, se dice: «Es como una casa de putas». Error. Los desorganizados, los bulliciosos, son los asistentes a esas casas, promotores de la bulla y la desorganización, cosas todas, por otra parte, que no son más que aparentes y momentáneas; duran lo que dura la permanencia de los provocadores del bullicio y la desorganización. Detrás de esa apariencia hay un cerebro que vigila, que lleva las cuentas, que

apunta lo que se rompe, lo que se gasta, lo que se usa: recoge esas copas, cambia las sábanas, cochinas, por la porquería de dinero que pagan, limpia el bidet, el viejo se ha tomado dos whiskies, sí, el otro pidió una botella de coñac y parece que se la va a tomar él solo; la Julia ya se encamó, ¿cobraste la pieza?, no te olvides de darme la plata, después se nos arman enredos, también se encamó la Yolanda. Es un verbo un poco rudo, pero exacto: encamarse no es lo mismo qué acostarse, tú te acuestas, tú te encamas, te acuestas solo, te encamas con una mujer.

Sí. Los que dan que hacer, los que no comprenden, los que en ocasiones echan a perder la tranquilidad de la casa son los hombres y de muchas maneras: se embriagan y pelean, no por las mujeres, aunque también por ellas, sino por otros asuntos: la oficina, la política; a algunos se les ocurre enamorarse de las mujeres, ¿por qué?, sépalo Dios, si hay tantas otras, y las persiguen y discuten con ellas y hasta les pegan, y la mujer debe irse de la casa, ya que ninguna patrona, aunque no sea de esta índole, puede soportar que un hombre venga a su casa a pelear con una mujer por causas ajenas a la casa y a su función social: «Él sabía que era puta. ¿Qué quiere ahora? ¿Que no lo sea? Bueno, que se la lleve a su casa y le pague todo». «¿Qué estás diciendo? Si es casada; tiene un hijo y el marido la quiere mucho».

IV

Porque siempre, aun en las casas más serias, en aquellas casas en que todos sus habitantes saben lo que deben hacer y cómo hacerlo, salir a tal hora, llegar a tal otra, sentarse a la mesa a la una en punto para almorzar, a las nueve para comer, limpiarse los pies en los felpudos o en las esterillas cada vez que se entra a la casa y cada vez que se entra a cada pieza, no dejar las luces encendidas, el baño debe quedar seco, las puertas cerradas, el bidet limpio, el lavatorio sin pelos, la taza del excusado sin residuos de ninguna especie; en esas casas en que parece que tampoco hay margen alguno para el ensueño, en esas casas, como en todas, ocurren hechos, divertidos unos, tristes otros, aunque rara vez dramáticos. Aída es morena y tiene los ojos verdes o que parecen verdes; es menuda de cuerpo, graciosa, monona, dije, como dicen los chilenos, y no muy inteligente, aunque sí bastante viva; además, es muy joven. Tiene como amante regular a un oficial de ejército, joven oficial que no ignora que ella vive de la prostitución, lo sabe; esto de que lo sepa y no le importe sino a medias entra en el conjunto de hechos que pueden ocurrir en una casa seria como esta; va a buscarla a ciertas horas y a veces va a dejarla; la lleva al cinematógrafo, la convida en ocasiones a comer y quizá, un mes sí y otro no, le regalará un par de medias o dinero, no mucho, pues los oficiales de ese grado no tienen grandes sueldos y este, además, es de familia pobre y tiene que dar algo en su casa; no la ve todos los días, no puede. Tal vez si ganara un poco más la llevaría a vivir consigo; tampoco puede y ella y él se conforman con lo que pueden, que es lo que hace todo el mundo en todo orden de cosas.

Una noche, mientras Aída llama por teléfono en busca de una amiga, su oído recoge, como de pasada, un llamado de hombre:

—¡Aló!

Alguien está como perdido en el campo, un campo solitario y oscuro en el que, si se mueve, puede pasarle algo desagradable; está

próximo al grito:

—¡Aló!

Aída siente un poco de compasión:

—Aló —responde, para darle ánimos.

Quizá los alambres estén cruzados. Bueno, así dice la gente, aunque la gente no sepa de qué alambres se trata y en dónde se pueden cruzar. ¿Ha visto alguien, alguna vez, esos alambres, cruzados además?

—¡Aló! Florencia, buenas noches.

Aída comprende que si abandona al hombre, este caerá en la desesperación.

Le tiende otra tabla:

—Aló. Buenas noches.

Habla sin exclamativos; piensa que mientras lo entretiene con esos generosos alós, alguien puede aparecer y el solitario saldrá de aquel desierto.

El hombre vacila: esa no es la voz que espera, pero no puede molestarse por ello, mucho menos cuando responde con tanta gentileza, y habla:

—¿Qué tal? ¿Cómo está usted?

—Muy bien. Y usted, ¿qué hace?

El hombre, más tranquilo ya, se atreve a hacer un chiste:

—Aquí estoy: hablando por teléfono.

El chiste no da más que para una sonrisa, pero como por teléfono no se puede sonreír, Aída emite una risilla desabrida que anima al desconocido:

—¿Y usted?

—Aquí estoy, aburriéndome.

Aída contesta lo que primero se le ocurre. Es lo que hace la gente cuando las líneas se cruzan: El hombre, sin embargo, lo toma en serio.

—¿Por qué aburriéndose? ¿No tiene en qué entretenerse?

—No; tengo que estudiar.

—¡Ah! ¿Es estudiante?

—Hago como que estudio.

Es muy joven, sí, pero no estudia. Dos o tres años atrás fue seducida por un jovenzuelo que tal vez sin querer, como les sucede hasta a los viejos, la embarazó. La familia acordó arrojarla de la

casa. El padre, empleado inferior de ferrocarriles, no tenía gran imaginación y aceptó la medida, aunque con dolor, pero ¿qué hacer? Su casa estaba situada en la misma calle por donde pasa la línea férrea. Todo el personal ferroviario de la región sur habría podido ver cómo y durante meses, Aída, la hija de un compañero, engordaba primero y criaba después, sin tener marido conocido. Era un pueblo pequeño, en donde todo llega a ser familiar. Si hubiese sido posible ocultarlo, el padre no habría aceptado la medida, pero no lo era —¿Quién puede sujetarle la lengua a todo un pueblo?, ¿cambiarse de casa?, se habría sabido lo mismo—, y la muchacha, que fue colocada en la estación con un pequeño paquete de ropa, se vino a la capital. Ahorraron algo en el pasaje, ya que era hija de ferroviario. ¿Y ahora? Pretendió aprender costura. La aguja era muy delgada o muy pequeña y pinchaba los dedos al menor descuido. La prostitución la acogió. Entretanto, el jovenzuelo era enviado a una ciudad de más al sur, aunque demasiado tarde: el cambio habría sido oportuno tres meses antes. Su fruto, por otra parte, no prosperó.

—¿Y a quién llamaba?

—A una hermana con quien voy a comer todos los viernes.

—¿Se llama Florencia?

—Sí, Florencia.

—¿Está seguro de que es su hermana? ¿No será su amiga?

—No, por favor.

—¿O su señora?

—No tengo señora.

—¿No? ¿De veras?

—De veras: soy viudo.

Hay un silencio. La palabra viudo o viuda produce frío hasta cuando se dice por teléfono.

—Y usted, ¿a quién llamaba?

—A una tía. Quiero ir a almorzar mañana con ella.

—¿No le daría lo mismo almorzar con otra persona?

—¿Con quién, por ejemplo?

—¿Conmigo?

Para disculpar un poco su atrevimiento el hombre lanza una risilla sarcástica, como riéndose de sí mismo, y como ella, que continúa en su papel de joven estudiante, no contesta, él, prudente,

no insiste.

Al final de esa primera conversación, Aída le dio el número del teléfono y él la llama todos los días, a la misma hora, y hablan con largueza, tonterías, bromas, chistes, requiebros, pequeñas discusiones. No insistió él en convidarla a almorzar y ni siquiera, al principio, pretendió verla. Para él, ella —según ella misma le contó— era una muchacha provinciana, de un pueblo del sur, en el que residían sus padres, y estudiaba en Santiago y vivía en casa de una tía, señora seria que no le permitía casi ni asomarse a la calle: de la casa al liceo, del liceo a la casa. Él, según él mismo le contó, trabajaba en la Bolsa de Comercio, era viudo, sin hijos, y llevaba una vida más bien triste.

Un día él preguntó:

—¿Y en qué calle vive usted?

Aída se asustó.

—¿No pretenderá usted venir a verme? Ya le he dicho que mi tía es terrible.

Él la tranquilizó:

—No; cómo se le ocurre; no pretendo semejante cosa.

—¿Me lo promete?

—Prometido, por supuesto.

Le dijo cuál era la calle y cuál era el número. Él anotó todo. Días después ella le dijo:

—¿Sabe una cosa?

—¿Qué será?

—Me gustaría conocerlo.

—A mí también me gustaría, pero ¿cómo? Con esa tía que usted se gasta. ¿Tiene bigotes?

—¿Quién? ¿Yo?

—No, su tía.

—No sea insolente… Lo que quiero decir es que me gustaría conocerlo, sin conocerlo.

—No entiendo. Hábleme en castellano.

—Sí, más que conocerlo, verlo, así, de lejos, que no me hable usted ni que le hable yo.

Se llama Octavio y lleva un apellido corriente entre los corredores de la Bolsa y vendedores de frutos del país, un apellido con dos o tres erres, vasco, al parecer. Hablan durante largos ratos,

a veces con disgusto de las demás prostitutas, que necesitan el teléfono. Están enteradas del asunto y si cualquiera de ellas contesta por casualidad el llamado, procura seguir la broma.

—¿Está la señorita Aída?

—¿Quién la llama? —pregunta la prostituta con toda dulzura.

—Octavio, un amigo. ¿Con quién hablo?

Espera o teme que un día salga la parienta al teléfono y le diga cuatro frescas. Tiene suerte: la tía no aparece.

—Usted habla con una empleada, caballero. La señorita Aída salió con su tía.

Suelen agregar datos ridículos, que se les ocurren mientras hablan:

—Fue a la novena de la Virgen.

Por lo común ha ido al cine con su amante, el oficial.

V

—¿Por qué me hablas de esa mujer?

Sí, es cierto: ¿por qué habla a Flor de esa otra mujer? Le parece tonto disculparse y fuma y calla. Sus relaciones con Flor son confusas y quizá por ello le habla tanto de la otra mujer. Está convencido de que la falta de claridad en las relaciones humanas provoca innumerables malentendidos, disgustos, angustias. No puede, sin embargo, hacer nada por aclarar lo que debería ser aclarado. Flor, según él cree, no tiene amante, es decir, otro amante, y Aniceto, por su parte, no puede considerarse amante de ella. Es cierto que se acuestan regularmente, pero ese no es un signo de que sean amantes. Quizá ella necesita un hombre y acepta a Aniceto nada más que como tal, sin exigirle nada, ni dinero ni amor. Jamás se han dicho que se aman, ni siquiera que se quieren o algo parecido. Se acuestan porque pueden hacerlo y porque, a fin de cuentas, no es difícil hacerlo. Además, es cómodo: Flor no tiene marido ni hijos, en tanto que otras mujeres son, por lo general, casadas y tienen hijos y viven con sus maridos o con sus hijos y si no tienen marido ni hijos viven con sus padres, lo cual es siempre un engorro; carecen de libertad. Aniceto, como todo hombre normal, necesita mujer, no conscientemente, es decir, si se lo preguntaran y tuviera que contestar, tal vez contestaría que no, pero inconscientemente sí, la necesita, porque cuando ya hace algún tiempo que ha permanecido ausente de la mujer, de la mujer en sí, no de determinada mujer, de la mujer como hembra, siente, quizá como todos los hombres, que sus manos, sus labios, sus piernas, pero sobre todo sus manos —no sabe por qué sobre todo sus manos —, echan de menos algo, un roce, una temperatura, algo que solo produce o tiene la mujer, porque no es solo algo fisiológico, como el hambre de comida, no, eso es lo terrible, es también algo de la sensibilidad, de la superficial o de la profunda. Quizá si todo está unido, maldita sea, para su condenación y condenación de todo el

mundo, del hombre y de la mujer, porque yo puedo organizar el orden de mi mente, de mi inteligencia, de mis deseos conscientes, de mis recuerdos, a veces de mi memoria, ordenar y gobernar algo todo eso, disponer una cosa u otra, cerrar la puerta a algo, ignorar algo, pero ¿qué les puedo decir a mis manos, a mis labios, a mis piernas? ¿Soy acaso dueño por completo de mi cuerpo y conozco y puedo dominar aquellos puntos en donde todo eso brota? No; hay por ahí algo que llaman metabolismo y algo que llaman sistema nervioso independiente y algo que llaman reflejos y algo que llaman, peor aún, libido, y digo por ahí porque no tengo la más insignificante idea de dónde pueden estar, más aún, no sé cómo funcionan. Los albergo en mi cuerpo o ellos me albergan a mí y pueden hacer de mí lo que quieran, dejarme vivir o matarme.

Sus relaciones son, por cierto, las de dos seres que consideran con benevolencia sus mutuas condiciones, aquellas que les permiten sobrellevar o conllevar esas relaciones: en primer lugar, simpatía, o sea, cierta atracción, una atracción cualquiera o cualquiera atracción; enseguida, estimación por algo personal específico. ¿Qué puede ser ese algo específico? Él debe tener para Flor algún valor, ser inteligente, por ejemplo, no demasiado, pero sí más que el común de los hombres, quizá un poco más que el oficial de ejército, amante de Aída, o ser cariñoso en la cama, o ser limpio, o ser fino, educado, como se dice, algo, en fin, que no son o que no muestran los demás hombres, una cierta calidad de la piel en alguna parte del cuerpo, un cierto color, un mirar, una cierta sonrisa, una cierta ondulación del cabello —que puede que no sea ondulado—, una cierta entonación o sonido en el hablar y en la voz, cualquiera de esas tonterías que pueden encender no solo un sentimiento amoroso sino hasta una pasión, una fijación amorosa. Quizá lo considere también, en parte, como superior a ella, de otra condición, no social, ya que no la tiene, sí intelectual o emotiva, de más recursos mentales, de más sensibilidad, de más conocimiento del mundo, algo, en fin, que ella aprecie. Flor, por otra parte, también tendrá para él ciertas condiciones, algunas apreciables, físicas, sentimentales, puede que intelectuales, y así es, pues esta mujer, a pesar de su profesión, es, como mujer, no como dueña de una casa como aquella, un ser tranquilo, tratable, con cierta finura en los modales, limpio, agradable. Aniceto podría conseguirse otra amiga

y ella también podría conseguirse otro amigo, pero ambos se conforman, por lo menos por el momento, con aquella situación.

Lo malo es que él está enamorado de otra mujer y se olvida a menudo de guardarle a esta ciertas consideraciones, evitando hablarle de la otra mujer. Es una estupidez, lo reconoce, pero a veces no puede remediarlo.

Después de Cecilia, y durante este tiempo, ha conocido a muchas más mujeres que las que creyó nunca conocer. Antes las veía de lejos, ahora está entre ellas, como tantos otros hombres, y hace lo que hacen tantos otros hombres. Algunas de esas mujeres, y algunos de esos hombres, no conocen más que el tarro y casi lo prefieren. Otras, y otros, han tenido un gran amor y ya no lo tienen y quisieran tenerlo de nuevo, pero como no es fácil hallarlo y como, por otra parte, no se resignan, en tanto aparece el gran amor, a la abstinencia y a la soledad, aceptan y a veces buscan el pequeño amor, el rápido amor, que aparece de súbito y desaparece súbitamente, aunque a veces, como por milagro, permanece, a veces un largo tiempo, ¿quién lo sabe? No es raro que el tarro se convierta en espada, así como no lo es que la espada se convierta en tarro.

VI

El hombre de la Bolsa de Comercio aceptó darse a conocer, sin conocer él. Aída fijó la hora, una hora en que él debería aparecer en la esquina, vestido con traje gris y corbata verde. Un paquetito hecho con papel blanco debería colgar de su mano izquierda. Así sería reconocido. Todo fue indicado por él. Ella lo miraría por entre los visillos, ya que su tía se negaba a dejarla abrir la ventana.

A esa hora, acompañada por otra prostituta y por Flor, Aída miró por entre los visillos: un hombre más bien alto, un poco cargado de espaldas y de triste expresión en la delgada cara, vestido con un traje gris de buen corte, adornado con una corbata verde y con un paquetito hecho con papel blanco en la mano izquierda, apareció en la esquina. Podría tener sesenta años, que no son muchos para ciertos hombres, pero que para él parecían ser ya bastantes, por lo menos mirado desde esa distancia. Su cuerpo había perdido gallardía y belleza, si alguna vez las tuvo. Por detrás, sobre todo, aparecía viejo; las caderas eran demasiado estrechas y descarnadas las nalgas. Llevaba, además, un sombrero gris que parecía llegarle hasta el cuello. Quizá era un poco calvo o tal vez tenía el prejuicio del sombrero, más agudo en aquellos individuos que estiman que sin sombrero se verían peor que con él. Aída sintió terrible amargura y la prostituta rio hasta descomponerse. Flor, sin saber si reír o llorar, se retiró. El hombre estuvo allí cerca de un cuarto de hora, colocándose tan pronto de frente como de perfil o de espaldas. Por fin, y como no tenía más lados, se fue, tras echar codiciosa mirada hacia la casa que tenía el número que él conocía y que estaba casi enfrente de la esquina en que estuvo detenido. En la noche llamó:

—Buenas noches, Aída. ¿Me vio esta tarde?

—Es claro; lo vi.

—¿Qué tal le parecí? Buen mozo, ¿eh?

—Muy buen mozo y muy elegante.

Sentía deseos de llorar. Había cobrado gran simpatía por aquel hombre, sentimiento al que se agregaba ahora el de lástima, una lástima teñida de ternura. Alguien pensaba en ella y ese alguien no la conocía. No tenía interés en conocerlo personalmente, es decir, en hablar con él y acostarse luego con él, cosa que de seguro habría terminado por suceder. Se acostaba con muchos hombres y le agradaba pensar, tal vez a causa de eso, que existía uno con quien podía elegir si acostarse o no. Se sentía arrepentida de haber inventado todo aquello: quizá si el hombre, a pesar de su edad, se había forjado algunas ilusiones; eso le dolía. Tenía conciencia de su condición y le parecía atroz que alguien, sobre todo ese hombre —mucho más ahora, que lo conocía—, se hiciera ilusiones sobre ella o con ella. No tenían otra relación que la telefónica, pero aquella llamada diaria, aquel preocuparse ese hombre por ella, su deseo de serle amable, gratuitamente, había traído una parte de la simpatía con que lo consideraba, una simpatía que no deseaba que terminase. Una noche consultó a Aniceto:

—Aconséjame. ¿Qué hago con este hombre?

Aniceto le dijo:

—¿Por qué no te vas a tu pueblo?

—¿A mi casa? ¿Estás loco? Me echarían a patadas.

—No me has entendido. Le dices que te vas a pasar las vacaciones y que no te llame hasta que tú le avises. Te quedas aquí y entretanto puede que él te olvide y no llame más.

El plan no gustó a Aída. Tenía, en el fondo, otras intenciones, aunque no se las confesase ni a ella misma: quería conocer al hombre. No tuvo tiempo para buscar otro ardid. Una noche, mientras Octavio salía de su club, después de comida, en dirección a su departamento, oyó que alguien, de entre un grupo de hombres, dictaba a otro un número de teléfono. Se detuvo: le pareció que él conocía ese número o uno muy parecido. El hombre lo repitió. El que lo marcaba estaba un poco excitado; tal vez había bebido unas copas y no lo retenía bien. Sí, era el mismo número del teléfono de su amiga.

—Pregunta si está la Sonia.

El hombre llamó y a juzgar por la expresión de su rostro al recibir la respuesta, Sonia no estaba, y quizá si él quería a Sonia y no a otra mujer. El hombre, joven, colorado, soltó el auricular, de

mal humor. Octavio, que lo conocía, se acercó:

—Oye —le dijo—, ¿qué número marcaste?

El hombre joven repitió el número dictado un momento antes.

—¿Estás seguro de no equivocarte?

—Creo que no; marqué el que me dijeron.

Y llamó a su amigo:

—Pedro: ¿no fue ese el número que me dictaste?

Y lo repitió.

—El mismo.

—Ya lo ves; es el mismo… ¿Por qué me lo preguntas?

—No sé; me sonó el número.

El joven colorado explicó:

—Es el de una casa de putas; la casa de Flor Cedrón.

Octavio balbuceó:

—¿Una casa de putas?

—Sí; los muchachos van siempre para allá.

Octavio sintió que algo le desgarraba las entrañas, un arma o un veneno. Bajó a la portería, pidió la guía de teléfonos y buscó: Cedrón, Flor. Sí, era el mismo número. No supo qué hacer: pensó en llamar de inmediato, preguntar por Aída, gritarle que era una puta y colgar el auricular; pensó también en ir allá, presentarse ante ella e injuriarla y quizá pegarle; pensó, finalmente, en llorar y en matarse. Todo, sin embargo, le pareció inadecuado, tan grandes eran su quebranto y su desorientación. Se fue y pasó una espantosa noche, con las nalgas más flacas que nunca, dándose vueltas y revueltas en la cama, sentándose, levantándose, fumando e imaginando mil actitudes, tan pronto que abofeteaba a la muchacha como que la besaba, la desnudaba, le arrojaba encima un jarro de agua o la echaba a la calle. ¿Por qué lo había engañado de ese modo? No tenía grandes ilusiones, esas ilusiones que un hombre más joven que él podía tener. Sentía por la muchacha —como él había creído que era— un cariño un poco o un mucho paternal, un poco turbio a veces, aunque sin un sentido sexual claro, sin ninguna urgencia que no fuese puramente afectiva. Le gustaba hablar con ella, oír sus ingenuidades (¡sus ingenuidades, Dios mío!), aconsejarla en los pequeños problemas que ella inventaba y contarle también algunos de sus problemas, los más sencillos, los menos graves, pues no se atrevía a más. Le habría gustado

conocerla, ayudarla, pedirle que se confiara en él —soy un hombre serio; viejo, además—, hacerle regalitos; y resultaba que no había tal muchacha ni tal estudiante, sino solo una prostituta, una… (no le gustaba pronunciar esa palabra), una mujer con quien sus amigos y conocidos del club podían acostarse, sin más que ir allá, preguntar por ella y pagarle. Muchos de ellos, quién sabe cuántos, lo habrían hecho ya.

No la llamó al día siguiente y Aída, extrañada, esperó en vano. Él no le había dado el número de su teléfono; no se lo había pedido. Llamó al día subsiguiente, casi tranquilo, por lo menos mucho más tranquilo y resignado. Ansioso, además, por saber qué reacción tendría ella.

—¡Aló! ¿Aída?

—Sí, yo soy. ¿Qué le pasó ayer?

La voz de ella sonó como siempre, clara, afectuosa. Hubo un silencio. El hombre no podía sacar su voz. Hizo un esfuerzo y dijo, como a tropezones:

—Aída… Lo he sabido todo.

Aída sintió que algo se le encogía, la lengua, el corazón o el estómago. Lo único que él podía saber de ella era su condición; si decía saberlo todo, era eso. Podía también ser una broma. Procuró aparentar jovialidad y preguntó:

—¿Sí? ¿Y qué es lo que sabe?

La respuesta vino, inequívoca:

—Sé qué hace usted y en qué casa está.

Ella calló. Era eso. No podía negárselo y le molestaba que lo supiera y se lo dijera. Sospechó que se lo iba a reprochar y eso la irritó. Respondió, arrogante:

—Bueno. ¿Y qué?

La respuesta no fue la que esperaba, la que hubiera dado otro hombre, una respuesta construida con palabras violentas. Octavio dijo:

—Yo debería terminar con esto, pero no puedo.

Calló. Quizá, de nuevo, no podía hablar. Salió a flote, sin embargo, y agregó:

—Ahora ya no puede usted excusarse con su tía. Quiero conocerla.

Pero Aída, una prostituta a quien se le acababa de decir que era

una prostituta, dijo, arrogante, herida:

—¿Para qué, si sabe qué soy y qué hago?

Octavio volvió a callar. Daba la impresión de que estaba por allá, como perdido, o por acá, sumergido debajo de algo que amenazaba ahogarlo.

—No sé —dijo, después de un angustioso momento, reapareciendo o vuelto a la superficie—; no sé, pero, por favor, no me hable así.

Calló de nuevo. Tartamudeó después:

—La quería mucho antes de saberlo. Ahora siento que la quiero más. Pero no puedo hablar por teléfono. Dígame si puedo verla ahora u otro día. Si me dice que no, no insistiré.

Ella fue la que sintió ahora que algo la arrastraba hacia abajo, inundándola o sumergiéndola en una onda áspera y tierna a la vez. La voz de aquel hombre, las palabras de aquel hombre; los sentimientos que se transparentaban en ella, le producían extrañeza, atrayéndola. Luchó durante unos segundos. ¿Qué ocurriría?

Lo ignoraba, aunque podía sospecharlo; pero no había por qué tener miedo y ahora que él lo sabía todo le daba lo mismo que ocurriera esto o que ocurriera lo otro. Estaba preparada para todo. Era, por un lado, una prostituta; por otro, una mujer.

—¿Cuándo quiere verme?

Octavio respondió, más entero ya:

—Ahora mismo. Si me dice que sí dentro de un cuarto de hora estaré con un automóvil frente a la puerta de su casa.

Aída contestó:

—Bueno, venga; lo espero.

Contó lo que pasaba a las mujeres que estaban ahí y las mujeres rieron a morir y dijeron toda clase de disparates, imaginando si él se sacaría la dentadura postiza para besarla, si usaría calzoncillos largos, con cintitas, si tendría muchos pelos en las piernas y qué clase de hábitos amorosos, porque a esa edad se les ocurren muchas cosas. Fíjate que una vez me pasó una muy buena con un viejo, quería que yo…; pero Aída, aunque sonreía, estaba desazonada. Se arregló y esperó, mirando por entre los visillos. Un rato después un automóvil se detuvo frente a la puerta, en el centro de la calzada. Octavio bajó y se colocó junto a la portezuela; miraba hacia la casa.

Aída salió y avanzó. Octavio reprimió un sollozo: era tal como se la había imaginado en tanto hablaba con ella por teléfono y en tanto pensaba en ella durante tantos días y noches: delgada, morena, menuda, de ojos verdes. Parecía una niña y era una prostituta. Logró retenerse y no pudo responder cuando ella, sonriente, lo saludó:

—Buenas tardes, Octavio.

Mudo, saludó con el sombrero y abrió la puerta del automóvil; ella entró. Él entró también, se sentó y dio una dirección al chofer. Era casi la hora de comida. Un largo crepúsculo moría tras los cerros de la cordillera de la costa. Diciembre en Santiago.

VII

A Aniceto le sucedió casi lo mismo: empezó con una comida, aunque sin conocimiento telefónico previo. Unos amigos organizaron aquello y lo invitaron. Aceptó. Se trataba de salir cada uno con una mujer, comer por ahí, bailar y enseguida lo que sucediera, cosa que estaba más o menos prevista. Se aparejaron ellos primero, eligiendo las mujeres, y como no había suficientes a mano, invitaron para él a la dueña de casa. No pudo elegir y tampoco le importó; no tenía propósito alguno. Después de comer en un restaurante hubo baile en alguna parte o estuvieron en algún espectáculo de variedades, mediocre de seguro —el asunto era pasar el tiempo y llegar a aquel momento—, y finalmente se fueron hacia la casa, apretujados todos en un gran automóvil, revueltos hombres y mujeres, bromeando aquellos y gritando estas cuando los varones, ya enardecidos, las manoseaban con brusquedad. No tenía gran entusiasmo —iba a lo que saliera— y eso a pesar de que era viudo; los más entusiastas eran sus amigos, casados todos, que desaparecieron con las mujeres al llegar a la casa.

Sin saber cómo, mejor dicho, no recuerda cómo, se encontró en la pieza de Flor, en su dormitorio, a donde ella tal vez lo llevó, ya que en esta casa no hay, fuera del saloncito, otro lugar en que se pueda estar con comodidad. El saloncito es incómodo, quizá si a propósito. Mejor es, para todo, un dormitorio. Hacía calor y pidió permiso para sacarse la chaqueta, tendiéndose enseguida sobre la cama, un poco atravesado (las sillas son también incómodas, y ¿quién va a elegir una silla si hay una cama?). Ella se sentó también en la cama, no cerca, sino retirada. Hubo un incidente gracioso. Una de las mujeres de la comparsa no era prostituta; era la querida de un italiano alto, delgado, moreno, de grandes y negros ojos, muy despierto (Aniceto lo conoció después). Aniceto no sabe si esa mujer —la del italiano— es soltera, casada, viuda, si ha sido prostituta, si no lo ha sido, si lo es, pero el italiano, que le da dinero, no quiere

saber nada con la prostitución; es celoso, padece de «la celosía», dice ella, aunque aún no se decide a llevársela de aquella casa, en donde ella, en el desempeño de funciones de ayudante o de subpatrona, gana en parte o en todo su vida. Aniceto no está seguro de que esta mujer sea o no parienta de Flor, a pesar de que ellas parecen considerarse así. Bueno, esto no tiene importancia. Por lo demás, en aquella casa, en la que no ocurren sino vulgares acontecimientos, suceden pequeños hechos, curiosos y dignos de consideración. Varias de las mujeres que Aniceto conoce allí abandonan de pronto la profesión y desaparecen, convertidas en queridas o amantes o esposas de diferentes individuos, modestos empleados algunos, comerciantes otros, señores dueños de haciendas o gerentes de grandes industrias, quienes las llevan, unos, a vivir a estrechas habitaciones, y otros, a casas, a departamentos o a mansiones patronales campesinas. Ignora qué destino corren, si duran mucho tiempo en su nueva condición o si duran poco, saciada ya la curiosidad o el deseo del empleado, del comerciante, del patrón o del gerente. Sabe, sí, que entre aquellas mujeres aparecen algunas extraordinarias, sobre todo una, alta, delgada, muy hermosa, vestida siempre con trajes negros, algunos de noche, que pareció llegar como si se hubiera equivocado de casa, que acudió durante unos meses, que habló muy poco con las demás y que se retiró por fin en un automóvil particular y de gran lujo, un Cadillac de seguro, sin que nadie supiera hacia dónde, si volvía a su chalet de los barrios altos, a las casas señoriales de una parte del barrio céntrico de la ciudad, o si, sencillamente, marchaba a Europa.

El italiano vigilaba y la mujer tenía miedo. El amigo de Aniceto, ignorante de la existencia del hijo de Turín, creyó que las peras caerían de maduras, y tenía derecho a creerlo; no obstante, llegado el momento, la mujer, quizá para ganar tiempo, le exigió preservativo. El hombre puso cara de asombro. No tenía. ¿Quién va a llevar preservativos a una casa de prostitución? Únicamente los maníacos de la asepsia. Sabía, por lo demás, que las mujeres de esa casa eran de confianza, no dejaban recuerdos, secuelas, aunque, a pesar de esa seguridad, los casados pasaban después sus ocho días de aprensión sin atreverse a tocar a sus mujeres.

El amigo apareció en el cuarto en que Aniceto, tendido en la

cama, fumaba y conversaba con Flor.

—Oye —le dijo—: ¿tienes un preservativo que me prestes?

Si le hubiera pedido que le prestara una bicicleta no se habría sorprendido tanto.

—¿Para qué diablos lo quieres?

El amigo sonrió torcidamente.

—La Eloísa…

Se veía contrariado. Aniceto buscó en sus bolsillos y le alargó uno.

—Toma. Que te aproveche.

El hombre, rabioso, aunque esperanzado, desapareció en la oscuridad. Flor reía.

—¿De qué se ríe?

—Su amigo se va a chasquear. La Eloísa no se acostará con él.

—¿Por qué, entonces, salió con él?

La mujer replicó, incómoda:

—Salió con nosotros, y no se comprometió, al salir, a acostarse con nadie. ¿Y por qué es necesario que lo haga? ¿No pueden, un hombre y una mujer, salir juntos, comer, bailar, y después irse cada uno para su casa? ¿Es imprescindible que se acuesten juntos?

Flor tiene razón. No considera todo como podría creerse que debe considerarlo una dueña de casa de prostitución. En verdad, no es imprescindible, pero el amigo estima que sí lo es: toda mujer es para él, en principio, alguien con quien puede y quizá debe acostarse. Reanudan la charla. El amigo volvió, triste ahora. Se sentó y suspiró. Se había sacado la chaqueta.

—¿Qué te pasa ahora?

—No puedo encontrar a Eloísa.

—¿Qué se hizo?

Respondió con un gesto vago; parecía escéptico.

—No sé. Me dijo que la esperara un momento. Hace media hora que se fue y no ha vuelto.

Flor rio de buena gana. El hombre, entre amoscado y melancólico, le dijo:

—Sí, usted se ríe… ¿Adónde habrá ido? He recorrido toda la casa. La casa es grande y tiene, en el fondo, un patio en donde parece vivir alguien conocido solo por la dueña de casa y las sirvientas, tal vez alguna abuela muy vieja o un hombre inválido. El

amigo se fue de nuevo en busca de Eloísa. Al retirarse Aniceto, encontró a su amigo en el salón, solo, fumando, los ojos rojos, el cuello desabrochado, transpirando, vencido por el invisible italiano de ojos negros.

—¿Cómo te fue?

—Bien.

—La suerte de algunos…

—¿Y los demás?

El hombre se alzó de hombros. Salieron. Afuera el amigo se recuperó e hizo bromas con lo ocurrido.

—Ahora tendré que desquitarme con la señora.

Aniceto tuvo esa noche su primera aproximación con Flor, una primera aproximación impuesta tal vez por las circunstancias o tal vez determinada por esa común convención que reza que si uno está con una mujer en una pieza, sin temor a nada y además con una cama al alcance, debe tener relaciones con ella, allí mismo, en ese momento. ¿Por qué? No se sabe. Siempre es agradable, por supuesto, hacerlo, pero también sería agradable, en muchas ocasiones, no hacerlo, no hacerlo porque uno no quiere, porque no tiene ganas o porque quiere hacer lo contrario de lo que mandan las convenciones. ¿Qué origen tiene ese convencionalismo? De seguro nace del concepto que el hombre tiene de lo que es ser hombre y del temor de que la mujer que está con él, que también tiene sus ideas sobre los hombres, llegue a pensar que él no lo es bastante. La vida sentimental, y aun la sexual, está atravesada, en todo su territorio, por decenas de pequeñas estupideces. No tenía, aquella noche, deseos; no estaba enamorado de la mujer y la mujer no lo estaba de él; se conocían solo desde tres horas antes.

Estaban tendidos en el lecho, a oscuras, vestidos, sin tocarse, y hablaban de muchas y vagas cosas, de las últimas películas —«¿Ha visto *Cumbres Borrascosas*?», «Todavía no»—. En tanto hablaban pensaba él en la otra mujer; siempre piensa en ella. La casa estaba sumergida en la oscuridad y era agradable permanecer allí, en camisa, conversando, sin un propósito determinado, en espera de la hora en que el deseo de dormir apareciese para uno o para otro y tuviera que levantarse e irse. Pero Flor dijo, de pronto:

—Me voy a acostar.

Aniceto tuvo un sobresalto, como si de pronto alguien,

desconocido, hubiese entrado al dormitorio con un propósito también desconocido o como si algo que se esperaba ocurriera dentro de algún tiempo fuese a suceder ahora mismo, una pequeña angustia, no porque aquella expectativa le produjera excitación sino porque, al contrario, lo deprimía. Sospechó que también tendría que acostarse, aunque no tenía ganas de hacerlo, por lo menos allí; mucho más le agradaría irse a acostar a su casa, solo. Flor se desnudó en la oscuridad, se puso una camisa que sacó de alguna parte y se fue al baño, en donde permaneció largo rato; se lavaba, seguramente en honor de Aniceto. ¿Por qué aquel deseo de acostarse, ella, que momentos antes había declarado que no siempre es indispensable hacerlo? Vaya uno a saber lo que le ocurre a otra persona, el modo cómo se forma ese deseo o aquella gana o lo que sea. Se conversa, se ríe, se fuma, indiferentemente. De pronto salta: ¿por qué no? Ya está ahí y a ese «por qué no» se agregan enseguida muchas razones que no existían segundos antes, y todo forma, al fin, una decisión, ¿por qué no?, siempre, es claro, que uno tenga la facilidad de hacerlo, porque no todos los que se preguntan ¿por qué no? Pueden hacerlo, aunque darían cualquier cosa por ello. Oyendo cómo el agua salía de las llaves y cómo desaparecía en los sumideros de los artefactos higiénicos, su depresión aumentó y pensó en marcharse. No tuvo, sin embargo, el suficiente valor para hacerlo. Ya era tarde, por lo demás, y esperó. La mujer volvió, le rogó que se levantara un poco para abrir la cama, y él lo hizo, cortésmente. Luego, una vez acostada la mujer, se sentó de nuevo en la cama, ahora sin acostarse en ella, y encendió otro cigarrillo. Aquello le parecía difícil, es decir, difícil mentalmente, pues en Aniceto todo aquello y muchas otras cosas más tienen una doble repercusión, mental por un lado, sensible por el otro, repercusión que lo lleva, aquí, a la realización del hecho; allá, al rechazo de esa realización; quiero hacer esto, no quiero hacerlo, ¿por qué lo he de hacer si no tengo deseos de hacerlo?, y cuando no tengo hambre, ¿debo comer a la fuerza?; no, ya no soy un niño ni alguien de quien se pueda disponer o a quien se pueda ordenar que haga esto o lo otro. Si se hubiese tratado de su amigo, las cosas pasarían de otro modo, no le quepa duda: su amigo habría tomado la iniciativa mucho antes de que la mujer hubiera resuelto nada, mucho antes de que ella se hubiese preguntado ¿por qué no? No habría permitido

intervención mental alguna de la mujer, voluntaria o involuntaria. Aniceto, por su parte, no había pensado en tomarla y si lo hubiese pensado habría esperado el momento en que tomarla no pareciese tan brusco para ella ni resultara tampoco brusco para él. Su amigo, no: siente, ya que para él no es un acto reflexivo, que no hay en ello nada de brusco o que la brusquedad forma parte de todo aquello, una brusquedad mental y una brusquedad fisiológica; no hay división ni separación entre ambos factores. ¿Para qué pensarlo tanto, para qué esperar? Claro es que Aniceto no puede reprochar nada a su amigo ni reprochar nada a nadie, en esos asuntos, se entiende. Tengo que vivir de acuerdo con lo mío, no de acuerdo con lo tuyo. Todo ello es muy difícil y quizá la mujer se daba cuenta de que así era y por eso hacía lo posible por facilitar las cosas, porque en esas ocasiones siempre hay alguien que trabaja para el otro, algunas veces la mujer, que tiene también su iniciativa; otras veces el hombre, que muy rara vez es, como Aniceto, indeciso y reflexivo. Pero la verdad es que todo esto no se puede explicar de una vez y mucho menos se puede comprender de una vez. A veces hay que dejar pasar años. Es necesario decirlo todo, aunque de a poco, pensando primero cada uno de esos pocos, dando un dato, luego otro y no todos del mismo carácter, sino diferentes, que haya espacio y luz entre ellos para que puedan verse y distinguirse, pues hay mucha confusión en el conjunto, como quien al estudiar algo esencial toma en cuenta lo que lo rodea, lo que algo tiene que ver con ello y además lo que lo rodeaba antes o lo rodeará después y lo que tenía que ver con ello hace tiempo o tendrá que verlo dentro de otro tiempo.

En la posesión amorosa humana hay siempre o debería haber algo previo, no solo algo sino a veces mucho, no solo en tiempo, sino también en pensamiento, en sentimiento; hay un deseo, una esperanza, aunque es dudoso que un deseo llegue a ser una esperanza, ya que la esperanza es algo más bien específicamente puro, aunque se espere algo no mentalmente ni concretamente puro; hay también, cuando el hecho va a ocurrir, una alegría, a veces una angustia, quizá surgida del presentimiento de la próxima realización de algo esperado o deseado durante largo tiempo, todo lo cual disimula en cierto modo lo que ocurre u ocurrirá, que no es solo un hecho material sino también de otra índole, sensible,

inteligente a veces, sensibilidad e inteligencia que suavizan lo que ocurre, lo que va a ocurrir. Porque si no existiera eso previo, si eso previo no tuviese valor, muchas mujeres no se negarían a ser violadas o poseídas en cualquier momento, así como las vacas y las perras no se niegan a ser cubiertas. Las mujeres, aun las prostitutas, aborrecen tener relaciones con borrachos. ¿Por qué? No es seguro, pero se supone que en las relaciones con un borracho no hay inteligencia ni sensibilidad, sensibilidad en el sentido de tacto, de finura, inteligencia en el sentido de que se sabe lo que se hace, todo lo cual da a lo que ocurre un ingrediente que está de más cuando se trata de perras o de vacas. En aquel momento no había habido nada previo, ni deseo anterior ni presente, ni esperanza ni alegría. Se trataba de un hecho simple: una mujer está en una cama, desnuda, bueno, en camisa, qué más da, una camisa muy transparente, y no se negará a aceptarlo, más aún, espera que él acepte; de otro modo no se habría acostado delante de él y a su lado. Quizá si a ella no le importa la falta de deseo previo, de esperanza previa; hay gente que no cree en la esperanza, y hay otra, peor aún, que no cree en la alegría, así como hay otra que no cree en la música. Aniceto no se decidía. ¿Podría irse? ¿Estaría a tiempo? Durante un segundo o una fracción de segundo pensó que sería una magnífica broma o una estúpida demostración de independencia irse, irse con toda naturalidad. «Buenas noches». Y si Flor preguntaba: «¿Se va?», así, con extrañeza o despecho, él podría contestar: «Sí, ya es tarde; no quiero molestarla. Usted tendrá sueño». Ella se callaría durante un instante y luego: «¿No quiere quedarse?», diría, con una voz especial, y él, con una voz también especial, contestaría: «No, muchas gracias», cortésmente y con desenvoltura, como quien rehúsa una invitación a almorzar. Pero, diablos, ya no podía hacerlo; habría sido una grosería, una falta de educación.

Ya no recuerda cómo ocurrió, sin duda como ocurren siempre esas aproximaciones, y se acostó con ella, con un poco de temor, claro está, no por que temiera algo concreto, sino temor a lo desconocido y a lo imprevisto que puede encontrarse en una criatura con quien, de pronto, tenemos que entrar en intimidad, a lo que podrá resultar de ello, en primer lugar, y después a cómo será como ser amoroso, es decir, sexual, ya que no se trataba de amor, si fría, si brusca, si demasiado ardiente, o si tendría algún olor en la

boca, en la nariz, en las axilas o en otra cualquiera parte del cuerpo. Las dichosas o malditas glándulas dan a veces sorpresas tan desagradables. Otros hombres no piensan en esas cosas; pero Aniceto no puede dejar de pensar en ellas.

Por fortuna, la mujer no tenía nada desagradable; al contrario: era agradable y suave y cariñosa y hasta un poco apasionada, claro está que con una pasión creada en ese instante, una pasión sin espera, sin alegría, que murió en cuanto se separaron, pero que volvió a crearse en otras noches, al acostarse de nuevo juntos, y que moría de nuevo cuando Aniceto, en aquellas otras noches, se levantaba para irse.

VIII

(Sigues con tu historia. Te he dicho que no pienses más y que te acuestes con ella. No quieres. «No estoy seguro de que me quiera». ¿Qué importa? Si tienes ganas de acostarte con ella y ella te da facilidades, ¿qué más quieres? Conmigo te acostaste sin preguntarme nada. Ni tenías muchas ganas. Lo hiciste porque conmigo no tenías problemas. Con ella, en cambio, todo se te hace complicado. Yo no te pregunté nada, si me querías, si no me querías. Me acosté contigo porque tenía deseos de hacerlo. Tampoco te pedí dinero; me lo ofreciste y no te contesté. Si me hubieras pagado no habrías vuelto. No sé qué pensarás de mí y no creo que valga la pena averiguarlo. Nunca me has preguntado nada. Sospechas que he sido puta. Solo las putas se acuestan con un hombre con tanta facilidad.

Sí, he sido puta y tengo costumbre de acostarme con hombres. Otras mujeres tienen la de no acostarse. Esa es más difícil de soportar. No tengo miedo a los hombres sino cuando están enamorados. Entonces son peligrosos. Te gustaría saber cosas de mí. Después las contarías, así como ahora cuentas otras. He tenido marido y además de marido he tenido otros hombres, muchos hombres. Ninguno se quedó conmigo… Te gustaría saber que soy del sur y que me vine muy joven a Santiago, a trabajar en fábricas y en tiendas, que un día fui a una compañía de revistas y que se me ocurrió ser artista. ¿Por qué? No tengo voz y no sabía bailar. Pero quería salir de las fábricas, de las fuentes de soda, de las tiendas. Una amiga me acompañó. Me probaron. Póngase este traje de baño, muévase un poco. Tiene las piernas gordas y se mueve como una vaquillona, dijo el director de escena. Me pidieron que cantara y en cuanto abrí la boca me hicieron callar. Era joven y no muy fea, pero el cuerpo no me acompañaba. Podía acompañarme para otras cosas. El pianista lo descubrió y quiso aprovecharlo. Siempre hay alguien que ve y sabe más que los otros. No todos son como tú. Me hizo

tomar. El director de escena le preguntó que para qué diablos podía servir. El pianista, que era el hombre que llevaba la batuta, le dijo: «Tómala; servirá para algo». Me contrataron con un sueldo miserable. Lo acepté. Sabía que el contrato era cosa del pianista, pero no me importó saberlo. Si quería algo conmigo tendría que pagarlo bien. ¿Qué podía hacerme? Lo sabía todo y no tenía miedo a nada. No había tenido trato con hombres, pero mis hermanas, todas mayores que yo, me lo habían contado todo, y la que vivía conmigo me lo seguía contando. El marido era hombre corrido: boxeador, contrabandista, chofer de taxímetro, policía, vendedor viajero, ferroviario, empleado municipal, y había estado en la guerra del Chaco, no como soldado, sino como comerciante. Se lo contaba todo a mi hermana y ella me lo contaba a mí: la vida de él y la que ella hacía con él, todo, con todos los detalles, como si lo estuviera viendo. Las mujeres se cuentan entre ellas muchas más cosas que las que se cuentan los hombres. Conocía a mi cuñado tanto como lo conocía mi hermana, sin tener nada que ver con él, por supuesto. Sabía a qué atenerme sobre muchas cosas de la vida. El hombre no me hizo gran caso al principio. Tenía otra mujer, una bailarina como yo, de tres al cuarto, y seguramente esperaba deshacerse de ella para echarse sobre mí. Que se echara cuando quisiera… La compañía terminó su temporada y se preparó para salir en gira. Primero iría al sur y después al norte. Tal vez saldría de Chile. Dijeron que el administrador hablaría con los artistas para formalizar los contratos. Artistas éramos todos y todos esperábamos que hablaran con nosotros y nos contrataran. No cuesta nada ser bailarina de tercera categoría: tres pasos a la izquierda, dos a la derecha, uno adelante, oiga la música, ahora para atrás, siga la línea, uno, dos, tres; siempre es uno, dos, tres; a veces cuatro, cinco, seis; depende del escenario. Lo hacen repetir hasta que una siente ganas de vomitar al oír el uno, dos, tres. El oído no importa nada; es cuestión de hábito. El papel de las bailarinas del montón no es nunca demasiado largo y el trabajo anda más o menos bien. Me contrataron y salimos a provincias. La otra pobre diablo se quedó en Santiago, sin contrato. Entonces empezó el trabajito del hombre. En los ensayos no dejaba de mirarme y a veces subía al proscenio y me enseñaba cómo debía moverme, cuándo tenía que dar esta vuelta o la otra; muévase así, preciosa, ¿no le gusta moverse?, tiene

que mirar siempre al pianista, a mí, sí, a mí, rica. Era inteligente. Con la batuta indicaba todo a los artistas, cuándo debían cantar, bailar o hablar. Los pianistas de las compañías de revistas, que son casi siempre directores artísticos, pueden hacer con un artista lo que quieran, lucirlo o hundirlo. Gracias a eso son los niños mimados y se pescan las mejores mujeres. Pero yo no era carne de cogote. Había decidido ser dura y no dejarme atropellar por nadie ni servir de entretenimiento a ningún hombre. Sabía que no servía para artista, pero también sabía que tenía algo que podía valer mucho para algún hombre y para muchos hombres. Si se trataba de eso, yo diría cuándo y en qué condiciones iba a entregarlo… Lo peor es que el hombre me gustaba. Tal vez por eso le puse inconvenientes. Si una no es tonta es lo que debe hacer. Era moreno, gordito, de pelo negro y revuelto que se le encrespaba sobre la frente. Fumaba puros y andaba muy bien vestido. Alegre, vivo, simpático. Así era por fuera; por dentro era el hombre más carajo que he conocido en mi vida. Solo pensaba en darse gusto y no hacía caso de los demás ni siquiera cuando por casualidad los pisaba. Lo hice andar a cuatro patas, gastar dinero, humillarse. Las otras mujeres estaban sorprendidas. Por mucho menos abrían todo lo que se les podía pedir que abrieran. Yo me aguanté. Claro está que me costaba. A veces sentía unas ganas locas de acostarme con él. Pero me resistí y dije que no. Al mirarme desnuda lo compadecía y compadecía a todos los hombres, que siempre se hacen ilusiones sobre el cuerpo de las mujeres con quienes quieren acostarse, aunque después, cuando ya lo logran, ni siquiera las miren. Era una gorda como cualquiera otra; la barriga blanca y llena y los muslos gordos, como los pechos y la barriga. Por suerte, todo proporcionado. Y eso era todo. No era bonita. Pero no es eso lo que muchos hombres buscan. Es otra cosa, una cosa que cambia en cada mujer y en cada hombre. «Bueno, ¿qué diablos quieres?», me preguntó un día, rabioso. «No quiero nada —le contesté—. ¿Te he dicho que quiero algo?». «No te hagas la idiota. Sabes lo que quiero decir». «Sí, lo sé y no me hago la idiota». «¿Entonces?». Creí que me iba a dar una bofetada. Le pregunté: «Y tú, ¿qué quieres?». «Quiero que seas mía». «No me parece mal, pero ¿cómo? ¿Así, por detrás de la iglesia?». Se hizo el sorprendido. «¿Y qué? ¿Quieres que me case contigo?». «Es lo menos que puedes hacer si quieres que sea tuya». Lo había dejado

que me besara y me manoseara, pero no demasiado, porque entonces las cosas se habrían puesto de color de hormiga. Me costaba retenerme y a veces habría hecho de buena gana lo que él quería y lo que yo quería también. Pero sabía que si una hace a veces lo que quiere, termina por soportar que le hagan lo que no quiere. Me defendía y discutía. Por fin, desesperado, me propuso que nos casáramos. Acepté y enseguida quiso acostarse conmigo. «Todavía no, mi hijito», le dije. «Pero si ya estamos comprometidos». «Estar comprometidos no es lo mismo que estar casados». Me quedó mirando. «Sabes mucho tú», me dijo. «Sí, no vengo saliendo de las monjas». Algunas veces sentí que me odiaba y que si hubiera podido me habría echado al diablo. No pudo. Algo lo agarraba, las ganas, la calentura, el camote. Amor no era, aunque no sé lo que es amor. He visto hombres con deseos de acostarse con una mujer, con esa y no con otra. Cuando se acuestan se les acaba lo que ellos llaman amor. Yo iba a pasar por eso y no me importaba. Quería también conocer hombre… Nos casamos en Lima. Creo que era casado, no una vez sino varias y en diversas partes. Tampoco me importaba. Lo que me importaba era que no me tuviese así no más, de barato, sin que le costara algo. Una vez casada me di cuenta de la locura que tenía: me besaba, me mordía, me chupaba durante horas y me poseía una vez, cinco, diez veces diarias, de día, de noche, en la tarde, en la mañana, al mediodía; me levantaba de la mesa, en el hotel, y me llevaba a la pieza; lo hacía en el camarín del teatro, en el suelo, en una silla. No me pareció mal en los primeros días, pero me cansé un poco. Resultaba aburrido. No se lo demostré. No quería que el asunto terminara por mi culpa… Aquello era todo… De mí, de mi persona, de todo aquello que no fuese mi cuerpo hacía tanto caso como un potro puede hacer de una yegua después de montarla. Yo lo sabía ya: mis hermanas y otras mujeres me lo habían contado. Aquello era todo: la cama. Alguna vez terminaría. ¿Cómo? Me era imposible saberlo. No me asustaba. Sería una aventura, una aventura con un hombre casado conmigo, que iba a terminar cuando se cansara de mis pechos, de mi barriga, de mis nalgas, de mi boca. Tranquilizado, me odiaría. Por si acaso, me precaví. Estaba por nacer el hombre que me embarazara sin que yo lo quisiera. No tenía ninguna seguridad de que fuese mi marido por mucho tiempo. Podía dejarme de la noche a la mañana y en

cualquier parte, como había hecho con otras. Y todas las noches, apenas se cansaba y se ponía a roncar, me levantaba, pedía agua caliente y me hacía un lavado. No quería hijos; tampoco quería raspajes. «Parece que no quieres tener hijos», me decía. «No, no quiero», contestaba. «¿No te gustan los niños?». «Los niños, sí; los hijos, no». «¿En dónde aprendiste tantas cosas?». «En mi casa». «¿Y si yo te pidiera que tuviéramos un hijo?». «Te diría que no. Si quieres tener hijos, búscate otra mujer». «¿No tienes confianza en mí?». «No tengo confianza en nadie». «Soy tu marido». «No tengo ninguna seguridad de que lo seas por mucho tiempo». «Gano bastante dinero». «No me importa nada el dinero que ganas». «¿Por qué te casaste?». «Porque me lo pediste y porque quería acostarme con un hombre». Se quedaba con la boca abierta. Se dio cuenta, así, de que estaba preparada para lo que iba a ocurrir y que adivinaba sus pensamientos y sus intenciones. No me tomaría de sorpresa, nadie me agarraría nunca de sorpresa. Nadie calcula por una y no me quedaba otro remedio. Había visto coristas, empleadas de tiendas, de restaurantes o de pastelerías, quedar embarazadas antes de darse cuenta de que las estaban embarazando; embarazadas y abandonadas… Hacía mucho calor en Lima. Cuando nos metíamos a la cama sudábamos como animales y me parecía que de repente íbamos a echar espuma, como los caballos. La compañía terminaba su temporada. Unos días antes llegó al amanecer, medio borracho. Me había dejado plantada en el teatro y salido de farra con amigos y mujeres. Ya buscaba otra. Le dije algo y me respondió con una bofetada; caí de espaldas, con las patas al aire. Me levanté, agarré no sé qué y le pegué en la cabeza. Se le llenó de sangre la cara y se asustó. Llamó y se lo llevaron a curarlo por ahí. Me vestí y esperé. No volvió. Se fue a otro hotel, mandó retirar su ropa, pagó las cuentas y me mandó un poco de dinero y el mensaje de que me fuese a la… Busqué un abogado. Lo primero que quiso hacer fue acostarse conmigo. Le dije que hiciera lo que le encargaba y que después conversaríamos. El abogado habló con él y él se negó. Ya me había dado dinero, dijo, y estaba dispuesto a no dar ni un sol más. El abogado le contestó que yo sabía que él era casado en otra parte; tenía en mi poder una carta que él dejó abandonada y esa carta era de su mujer legítima. Si se ponía porfiado lo denunciaría. Hace mucho calor en el panóptico de Lima y un proceso por

bigamia era cosa seria, sobre todo tratándose de un extranjero. Usted lo es y se casó aquí, en Lima. Soltó más dinero, lo suficiente para quedarme en Lima por algún tiempo o volverme a Chile. El abogado me trajo el dinero, rechazó el honorario y me pidió que cumpliera mis palabras. El trato es trato; se las cumplí. Era un buen abogado, con amistades en todas partes, casado y con un montón de hijos. Me dio más dinero del que me había dado mi marido. En el mundo hace falta gente que además de tener buen corazón tenga bastante dinero. ¿Qué sacan los pobres diablos con tener buen corazón? Me arrendó un departamento y venía a verme casi todos los días. Era un cholo muy cariñoso y muy generoso. Se cansó, sin embargo, como mi marido. Entonces me dijo que estaba muy agradecido de mí y que me quería mucho, pero que tenía que salir del Perú por un tiempo largo. No quería dejarme abandonada. ¿Por qué no se vuelve a Chile? Bueno. ¿Y el pasaje? Me dio el dinero y se despidió de mí. Nadie salió del Perú, ni él ni yo. Él se fue a unas tierras que tenía por ahí, tal vez a descansar, y yo me fui a un hotel. Tenía bastante dinero, mucha ropa y ganas de pasar buena vida. Si hubiera podido dejar a los hombres lo habría pasado bastante mejor. No podía. No me gustaba ser puta, pero no quería volver a las fábricas, a las fuentes de soda, a las tiendas; y tuve otros amantes. Ninguno se enamoró de mí: se calientan, se acuestan y se van al poco tiempo… Pasé unos meses muy buenos; tenía un buen departamento, iba a los toros, bailaba marineras, tomaba chicha. Junté bastante dinero; no pagaba el arriendo de la casa; me daban de comer; me regalaban vestidos. Vivía feliz, con mi irrigador y mi cuenta en el banco. Pero me cansé y me vine a Chile. Tuve que trabajar y hoy las cosas son diferentes: tengo que manejar una casa de putas y pagarlo todo, sacando dinero a otros. Mucho trabajo, a veces sucio trabajo. No debo quejarme: otras están peor, aunque sean honradas. No quiero enamorarme, creo que nunca me he enamorado. Tampoco se enamoran de mí. Algo me falta o algo me sobra. No sé lo que es y no quiero saberlo… Hace frío. Me voy a levantar. Ya han llegado algunas mujeres. Tú sigues con tu historia… Anda, tonto, acuéstate con ella).

IX

Durante varias cuadras Octavio permaneció en silencio; Aída miraba hacia adelante, en espera, pero él, que había pensado, antes de reunirse con ella y el día anterior y la noche anterior, que había pensado decir tantas cosas a aquella mujer —ya no era una niña, ni una muchacha, ni una señorita, sino una mujer—, se encontraba de pronto con que no podía decir nada, por lo menos allí, delante del chofer. La verdad era otra. En un instante, en ese instante que empezó al salir Aída de la casa y que terminó cuando él entró al automóvil y se sentó a su lado, las cosas tomaron un aspecto y un sentido completamente distintos a los que tuvieron hasta dos noches atrás. Se encontró con que lo que tenía en el corazón y en la cabeza se daba una vuelta y le mostraba una cara desconocida; era como cuando uno se equivoca al palmotear la espalda a alguien que cree un amigo y ese alguien se vuelve y resulta que no es tal amigo, sino un abogado que va a dejar un escrito de apelación o un arquitecto que piensa en un problema de técnica. En primer lugar la muchacha ha desaparecido, no se puede ya hablar de ella, y, lo que es peor, no se puede hablar con ella, puesto que ha desaparecido y en su reemplazo sale de aquella casa de prostitución lo que es natural que salga, una prostituta, una prostituta que es la exacta representación de la imagen que él tiene de la muchacha, aunque no es la muchacha sino una prostituta. Es un problema mucho más complicado que el que preocupa al arquitecto, que solo piensa en una chimenea que funciona mal: echa humo. ¿Y por qué echa humo si las dimensiones son correctas? Claro está que todas las chimeneas lo echan, pero esta lo hace por donde no debe hacerlo, en la propia cara de los que han pagado para tener una chimenea que eche calor; en segundo lugar, si la muchacha no existe ya y si la mujer que va a su lado no tiene nada que ver con la muchacha desaparecida, ¿qué hace él allí, al lado de esa mujer, de esa mujer que de pronto se le ha aparecido y que le es tan desconocida como

la muchacha? ¿Qué hace, qué debe hacer? Esta mujer es la que es y no puede ser otra y siendo lo que es, él debe aceptarla y tratarla como tal, como lo que es. Pero no estaba preparado ni lo estaría nunca. Estaba preparado, se había preparado, aunque un poco a tropezones, para otra cosa, para otra cosa que ya no existe y que, al parecer, no tiene ya valor. ¿Podía hablarle de la muchacha a esta mujer?

Es necesario decir algo. El chofer, que conoce la casa en que ha recogido a Aída, mira a sus pasajeros por el retrovisor. ¡Qué pareja tan rara! Una putita y un caballero que no dicen ni pío. ¿Qué les pasa? Ella lo saca de apuro:

—¿Para dónde vamos?

Es una pregunta adecuada y el chofer se tranquiliza.

Él la mira y ella vuelve hacia él la cara y sonríe. Octavio tiene una desventaja: no la conoce, y Aída tiene una ventaja: lo conoce, aunque de lejos y a través de los visillos y los vidrios de una ventana.

—Vamos a comer. ¿Qué le parece el restaurante de la Quinta?

El hielo está roto, pero ¿qué debe decir enseguida, antes de que vuelva el silencio y el chofer mire de nuevo por el retrovisor? Pensó decir frases terribles, irónicas, sarcásticas. No puede. ¿A quién decirlas? No hay allí nadie a quien decirlas, nadie a quien decirlas cuerdamente. ¿Qué debe decir, entonces? Y en ese momento, en ese preciso momento, se da cuenta de que está metido, esa es la palabra, metido, desde la cabeza hasta los pies, en una aventura. ¿Aventura? Es claro, hombre. Para ti todo es aventura ahora. ¿Sabes tú lo que es una aventura? Es algo que se forma a medida que tú lo vives, no tiene límites, planes ni cálculos; tan pronto puedes vivir gracias a ella como morir a causa de ella. Pero es una… Sí, es una de esas, pero si con eso quieres decir que no puede haber aventura con ella, estás equivocado. Para otro hombre no lo sería; para ti, sí, vaya. Y si no es así, tómale una mano o agárrale una pierna o tócale un pecho o levántale la falda o bésale la nuca. ¿Qué esperas? Es una prostituta. Llevas dinero en el bolsillo, has venido preparado, y con ese dinero eres dueño, en este día y a esta hora y en este año de mil novecientos treinta y ocho, de cualquier prostituta. Ninguna te dirá que no. Tú eres un caballero y ella lo sabe… Pero no lo harás. Sí, es cierto, no lo haré, no podré hacerlo nunca, y aunque esta mujer

fuese la prostituta más baja de Santiago, de la república, del continente, no me atrevería a tocarla, no diré sin su consentimiento: no lo haría aunque me lo permitiese, por lo menos en este momento y en este automóvil, y al decir que no me atrevería quiero decir que no podría. Para cualquier otro hombre sería fácil hacerlo; para mí no, no porque no lo quiera, no porque no lo desee sino porque no puedo. Soy un hombre torpe con las mujeres, lo he sido siempre, y mis años de matrimonio no me ayudaron en nada; al contrario, empeoraron las cosas, para mí, claro está, no para ella, que murió. Me casé por amor, como se dice, con una mujer que me gustaba, más aún, que deseaba, pero que tenía un desequilibrio entre su deseo y su capacidad de satisfacerlo. Me casé casi sin haberla besado, tímido, educadito, católico, honesta ella, tímida también, recatada, observadora de todos los mandamientos, de los divinos y de los humanos. Una hermana presenció todo nuestro noviazgo. Cuando nos acostamos juntos fue como si se acostaran dos seres que nunca se han visto y nuestras primeras y nuestras últimas noches fueron las noches de un inepto y de una frígida. Al ver en las plazas y en los parques a esas parejas que están como trenzadas entre sí, con las manos de él metidas quién sabe dónde, fundidos ella y él en un solo ser, sin saber ya dónde empieza el uno y dónde termina la otra, si es que ambos empiezan o terminan en alguna parte, sin saber si esta lengua es mía o tuya o este muslo tuyo o mío, ¡qué importa, mi hijito!, me doy cuenta de lo inútil que he sido siempre. Todo pareció unirse. Su desequilibrio me hizo el marido más infeliz que haya existido, y a ella, la mujer, la esposa más desgraciada. Al morir la sentí como se siente la muerte de un ser que se conoce y se estima, humano o animal; como esposa mía, como mujer mía, me alegré de su muerte. Era el descanso para ella y la libertad para mí, una libertad que me ha sido tan triste como me fue la esclavitud. Murió de cáncer a un pecho. Se habría salvado si hubiese hablado antes, un tiempo antes, si dice: Octavio, tengo algo aquí, puede ser un tumor; no dijo nada, no quería decir nada, no sé si porque quería morir o porque su timidez, ya generalizada, como el cáncer, se lo impidió. Me di cuenta de todo a los pocos días de matrimonio. Era una mujer fría, una mujer sin respuesta. Yo no tenía ninguna experiencia amorosa; apenas si me había acostado, así, de pasada y lleno de arrepentimientos, con una o dos prostitutas. Hice lo

posible, en los primeros tiempos, por romper aquella especie de muro, y ella hizo, por su parte, lo que su carácter le permitía, dándose cuenta, como yo, de lo que le pasaba. Yo temía al vicio, al relajamiento, y no supe qué más hacer. Consultar un médico me pareció un sacrilegio; hablar con un amigo que tuviese más experiencia que yo, una infidencia. Le dije que hablara con su confesor. Se negó: ¿qué podía saber de esas cosas un santo sacerdote?… Llegó un momento en que sentí vergüenza de aproximarme a una mujer que no podía compartir conmigo un goce que solo puede y debe ser disfrutado entre dos personas. Ella, por su parte, no hizo nada y quizá si no podía hacer nada. Tal vez, íntimamente, había caído en la desesperación. Para colmo, era estéril: no concibió, y eso le cerró, como para siempre, unas puertas que parecen estar abiertas para todos los seres, humanos, animales, vegetales… Pocos hombres sabrán lo que significa tener deseos, estar acostado con una mujer y sentir vergüenza de satisfacer ese deseo, para satisfacer el cual se ha casado. Procuraba evitar ese deseo y hacía lo posible por no tocarla, por no aproximarme a ella en las noches, retirando el cuerpo cuando ella, dormida, se acercaba a mí. Mientras tanto mi mente estaba llena de imágenes y de pensamientos lascivos; desnudaba, acariciaba y poseía a innumerables mujeres, a las conocidas y a las desconocidas, jóvenes y viejas, feas y hermosas, primas y tías, la secretaria de la oficina, la ascensorista, la cocinera, la sirvienta de las piezas; cualquiera podía darme lo que deseaba. La única que no podía dármelo, la única a quien no me atrevía a pedírselo, era la que más obligación tenía de dármelo, aquella a quien yo tenía el derecho de pedirlo. Me dormía y soñaba: la mujer huía en la noche, desnuda o cubierta apenas por una delgada camisilla que se le subía en la carrera y dejaba ver sus muslos, su vientre, su espalda o sus pechos. Una mancha blanca se movía en la oscuridad y corría tras ella y la alcanzaba y la tocaba, la tocaba, nada más, y percibía a través de la tela un precioso calor y una prodigiosa suavidad; la mujer no se negaba, pero algo me detenía, algo que yo ignoraba. Tómala. Una especie de sombra, algo como un río helado se interponía entre ella y yo, y eso a pesar de que estábamos uno al lado del otro, acostados juntos, juntos y separados por algo. Mi mano no quería soltar aquello tibio, aquello suave. Con seguridad, dormido, ponía la mano sobre su vientre,

sobre sus muslos o sobre sus caderas. ¿Cómo cegar, cómo saltar ese río? No había de por medio otro hombre ni otra mujer, nadie; era solo un obstáculo mental, que yo podía salvar si hacía un pequeño esfuerzo, es decir, breve, de escasa duración, aunque intenso, angustioso. Ya la tienes, no la sueltes, tómala; no te costará nada, ahora, ¡apúrate!, y de pronto estaba sobre ella, medio dormido, sin saber con seguridad quién estaba debajo de mí; sabía solo que era una mujer; no sabía que era la mía; era una mujer, sí, y todo era tibio en ella, todo era suave, y la camisa era echada violentamente hacia arriba, desgarrada si era estrecha o si ella no estaba en buena posición o luchaba, medio dormida también, contra aquella bestia que caía sobre ella en la noche, casi rugiendo. Quería lo que era mío sin ser mío, lo que alguien o algo, desconocido, me negaba, y hundía las manos en aquel cuerpo tibio, en aquel cuerpo que tenía preciosos olores, el olor del sexo, de las axilas, del cabello, de la boca, esos olores que yo, miserable y forzado abstinente, echaba de menos y deseaba sentir. Muy abajo, muy adentro, estaba aquello; el cuerpo era el río, un río tibio ahora, en el que podía hundirme y beber y que nadie me negaba. No la sueltes, ya es tuya. Una boca aparecía en la noche, tibia también, con unos dientes separados unos de otros, blancos, los recordaba así, no los veía, y debía apresurarme, sí, aquello no duraría, podía desaparecer, irse en la oscuridad, perderse en las aguas, disgregarse en la profundidad del río. Llegaba un momento en que mi conciencia, mi verdadera conciencia, no la del sueño, despertaba; lo veía entonces todo; ya era tarde, ya estaba lanzado, corría cuesta abajo, a toda velocidad, y no podía volverme, desistirme, y entraba en ella, ya había entrado al despertar, sí, mi mano había hallado por fin la orilla de aquel río, la entrada a él, mi mano hambrienta, aquella mano que debía sujetar cada noche y que, por fin, durante mi sueño, se hacía independiente y se acercaba a ella, encontrando allí aquella huella larga y tibia, aquella huella que iba hacia la oscuridad, una oscuridad llena de una terrible fuerza absorbente; sí, ya había entrado en ella y ya no podía volverme atrás… Eso fue el principio. Ella, después, casi se negaba, y yo, a veces, parecía violentarla. ¿Por qué? Su frialdad logró dos cosas, dos separaciones, una mental y otra física, pero me sentía separado de ella solo cuando estaba despierto; dormido, estaba unido a ella, no sé cómo explicármelo:

en lo profundo de mi ser no estuve nunca separado de ella; la deseaba y el que desea algo no está separado de ello. La separación mental le dolía a ella, de seguro, más que la separación física. Tal vez tenía la sospecha de que yo, mentalmente, la despreciaba, y esa sospecha la hacía rechazarme, negarse. (Y ella, ¿qué sentía? No lo supe. Algunas noches, desvelado, la oía suspirar, dormida, y a veces quejarse dulcemente, como arrullándose o arrullando a alguien, y luego un movimiento rítmico, suave, tierno, profundo. Despertaba de modo brusco, murmurando algo y volvía a dormir, tranquila ahora, como quien se ha despojado o como quien se ha deshecho de algo molesto. Otras veces me despertaba: se movía, también rítmicamente, pero entonces me daba cuenta de que no dormía, que estaba despierta y que aquello no pasaba en su sueño sino en su vigilia. ¿Buscaba así salida a aquel terrible muro que se alzaba entre su deseo y su incapacidad para satisfacerlo? Sentía yo, en cualquier caso, infinita piedad hacia ella, y nunca, ni aun cuando me daba cuenta de que estaba dormida, me atreví a interrumpirla). Sospecho que es necesario que en la pareja haya una gran intimidad sexual, aunque no es solo el sexo, el sexo no es más que un instrumento; no es solo la mano, la mano no es más que un instrumento; no es solo la boca; es algo que está más allá de todo eso, no más allá del hombre o de la mujer, sino dentro de ellos, muy adentro. Es una necesidad, como el comer. Comer y amar. El hombre, el ser humano, podrá renunciar a todo, a todo menos a comer y a amar; desaparecería, moriría. Comed y amaos. Algunas parejas llegan a esa intimidad, a la franqueza sexual, a la inocencia sexual, lo sé, me lo han contado, lo siento, y para ello, para llegar a ello, no es necesario ser inteligente, elegante o educado, no. Si lo eres, mejor; si no lo eres, no importa; no hace falta y no cambies nada por ello ni exijas nada por ello. Nosotros no pudimos lograr eso, no pudo haber intimidad entre nosotros, intimidad de esa índole, y no habiéndola de esa índole no pudo haber de ninguna otra; la falta de una causó la ausencia de todas. Era imposible. No puede haber intimidad entre dos seres cuyo estado de satisfacción es diferente. ¿Cómo puede haberla entre un ser que está satisfecho de algo o puede satisfacerse y otro que está hambriento y no tiene esperanzas de calmar su hambre?

X

No, no tiene condiciones para las aventuras amorosas. En ellas, sin embargo, no es indispensable que los dos miembros de la pareja tengan experiencia; basta que la tenga uno, y ahora hay uno que la tiene, uno que está dispuesto a que aquello sea una aventura amorosa, o como quiera llamársela, es decir, que termine bien. Pero esta determinación aparece nada más que cuando el clima del primer momento ha desaparecido, pues en el primer momento se tiene la sensación de que Octavio está como desorientado: otra vez hay un río; otra vez un río oscuro y frío, un río oscuro y frío que puede llegar, sin embargo, a ser tibio, lleno de aromas, se atraviesa en su camino; otra vez aquello que solo parece haber conocido en sueños y tomado como a la fuerza, surge, y otra vez no sabe cómo, en estado consciente, debe abordarlo y tomarlo, porque ahora debe ser en estado consciente, sí, está despierto y va en un automóvil y en un automóvil no puede dormir ni puede hacer nada, mucho menos delante de un chofer que de seguro podría darle lecciones sobre ríos nocturnos y aun diurnos, ¡oh, vadeadores de río! Por lo demás, había aquel hecho, muy importante: en los primeros momentos pensó pelear, discutir, recriminar. Para eso habría tenido ánimo; y resulta que debió desistir al darse cuenta de que el ser con quien había pensado y decidido discutir y pelear, aquel ser a quien quería recriminar algo que solo aconteció a través de los hilos de un teléfono, no existía, ¿y a quién decirlo, con quién discutir y pelear, a quién recriminar? ¿Estás tonto?

Aída, por supuesto, esperaba la discusión, para lo cual también estaba preparada y que la asustaba un poco; pero cuando vio que él callaba, más que eso, enmudecía, comprendió que el asunto no estaba tan mal y que la pelea la ganaría ella. Espero, entonces, a ver qué sale, por dónde empieza, pero mientras esperaba se dio cuenta de que debería esperar mucho tiempo hasta que aquel hombre desentumeciera sus músculos y su alma, sus nervios y su cerebro, y

de que si esperaba demasiado podría ocurrir que el entumecimiento lo matara todo. No es una prostituta con gran sentido comercial; si lo fuera, no estaría metida en este enredo, no tendría como amante a un oficialillo cualquiera. Sabe que hay otras cosas además del dinero y además de la cama, algo libre del comercio lícito o ilícito. No es una prostituta por vocación, por depravación, por corrupción, no; y si es así y si siente por aquel hombre un poco de ternura, un poco de simpatía, un poco de cariño, sí, un poco de cariño, debe hacer lo posible porque lo que empezó bien termine bien, ya que no hay por qué hacer nada para que termine mal.

No es, por otra parte, demasiado corrida, vieja en el oficio; es muy joven, aunque la juventud no signifique, en una prostituta, falta de experiencia o falta de sabiduría. En un año, a veces en menos tiempo, en un mes, hasta en una semana, una prostituta aprende tanto como otra mujer en sesenta años, sobre hombres, sí, sobre hombres, ya que en una noche, nada más que en una noche, si la época es propicia, si hay efemérides patrias, santos o conmemoraciones de cualquier otra índole, puede conocer varios, todos desemejantes, cada uno con una imagen diferente del ser humano, y entre esos seres humanos se cuelan, como a pesar de sí mismos, personas como Octavio, envalentonados durante un rato por el alcohol o por las circunstancias, seres tímidos, encogidos, aburridos para las mujeres; nunca saben cómo empezar ni cómo terminar. Era de aquellos este hombre de nalgas flacas y ella conocía a esos hombres, que no molestan mucho, se van pronto y por lo general vuelven pronto, pues se acostumbran con una misma mujer. Algunas prostitutas se especializan en ellos. Aída no tiene especialización, aunque sí conocimientos generales, que a veces son más valiosos. Decide entonces dirigir el desarrollo de aquello, aunque no en el automóvil, con aquel chofer que parece saber más que nadie sobre todos los asuntos y que sigue mirando por el retrovisor. En una de las miradas sus ojos se encontraron con los de Aída y Aída le guiñó uno: no molestes, no mires tanto. El chofer sonrió, complacido, como quien recibe la invitación de un amigo para participar en una buena broma. La putita es simpática y el viejo debe tener muchos billetes en la cartera. No miraré más.

La pregunta vino, la misma que esperaba. Octavio eligió un reservado del segundo piso, un reservado cuya puerta golpeaba con

discreción el mozo cada vez que debía entrar, un mozo moreno, delgado, chaqueta blanca, y pantalón negro, cuello duro, corbata negra de lazo de rosa, un mozo para un reservado, discreto, que no miraba ni parecía oír, y que, no obstante, lo veía y lo oía todo: el viejo se acercó a la ñata, parece que discuten, Chateaubriand, ensalada de apio, centolla, locos, ¿postrecito?, papaya al jugo.

—¿Por qué me engañó?

Por qué me mintió, por qué se le ocurrió contarme la historia de que estudiaba y vivía con una tía. Pidió la comida. Sabe mucho de comidas, los nombres franceses o ingleses de los platos, y Aída, oyéndolo, cree estar fuera de su país. Pidió vinos buenos.

—¿Quiere servirse un aperitivo?

—No, muchas gracias.

—Un whisky sour.

—No, gracias.

Bueno, por qué me contó esa historia. Está más suelto ya, se ha desentumecido un poco y está contento y pide un cóctel. Sí, un Manhattan.

—Yo no lo engañé, Octavio. Las cosas sucedieron así porque así sucedieron. Usted me preguntó quién era yo. No tenía derecho para preguntarlo y yo lo tenía para contestarle lo que me diera la gana. Era una conversación en broma con alguien que seguramente yo no conocería nunca. ¿Por qué le iba a decir: soy una tal por cual y vivo en tal parte? Yo no quise engañarlo. Acuérdese de que cuando usted quiso conocerme, yo me negué.

Octavio termina su cóctel y pide otro. Es una gran noche. Tiene razón. Pero todavía está un poco alelado, todavía entumecido. La mira a su gusto, allí, solos los dos en el estrecho reservado; están muy juntos, pues la mesa es chica.

—Con permiso —dice el mozo—: ¿la centolla? Para usted, ¿no es cierto?

—Sí, para mí.

—Los locos con *curry*.

—Míos. El pan bien tostado. Mantequilla.

Pero ahora están de frente, mirándose de frente, no de lado, como en el automóvil. La mira a su gusto: es una cara nueva, fresca, llena de simpatía y de vida, la que se ofrece allí a sus miradas, una cara que tiene muchas cosas que se pueden mirar y apreciar. La

boca, por ejemplo, correcta, no de gruesos ni de finos labios, sino de labios normales, dibujados, llenos, tranquilos, y el superior tiene un bozo muy fino, apenas perceptible; hay que mirar bien, sobre todo de perfil, para ver aquella pelusilla como de durazno, y el labio inferior es gracioso, cae bien sobre la barbilla, con naturalidad; y están los ojos, los ojos claros, también tranquilos, que lo miran sin temor y con franqueza, sin encono, como si lo esperaran; la frente es tranquila y casi bella, y oscuro el cabello, de bucles largos, cabellos limpios, cuidados, sí, cuidados; a la casa de Flor Cedrón no se va con cualquier cabello; las mejillas son frescas, bien conformadas, redondas, y después vienen las orejas, regulares, y el cuello, joven, de piel suave, de agradable textura. Después sigue lo demás. No se atreve a mirar el busto; pero si todo es como lo que se ve, el asunto está muy bueno. Pero piensa en lo que se han dicho por teléfono, no en las inocentes mentiras, sino en las palabras que él le dijera al saber la verdad: «Yo debería terminar con esto y no puedo. Por favor, no me hable así. La quería mucho antes de saberlo y ahora que lo sé siento que la quiero más».

¿Por qué puede quererla más ahora? ¿Tal vez por piedad? No está seguro, pero experimenta algo, piedad, dolor o ira ante la idea o ante el hecho de que aquella muchacha que él se imaginara, la estudiante de los cursos superiores de liceo, no fuese tal muchacha sino una prostituta, y aunque es cierto que una no tiene nada que ver con la otra, él no puede hacerse una composición que descarte a la muchacha, no; para él la muchacha estudiante se ha convertido, en poco tiempo, en una prostituta —cosa que le pasó realmente a Aída, aunque Octavio no lo sepa aún—, en una prostituta, y eso hace que él la quiera más, ahora con un cariño un poco confuso todavía, aunque más urgente, ya que está con ella. Debe obrar en conformidad a aquellas palabras y aquellos sentimientos; no puede olvidar nada de eso, ya que es un hombre consecuente, y está dispuesto a todo, es decir, está dispuesto a hacer frente a lo que resulte en relación con la muchacha que se transformó en prostituta. Pero dos Manhattan es suficiente. Ya no es ningún jovencito.

—¿No me encuentra razón? ¿Por qué voy a decirle, al primero que se presenta, por teléfono, en un autobús o en la calle, quién soy y de qué vivo? ¿Qué le importa a él? Si hubiese sabido que

terminaría conociéndolo, le hubiese dicho la verdad; no me gusta engañar a nadie. Pero no se trata de eso. ¿Qué seguridad tenía de que usted volvería a llamar o de que alguna vez volvería a encontrarme con usted en algún alambre cruzado? ¿No es cierto?

Sí, es cierto; ella tiene toda la razón y él está contento de que así sea. No tiene, por otra parte, nada más que preguntarle; lo sabe todo, no ignora nada, sabe a qué hora llega ella a esa casa y en dónde está la casa. ¿Qué más? No quiere hacer nada por desvanecer este momento; al contrario, quisiera alargarlo, pues sabe que mientras más se alargue, más esperanzas tendrá, más probabilidades de lograr que esta mujer, este río tibio, se acerque a él. Oh, es una idea lejana, una sensación lejana, como una esperanza lejana. Inclina la cabeza sobre su plato y dice:

—Tiene razón. Solo quería saber si usted, al contarme todo aquello, que no era verdad, lo hacía con un propósito cualquiera. No tenía ninguno y sería una estupidez reprocharle nada.

Ya está, lo ha dicho, lo ha dicho y se siente tranquilo, todo ha sido olvidado, y un hombre y una mujer que no tienen nada que reprocharse se hallan frente a frente en el reservado de un restaurante. Él no pretende nada inmediato, nada absolutamente. Está feliz de estar ahí con una mujer, eso es todo; no le importa quién sea esa mujer y mucho menos le importa que sea una prostituta. Mientras esté con él, ahí, en el reservado de un restaurante, no será una prostituta, pues está con él, y una mujer que está con un hombre no es una prostituta, es una mujer: es prostituta cuando se va, cuando pide y recibe su dinero, lo guarda en su cartera o en una de sus medias, levantándose un poco la falda y marchándose o quedándose, si es que es el hombre el que se va. Él la retendrá todo el tiempo que sea necesario. Es el río, el río nocturno, ese río al que él no tiene prisa en llegar, pero al que desea llegar alguna vez. Tranquilízate y no te apures. Bébete ese cóctel y cómete tu entrada. La noche es larga, Octavio, y esta está recién nacida.

XI

Aniceto conoce a toda esa gente, a Emilio, a Octavio y a Arturo, y también conoce a Sonia, a Carmen y a Aída, y a otros hombres y a otras mujeres y al italiano de ojos negros y vivos; conoce a toda esa gente y esa gente lo conoce a él, aunque así, por encima. Son parejas formadas allí, en esas habitaciones, entre una prostituta y un cliente, un cliente que llega una noche cualquiera en busca de calor para sus manos, humedad para sus labios, parejas casadas algunas, unidas nada más otras, y todas más o menos estables, pues los hombres, excepto los desalmados, abandonan menos a las que no pueden valerse por sí mismas que a las suficientes. Entre esas parejas hay una, sobre todo, que llama la atención de Aniceto: él se llama Elías y es un judío delgado, pálido, moreno, de un matiz de piel que no se da, según le parece a Aniceto, más que entre los hindúes, los árabes y quizá también entre los andaluces. Puede darse en otros pueblos, pero a él le parece que no se da más que en esos. Es un hombre risueño y silencioso, de sonrisa luminosa; habla poco y sonríe mucho. Aniceto sospecha que es vendedor de sedas o de joyas, no sabe bien, de algo que está de acuerdo con el matiz de su piel. Ella se llama Mercedes y es una muchacha blanca, gordita, agradable, casi fina, de manos regordetas, con largos y bien dibujados dedos. También es resueltamente silenciosa y también sonríe más que habla. Debe de haber sido una rara prostituta. Tal vez Elías no pudo concebirla como tal y se la llevó a su casa; están casados y tienen una hija.

Sonia y Arturo, Emilio y Carmen, Mercedes y Elías, Luigi y Eloísa, Aniceto y Flor se reúnen una noche en aquella casa y la casa cierra sus puertas y no se atiende a nadie, se niega por teléfono a Zutana y a Fulana y los clientes que llegan a buscar esparcimiento son cortésmente despedidos.

—No hay ninguna niña —dice Zoila, la sirvienta, sonriendo con su sonrisa de mujer de pueblo.

—¿Ni una sola? —pregunta, asombrado e incrédulo, el interesado.

Una le bastaría.

—Ningunita —repite Zoila, sonriendo de nuevo.

El cliente no sabe si llorar o patear. ¡Esta noche, precisamente, tenía que suceder esto!

—¿Y no vendrá ninguna?

—Esta noche no.

—¿Y por qué esta noche no? ¿Se ha muerto alguien?

—No, ni Dios lo quiera. Es el día de la señora y lo están celebrando.

El cliente, famélico, estira el pescuezo. ¡Qué buenas deben ser las fiestas en las casas de putas! Quién pudiera entrar…

—¡Caray! Estará buena la fiesta entonces —traduce hacia afuera.

—Sí, más o menos.

Pero aquello no le sirve de nada, ni siquiera de consuelo, ya que se imagina que los hombres que están allí se acostarán a cada momento con las mujeres que están a su alcance, y se va, echando maldiciones y esforzándose en recordar la dirección de otra casa, de una casa en que ojalá no haya celebraciones de nada. Esas casas deberían ser como las comisarías o las postas de la Asistencia Pública: abiertas día y noche. Otros clientes, menos rabiosos y de más iniciativa, terminan por hacer proposiciones a Zoila: es una mujer basta y nada hermosa, aunque sí robusta, blanca, dura, simpática, ancha de caderas, generosa de pechos.

—¿Y usted? —pregunta el interesado.

—Yo…, ¿qué? —pregunta Zoila, presintiendo la invitación.

El cliente, apurado, aceptaría todo y la mujer no está mal para sacar a alguien de apuros.

—¿También está de fiesta?

El hombre guiña un ojo y hace un gesto con las manos.

—Claro, también estoy de fiesta. Y estoy con mi marido.

El cliente pasa de la esperanza al asombro. ¿Puede haber allí alguien que esté casado?

—Claro, casada. ¿No tengo cara de casada?

Gira el cuerpo y grita:

—¡Segundo!

El cliente pasa del asombro al terror y siente deseos de echar a

correr. Se tranquiliza al recordar que aquella mujer es solo una sirvienta, aunque casada con ese Segundo. Por lo demás, no ha hecho nada malo y nadie puede reprocharle lo más mínimo. Acude un hombre alto, moreno, joven, corpulento y resuelto de ademanes. Parece un boxeador en entrenamiento, aunque es nada más que un obrero ferroviario, de filiación comunista.

—¿Qué pasa, mi hijita? —pregunta, solícito.

—Te llamé porque el caballero no cree que soy casada. Este es mi marido —dice al caballero, que está un poco nervioso.

Segundo, que carece de dientes en la mandíbula superior, lo cual le da un aspecto estrafalario, pues su aspecto es atlético, mira al cliente con la boca abierta.

Pero el cliente descubre que tiene prisa y se va, saludando con amabilidad.

—Buenas noches; muchas gracias.

—Buenas noches —contesta Segundo, y cierra la boca.

Se vuelve hacia Zoila y pregunta:

—¿Por qué me llamaste?

La llamada le ha parecido rara, peor aún, sospechosa. La sirvienta, por su parte, prefiere mentir. Sabe que si dice a su marido que el cliente le hizo proposiciones, esas proposiciones que Segundo sospecha que se le hacen a su mujer con mucha asiduidad —en aquella casa, dice él, el que no corre vuela—, sabe que si dice a Segundo que el cliente le hizo guiños de inteligencia, Segundo, obrero ferroviario y de filiación comunista, saldrá tras el burgués y lo acogotará.

—Te llamé para que viera que soy casada y que tú eres mi marido.

—Pero ¿qué le importa a él que tú seas casada y que yo sea tu marido? ¿Qué interés tiene en eso? —pregunta, encarando un asunto que le disgusta.

—No le importa ni le interesa, pero yo quería que te conociera.

—¿Para qué? ¿Tú lo conoces?

—Es claro que lo conozco —contesta Zoila, que miente ahora con descaro, en procura de un hueco por donde escapar del enredo en que se ha metido—; es un caballero que viene mucho por acá y que siempre me hace bromas; me dice que una niña soltera como yo no debería estar en esta casa. Yo le digo que soy casada y él no me

cree. Aproveché que estabas aquí y te presenté.

—¡Ah! —exclama Segundo, dando por terminado el incidente.

Ha comprendido. Zoila echa un silencioso suspiro: por fin ha dado con una buena salida.

Se percibe una curiosa sensación en aquella fiesta, no sabe Aniceto si una sensación que perciben todos o que percibe solo él: todas las mujeres que hay allí, excepto Zoila, son o han sido prostitutas, y todos los hombres, incluso Segundo —y quizá más él por ser obrero—, son hombres a quienes no se puede reprochar nada tan grave como a ellas, excepto a Arturo, aunque el único reproche que se le podría hacer es el de que sea amante de Sonia, que ejerce la profesión a sabiendas de él y con anuencia de él, aunque él no sea, es la verdad, su mantenido, su *gigoló*, como se dice, ya que trabaja; está empleado en una oficina de compraventa de propiedades. Sí, todos son hombres irreprochables y todas las mujeres, excepto Zoila, son o han sido prostitutas. Bueno, ¿y qué? Es que podría esperarse otra cosa, que la fiesta tuviese otro carácter, otro desarrollo, que las mujeres se emborracharan, se tiraran al suelo, levantaran sus ropas y enseñaran sus muslos o algo más y gritaran y chillaran: «¡Oye, hazme esto! ¡Hazme esto otro!», y los hombres, por su parte, como hombres que son amantes o maridos de tales mujeres, se condujeran también de modo apropiado, que gritaran, por ejemplo, blasfemaran, insultaran y pegaran a las mujeres, las poseyeran en el suelo, a la vista de los demás y que, por fin, sacaran puñales o garrotes y se pelearan, hiriéndose y matándose. Pero no sucede nada parecido.

—¿Quiere usted otro sandwich?

—Gracias, no; ya he comido tres.

—¿Un traguito de ponche?

—No; prefiero un poco de vino; el ponche está demasiado dulce.

—¿Tinto o blanco el vino?

—Prefiero el tinto. Gracias…

Emilio sonríe: tiene una cara de ángel con barba, una barba ondulada y de color castaño, entre la cual resaltan los labios, rosados y frescos; los ojos tienen el mismo color de la barba. Al renunciar a sus estudios, decidido a casarse, se dejó crecer la barba.

—Me la cortaré cuando pueda volver a estudiar —anunció.

Su mujer, Carmen, sonríe. Tiene una copa de ponche en la mano

y está de pie, cerca de la mesa, conversando con Flor. Es una mujer joven, vestida de negro, un traje sastre. Hay en ella una nota de elegancia, no se sabe si porque tiene las piernas largas o porque su pelo es ondulado. A veces la elegancia proviene de lo más inesperado. Puede que sean también los tacones de sus zapatos, muy altos, o el modo de dejar colgar los brazos, sin esfuerzo aparente, a lo largo de las piernas. Toda ella da impresión de intimidad, de cosa cerrada que guarda algo que trasciende, sin embargo. Y sonríe igualmente Mercedes, también ex prostituta, casada ahora con el judío cuyo matiz de piel no se da sino en el Mediterráneo noroccidental o en el litoral índico, y sonríe también Octavio y sonríe Aída, que está muy bonita, con una piel en el cuello, una piel sencilla, marta quizá, que le ha regalado Octavio, piel que le cae muy bien a algo de ella, a sus ojos o a su pelo, y sonríe el italiano, que siempre aparece como un hombre que no se ha afeitado desde hace tres días y eso a pesar de que acaba de pasarse desesperadamente la navaja, casi desollándose —tiene una «barba porca»—, y sonríe Eloísa, la que exigía al amigo de Aniceto que usara preservativos —lo cual al amigo le causaba tanta extrañeza como si le hubiera pedido que para acostarse con ella se pusiera boina—, y sonríen también Arturo y Sonia y sonríen Aniceto y Flor. Todos sonríen y nadie sabe, de todos ellos, por qué este o aquel eligió esa mujer como su mujer o cómo esa mujer logró que ese hombre se interesara por ella hasta el extremo de casarse o llevársela a su casa, con ella y no con una honesta hija de familia, no con una reconocidamente honorable y virgen. Hay aquí, entre estos hombres casados con ex prostitutas o que tienen como amantes a ex prostitutas o a prostitutas, una especie de confraternidad, la misma que hay en las reuniones de embajadas o de clubes, una confraternidad de que, no obstante, no se habla, que no se comenta, que está como callada y como ignorada. Hay, sin embargo, la pequeña historia, el porqué, el cómo, el cuándo, el ayer, el ahora, el después, el vamos a ver, y Aniceto sabe mucho sobre los hombres y mujeres que hay aquí. Flor le ha contado todo y él se ha explicado ese todo a sí mismo, pero no todo satisfactoriamente; se explica lo del judío, aunque no de modo cabal: se trata de un extranjero, de un hombre sin vinculaciones sociales en esta ciudad, sin parientes que le puedan reprochar esto o

lo otro, cosa para la cual sirven mucho algunos parientes. Puede hacer lo que quiera, elegir la mujer que le guste y nadie que no conozca a esa mujer, que no sepa sus antecedentes, dirá nada.

—Mi mujer —la presentará.

Y el hombre a quien Mercedes es presentada como la mujer del hombre delgado y moreno, tendrá que estirar el brazo, dar la mano, saludar y sonreír. Y si ese hombre a quien es presentada la conoce, tanto peor para ellos, al judío le importará un comino. Seguirá, a pesar de ello, contento o no, próspero o en falencia, vendiendo casimires o joyas o sedas u objetos de plástico o máquinas para hacer miles de cosas.

—Es mi mujer —pensará y podrá decir—. Soy dueño de haberme casado con cualquier mujer. Era prostituta, lo sé; la conocí en una casa de prostitución y me gustó: era la mujer que buscaba. ¿Para qué seguir buscándola, si estaba allí? La saqué de esa vida y me casé con ella. Es mi mujer. Salúdela, si quiere; si no quiere, váyase a la…

El caso de Emilio es distinto y no se puede explicar sino por su carácter. Pertenece a una casa conocida, gran familia, personas honorables y notables. Un día estalla la bomba:

—¡Se casa con una prostituta!

—Sí, me caso. Renuncio a mis estudios. Me dejo crecer la barba. Cuando vuelva a estudiar, me la cortaré. Ahora quiero vivir. ¿Y qué?

La familia, distinguida, comprende y acepta. No todas las familias son distinguidas y las que no tienen esa índole son las que lanzan las exclamaciones. Y ella, ¿qué piensa? De seguro, nada. ¿Por qué llegó a ser prostituta? Casi no lo sabe. No lo saben más que algunos novelistas y algunos profesores. Emilio lo sabe y eso es suficiente. Sonríe entre la barba con sus labios rosados, increíblemente frescos. Es muy joven y parece que la vida le sonríe con la misma frescura con que él sonríe a su mujer y a sus compañeros de aquella noche.

—¿Otro sandwichito?

—Bueno, gracias. El ponche está bueno, ¿eh?

—Sí, tiene piña y está helado.

—Sonia: ¿quieres algo?

—Sí; dame una presita de ave.

Todos se conocen, y los recién llegados, los recién conocidos, como Octavio y Aniceto, cuyas relaciones con Aída y con Flor empezaron después de la reunión del año pasado, se sienten bien. Sonia es una de las mujeres más buscadas por los hombres que acuden a esa casa. Es joven, muy joven, y tiene algo en la boca, algo en los ojos, un gesto como de sorpresa o como de asombrada inocencia, algo infantil, ingenuo; aunque no es eso todo lo que tiene, no es solo eso lo que atrae a los hombres, lo que les hace exclamar cuando llaman por teléfono:

—¿Está Sonia? ¿No está? ¡Carajo!…

Tiene algo más: tiene en el cuerpo la más exquisita suavidad y la más adecuada temperatura, en la boca, en los muslos, en el vientre; además, en las palabras, en los ademanes. Los hombres no quisieran separarse nunca de ella; les gustaría, cuando recién la conocen, estar siempre con ella, quedarse con ella, acariciarla, besarla, saborearla a toda boca y a toda lengua, centímetro a centímetro, y sorprende que uno de ellos, uno cualquiera, no se haya enamorado de ella, no la haya sacado de aquella vida, se la haya llevado para seguir gustándola, saboreándola. No, no ha habido ninguno; aquella temperatura, aquella suavidad, aquella asombrada inocencia, son la temperatura, la suavidad, la asombrada inocencia de un animalito joven. Cuando el hombre, cansado ya, se marcha, no recuerda de ella sino eso, el cuerpo, el calor, la suavidad; nada más. De ella en sí, de ella como persona, como esencia, nada. ¿Qué hacer con ella fuera de besarla, chuparla, etcétera, hasta el cansancio, hasta la ciática y el infarto? No es una persona, es un reflejo. Arturo, su amante, parece saber, sin embargo, qué se puede hacer con ella fuera de la cama y de la habitación. No es un hombre muy exigente, por lo demás. Es delgado, moreno, de cabello crespo, vivaz y locuaz, hombre que repite hasta la saciedad, mecánicamente, ciertas frases, algo como consignas, que además suele escribir con tiza en las paredes: «Chile para los chilenos», «No más judíos», «Sea patriota: mate un turco». Es militante de un partido fascistoide y cuando calla sería peregrino saber en qué piensa y si lo que piensa es algo que vale la pena conocer.

—¿Le sirvo otro sandwich?

—Gracias; ya he comido varios.

—¿Una copa de vino o de ponche?

—De ponche no estaría mal.

Es casi una reunión burguesa y Aniceto se aburre un poco. El comedor en que están reunidos tiene un aspecto frío: hay un trinchante con un espejo, una mesa grande y unas sillas; nada más. Es como el comedor de una casa de huéspedes. Los muebles, a pesar de su buen estado, son ordinarios, sin carácter, y parecen cumplir con desgano y hasta con indiferencia la función para la cual han sido hechos. La conversación parece adecuada a aquella habitación y a aquellos muebles: no tiene carácter y es desganada. Las mujeres, aunque se conocen entre sí, no tienen muchos temas sobre los cuales conversar, y los hombres, que apenas se conocen y que pertenecen a mundos diferentes, no logran, aunque lo quisieran, ponerse de acuerdo para hablar sobre algo inteligente o entretenido. Aniceto preferiría que la fiesta, esa «fiesta» a que fue invitado, tomara un real ritmo de tal, que se bailara, que se bebiera, que se alegraran un poco y que la gente riera y hasta echara su grito, como debe hacerse en una reunión en que se celebra un cumpleaños o un santo. No sucede así. Hay algo que se opone y ese algo es quizá el desconocimiento que existe entre los hombres. Octavio está muy elegante, siempre con sus nalgas descarnadas de hombre que ha llegado a los sesenta años sentado días enteros detrás de un escritorio. Esta noche casi no come, casi no bebe y casi no habla. Sin embargo, está muy contento. Es la última pareja que se ha formado allí, sí, es Octavio, el hombre que llamaba a su hermana por teléfono para anunciarle que iría a comer con ella y que encontró en el aire, inesperadamente, la voz de una muchacha estudiante de humanidades que llamaba a una compañera de liceo, sí, una muchacha estudiante de humanidades, según le contó ella, que resultó después ser, también inesperadamente, una prostituta, una prostituta que resultó ser después igual a la muchacha que él se había imaginado, sí, allí está él y allí está ella, muy seria, aunque con los ojos muy rientes, bebiendo ponche a sorbitos —ella, que con su amante, el oficial de ejército, bebía a veces a grandes tragos lo que le ofrecía el oficial de ejército, desplazado ahora por Octavio. ¡Qué le parece el viejito!—. De vez en cuando ella lo mira y le sonríe, sonríe a Octavio que la mira y la vuelve a mirar, entre las sonrisas de todos los demás, que se dan cuenta de lo que ocurre en el corazón de Octavio. Aída no ejerce ya la prostitución. Es una

amiga de la casa, como lo es Octavio. Flor es como la suegra.

XII

Balance número cuatro. ¿Qué ha ocurrido desde que hice el tercero? Recibí, en primer lugar, una proposición: «¿Quieres ser mía?». Me había besado y acariciado en tal forma que no pude decir que no. Moví la cabeza: Sí. Después: «¿Irías conmigo a un sitio en donde pudiéramos estar solos?». Sabía de qué se trataba y callé. Me besó de nuevo: «¿Quieres?». Respondí, rendida: No me preguntes nada; haz lo que quieras. Ya sola, me dio miedo; pero, dos días después, no pasó nada. Era una casa de departamentos, al lado del parque. Subimos por la escalera, me dejó en el descanso y subió y llamó a una puerta del segundo piso. Abrieron y lo oí conversar con una mujer; parecía retarlo. Cerraron y bajó con una cara muy contrariada y sin decir una sola palabra. Nos fuimos al parque y no hizo más que fumar. De vez en cuando me daba un beso muy suavecito, cosa rara en él, y parecía pedirme perdón.

Pero no me fui tranquila. Sospechaba que iba a venir otra proposición o que no iba a venir ninguna, pero que, de repente, iba a pasar todo. Yo había dicho que sí y debía esperar lo peor. Se me ocurrió pensar en lo que vendría después y me volvió a dar miedo. Me di cuenta de que, por un lado, por aquel lado, Aniceto estaba bastante avanzado y podía avanzar más; por el otro lado estaba detenido: no quiero casarme con él. Pero el momento era peligroso y lo que ocurriera podía ser definitivo para mí. Si me entregaba, ¿tendría que casarme con él? ¿Era esa su intención? Decidí, sin embargo, que, pasara lo que pasara, mantendría mi negativa.

En segundo lugar, hice una prueba. Le dije que nuestras relaciones no tenían destino y que era mejor terminarlas. Me pidió, por centésima vez, que me casara con él. Me negué de nuevo. No quiero casarme. Lloré un poco. No quiero torturarte ni torturarme. Es mejor que terminemos con esto. Nos separamos, aparentemente para siempre, y pasó dos días sin llamarme, lo que me alegró por un lado y me entristeció por otro. «¿Eso era todo lo que me quería?».

Pensé que estaba enfermo y, por si acaso, lo llamé a su oficina, con el pretexto de que mi padre quería conversar con él, lo que era cierto. No debí hacerlo. Me preguntó, como rogándome, si no quería salir con él. «Conozco un lugar en que el cielo nocturno es más maravilloso que en ningún otro. Betelgosa brilla allí más que en los trópicos y la Cruz del Sur tiene la más graciosa de sus posturas». Me importan un comino Betelgosa y la Cruz del Sur, pero su voz resultó irresistible. Dije que bueno y me llevó al cerro Santa Lucía, en donde me hizo una nueva proposición y en donde, idiota y débil, acepté. No vi a Betelgosa.

En tercer lugar, hubo un nuevo fracaso, esta vez por mi culpa. Me dio vergüenza decirle que estaba indispuesta y cuando lo advirtió no quiso tocarme. ¡Qué casa! Una escalera que sonaba, un piso de tablas que sonaba, una mujer flaca, con delantal. Salí rabiosa. ¡Cómo puede traerme a una casa así! Después me tranquilicé. No puede hacer otra cosa. Es pobre, no tiene automóvil y no conocerá a nadie que pueda prestarle un departamento. No posee más que sus manos y sus labios y un gran deseo de estar a solas conmigo.

En cuarto lugar, tuve con él la conversación más larga que hemos tenido desde que nos conocemos. Vino a comer y después de la comida nos fuimos al salón, solos. Le pregunté: ¿Cómo me ves tú a mí? Respondió: «No sé cómo eres. Lo único que sé es que me atraes. Si me pidieran que te describiera no sabría hacerlo. Cuando estamos dos o tres días sin vernos, te veo mejor. Es como cuando uno acerca mucho la cara a un espejo: no ves nada, pero sientes que estás ahí y que eres tú misma, hasta te oyes respirar y ves que el espejo se empaña con tu respiración; si retiras el espejo, te ves mejor, pero ya no eres tanto tú misma». ¿Y de qué te enamoraste? «De nada en particular y de todo: de tus ojos, de tu boca, de tu cuerpo, de tu risa, de tu voz, porque aquella mañana había sol y hacía calor o porque estaba nublado y hacía frío; yo estaba alegre o triste, quién sabe, ya no recuerdo. Por otra parte, creo que dentro de mí hay una imagen tuya que es muy posible que no sea tu misma imagen». ¿Por qué, cuando estamos muy juntos o simplemente juntos, hablas tan poco? «Cuando te abrazo y te beso y te acaricio, te abrazo, te beso y te acaricio y eso me es suficiente. Para ti no lo es. Será porque no me quieres bastante o quieres otra cosa que no

soy yo. Quizá necesitas justificar o explicar lo que sucede, que rara vez tiene una explicación fría, lógica. La pasión es silenciosa. Cuando habla o gesticula suceden dos hechos: o tu pasión es débil y necesitas justificarla con palabras o quieres hacer teatro. Hablo poco por muchos motivos: porque soy un hombre que vive casi exclusivamente para dentro; porque estoy atento a todo lo que ocurre y va a ocurrir (muchas veces me doy cuenta de las cosas un momento antes de que ocurran). Tú sabes que he sido un joven y un hombre pobre, más que pobre, muchas veces miserable, expuesto a amenazas y a peligros. Se desarrolló en mí, para defenderme, una gran capacidad para percibir y entender lo que pasa a mi alrededor. Además, he sido linotipista, oficio en que no se puede hablar; apuntador de teatro, en que se habla mucho, sí, pero por cuenta ajena. Al terminar las funciones del día, después de haber leído en voz alta por más de cuatro horas, sin contar los ensayos de la tarde, y esto durante años, prefería estar callado. Ahora, para colmo, soy corrector de pruebas. También hablo mucho, pero también a nombre de otro. Fuera de eso, leo; estoy leyendo desde que tenía catorce años y ya tengo cuarenta y dos. Y todo lo que he visto, lo que he oído, vivido y leído, gira dentro de mí, una y otra vez, interminablemente. De eso no puedo hablar y eso no me deja hablar. Es como si pretendiera hablar de la circulación de mi sangre». ¿Y por qué eres así? «No lo sé, así como no sé por qué otros seres son de otro modo. No puedo verterme sino en determinados momentos y con determinadas personas». ¿Siempre serás así? «Seguramente, no. Envejeceré y ya no sentiré más que lo indispensable para subsistir. Para ese tiempo, si ahora te casaras conmigo, ya no te sentiría; te sabría, en cambio, de memoria, cosa que no sucede ahora». Nunca había oído hablar así. ¿Eres un filósofo, Aniceto? «No, Jimena. Soy un hombre que te ama y que se siente desgraciado». ¿Por qué? «En relación contigo porque creo que no me quieres. En aquello que amo aspiro siempre a más de lo que obtengo y de ti no he obtenido ni podría obtener más de lo que podría conseguir de cualquiera otra mujer. Te niegas a casarte conmigo». Tuve que repetirle lo que le he dicho tantas veces: Sí, Aniceto, no me casaré contigo. Me preguntó: «¿Ni siquiera si fueras mía?». Ni aun así… No habló más y un momento después se fue. Parecía muy contrariado, quizá sí humillado. Por mi parte, no quise

agregar nada. Al irse no me besó. No sé qué va a pasar.

XIII

No se negaba a acostarse con él, aunque sí a casarse. ¿Por que no lo aceptas? Durante horas y horas dio vueltas al asunto, buscando una solución: no la hay. Estaba, además, herido, y eso le impidió aceptar cualquier final que no fuese el que prefería. Ha tenido mujer durante muchos años y tiene costumbres de hombre casado. Es un mal amante. No ha podido enamorarse de ninguna de las mujeres con que, así, de repente, se ha acostado. Al poco tiempo inventa algún motivo o se vale del que se presenta y termina. ¿Y si acepto y me pasa lo mismo con ella? Sentir que la quiero y saber que es mía y que a pesar de ser mía y quererla no está conmigo cuando yo quisiera que estuviese, sin saber, en ese momento, en dónde está, me mantendría en un perpetuo sufrimiento. Además, no tiene dinero para llevar semejante vida. Peor aún: tiene tres hijos que cuidar. La máquina trabaja velozmente. ¿Cómo ha llegado a eso? Todo está en este desfile de elementos mentales que en ocasiones se enredan unos con otros y que en otras se aíslan, aclarándose todo y de nuevo otra vez confundiéndose y empezando después desde el principio. Podría asegurar que es morena y tiene los ojos oscuros o que es blanca y tiene los ojos claros, que el cabello es renegrido y le forma gruesas trenzas, como de india, o que es rubio y se desenvuelve en suaves y breves ondas. ¿Qué importa? Tampoco importa el lugar en que la conoció (fue en la editorial, donde ella fue a dejar, un día, las pruebas de un libro de su padre). Jamás ha importado nada esto y aquello. Es un hombre activo en amor, activo aunque no apresurado. Su actividad, sin embargo, está regulada por la calidad del terreno que pisa: si es seguro, avanza, aunque sin prisa; si no lo es, se detiene, sin permanecer, por eso, inactivo; trabaja en otra dirección, lucha por rellenar las fallas, y tampoco, entonces, se apresura. En este caso el terreno era de doble constitución, seguro e inseguro, sin que, paradojalmente, lo inestable le impidiera marchar por lo estable. El

terreno sexual era seguro, inseguro el mental. «No quiero casarme»; «Haz lo que quieras». Llegó un momento en que sintió que, por la parte sexual, su pie pisaba terreno firme; por la otra estaba en el aire. Para todo hombre que ha marchado seguro por el primer camino llega un momento en que todo le dice: oye, o te la llevas a la cama —antes, si quieres, puedes llevarla a la parroquia o al registro civil— o la dejas. Hay que tomar alguna medida, no podemos seguir así o iremos a parar a la casa de orates o a la comisaría por inmorales, y él decidió entonces llevarla a la cama y decidió llevarla con la seguridad de que se haría responsable de lo que vendría después, casarse con ella, huir con ella o lo que fuese, y ella no se negó cuando él, después de pensarlo durante días y noches, se lo propuso. Contestó con un gesto que parecía decir: «Haz lo que quieras; no me preguntes nada». No era una contestación clara, pero era una contestación y él la aceptó; no había otra. ¿Dónde llevarla, cómo y cuándo? Preguntó a los amigos: ¿dónde puedo llevar a una muchacha? Un amigo lo llevó a un hotel. Las habitaciones le dieron ganas de llorar, frías, inhospitalarias, como para vendedores viajeros o prostitutas callejeras. Dudó de que en esos cubiles se pudiera hacer el amor, por lo menos el que sentía que deseaba hacer. Días después encontró un lugar más apropiado, pero hubo quizá una equivocación o un olvido de su parte. Cuando llegó allí, la dueña del departamento, una mujer gorda, de voluminosos pechos, vestida como para un cóctel, le dijo, secamente:

—Señor: le advertí que cuando fuera a venir me avisara por teléfono. No puedo recibirlo. Todas las piezas están tomadas. Lo siento mucho. Adiós.

Ella esperaba en la escalera y él regresó, desazonado, sin saber si pedirle perdón o reírse.

—Vámonos.

Jimena no preguntó nada ni demostró contrariedades. Pasaron unos días y tras nuevas consultas y averiguaciones encontró otra casa. Ella le contestó, de nuevo:

—No me preguntes nada; haz lo que quieras.

La casa estaba situada en la línea separatoria de lo urbano y de lo semiurbano, una calle corta, de solo tres cuadras de largo; en la última había ya conventillos y hasta una casa de prostitución. La

patrona, una mujer con aspecto de lavandera, le dijo:

—Puede usted venir cuando quiera, a cualquier hora, a medianoche, al amanecer, en la tarde o en la mañana; lo importante es que venga. Siempre hay piezas y tendré mucho gusto en atenderlo.

Le mostró las habitaciones. Eran más o menos como las del hotel, con la agravante de que toda la casa, como si estuviera construida con madera recién salida del aserradero, crujía a cada paso que daban sus moradores y visitantes. ¿Qué pasaría en los momentos en que estaba llena de gente? Crujiría como la arboladura de un barco navegando con mar revuelta y viento arrachado. Pero ¿qué más daba? Lo importante era hacerse el amor, ocurriera lo que ocurriera y sonara lo que sonara. Tampoco tuvo éxito, no porque no hallara habitaciones desocupadas cuando llegó tras de trepar una escalera como de gato, empinadísima y crujiente, sino por que ya en la pieza, a oscuras —pues él no quiso prender la luz—, descubrió, tras haberla besado infinitamente, que estaba enferma.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No se me ocurrió.

Permaneció callada, como ausente; parecía esperar una revelación. No la hubo y tuvieron que bajar la escalera e irse. Pensó, entonces, en esos días, renunciar, pero cuando volvió a besarla y a acariciarla, de nuevo pensó en que aquello tenía una única solución, el lecho, fuese ese lecho el que fuese, matrimonial o no, pero uno, que sea duro o blando, angosto o ancho y en cualquier parte. Sentía, al abrazarla y recorrerla por todas partes, que sufrían como una caída en una angustiosa profundidad, caer como en la demencia y sentir que se cae; no solo era una caída física, del cuerpo, sino de la mente. La única manera de detener esa caída era aquella… No pudo hacerlo, sin embargo, y ya no lo hará. ¿Para qué? Ha visto claramente, después de su conversación con ella, que no se trataría más que de acostarse. No quiere. Para eso le basta Flor, que nunca le creará problemas. Podrá seguir tomándola o dejarla, y Flor, que lo sabe todo, lo dejará irse y él no tendrá grandes remordimientos. Por lo demás, ¿no ha pensado siempre que no debe hacer con una persona lo que esa persona no quiere que se haga? En este caso es posible que esa persona lo quiera, pero esa

persona no sabe lo que puede pasar después. Él sí sabe. No ignora que se ha desvirtuado bastante, pero no está seguro de que no seguirá desvirtuándose. Es preferible evitarlo; lo que más vale es lo que a uno más le cuesta o le duele, sea lo que sea. «No me casaré contigo». Muy bien: yo también puedo elegir: no me acostaré contigo.

Llega a su casa a las tres. Sus hijos duermen, todos en un mismo dormitorio, acompañados de Ester, y al pasar y mirarlos recuerda que en otros tiempos, y a veces, cuando iba con María Luisa a comer con amigos y se excedía un poco o un mucho en la bebida, al regresar y al mirar a sus hijos dormidos le acometían accesos de llanto, llanto que nunca pudo explicarse; no había por qué llorar: tenía, dentro de su pobreza, una situación económica tranquila, sus hijos eran sanos, su mujer parecía no mirar sino por sus ojos, y él, a pesar de su juventud borrascosa y a veces hambrienta, no solo de comida sino de algo más valioso, era un hombre fuerte, más aún, duro; y agradece aquella juventud que le exigió recurrir a todas sus reservas y defensas, el frío, el hambre, el trabajo en las montañas y en los puertos marítimos, y pintor, carpintero de obra, ayudante de mecánico, y sus días de cárcel, juventud durante la cual nunca sintió que algo le obligara a entregarse para siempre a aquello, frío, duro, sucio, con una atmósfera baja y pesada, sin techo, como dicen los aviadores, una atmósfera que ahoga a otros hombres y que, peor aún, los desintegra y los asimila, dejándolos para siempre sin techo y en lugares en que nadie acudirá a ver qué pasa: ¿por qué estás ahí?, levántate, un poco más allá se despeja la bruma, sal, anda, tómate de mi brazo, no te pediré nada, ni siquiera que me lo agradezcas o trabajes para mí, ¿por qué?, eres un ser humano y necesitas aire, luz, calor, comida, hasta las plantas mueren si no los tienen. No, nadie acude, y cuando alguien viene es para decir todo lo contrario: ¿qué haces ahí?, estás molestando, muéstrame tu pasaporte, tu cédula de identidad, tu libreta de trabajo, no tienes nada, eres un maleante, acompáñame a la comisaría. Tampoco acudió a él nadie en aquel sentido, pero había algo en él, ¿qué era?, quizá si el propósito de no permanecer en un punto determinado y buscar y hallar el que inconscientemente deseaba, un sitio en que pudiera servir en algo que le agradara, que le gustara a él y no a otros y en el que pudiera desarrollar lo que podía haber en él y no

lo que otros quisieran que desarrollara: pega estas estampillas, barre ese pasillo, pela esas papas, sí, quizá si su hábito de nómade, de seguro heredado, le impidió establecerse en cualquier parte y le obligó siempre a buscar algo un poco mejor. ¿Por qué lloraba, entonces? ¿Tal vez porque se daba cuenta de que tenía hogar, una mujer, hijos, la sensación de que poseía otra vez lo que perdió al morir su madre y ser detenido y sentenciado el padre a una larga condena?

Quizá si era todo eso o quizá era otra cosa. No siempre estamos al cabo de lo que nos ha sucedido o sucederá. En este momento, mientras se desviste, y enseguida, ya en cama, piensa en Jimena. Era algo mejor que lo que tenía y por eso aspiró a ella, pero se negó y se niega a darle lo mejor, concediéndole en cambio lo que toda mujer puede dar, si quiere, y que a veces resulta lo peor, no porque sea desagradable —aunque a veces lo sea—, sino porque en esa forma subrepticia, fugitiva, se empequeñece y pierde lo mejor que tiene o puede tener: la condición de ser un medio para obtener algo más valioso: una más profunda imagen de la mujer o del hombre, no una imagen total, pero sí por lo menos la imagen de aquello que en aquel ser vale y se ama y que puede desaparecer con el tiempo, pero que, en todo caso, quedará en el hombre o en la mujer.

En la mañana, ya despejado, piensa que es necesario hablar con Jimena, No puede separarse de ella como del señor que le pregunta a uno si esta será la calle que busca. Ya en su oficina, la llama, citándola para la tarde. Acepta encantada. ¿Ocurrirá algo inesperado? Está seguro de que no. Una gran frialdad y una gran claridad y seguridad se han apoderado de su mente. ¿Es posible? Sí, en amor todo es posible, y él lo sabe, y es mucho más posible cuando se trata de la dignidad, por lo menos en algunos seres. Se ha colocado, de pronto, en la misma posición que tiene Jimena: no quiero sino esto. ¿Por qué no puede quererlo también, aunque sea lo contrario de lo que ella quiere? Eres una mujer y yo soy un hombre y, por serlo, tenemos los mismos derechos a elegir lo que nos gusta, lo que nos parece razonable o lo que no queremos sino elegir. Respeto lo tuyo, respeta tú lo mío. La espera al pie del cerro, y mientras espera ve pasar, por la acera contraria, a Octavio. Está quizá un poco más delgado, pero también más joven, erguido, resplandeciente. Al verlo, atraviesa la calle.

—¿Qué hace usted aquí? —pregunta, mirando hacia el cerro. Sonríe—. ¿Alguna muchacha?

Aniceto no contesta. Pregunta, a su vez:

—¿Cómo están ustedes?

—Bien, muy bien —responde Octavio.

—¿Y Aída?

—En el departamento, esperándome. Está muy bien. Gracias.

—¿Cómo se le porta?

Ha visto desarrollarse ese amor y no teme hacer la pregunta.

La cara de Octavio se enternece. Se acerca más a Aniceto, lo toma con suavidad de una orilla de la chaqueta y le dice, con franqueza:

—Mire: a usted, que la conoció, le extrañará lo que le voy a decir: se porta muy bien.

Aniceto hace un gesto de protesta:

—¿Por qué me va a parecer extraño? Aída es una muchacha estupenda.

—Gracias. Podía parecérselo. Mire: no puedo compararla con nadie que yo conozca, pero créame que no estoy arrepentido de nada.

—Hombre, cuánto me alegro.

—Sí. No estoy arrepentido y espero no llegar a arrepentirme.

Está recién afeitado o recién bañado o recién nacido.

—¿Dónde va usted?

—Voy aquí, a la esquina, a buscar unas entradas para la noche. A Aída no le gusta ir al cine en las tardes. Bueno, Aniceto, encantado de verlo. Adiós. Ah, si ve a Flor salúdela en nuestro nombre.

—Gracias. Adiós.

Se va. Ha encontrado el río y está dentro de él. Ojalá no salgas nunca… Ella aparece y Aniceto la mira venir: más bien alta, de largas piernas, tal vez un poco gorda, con el cabello negro y ondulado cayéndole sobre los hombros, no hay, en su físico, nada de extraordinario. En sus movimientos, sin embargo, en su ropa, en su apostura, hay algo, una como resolución o distinción, algo indefinible, que la identifica. Aída es, sin duda, mejor que ella, más bonita, más joven y más atrayente para el común de los hombres, pero no tiene eso, y quizá si eso es lo que Aniceto ha sido incapaz

de dominar. Esta mujer no será nunca prostituta; Aída, en cambio, lo ha sido y puede volver a serlo. Los hombres, no obstante, aun sabiéndola prostituta, y si tienen que llevar una mujer para su casa, la preferirán: carece de eso y no tendrán que pelear contra eso. Quizá si eso, por otra parte, es lo que atrajo a Aniceto. Viene sonriente.

—¡Qué hubo! —exclama, como si no lo viera desde el año pasado—. No me llamaste ayer.

—Hola —contesta Aniceto, que ha decidido ser duro desde el comienzo.

—Estás muy serio —observa, y lo mira con fijeza—. ¿Por qué?

—Te miraba y pensaba.

—¿En qué? Dímelo.

—En muchas cosas.

Tiene la piel morena, de flor grande, mejillas sopladitas, boca perfecta, ojos cafés. El busto es tal vez un poco abultado y las caderas no alcanzan la gracia.

—Ven. Sentémonos por aquí.

—¿No vamos a subir? —pregunta, mirando hacia el cerro.

Aniceto lanza su primera carga:

—No. No subiremos más, juntos, por lo menos.

Ve cómo la sonrisa desaparece y cómo se le forma entre las cejas un pequeño pliegue, como si el pensamiento o la reacción que la frase, imprevista y descortés, le despierta, se concentrara allí. Sabe que ese pliegue desaparecería si él abandonara su actitud, pero no la abandonará. Ya no es tiempo. La cara se ha ensombrecido, sorprendida, y los ojos miran hacia el suelo. La boca está un poco abierta. Por fin alza la cabeza y mira a Aniceto:

—¿Qué pasa? —pregunta.

Se demora un poco en contestar. No la mira. Mira hacia la calle que desemboca allí al pie del cerro y por la cual, entre otra gente, avanzan algunas parejas. Vienen también hacia el cerro.

Algunas denotan en sus ropas, en sus movimientos o en su aire lo que son; pueden ser obreros, sirvientes o empleados; de otras no se adivina nada, si son militares de civil, poetas jóvenes o estudiantes, pero, sean lo que sean estas o aquellas, todos no son más que hombres y mujeres que se aman, empiezan a amarse o están terminando de amarse. Hay de todo entre los hombres,

pícaros y seductores de oficio, apasionados y superficiales, frígidos y ardientes, tímidos y exuberantes. Habla:

—Mira: dos o tres veces me has propuesto que terminemos. Infinitas veces te he pedido que te cases conmigo. Por un lado, me has dicho que nuestras relaciones no tienen destino; por otro, que no te casarás conmigo ni siquiera si llegaras a ser mi amante. ¿No es cierto?

La mira. Jimena, con la cabeza siempre inclinada, responde:

—Es cierto.

—Bueno. Si te dijera que en vista de que no te quieres casar conmigo, prefiero terminar con esto, ¿qué contestarías? ¿Insistirías en no casarte?

Ella hace un esfuerzo, un gran esfuerzo y dice, moviendo la cabeza:

—Insistiría.

Aniceto calla. Se siente herido, pero calla. Las parejas entran ya al cerro, pagan la entrada y avanzan hacia los árboles, hacia los rincones y hacia la sombra. Suben despacio, tomados de la mano o del brazo, silenciosas casi todas o hablando en voz baja, sonriendo o serios; disimulan su amor y su deseo. Un momento más y estarán entre los árboles, en los rincones, en la sombra, perdidos para todo lo que no sea su deseo y su amor. Muchas saldrán de allí, mañana o dentro de un mes, para las parroquias y el registro civil, para los hoteles o las casas de cita, para los cuchitriles de las matronas de buena voluntad o para la desesperación. Por allí bajó Aniceto, hace más de diez años, del brazo de María Luisa, decidido a casarse. Ahora tendrá que bajar solo.

Pero Jimena se ha recuperado y pregunta:

—¿Y a qué se debe este rompimiento tan inesperado? ¿Otra mujer?

Aniceto recuerda a Flor y sonríe.

—No —asegura—. No hay otra mujer. Esta decisión, tan inesperada, como dices tú, es la que debería haber tomado en el mismo momento en que por primera vez me dijiste, categóricamente, que no querías casarte conmigo. Me quedaba la esperanza de que cambiaras, pero después de lo que me contestaste antenoche en tu casa, esa esperanza se ha desvanecido. En consecuencia…

Encienden las luces de la ciudad y el cerro parece recogerse, haciéndose más profunda su sombra, más protectores sus árboles, más acogedores sus rincones. Los dos miran hacia la calle, por donde siguen llegando parejas.

—Muy bien —acepta Jimena—. ¿Hemos terminado, entonces?

—Sí —confirma Aniceto—. Hemos terminado.

Pasa un largo momento de silencio. Cada uno sabe que no hay nada más que decir. No hay entre ellos, no ha habido, nada que pueda sujetarlos. Solo ha habido palabras, rozamientos, apasionados, sí, pero superficiales. Ella entró en él, pero él no entró en ella. Jimena se levanta.

—Muy bien. Me voy.

Aniceto la toma de una mano:

—No te vayas todavía.

Pero está ofendida o finge estarlo y hace un movimiento enérgico con el brazo, soltándose.

—Déjame —dice.

Aniceto ríe, aflojando un poco la tensión.

—No te molestes. No pienso hacer escenas ridículas. Solo quiero que me contestes, con franqueza, una pregunta: ¿cuál es la verdadera razón o las razones por las cuales no te has querido casar conmigo? Siéntate un momento y dime la verdad.

Ella vacila y luego se sienta y habla, inmediatamente, como si todo lo que va a decir lo tuviese pensado y preparado ya:

—Mira: no quiero casarme contigo por varios motivos. En primer lugar, por tu carácter, que no me gusta; enseguida, porque tienes hijos; no sería capaz de soportarlos ni de hacer que ellos me soportaran a mí; finalmente, no quiero casarme contigo porque debería sacrificar todas las esperanzas y deseos que tengo, viajar, dedicarme a algo, llegar a ser algo; contigo no sería más que tu mujer, tendría dos o tres hijos y ahí terminaría todo. Me preguntarás por qué te dejé que te enamoraras de mí. Creí que eso podría bastarnos. Pero a ti no te basta. Para mí el matrimonio es mucho más delicado que el amor… Eso es todo.

Aniceto calla de nuevo. Se siente derrotado, aunque no ofendido. ¿Qué puede decir? Le encuentra toda la razón, pero le duele.

Jimena ha empezado ya a bajar, pero se da vuelta y dice:

—Ojalá olvides todo lo que ha habido entre nosotros.

—No sé si podré, pero haré lo posible —responde Aniceto.

La ha querido, la quiere aún, pero se va. Pero no es lo único que ha perdido en el mundo, y tal vez no será lo último que pierda. La mira irse por una de las calles por donde suben las parejas y por donde siguen subiendo. Ya es de noche. Se levanta. ¿Para dónde ir? Siente frío, calor, indecisión, seguridad, desaliento. Hoy es sábado y Flor no podrá salir. ¿Para qué verla, además? No podrá hablar con ella, no podría hablar con nadie. Empieza a bajar, tuerce hacia algún lado y se va, esquivando a las parejas que llegan y conversan:

—Vamos a estar un ratito no más.

—Bueno, mi hijita, lo que usted quiera.

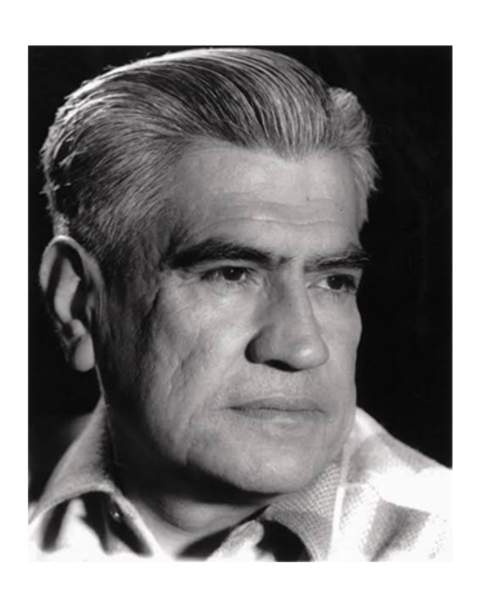
El hombre se las arreglará para que el ratito se convierta en dos horas. No la sueltes, amigo. En tanto puedas, retenla.

Él no pudo o no supo retenerla. Hay cosas o seres que se nos escaparán siempre. Camina hacia el río, llega al parque y se mete en él; está también lleno de parejas, dos o tres en cada escaño, y algunos de los hombres le recuerdan a los picaflores: están como chupando algo que no solo es mejor que el vino, sino que a veces es mejor que el amor, que puede ser peor que el vinagre, la hiel y la cicuta. No la sueltes, amigo, no la sueltes. ¿Qué sería de nosotros si un día la perdiéramos? Sujétala, y si la quieres, amárrala a ti, amárrate a ella. Tendrás tiempo de dejarla, pero aprovecha el tiempo en que no la quieres dejar. Yo no pude retenerla, es cierto, pero tampoco pude retener a mi madre ni a María Luisa. Estoy como empecé, sin nada, y el otoño está también en mí. Pero los picaflores suelen volver en el otoño.

F I N.

Los Coltrahues (San Juan de Pirque), 22 de abril de 1952.
Santiago, 19 de septiembre de 1957.

Continua con Sombras contra el Muro.



MANUEL ROJAS SEPÚLVEDA, escritor chileno, (Buenos Aires, Argentina; 8 de enero de 1896 — Santiago, Chile; 11 de marzo de 1973).

De padres chilenos, nació en la ciudad de Buenos Aires. Su infancia se vio alterada por constantes traslados desde la capital argentina a Chile, hasta que cruzó la frontera definitivamente con dieciséis años y ejerció las más diversas actividades laborales, habiéndose formado de modo autodidacta, ya que la temprana muerte de su padre le obligó empezar a trabajar con solo once años.

Manuel Rojas ejerció de pintor, electricista, vendimiador, peón del ferrocarril, aprendiz de sastre y actor en compañías teatrales con las que recorrió gran parte del país. Con todo llegó a ser articulista en *Los Tiempos* y *Las últimas noticias*. Viajó, tras enviudar, por Europa, Sudamérica y Oriente Medio, llegó a ser profesor en la Universidad de Chile y recibió el Premio Nacional de Literatura en 1957.

Dedicó, no obstante todas sus ocupaciones, una gran parte de su vida a la creación literaria, con más de treinta publicaciones entre 1921 y 1971. La riqueza de su personal estilo dio obras de una brillante calidad poética y narrativa. Su expresión intimista, a partir

de vivencias personales le permitió adentrarse en el mundo de los sentidos y de la psicología de sus personajes, logrando que parte del pueblo chileno se identificara claramente con los protagonistas y los ambientes de sus relatos.

Con el cuento *El vaso de leche* inauguró el surrealismo chileno; ello ilustra hasta qué punto Rojas fue creativamente innovador en la narrativa de su generación, en la que sobresalió a partir de *Hijo de ladrón* (1951), novela autobiográfica que le supuso el lanzamiento definitivo a la fama y al reconocimiento literario, tanto por parte de la crítica como del público en general. Se ha destacado la eficacia de su lenguaje sencillo, claro, motivador, apasionado pero también frío, y la densidad de sus ambientes oscuros de los arrabales, focos de pobreza donde se entrecruzan el alcohol y el sexo, los prejuicios y la solidaridad. Abundan en sus novelas los desheredados de la fortuna, los pequeños delincuentes y demás habitantes de los barrios pobres y marginales, retratados sin truculencia ni compasión.

Su actividad como novelista se inicia con la obra *Lanchas en la bahía* (1932), centrada en la vida de un joven despedido de su trabajo y en las relaciones que sostiene con un amigo y una prostituta. A esta ópera prima le siguieron cuatro novelas protagonizadas por una suerte de heterónimo del autor, Aniceto Hevia: *Hijo de ladrón* (considerada su trabajo más típico y logrado, 1951), *Mejor que el vino* (1958), *Sombras contra el muro* (1964) y *La oscura vida radiante* (1971). Otras novelas del autor son *La ciudad de los Césares* (1936) y *Punta de rieles* (1960). Publicó también recopilaciones de cuentos, como *Hombres del Sur* (1926), *El delincuente* (1929) y *El bonete maulino* (1943), e incursionó en la lírica con volúmenes como *Poéticas* (1921) y *Tonada del transeúnte* (1927).